

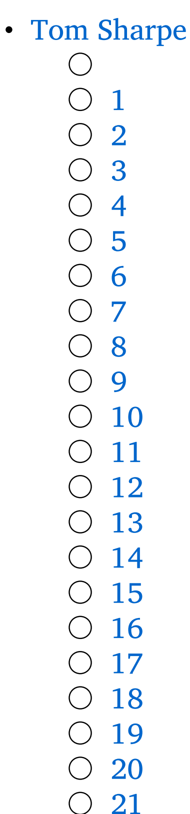
HTTP://PAPYRE.CO.CC
LIBROS FB2 PARA PAPYRE

# Annotation

Los lectores de la desternillante "Zafarrancho en Cambridge" recordarán que Poterhouse era un college que nunca se distinguió por su nivel académico, pero donde se disfrutaba de una excelente cocina y no era muy difícil conseguir un título. Ahora, unos años después, todo sigue poco más o menos como entonces, pero tremebundos nubarrones se ciernen

en el horizonte. Para empezar, la viuda de Sir Godber Evans, un rector bienintencionado pero un tanto gilipollas, que murió en un extraño accidente cuando su presencia amenazaba el satisfactorio equilibrio tan duramente conseguido, está convencida de que su marido fue asesinado. Obsesionada por encontrar al culpable, decide donar los fondos para crear

una nueva cátedra, cuyo titular será en realidad un infiltrado que deberá desentrañar el misterio de la muerte de Sir Godber.




- Tom Sharpe
  - 
  - 1
  - 2
  - 3
  - 4
  - 5
  - 6
  - 7
  - 8
  - 9
  - 10
  - 11
  - 12
  - 13
  - 14
  - 15
  - 16
  - 17
  - 18
  - 19
  - 20
  - 21
  - 22
  - 23

- 24
- 25
- 26
- 27
- 28
- 29
- 30
- 31
- 32
- 33
- 34
- 35
- 36
- 37
- 38
- 39
- 40
- 41
- 42

# Tom Sharpe

# Becas flacas

Traducción de Miguel Ripoll

Título original: Grantchester Grind. A Porterhouse Chronicle

A mis hijas Melanie, Grace y Jemima,

sin las cuales nunca hubiera podido escribir este libro

# 1

—A Godber lo asesinaron —dijo Lady Mary—. Me doy perfecta cuenta de que se resiste a creerme, pero sé la verdad.

El señor Lapline suspiró. En su calidad de abogado de Lady Mary, se veía forzado dos veces al año a escuchar pacientemente el rocambolesco relato de cómo su marido, el difunto Sir Godber Evans, Rector de Porterhouse, uno de los colegios más antiguos de la Universidad de Cambridge, había sido liquidado con nocturnidad y alevosía (por propia mano o mediante sicarios) por el Decano, el Tutor Mayor o alguno de los otros Claustrales. El señor Lapline, educado en Cambridge, hombre respetuoso con las antiguas instituciones, y en particular con quienes por su edad y posición se convierten en vida en figuras señeras de ámbito nacional, encontraba aquellas infamantes acusaciones de pésimo gusto. A un cliente de menos posibles, y peor relacionado, le habría hecho saber su opinión al instante. Pero se trataba de Lady Mary, y, como de costumbre, se salió por la tangente.

—No es que me resista a creerla —dijo—. Es sólo que, a pesar de todos nuestros esfuerzos y de que, como bien sabe, no se ha reparado en gastos a la hora de contratar a los investigadores privados de mayor prestigio, hasta la fecha hemos sido incapaces de hallar siquiera un atisbo de prueba, un indicio tan sólo. Y, francamente...

Lady Mary lo interrumpió.

—No me interesa lo más mínimo lo que hayan sido ustedes incapaces de averiguar, Lapline. Lo que le estoy diciendo, y me mantengo en ello, es que a mi marido lo asesinaron. A una esposa no se la dan con queso. Lo único que exijo de usted ahora son pruebas. Ya no soy joven, y como parece incapaz de proporcionármelas...

El abogado se quedó sin habla. Saltaba a la vista que Lady Mary ya no era joven y, en opinión del señor Lapline, resultaba altamente improbable que lo hubiera sido nunca. Era aquella muda amenaza lo que le alarmaba. Desde su último arrechucho, parecía haberse vuelto vieja de repente. Y a perra vieja... (El señor Lapline era propenso a parafrasear refranes.) En el estado en que se encontraba entonces, su cliente era capaz de cualquier cosa. El señor Lapline estaba nervioso.

—Considerando el informe del juez de instrucción... —empezó, pero ella le interrumpió otra vez.

—No hace falta que me recuerde lo que decía aquel botarate en su informe. Yo también estaba presente, por si lo ha olvidado. Y, francamente, no me sorprendería lo más mínimo que estuviera relacionado de alguna manera con Porterhouse. O eso, o que le hubieran untado.

—¿Untado?

—Comprado. Sobornado. Llámelo como prefiera.

El señor Lapline se agitó incómodo en la butaca. Su estómago le volvía a jugar malas pasadas.

—Yo no me atrevería, en absoluto, a utilizar semejantes términos —dijo— Y le recomiendo encarecidamente que se abstenga a su vez de hacerlo. En público, al menos. Las compensaciones económicas por daños y perjuicios en un juicio por difamación pueden elevarse a cifras realmente astronómicas, se lo aseguro. Yo, como abogado y consejero personal suyo, estoy dispuesto, claro está, a escuchar cuanto tenga que decirme, pero...

—Pero, por lo que parece, no está igualmente dispuesto a actuar —dijo Lady Mary—. Me doy perfecta cuenta. —Se puso en pie—. Quizá serviría mejor mis intereses un bufete dotado de mayor iniciativa.

Entonces el señor Lapline se levantó de su butaca como impulsado por un resorte.

—Mi querida Lady Mary, permítame reiterarle que mi único anhelo es servir fielmente sus intereses —dijo, consciente de que aquellos intereses comprendían los devengados anualmente por la considerable fortuna heredada de su difunto padre, Lord Lacey, miembro liberal de la Cámara de los Lores—. Lo único que pretendo es convencerla de que, en las actuales circunstancias, es menester obrar con la mayor discreción en lo concerniente a este asunto. Nada más. Si, por el contrario, dispusiésemos de alguna evidencia incontestable, por pequeña que ésta fuera, de una prueba que ratificara su intuición de que Sir Godber fue... en fin, asesinado, sería el primero en someter el caso a la consideración de la fiscalía del Estado, y en persona, si fuera preciso.

Lady Mary se volvió a sentar.

—Yo diría que las pruebas son evidentes —dijo—. Por ejemplo, no es posible que Godber estuviera borracho. Era un hombre de lo más morigerado en la bebida. El Decano y el Tutor Mayor mintieron cuando declararon que se lo encontraron tirado en el suelo en estado de embriaguez.

—Sí, claro... —dijo el señor Lapline—. Pero el hecho es que... —Se interrumpió súbitamente. La mirada que le clavaba Lady Mary era de lo más inquietante—. Lo que intento decir es que no parece caber duda alguna de que, durante la noche de su... asesinato, Sir Godber había ingerido... cierta cantidad de whisky. La autopsia me parece incontrovertible en lo que atañe a este particular. Existe abundante evidencia médica sobre este punto.

—Y, sin embargo, parece igualmente incontrovertible el hecho de que bebió el whisky en el período de tiempo que transcurrió desde que

fue atacado hasta su muerte, no antes del supuesto «accidente». La teoría de que tropezó, cayó y se fracturó el cráneo porque estaba borracho carece de base, pues.

—Cierto, muy cierto —dijo el señor Lapline, aliviado de encontrar por fin algo en lo que pudieran estar de acuerdo.

—Lo cual nos lleva de vuelta a la botella —continuó Lady Mary.

—¿A la botella? ¿Qué botella?

—La botella de whisky, por supuesto. Desaparecida.

—¿Desaparecida?

—Sí, desaparecida, desaparecida, desaparecida. ¿Cuántas veces tengo que repetírselo para que lo entienda?

—Ninguna más, mi querida señora, ninguna más —se apresuró a decir el señor Lapline—. Pero ¿está completamente segura?

Quiero decir que usted se encontraba en aquellos momentos ofuscada por una extrema turbación, algo de lo más comprensible, y…

—No he estado ofuscada en mi vida —repuso Lady Mary agriamente.

—Bien. Bueno, digamos entonces que estaba usted un tanto confusa por la emoción del momento, y en tan crítica coyuntura no se le ocurre a uno ponerse a buscar botellas por toda la habitación… Y, además, podría ser que alguno de los criados la hubiera tirado a la basura.

—Sí y no.

—Sí y no —dijo el señor Lapline con aire ausente, y en seguida se dio cuenta de que, de nuevo, repetía las palabras de su interlocutora —. Lo que quiero decir es…

—Primero, *sí* que se me ocurrió buscar la botella; y segundo, *no* la habían tirado a la basura. Precisamente, aquella noche me apeteció tomar una copita de whisky, pero la botella había desaparecido. Le pregunté a la *au-pair,* que era francesa, pero estaba claro que la criatura no tenía la menor idea de qué había sido de ella. Y tampoco estaba en el cubo de la basura.

—¡No me diga! —exclamó Lapline, incautamente.

—Sí le digo —dijo Lady Mary—. Y si le digo que miré en el cubo de la basura y allí no estaba, es que allí no estaba.

—Sí, por supuesto, no hace falta que me diga más…

—Pues le diré más: el que asesinó a Godber, quienquiera que fuese, le obligó deliberadamente a consumir el contenido de aquella botella durante su agonía, para hacer que pareciera que estaba borracho y había sufrido un accidente. ¿Me explico con suficiente claridad?

—Con claridad meridiana —dijo el señor Lapline sin vacilar—. Está más claro que el agua.

—Pero entonces el asesino cometió el error de llevarse la botella,

con la intención, seguramente, de impedir que la policía encontrara sus huellas dactilares en ella. Espero que esto también esté más claro que el agua.

—Sí, sí. Muy convincente —dijo el señor Lapline—. Lástima que no presentara estos indicios durante la investigación oficial. De haberlo hecho así, estoy seguro de que el juez de instrucción habría, ciertamente, pospuesto su veredicto hasta que la policía hubiera hecho más averiguaciones.

Lady Mary le clavó una fría mirada.

—Considerando la premura con que se instruyó la causa, y considerando también mi propio estado de ánimo en aquel entonces, encuentro sus palabras un poquitín superfluas ahora, a posteriori, ¿no le parece? De hecho, por si no lo recuerda, ya declaré en su momento que estaba convencida de que a mi marido lo habían asesinado, y exigí que se hiciese justicia.

—Sin duda, mi querida señora, ya lo creo que sí —dijo el señor Lapline rememorando el desagradable episodio. Escenitas como aquélla, en la que una cliente histérica, al comparecer ante el juez de instrucción, acusaba de homicidio al Decano y los Claustrales de un conocido colegio de Cambridge, no eran, decididamente, su fuerte.

—Por otra parte...

—Y, además, no hay que olvidar lo del teléfono —prosiguió Lady Mary, implacable—. ¿Por qué lo tiraron al suelo? Obviamente, para que el pobre Godber no pudiera pedir ayuda. Y, por último, el hecho de que los vasos de whisky no hubieran sido utilizados prueba que le forzaron a beber. ¿Qué más pruebas necesita?

—Bueno. Bien. Supongo que pudo...

El señor Lapline se contuvo. No parecía aconsejable sugerir que Sir Godber pudiera haber bebido a morro de la botella. Lady Mary, tan proclive a apoyar en todo momento la causa de los menesterosos y las clases más bajas de la sociedad, ni por asomo habría aceptado la más mínima sombra de duda acerca de los modales de su marido. Un caballero no bebe whisky a palo seco amorrado a la botella. Pero el señor Lapline nunca tuvo al difunto Sir Godber Evans por un verdadero caballero; si acaso, por un politicastro fracasado, un simple Ministro de Desarrollo Tecnológico, relegado luego al rectorado de Porterhouse. Y pensar que para llegar a semejante destino se había tenido que casar con aquel loro por su dinero y sus influencias... Mientras miraba aquellos labios finos, aquella nariz ganchuda, el señor Lapline se preguntó, una vez más, cómo habría sido la vida sexual de aquel matrimonio.

Trató de liberar su mente de tan mórbidos pensamientos y procuró concentrarse en la materia, menos morbosa, de la muerte del condenado Sir Godber.

—Mucho me temo que las pruebas, aun siendo de peso indudable, y más que suficientes para convencerme, sean todavía meramente circunstanciales, demasiado circunstanciales, para convencer a los estamentos oficiales de que reabran el sumario del caso a estas alturas. Por desgracia, en este país la burocracia, no hace falta que se lo diga, es de una lentitud...

—Nadie conoce mejor que yo los obstáculos burocráticos, señor Lapline, no hace falta que me diga más, no. —Lady Mary hizo una pausa y se echó hacia delante—. Por lo cual, precisamente, he decidido probar una estrategia del todo diferente.

Tras hacer otra pausa teatral, para que el señor Lapline pudiera preguntarse qué papel le había reservado en ella, Lady Mary adelantó un poco su silla.

—Pretendo crear la Beca de Investigación en Memoria de Sir Godber Evans en Porterhouse. Y con este objeto es mi intención donar seis millones de libras con destino a los fondos del Colegio. No me interrumpa.

»Bien, es de suponer que aceptarán la donación, y usted hará las gestiones precisas para que todo sea legal. Y se asegurará de que no trascienda que soy yo la benefactora del nuevo becario, al cual, personalmente, elegiré. Su tarea, señor Lapline, consistirá en seleccionar a los candidatos más idóneos para el puesto y presentarme una lista...

Durante los siguientes veinte minutos el estómago del señor Lapline, a medida que escuchaba los proyectos de su clienta, se fue contrayendo más y más dolorosamente. Era obvio que Lady Mary estaba decidida a seleccionar a un candidato con unas cualidades muy determinadas, las cuales, sin duda, harían que no fuera bien recibido en el Colegio. Incluso si el pobre diablo fracasaba en su misión de probar el asesinato de Sir Godber, y el señor Lapline preveía que tal sería la conclusión de tan peregrina embajada, sus pesquisas no podrían menos que sembrar la alarma entre los Claustrales Mayores de Porterhouse y tener imprevisibles efectos.

—Se hará lo que se pueda, Lady Mary —dijo, sombrío, cuando ella concluyó con su exposición—. Se hará lo que se pueda.

Lady Mary le enseñó los colmillos con una sonrisa siniestra.

—Se hará lo que yo quiera, señor Lapline, lo que *yo* quiera —dijo —. Y ahora debe obrar con la mayor diligencia. Seleccióneme el número de candidatos que estime oportuno, y yo los entrevistaré. No toleraré más errores. Ya sabe lo que quiero decir.

El señor Lapline sabía exactamente lo que su clienta había querido decir. Salió de la mansión de Lady Mary en Kensington presa de una paralizante desesperación. Ya de vuelta en las oficinas de

Lapline & Goodenough, Abogados, en el Strand, se tomó otra píldora y, tras reflexionar, llegó al extremo, extraordinario y casi inaudito, de consultar con su socio.

Era un mal trago, pero no veía otra salida. La especialidad de Goodenough era asesorar legalmente a los clientes menos respetables del bufete, en especial a aquellos en dificultades con el fisco o, peor aún, con la policía. Gracias a los esfuerzos profesionales de Goodenough, ciertos aristócratas arruinados continuaban viviendo con un tren de vida que no parecía indicar ninguna merma de su patrimonio, y un puñado de caballeros que el señor Lapline hubiera visto con gusto entre rejas, seguían en libertad. No aprobaba el proceder de Goodenough. En un bufete tan respetable, parecía demasiado venal.

—Mi querido amigo, no debe usted tomarse esas amenazas literalmente —dijo Goodenough cuando el señor Lapline le contó su conversación con Lady Mary—. De hecho, debería alegrarle que esté lo bastante fuera de sus cabales para empecinarse en una absurda vendetta contra el Decano y el Tutor Mayor.

—Goodenough —dijo el señor Lapline severamente—, la gravedad de la situación requiere algo más constructivo que semejante exhibición de frivolidad por su parte. Es evidente que Lady Mary está decidida a utilizar los servicios de otro bufete a menos que sigamos sus instrucciones al pie de la letra. ¿Qué podemos hacer?

Goodenough percibió el tono implorante en la última frase y quedó satisfecho. Ya era hora de que Lapline empezara a respetar su contribución a la buena marcha de la empresa.

—Bueno, en primer lugar, debemos seguirle la corriente —dijo.

—¿Seguirle la corriente? —dijo el señor Lapline—. ¿Seguirle la corriente? No es de esas mujeres a las que se les puede seguir la corriente. Lo que exige de nosotros es que pongamos manos a la obra. Sin dilación.

—Pues lo haremos. Encontraremos a algún profesor de tres al cuarto que le parezca aceptable a Lady Mary y lo soltaremos en Porterhouse, a ver qué pasa.

El señor Lapline se estremeció de la cabeza a los pies.

—¿Y tendría usted la bondad de decirme qué beneficio nos reportaría semejante decisión? Aparte, claro está, de provocar una interminable cadena de escándalos que, sin duda, conducirían a una no menos interminable serie de querellas por difamación.

—Exacto —dijo Goodenough—. Perfecto. ¿Qué más podríamos pedir? Si el Decano y el Tutor Mayor y los demás Claustrales decidieran adoptar medidas legales contra esa arpía, la tendríamos en un santiamén comiendo de nuestra mano como un pajarito. No tiene usted ni idea de hasta qué punto la perspectiva de una demanda por

difamación, con sus correspondientes exigencias de indemnizaciones millonarias, puede llegar a hacer encariñarse a un cliente, a una clienta en este caso, con sus abogados. Dependería de nosotros, que seríamos los únicos que la podríamos sacar del atolladero.

El señor Lapline hizo hincapié en lo incongruente de aquella expresión:

—¿Encariñarse? ¿Encariñarse *ella* con nosotros? Su uso del léxico es tan dudoso como su código ético, Goodenough. Encuentro su actitud de lo más alarmante.

—No me extraña —dijo Goodenough—. Por eso hacemos una inmejorable pareja como socios. Mientras yo me enfrento de modo ejemplar a las repugnantes realidades prácticas de nuestro oficio, usted mantiene nuestra reputación de intachable rectitud profesional. Lo único que le digo es que, si queremos seguir representando a Lady Mary la Vengativa, debemos darle lo que quiere.

—Pero no es concebible que quiera que una horda de catedráticos ultrajados la sepulten bajo una tonelada de querellas por injurias.

—No veo por qué no —dijo Goodenough—. De lo que me ha contado, deduzco que no existe ni la más remota posibilidad de que Lady Mary, con las pruebas de que dispone en la actualidad, consiga reabrir el caso sobre la muerte de su marido después de todos estos años, mientras que, por el contrario, una querella por difamación le ofrecería la oportunidad de probar sus aseveraciones. Como se dice vulgarmente, le permitiría levantar la caza. Y piense en nuestros honorarios, Lapline, piense en nuestros honorarios.

—Estoy pensando, más que nada, en nuestra reputación —dijo el señor Lapline—, en nuestra probidad. Lo que usted sugiere es totalmente contrario a toda...

—¡Vamos, hombre, déjese de monsergas! No me venga ahora con esos cuentos sobre la probidad. Después de pasarme el día lidiando con unos defraudadores de impuestos tan ineptos que no sabrían distinguir la probidad de la parte trasera de un autobús, no estoy de humor para aguantar sermones sobre ética profesional. O quiere mantener la cuenta Lacey, o no. Así que decídase.

Pero el señor Lapline ya se había decidido. Lady Mary y la cuenta Lacey eran, con mucho, el pilar de su actividad como abogado. No es que la fortuna de los Lacey pudiera compararse con las de los grandes multimillonarios, pero era un capital sustancioso. El señor Lapline era consciente de este hecho. Y, además, era dinero antiguo, tradicional, lo cual coincidía por completo con sus opiniones personales sobre lo que era decente y correcto. Para él, se trataba de dinero real, en contraposición a aquella otra clase de dinero, irreal desde su punto de vista, con el que Goodenough parecía estar en su elemento. El dinero irreal iba dando tumbos por el mundo, de un país a otro, de una divisa

a otra, de un paraíso fiscal a otro, de un modo que resultaba inconcebible para el señor Lapline, que censuraba estas prácticas en la misma medida en que censuraba las artimañas legales de Goodenough. En su opinión, tanto aquél como éstas carecían de peso específico. La fortuna de los Lacey, en cambio, poseía ese peso, ese sustrato sustancial. Era un dinero invertido en serias instituciones británicas, en tierras, en sólidas industrias. No era un patrimonio con el que se pudiera jugar. Y, por encima de todo, el señor Lapline quería representarlo. La cuenta Lacey era la piedra angular de su reputación profesional.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo—. Lo dejo en sus manos. Mi estómago... Y, en cualquier caso, no sabría dónde buscar a nuestro supuesto becario de investigación, por llamarlo de alguna manera.

—Estoy seguro de que encontraremos a alguien —dijo Goodenough—. Déjelo de mi cuenta. Y yo, si estuviera en su lugar, me haría extirpar esa vesícula.

El señor Lapline suspiró y denegó amargamente con la cabeza.

—No hay nada que hacer —dijo—. Mi mujer no me deja. Su madre falleció precisamente durante una operación de vesícula. Es una verdadera lata.

Se levantó de la silla, dando por concluida aquella conversación.

—Y, por favor, le suplico que tenga bien presente que todo lo concerniente a este asunto, incluso el detalle más nimio, ha de ser de una irreprochable transparencia. Nuestro deber es proteger los intereses de Lady Mary, incluso a su pesar.

Era ésta una frase pensada a propósito para chinchar a Goodenough.

—Por supuesto —dijo éste—. El hecho de que la pobre está como un cencerro no tiene vuelta de hoja. Pero la mitad de mis clientes están medio idos y, hasta el momento, nos las vamos arreglando para mantenerlos fuera de la cárcel y con la cuenta corriente a flote. Pregúntele, si no, a Vera.

Pero su socio pensó que era mejor no hacerlo. La secretaria de Goodenough poseía unos atributos físicos un poquitín demasiado exuberantes para el gusto del señor Lapline, que sospechaba que tales encantos servían para distraer a los inspectores de Hacienda, impidiéndoles concentrarse en los turbios balances de los clientes de su socio. También prefería no especular sobre el posible uso particular que Goodenough pudiera hacer de aquellas redondeces. Volvió a toda prisa a su oficina y se puso a considerar melancólicamente la posibilidad de una intervención quirúrgica.

Aquella misma noche, Goodenough le explicó el problema a Vera.

—Es una vieja cotorra tiquismiquis que ha tenido que pasar el

mal trago de que todas sus ilusiones se hayan venido abajo, y se ha vuelto más amargada aún, si cabe. En cualquier caso, tiene más dinero que pesa, y no sabe qué hacer con él, así que se le ha ocurrido hundir a Porterhouse. Para empezar, le ha puesto la cabeza como un bombo al pobre Lapline, y la dichosa vesícula se le ha enconado de tal manera que se le sale la bilis por las orejas. Le pasa siempre cuando se agobia. Le he prometido que le buscaré los candidatos.

—O sea, que tendré que buscárselos *yo* -dijo Vera al tiempo que se servía otro gin tonic.

—Pues mira, la verdad, he pensado que quizá... —dijo Goodenough poniendo una carita de pena más falsa que Judas.

Vera se repantigó en el sofá.

—Pues voy a necesitar que me des tiempo libre —dijo—. Y gastos pagados.

—Ningún problema. Sangraremos la cuenta de Lady Mary la Vengativa. Eres un ángel.

# 2

Vera no se consideraba precisamente un ángel, pero esta vez se portó bien y sólo estuvo ausente de la oficina un par de semanas, lo cual, sin embargo, no contribuyó en absoluto a elevar la moral del señor Lapline.

—¿Está seguro que sabe usted lo que hace? —le preguntó a Goodenough varias veces, a lo cual éste, indefectiblemente, le respondía que todo estaba controlado. Aunque prefirió, el muy ladino, no especificar *por quién* estaba controlado. Y el señor Lapline optó, a su vez, por no emplearse a fondo en aquellos interrogatorios.

A su debido tiempo, Vera volvió con una lista de veinte profesores que estarían dispuestos a aceptar de buen grado una beca de investigación en Porterhouse. Goodenough estudió la lista con expresión dubitativa.

—No tenía ni idea de que hubiera tantas universidades en este país —dijo—. ¿Y quién es este pollo de Grimsby, especialista en «psicofantasías sádico-anales»? No creo que lo acepten en Porterhouse ni por seis millones.

—No creo que Lady Mary quiera hablar con él tampoco —dijo Vera—, a menos, por supuesto, que esté a favor de empezar a darle a la botella de buena mañana. Por otra parte, ese hombre tiene unas teorías de lo más extremadas.

—¿Y este doctor Lamprey Yeaster, de la Universidad de Bristol? Parece que tiene un curriculum aceptable. Su campo de investigación es la historia de las relaciones industriales en Bradford.

—Yo diría que, a pesar de todo, no es un candidato... demasiado idóneo —dijo Vera—. Es miembro del Frente Nacional. Sus opiniones sobre los inmigrantes dejan mucho que desear.

—No, en ese caso Lady Mary no se acercará a él ni con máscara de gas. En esta lista no hay ningún candidato que le pueda gustar.

—Sí que lo hay, querido mío —dijo Vera—. O mucho me equivoco, o juraría que le gustará el doctor Purefoy Osbert.

Goodenough la miró un poco escamado.

—¿No me estarás diciendo que ya tienes un favorito? ¿Por qué? ¿Qué tiene ese sujeto de especial, aparte del nombre?

—Nada, en realidad, pero hará lo que yo le diga. Échale una ojeada a su lista de publicaciones.

Goodenough echó una ojeada.

—Parece estar obsesionado con las ejecuciones —dijo—, en particular con los ahorcamientos. Tiene un libro titulado *El tirón de cuello final.*

—Es su obra cumbre. No lo he leído, pero me han dicho que es impactante. Se trata de un estudio sobre las ejecuciones en la horca en Inglaterra desde 1891.

—¿Y tú crees que a Lady Mary la Vengativa le va a caer bien semejante individuo, con lo contraria a la pena de muerte que es?

—Y Purefoy también. No tienes ni idea de la cantidad de gente inocente que asegura que ha acabado en el patíbulo. Ése es el principal argumento de su tesis.

—¿Y qué es esto sobre Crippen? *¿La inocencia del doctor Crippen?* Crippen no era inocente, el muy cabrón. Era culpable y bien culpable.

—Pues, según Purefoy —dijo Vera—, lo que pasó en realidad fue que su mujer se suicidó y el doctor, presa del pánico, la enterró en la bodega.

—Sí, pero después de descuartizarla, o hacerla picadillo, o algo así. Ese Purefoy no está en sus cabales. Aunque diría que, precisamente por eso, se entendería a las mil maravillas con Lady Mary. Pero oye, ¿por qué te refieres siempre a él usando su nombre de pila?

Vera sonrió.

—Es que somos primos —dijo.

Goodenough omitió ese detalle en su siguiente conversación con su socio. De hecho, alteró un poco la lista de publicaciones del doctor Osbert. El señor Lapline ya estaba bastante fastidiado con sus achaques para tener que tragarse la inocencia de Crippen y las incidencias de la ejecución de la señora Thompson. Ya tenía suficiente con sus propias tripas.

—La verdad es que no puedo decirle que encuentre en esta lista de candidatos ninguno que me parezca apropiado —dijo—. Y, en particular, este de Grimsby...

—¿No le parece digno de Porterhouse?

El señor Lapline expresó sin ambages su convencimiento de que el interfecto sólo era digno de una celda acolchada. Goodenough se preparó para el siguiente gambito en aquella partida de damas. Tras leer atentamente los comentarios de Lady Mary sobre los Claustrales Mayores de Porterhouse (unos comentarios en los que no había ni una palabra amable), decidió que sería mejor no discutir la posibilidad de la nueva beca con el Tesorero. El Decano (las notas sobre él eran particularmente vitriólicas) y el Tutor Mayor, «una persona de lo más negado, cuya monomanía por el remo sugiere una mente inmadura», claramente desconfiaban del Tesorero, por «estar de acuerdo con Godber en las cuestiones económicas». Había pruebas que corroboraban esta enemistad, las cuales procedían de fuentes independientes; para ser más precisos, se trataba de los informes de

dos detectives privados que Lady Mary contrató para que investigaran la verdad sobre la muerte de su marido. Un informe, redactado por un desgraciado que había tenido que pasar dos meses imposibles trabajando de lavavajillas humano en las cocinas del Colegio (y que de resultas había padecido una enfermedad en la piel debido al poder abrasivo de los productos de limpieza que había tenido que usar durante sus fregoteos), describía al Decano como el verdadero amo de Porterhouse, y al Tutor Mayor como su mano derecha.

—He decidido hacer la oferta a través del Tutor Mayor —le dijo Goodenough a Vera—. Si le fuéramos con el cuento al Tesorero, el Decano lo rechazaría sin más. Se olería la tostada. Olfato le sobra a ese viejo trapisondista para ventear el peligro. Además, según me han dicho, el Tesorero está buscando dinero desesperadamente, hasta debajo de las piedras, así que es más que probable que cuando se entere se ponga de nuestra parte. Se tragarán mejor la píldora si se la da el Tutor Mayor.

De hecho, no hubieran sido necesarios tantos subterfugios. El Decano ya estaba haciendo planes para ausentarse durante un tiempo de Porterhouse. Su intención era encontrar sucesor para Skullion, un sucesor rico, preferiblemente antiguo alumno del Colegio. Al Decano siempre le había caído simpático Skullion, pero, en vista del estado de cuentas de Porterhouse, resultaba imprescindible nombrar a un nuevo Rector, alguien con buenos contactos y una saneada fortuna personal. Al menos, esto era lo que pensaba. Así habían salido del atolladero financiero en que los sumió Lord Fitzherbert. Como era hombre de considerable fortuna, decidieron nombrarlo Rector. Ésta había sido siempre la política de Porterhouse, y el Decano estaba dispuesto a ponerla de nuevo en práctica. La mayor dificultad residía en hallar un medio para librarse de Skullion. Nadie hubiera supuesto que viviría tanto después del paralís, y ahora al Decano sólo le cabía esperar que falleciese tranquila y pacíficamente tras una opípara cena. Tenía ya en mente un menú especial de pato. Skullion adoraba los *canards pressés á la Porterhouse*. Sea como fuere, el Decano había tomado la precaución de visitar al médico del Colegio con la esperanza de que le pudiera proporcionar un diagnóstico desfavorable acerca del estado del actual Rector. Pero al doctor MacKendly le preocupaba más la salud del Decano.

—¿Qué es esta vez? —le preguntó—. ¿La próstata sigue haciéndole jugarretas, como siempre?

—Una posibilidad altamente improbable —dijo el Decano—, si tenemos en cuenta que la glándula que menciona jamás me ha ocasionado el menor problema.

—Bueno, pues ya va siendo hora, a su edad —dijo el médico, que

se enfundó un guante de goma y señaló la camilla—. No se preocupe, que esto no le va a doler nada; si acaso, sentirá una ligera molestia.

—¡Ya lo creo, que no me va a doler! —dijo el Decano, que se aferró a su silla con el trasero decididamente pegado contra el asiento —. No he venido a consultarle sobre mi salud. Quien me preocupa es Skull..., digo, el Rector.

El doctor MacKendly se volvió a sentar detrás de su escritorio, muy desilusionado, pero no se quitó el guante de goma.

—¿Skullion? No puedo decir que me sorprenda. Tanto rato sentado en esa silla de ruedas, meando en una bolsa de plástico... son cosas que, a la larga, acaban por repercutir en la salud. Claro que podríamos operar, pero eso tiene a menudo efectos secundarios. Ya sabe, a veces el paciente luego eyacula a la inversa, en la vejiga urinaria.

—Dudo mucho que Skullion... que el Rector sea aún capaz de eyacular, ni hacia delante ni hacia atrás —dijo el Decano secamente —. Y, además, no necesita ninguna operación, ni de próstata ni de nada. Lo que quiero es su opinión sobre su estado, en general.

El médico asintió con la cabeza. Todavía no se había quitado el guante de goma.

—Su estado, en general, ¿eh? Bueno, ésa es otra historia. Porque a nuestra edad... Uno ya no es un chaval, ¿eh...?

—¡Estamos hablando del Rector Skullion, por el amor de Dios! —le interrumpió el Decano—. De su estado de salud.

—No me diga más —dijo el doctor—. Por desgracia, no es demasiado buena. Tuvo el paralís de Porterhouse, como supongo que ya sabe, una cosa seria. Es un milagro que sobreviviese. Es fuerte como un mulo.

El Decano le lanzó una mirada gélida.

—¿Calificarla sus facultades intelectivas, su capacidad, digamos, para ejercer las obligaciones inherentes a su cargo como Rector del Colegio, con el mismo símil zoológico? —preguntó.

—¡Ah! Ahí me ha pillado, Decano. La verdad sea dicha, yo nunca he sabido qué deberes tiene el Rector, como no sea atiborrarse en el Refectorio y lucir la toga en las funciones oficiales. Aparte de eso, maldita la cosa que conlleva el cargo, que yo sepa. Skullion es prueba fehaciente de ello, ¿no?

El Decano hizo un último esfuerzo por conseguir de su interlocutor una respuesta coherente.

—¿Y cuánto diría que le queda? De vida, quiero decir.

—Pues ahí me ha vuelto a pillar —dijo el médico—. Imposible saberlo. Sólo cuestión de tiempo, supongo, digo yo.

El Decano estaba harto.

—¿Y puede decirme cuándo no?

—¿Cuándo no? ¿Cuándo no qué?

—Cuándo no se trata de una cuestión de tiempo. Desde el día que nacemos, por ejemplo.

Y dejó al doctor MacKendly reflexionando sobre la cuestión; su especialidad eran rodillas de jugadores de rugby, no la metafísica. El Decano bajó la escalera hasta King's Parade y recorrió el camino de vuelta hasta el edificio principal de Porterhouse en un estado de ánimo tormentoso. A su alrededor, los turistas miraban los escaparates de las tiendas, o se arracimaban en grupitos, apoyados contra el murete de la capilla de King's, o fotografiaban el edificio del Senado universitario. El Decano los despreciaba profundamente. Pertenecían a un mundo que siempre había aborrecido.

Dos días más tarde, con la excusa de que tenía que visitar a un pariente lejano que estaba enfermo en Gales, el Decano salió en busca de un nuevo Rector para Porterhouse. Algo en su interior le apremiaba. Había que darse prisa. Era sólo una intuición, un pellizco en el estómago, pero esa sensación rara vez le había engañado.

Los pellizcos que sentía el señor Lapline en el estómago eran ahora tan intensos que hubieron de pasar dos semanas antes de que Goodenough tuviera un momento libre, ahora que también debía ocuparse de los casos de su socio, para acercarse a Cambridge a comer con el Tutor Mayor en el Garden House Hotel, en una mesa con vistas al río Cam.

—Le hubiera invitado a mi club, en Londres, pero se pone imposible de gente últimamente. Aquí podremos hablar más en privado. Además, es siempre un placer venir a Cambridge, y estoy seguro de que usted es un hombre muy ocupado. Espero que no le importe comer aquí, en vez de hacerlo en Porterhouse.

Al Tutor Mayor no le importaba en absoluto. Muy al contrario. Había oído grandes elogios acerca de la cocina del Garden House, y el almuerzo de los miércoles en el Refectorio tendía a ser algo frugal para su gusto. Aceptó una más que generosa ginebra y estudió el menú en tanto que Goodenough peroraba sobre su sobrino, que pertenecía al Leander Club, sobre sus remotos días en Oxford, en el Magdalen, y, en general, sobre una porción de cosas del todo ajenas a la materia que había ido a tratar. Hasta que persuadió al Tutor Mayor para que se tomara otra ginebra más que generosa, embotó sus sentidos con una considerable ración de paté, un excelente filete de ternera y una botella y media de chambertin, y se dispusieron a tomar el café y el chartreuse, Goodenough no atacó el asunto de la beca. Y lo hizo fingiendo cierto azoramiento, como si no supiera por dónde empezar.

—El caso es que un cliente nuestro, que desea permanecer en el anonimato, nos ha pedido que tanteemos la opinión del Claustro del

Colegio sobre la posibilidad de crear una nueva beca de investigación en Porterhouse para posgraduados. Y, francamente, conociendo como conozco su reputación de hombre discreto, he pensado que una charla tranquila con usted sobre la materia sería la mejor manera de abordar el asunto.

Hizo una pausa para que el Tutor Mayor escogiera un habano a fin de acompañar su chartreuse.

—Los fondos con que cubrir el salario del nuevo becario los proporcionaría, naturalmente, nuestro cliente. La donación al Colegio sería del orden de siete cifras.

Hizo otra pausa, esta vez para que el Tutor Mayor tuviera tiempo de calcular que siete cifras hacen un millón.

—De hecho, nuestra... digo, nuestro cliente ha mencionado exactamente la cifra de seis millones de libras esterlinas, con la posibilidad de un legado adicional en su testamento.

—¿Seis millones? ¿Ha dicho seis millones? —preguntó el Tutor Mayor casi sin aliento. De no haber sido por el banquete, el chambertin y el Partagás, habría sospechado que se trataba de una broma de mal gusto. Nadie había ofrecido jamás al Colegio una suma tan considerable.

—Pues sí, seis millones, por lo menos, sí —dijo Goodenough, a quien no le pasó por alto el aturdimiento del Tutor Mayor. Y, aprovechándose de ello, añadió—: Pero a condición de que esta donación no se haga pública. Debo reconocer que nuestro cliente es una persona excéntrica, obsesionada por mantener el anonimato y preservar su intimidad. He de hacer hincapié en este punto, que resulta del todo esencial.

Por un segundo, le pasó por la mente dejar caer que aquel misterioso cliente pudiera ser un Getty. Pero se lo pensó mejor.

—¿Ha oído hablar de la familia Getty?

—Sí —dijo el Tutor Mayor con un murmullo apenas audible.

—Pues, por desgracia, mi cliente no posee una fortuna tan elevada, pero es, de todas formas, una... —¡maldito chartreuse!— persona de considerables medios.

—Por fuerza ha de serlo —murmuró el Tutor Mayor, que aspiró el humo del habano demasiado deprisa, con resultados calamitosos.

Cuando se le apaciguó el ataque de tos, Goodenough continuó con su relato.

—Le cuento todo esto, naturalmente, en la más estricta confidencialidad, me fío de su discreción. Es de lo más esencial que nada de lo que le he dicho trascienda. Su influencia en Porterhouse es bien sabida, y estoy seguro de que con su apoyo...

Aquellas untuosas palabras, siempre de efecto infalible, penetraron en los recovecos de la embotada mente del Tutor Mayor.

Al cliente le preocupaba en particular el Tesorero, cuya reputación no era tan… bueno, a decir verdad, tenía fama de lengüilargo, por lo que había que evitar consultar con él sobre aquello, pero si el Tutor Mayor pudiera confirmarle que la donación sería aceptada (el Tutor Mayor podía, y lo hizo), y que el nuevo becario sería bien acogido en el Colegio (el Tutor Mayor no tenía la menor duda sobre ello), el acuerdo podría considerarse concluido, y el cliente procedería a hacer efectiva la donación. Una carta conteniendo los términos del trato sería enviada al Tutor Mayor a la mayor prontitud, y él se ocuparía de hacer los necesarios trámites, posiblemente a través del Consejo del Colegio, y de confirmar luego su decisión por escrito. Cuando Goodenough terminó de hablar, el Tutor Mayor era presa de una evidente euforia. Goodenough le llevó en taxi de vuelta a Porterhouse, y después tomó el tren a Londres.

—¿Qué dice que hizo? —preguntó el señor Lapline al día siguiente.

—Se tragó el anzuelo —dijo Goodenough.

—¿Que se tragó el anzuelo? ¿Está seguro?

El señor Lapline no podía imaginar que ninguno de los Claustrales Mayores de Porterhouse pudiera tragarse otra cosa que un buen consomé. Por lo que pudo ver del Decano y del Tutor Mayor cuando los conoció durante la investigación tras la muerte de Sir Godber Evans, eran de los que muerden, pero no de los que tragan.

—Como se lo digo —le aseguró Goodenough—. Se ha tragado el anzuelo, el hilo y la caña, y una botella de un borgoña excelente, él sólito, y un filetón de ternera poco hecho, para ser más exactos…

—Por lo que más quiera, Goodenough, no me hable de comida. Si supiera lo que me está haciendo padecer mi estómago…

—Ya, ya. Perdone. Lo que trato de decirle es que no tiene de qué preocuparse. No vamos a perder la cuenta de Lady Mary. Le aseguro que encontrará en nuestra lista al candidato ideal que busca, y Porterhouse lo acogerá con los brazos abiertos. Ahora bien, que cuando lo conozcan un poco les guste el elegido o no, es otro cantar. Pero no es problema nuestro, ¿no le parece?

Sin embargo, el señor Lapline seguía siendo pesimista.

—¡Ojalá tuviera tanta seguridad en mí mismo! ¡Quiera Dios que esa pobre loca no acabe escogiendo a ese guarro sádico-anal de la Universidad de Grimsby! ¡Con un curriculum como el suyo, debería estar entre rejas!

Durante las semanas siguientes, la firma Lapline & Goodenough se reintegró a su respetable rutina habitual. La vesícula biliar del señor Lapline se portó un poco mejor, y Lady Mary recibió una lista de

candidatos que incluía sus publicaciones científicas y méritos personales. Ahora era cosa suya el entrevistarse con ellos. Goodenough se negó en redondo a intervenir en este aspecto del proyecto.

—Por nada del mundo me atrevería a involucrar al bufete en una cosa así —dijo—. ¡Ni que fuéramos una agencia de colocaciones! En cualquier caso, todavía hemos de recibir la confirmación del contrato por parte de Porterhouse, y por escrito, aunque el Tutor Mayor me mandó una tarjeta agradeciéndome la comida y asegurándome que la beca se aprobaría como decidimos.

Sea como fuere, a Goodenough le había picado la curiosidad tras leer *El tirón de cuello final.* Incluso para un hombre con una sensibilidad tan endurecida como la suya, el libro de Purefoy Osbert resultaba intensamente turbador. Dos noches enteras se había quedado leyendo hasta tarde en la cama, subyugado a su pesar por las consecuencias anatómicas y los detalles técnicos de aquellos ahorcamientos con los que el doctor Osbert parecía tan familiarizado.

—¿Estás segura de que a tu primo no le falta ningún tornillo? —le preguntó a Vera—. Ese libro suyo de los demonios parece escrito por un sadomasoquista de tomo y lomo.

—¡Mira que eres antiguo! Purefoy no es, ni mucho menos, como te imaginas. Lo que pasa es que el pobre está muy entregado a la causa de la justicia social.

—Pues yo juraría que no —murmuró Goodenough.

No le había gustado nada aquel «pobre» referido a un individuo que describía con tal lujo de detalles los efectos de un tirón de cuello demasiado corto o demasiado largo en víctimas demasiado bajas y gordas o demasiado altas y flacas. Pero daba también pruebas —y no podía dudarse de la exactitud de los datos aportados por el doctor Osbert— de que desde la abolición de la pena capital un número importante de personas condenadas a cadena perpetua por asesinato habían sido más tarde declaradas inocentes. De esas inexorables estadísticas se deducía que, por fuerza, una proporción considerable de los ajusticiados antes de la abolición de la pena de muerte debían haber sido también inocentes. El abogado que dormía en la conciencia de Goodenough encontraba esta conclusión de lo más perturbadora. Y se preguntó cómo les sentaría aquello al Decano y al Tutor Mayor.

—Supongo que no importa mucho lo que ocurra después que tome posesión de su beca —le dijo a Vera—, De todos modos, ya los veo enzarzados en virulentas disquisiciones bizantinas.

—En las que Purefoy tiene todas las de ganar —dijo Vera—, porque le obsesionan los hechos, las pruebas y los datos.

—No es lo único que le obsesiona, me parece. Por cierto: no es un hecho probado que Crippen no asesinara a su mujer. Es una

presunción. Una falsa presunción de inocencia.

Pero Vera no tenía ganas de discutir.

—Purefoy es un sabio, un verdadero erudito. Ya lo verás cuando lo conozcas.

—No tengo la menor intención de hacerlo —dijo Goodenough.

Y Lady Mary, al parecer, tampoco. La tensión de las entrevistas con los seleccionados de la lista para la beca de investigación Sir Godber Evans acabó afectando a su delicada salud. Siempre había sido bastante pudibunda, y su encuentro con el pirado de las fantasías psico-erótico-anales de la Universidad de Grimsby la había alterado notablemente. Debido a un molesto ataque de ciática, tuvo que mantener aquella entrevista echada en una tumbona, y, para colmo de males, el doctor MacKerbie apestaba a cerveza y a whisky. Para ser más exactos, estaba ya borracho como una cuba a las diez de la mañana y, evidentemente, interpretó que Lady Mary, despatarrada en la tumbona, le esperaba deseosa de compartir sus fantasías psicosexuales, e incluso dispuesta a experimentar el erotismo anal. El ama de llaves la rescató en el último momento, alertada por sus gritos, por más que el estado del doctor MacKerbie no le hubiera permitido consumar sus propósitos, pues dada su ebriedad el mero acto de bajarse la cremallera de los pantalones conllevaba dificultades insalvables.

Después de aquella entrevista de pesadilla, Lady Mary recibió a los siguientes candidatos sentada detrás de un imponente escritorio con una grabadora en marcha bien a la vista y el marido del ama de llaves en una esquina de la habitación, para mayor seguridad.

La entrevista con el doctor Lamprey Yeaster empezó bien. Al menos, el historiador estaba sobrio, y sus conocimientos sobre la historia de las relaciones industriales en Bradford antes de la guerra eran impresionantes. Y también eran impresionantes, aunque en un sentido completamente opuesto, sus opiniones sobre la política de inmigración en la posguerra y las consecuencias de permitir la entrada en el país a cientos de miles de negros y de paquistaníes. Lady Mary Evans lo despidió con cajas destempladas a los veinte minutos, y tuvo que echarse de nuevo en la tumbona, pero esta vez con síntomas de agotamiento nervioso.

Los seis candidatos siguientes tampoco la satisficieron, pues el único que no parecía estar mal del todo a primera vista le dijo que había cambiado de opinión y no se le ocurriría acercarse a Porterhouse, porque allí eran todos unos esnobs de mierda; además, él estaba de maravilla en la Universidad de Strathclyde investigando sobre la patología de la patata, y Cambridge no tenía nada nuevo que ofrecerle. La entrevista siguiente, con un viviseccionista de Southampton, por poco le hizo tirar la toalla definitivamente, después

de tener que escuchar el relato, de un detallismo repugnante, de sus experimentos con crías de gato. Pero prevaleció el sentido del deber de la anciana dama. Telefoneó al señor Lapline, pero la pusieron con Goodenough.

—Ya comprendo su problema —le respondió cuando se ella quejó amargamente de la calidad de los candidatos al puesto y quiso saber por qué le habían enviado a un individuo cuya vocación era torturar felinos, a ella, que quería tanto a sus gatitos…—. Comprendo, Lady Mary, comprendo, de verdad, pero el quid de la cuestión es que Porterhouse goza de la reputación de ser un lugar ominoso, como, sin duda, usted ya sabe, y…

Lady Mary le respondió secamente que, teniendo en cuenta que su marido había sido Rector de Porterhouse y pereció asesinado allí, era más que evidente que sabía por propia experiencia que el Colegio gozaba de la reputación de ser un lugar ominoso. Y luego le preguntó qué demonios tenía que ver eso con el hecho de que le hubieran endosado una caterva de dementes.

—El caso es —dijo Goodenough— que resulta extremadamente dificultoso encontrar eruditos serios que quieran siquiera acercarse al Colegio.

—Hasta ahora, de erudito, ni uno. Ese hombre horrible de la Universidad de Bristol que quería mandar a todas las personas de color de vuelta a países de los que ni siquiera habían venido…

—¿Se refiere al doctor Lamprey Yeaster? No tenía ni idea de que sus tendencias políticas fueran tan execrables. Mi deber era…

—Su deber, como usted dice, a partir de ahora va a ser seleccionar a los candidatos personalmente. Estoy delicada de salud, y me niego terminantemente a tener que recibir en mi casa a personas medio locas o repulsivas. ¿Está claro? Y, por cierto, ¿por qué se inmiscuye usted en este asunto? Siempre he tratado de esto directamente con el señor Lapline.

Goodenough suspiró audiblemente.

—Por desgracia, el señor Lapline se encuentra en estos momentos sometido a tratamiento médico. Cosa de vesícula. Un mal transitorio, pero muy doloroso, según tengo entendido. Entre tanto, permítame asegurarle que haré todo cuanto sea necesario…

Colgó y le dijo a Vera por el interfono:

—Bueno, esto simplifica las cosas. Ya le puedes decir a Purefoy que la beca es suya. Lady Mary no quiere ver a nadie más. Supongo que no tendré más remedio que conocer a tu primo.

# 3

En la Universidad de Kloone, la noticia de que le había sido concedida la beca de investigación Sir Godber Evans en Porterhouse dejó a Purefoy Osbert un tanto confuso. Por una parte, estaba de maravilla en Kloone, donde había estudiado y escrito posteriormente su tesis doctoral, *El crimen del castigo,* sobre las injusticias del sistema judicial británico. Por otra parte, sin embargo, no le cabía la menor duda de que también estaría de maravilla en Cambridge. Y el traslado tendría sus ventajas. La Biblioteca de la Universidad albergaba muchos más volúmenes que la de Kloone, y, en opinión de Purefoy, era en las bibliotecas donde realmente se podían obtener datos y hechos. Los hechos eran esenciales para él. Y el mundo de la palabra escrita le proporcionaba una tangible corporeidad cotejable y clasificable de la cual carecía la vida real. Como un perro raposero en una batida de caza intelectual, Purefoy olisqueaba entre los legajos, con la nariz pegada a los documentos, acumulando información, confiado en la naturaleza inalterable de los hechos probados y de sus propias conclusiones basadas en ellos. Teorías y hechos le protegían del galimatías ininteligible del mundo real. Y le ayudaban, también, a sobreponerse a la influencia que había ejercido sobre él la caótica incongruencia de las opiniones de su difunto padre.

El reverendo Osbert había sido hombre de ideas eclécticas. Educado en la fe presbiteriana, se convirtió en la adolescencia al metodismo, luego al unitarismo, y más tarde a la ciencia cristiana, para finalmente, tras una férvida lectura de la *Apología* de Newman, encontrar asilo espiritual en la Iglesia de Roma. Esta vuelta al redil vaticano no duró mucho, aunque proporcionó a Purefoy su nombre de pila. De ahí a un pacifismo universal de raíz tolstoiana, y a los ocasionales escarceos budistas, había sólo un paso. Y el reverendo Osbert era un padre de piernas muy largas. En otras palabras, Purefoy pasó su infancia en un tiovivo de metafísicas cambiantes y opiniones inciertas. Por la mañana se iba a la escuela pensando que su padre creía en un solo Dios, y para cuando volvía a casa, a media tarde, su progenitor ya se había entregado al más obcecado ateísmo.

La señora Osbert, en cambio, era una mujer con los pies en el suelo. Mientras su marido pagara las facturas (lo cual se hacía con las rentas mensuales que devengaban unas casitas heredadas por el reverendo y alquiladas a personas de toda confianza) y la familia pudiera vivir con holgura, no le importaba en lo más mínimo en qué creyera su esposo o con qué frecuencia cambiara de confesión.

—Atente a los hechos —solía decirle al reverendo cuando se

embarcaba en alguna de sus frecuentes digresiones.

—El problema con tu padre —le decía a menudo a Purefoy cuando era niño— es que nunca está seguro de nada. Nunca sabe en qué creer. Si pudiera encontrar una fe sólida en algo, seríamos todos mucho más felices. Tenlo bien presente, hijo, no vayas a seguir su ejemplo.

Y, como no quería seguir el ejemplo de su padre (quien había fallecido de un modo atroz a la vuelta de un viaje de peregrinación a un santuario budista en Ceilán, tras cometer el error de tratar de ganarse las simpatías de un perro rabioso), Purefoy nunca olvidó aquellas palabras.

—Ya decía yo que llegaría lejos —le dijo pesarosa su madre después del entierro—. Y tan lejos... Ceilán, nada menos. Iba en busca de la vía de la santidad. Y, en cambio, ya ves... En fin, qué le vamos a hacer. Tú atente sólo a los hechos, y así no tendrás disgustos.

Purefoy había hecho todo lo posible por seguir este consejo. Por desgracia, había heredado de su padre la tendencia a buscar la verdad en el fondo de conceptos abstractos. En la Universidad de Kloone le afectó profundamente la tutoría del profesor Walden Yapp, que años atrás había sido encarcelado injustamente por homicidio. El relato de las experiencias carcelarias de su tutor y del trauma psicológico derivado del convencimiento de su propia inocencia fue la causa de que Purefoy escogiera aquel tema para su tesis. La inocencia del profesor Yapp no podía ponerse en duda. Si la pena capital hubiera estado todavía vigente cuando fue sentenciado, era evidente que aquel hombre intachable habría acabado colgando de una soga.

—Por propia experiencia, puedo asegurar con absoluta certeza que otros hombres, tan inocentes como yo, terminaron sus días en el patíbulo.

Tal afirmación del profesor Yapp inspiró a Purefoy durante los cinco largos años que dedicó a la investigación tras completar su tesis, los cuales culminaron en su siguiente libro, *El tirón de cuello final,* dedicado, en prueba de gratitud, a su tutor, y fue también la fuerza inspiradora de los estudios que realizó a continuación sobre las víctimas inocentes del sistema judicial y los efectos embrutecedores de la cárcel tanto en los internos como en sus guardianes, destinados a escribir una magna obra que pensaba titular *Justos por pecadores.* Era un libro que, esperaba Purefoy, pondría fin de una vez por todas al pernicioso, medieval y generalizado convencimiento de que el delito debe ser castigado. E incluso iba más allá: no comulgaba con la teoría del profesor Yapp de que el robo, el asesinato, otras actividades delictivas son consecuencia de la pobreza y la marginación social. Purefoy culpaba a la propia ley de la existencia del delito. Como no se cansaba de repetir a sus alumnos: «El delito es consecuencia del

sistema legal represivo establecido para extirpar el mal que este mismo sistema provoca en el seno de la sociedad. Al definir lo que es ilegal, nos aseguramos de que la ley será infringida.» Estas ideas, como es natural, eran aceptadas favorablemente por sus alumnos y tenían, además, el mérito de provocar virulentas discusiones entre los más despiertos e incluso, a veces, de hacerles reflexionar un poco. Esto era un logro notable en Kloone, y acrecentó la ya considerable reputación de que el doctor Osbert gozaba allí. Pero él, en realidad, prefería pasar la mayor parte de su tiempo en las bibliotecas o los archivos, hurgando en caja tras caja de documentos, en busca de la información que le era tan preciosa.

Pero si sus padres habían tenido profunda influencia en su vida, no fue menor la que ejerció sobre él su prima Vera. Desde los lejanos tiempos del parvulario, había hecho siempre lo que ella quería. Vera le llevaba cinco años, y, como era una muchacha bondadosa, y un tanto calentorra, no tuvo inconveniente en enseñarle de dónde vienen los niños. Desde aquel momento de revelación adolescente, Purefoy se había sentido ligado, aunque de forma un poco ambigua, a Vera. Se había pasado las horas muertas pensando en su prima, e incluso había llegado a convencerse de que estaba enamorado. Pero ella había seguido su camino, y Purefoy se había entregado a la búsqueda de hechos menos inciertos. Hasta muchos años después, cuando conoció a Madame Ma'Ndangas, no supo lo que es el amor de verdad.

Una tarde, creyendo que iba a escuchar a una autoridad en la reforma del sistema carcelario de Sierra Leona, se encontró sentado en primera fila en una clase nocturna en la que Madame Ma'Ndangas peroraba sobre infertilidad masculina y técnicas masturbatorias. La clase estaba hasta los topes. Y si bien Purefoy había aprendido algunas de las verdades de la vida gracias a su prima, Madame Ma'Ndangas le enseñó muchísimo más. En particular, estuvo fascinante cuando se extendió acerca del *coitus interruptus* y los medios para evitar la *ejaculatio praecox*. Y, sobre todo, era una mujer que quitaba el hipo. No era sólo su belleza física lo que le atraía, sin embargo, sino también su belleza interior, la belleza de aquel cerebro privilegiado. En un curioso inglés macarrónico, completamente innecesario, a su entender, aquel dechado de virtudes se explayaba hablando acerca de la estimulación clitoridiana y la felación con una seguridad en sus poderes oratorios y un lujo de detalles que le dejaron casi mudo de admiración. Y de deseo. Al cabo de aquella primera hora de educación sexual, supo que la quería. Y cuando a la semana siguiente volvió a sentarse en el mismo sitio y contempló lleno de adoración aquellos espléndidos ojos y aquellos labios tan llenos, mientras ella mostraba unas diapositivas francamente repulsivas sobre los efectos de la ablación del clítoris en unas maduras mujeres africanas, supo que la

amaba sin remisión. Así que acabó la clase, la abordó y empezó a cortejarla.

Por desgracia para Purefoy, Madame Ma'Ndangas, aunque sentía simpatía por él, no le correspondió como esperaba. Su primer matrimonio en Kampala no había sido del todo feliz. El descubrimiento de que el señor Ma'Ndangas tenía ya tres esposas, y que había sido precisamente la primera la que le sugirió que se volviera a casar, arruinó un pelín su luna de miel. A pesar de todo, ella le había amado a su manera, y sintió sinceramente su desaparición (se rumoreaba que había ido a parar al frigorífico del general Idi Amin). El hecho de que no encontraran allí sus restos cuando el dictador fue derrocado y hubo de huir a la Arabia Saudí no atemperó las sospechas de la ya oficialmente viuda. Para entonces ya había dejado Uganda para afincarse en Inglaterra, decidida a iniciar una nueva carrera en la educación universitaria. A los pocos meses de llegar a Kloone, ya era famosa por declarar abiertamente en las fiestas a las que acudía que su Johnny, su vara, su consolador, había formado parte con toda seguridad de «la merienda de ese negro de mierda de Idi Amin». Usar tal lenguaje para referirse a una persona de otra raza era algo nunca visto en Kloone. Pero, a decir verdad, nadie podía censurar a Madame Ma'Ndangas. Si había una persona en el mundo que tuviera derecho a expresarse de aquella manera y a decir las mil pestes del hombre que había cercenado (y digerido) a su vara, su consolador, era ella. Había estado allí, en Uganda, donde sufrió enormemente. El hecho de que fuera una mujer tan atractiva, y que supiera tanto sobre las prácticas sexuales en el continente africano —y, al parecer, en el resto del mundo conocido—, contribuyó no poco a hacerla popular en la Universidad. Y, además, era una mujer muy pragmática.

—Tú decir que amas a mí, esto es muy bien —le dijo en cierta ocasión con aquel inglés tan peculiar que Purefoy encontraba irresistiblemente erótico—. Tú no ganar dinero bastante para dos y luego hijos también. Tú no ambicioso, Purefoy. No dinero, no ambicioso, no Madame Ma'Ndangas.

—Pero Ingrid, tú sabes que... —empezó Purefoy.

—Y no llamar ese nombre. No gusta. Yo Madame Ma'Ndangas. Diferente.

—¡Y que lo digas! ¡Eres única! —dijo Purefoy—. Pero un día u otro me darán una cátedra, y entonces...

—Un día u otro demasiado tarde —dijo Madame Ma'Ndangas, tajante—. Yo no tener hijos entonces. Pausa.

—¿Pausa? —preguntó Purefoy, confuso.

—Manopausa. No saber por qué llamar manopausa. Ahora tener pausa una vez cada mes. Pero después de manopausa, ya no haber

más pausa. No hijos. Yo querer hombre de verdad. Ambición. Dinero. No culo en silla día entero leyendo libros. Cosas importantes. Tener ambición.

Purefoy salía de estas discusiones estériles completamente descorazonado, pero seguía asistiendo a las clases nocturnas y presenciando, en un éxtasis agónico, sus demostraciones del uso del condón extrafuerte como medio para retrasar el orgasmo masculino. Al verla un día deslizar aquella goma sobre el falo de escayola con sus largos y vibrantes dedos, y luego acariciar el escroto, se quedó hecho una sopa y muy desmarrido, y se dio a los demonios por no haber tomado la precaución de ir a clase con un condón puesto. A la siguiente semana acudió debidamente preparado, pero se encontró con que la clase era teórica y versaba únicamente sobre la historia de las objeciones médicas y religiosas al llamado vicio solitario. No hubo ninguna de aquellas demostraciones prácticas que habrían hecho útil al condón, y éste, en vez de evitarle a Purefoy Osbert una vergüenza, fue la causa de un oprobio aún mayor. Sus esfuerzos por evitar que se le escurriera pierna abajo atrajeron la atención de las mujeres sentadas a su lado, tan aburridas como él por el monótono recitado de las objeciones históricas a la masturbación. Los espasmódicos meneos de Purefoy eran bastante más entretenidos. Purefoy sonrió con timidez a la mujer que estaba sentada a su derecha, quien interpretó ese gesto equivocadamente.

—¿Es que no se puede aguantar hasta que acabe la clase? —le preguntó en un murmullo que se oyó hasta el fondo del aula.

El pobre Purefoy se pasó el resto de la clase mirando fijamente a Madame Ma'Ndangas, tieso como un palo, sin apenas atreverse a pestañear. Pero, al final de la lección, se tuvo que levantar.

—Usted primero —dijo la mujer sentada a su izquierda. La que estuvo sentada a su derecha ya había salido pitando.

—No, por favor, usted primero —dijo Purefoy al tiempo que se apretaba contra su asiento para dejarla pasar.

La mujer denegó con la cabeza. No tenía la menor intención de pasar rozando a un individuo que había manifestado hacía unos momentos un interés tan intenso y espasmódico por su entrepierna. Y aquella sonrisita tampoco le había gustado ni pizca.

—Mire —le dijo, un tanto bruscamente—, pase usted primero, y tengamos la fiesta en paz, hágame el favor.

Purefoy no quería hacerle ningún favor a aquella mujer, pero ocurrió. Y, claro, después pasó lo que tenía que pasar. Por un instante, el condón se le quedó pegado al muslo, pero sólo por un instante. Justo cuando estaba dando el primer paso en dirección a la salida, se le deslizó por la pernera del pantalón y quedó plantado en la punta de su zapato derecho. Purefoy trató de librarse de él con una discreta

patadita, pero de nuevo sus movimientos resultaron demasiado peculiares para pasar inadvertidos. Consciente de ser objeto de la rechifla general, se lanzó a la carrera por el pasillo y acabó escondido en el relativo anonimato del aparcamiento, donde por fin pudo deshacerse del cuerpo del delito en privado. Después de aquello, Purefoy abandonó el método del preservativo: ponía manos a la obra antes de ir a las clases de Madame Ma'Ndangas.

Fue a poco de esto, y tras varios intentos infructuosos más de que Madame Ma'Ndangas accediera, si no a ser su esposa, al menos a acostarse con él, cuando Purefoy recibió una llamada telefónica de su prima Vera a propósito de la beca de investigación en Porterhouse. Al principio la oferta no le interesó.

—Aquí estoy muy contento, y no veo la necesidad de irme a Cambridge. Además, ¿por qué me iba a dar nadie una beca en Porterhouse, así, por las buenas? Para eso hay que rellenar mil papeles y mandar tu curriculum, especificar tu especialidad y...

—Purefoy, cielo, sé muy bien que hay que rellenar mil papeles. Ya nos hemos ocupado de eso, y tu candidatura está prácticamente aceptada.

—No puede ser. Yo no me he presentado.

—Pero yo sí —dijo Vera en tono melifluo—. Que te he presentado yo, quiero decir.

—Pero mujer, ¡a quién se le ocurre! No puedes ir por ahí rellenando instancias en nombre de otras personas. Primero hay que pedirles permiso, y, además, ¿qué sabes tú de mis publicaciones y mi curriculum? No tienes ni idea de lo que estoy investigando en la actualidad.

—¡Pues claro que sí! Me lo ha pasado todo la secretaria de tu departamento, que es un encanto.

—¿Qué? —gritó Purefoy, alarmado e indignado a partes iguales —. No tiene ningún derecho a proporcionar información confidencial así como así. Voy a armar un escándalo que...

—Tú lo has dicho, un escándalo. Ya lo creo que sí —le interrumpió Vera—. Vas a armar una escandalera en Porterhouse, ya lo verás. Te lo digo yo.

—Ni lo sueñes —dijo Purefoy—. Lo que quiero que me digas es por qué la señorita Pitch te pasó copia de mi curriculum. No se puede ir por ahí revelando información confidencial al primero que pasa, como si nada...

—¡Venga, hombre, no te pongas pesado! Soy prima tuya, por si no lo recuerdas, y me sé tu vida de memoria. Y, además, está todo en el ordenador central de la Universidad, y como tengo tu código de entrada, me colé y saqué una copia.

—¿Mi código de entrada? ¡No puede ser! Eso no lo sabe ni siquiera la señorita Pitch.

—Ella no, pero yo sí.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Purefoy.

Vera dejó escapar una risita maliciosa.

—Purefoy, cielo, eres como un libro abierto. Tu código personal es CERTEZA. Sabia que tenía que ser algo por el estilo. Estás obsesionado con eso.

Purefoy Osbert gruñó por lo bajinis. Vera siempre le había pasado la mano por la cara.

—Pues lo voy a cambiar —dijo—. Y, ciertamente, no pienso ni acercarme a Porterhouse. Tiene una reputación pésima, de esnobismo y cosas peores.

—Que es, precisamente, por lo que se te ofrece ahora un puesto en Porterhouse. Para cambiar las cosas y mejorarlas —dijo Vera—. Lo que necesitan allí es un hombre serio y estudioso que investigue y produzca trabajos de entidad y de prestigio, y ese hombre vas a ser tú. Tendrás un sueldo tres veces mayor que el que te pagan en Kloone, y estarás libre de la obligación de dar clases, así que tendrás todo el tiempo del mundo para dedicarte a investigar.

Hubo un silencio significativo. Aquel mismo día Purefoy había tenido que soportar una reunión extremadamente soporífera del Comité de Finanzas, durante la cual se discutió la posibilidad de un recorte de gastos que tal vez implicara la congelación de los salarios del personal docente. Y, más tarde, un seminario sobre Bentham con varios estudiantes que estaban convencidos de que prisiones construidas como la de Dartmoor, según el principio panóptico, eran las más apropiadas para convictos de asesinato o violación, en vez del modelo más moderno de prisión abierta por el que abogaba Purefoy. Algunos de ellos habían llegado incluso a insinuar que había que castrar a los pedófilos y ejecutar a los asesinos en la plaza pública. A Purefoy aquel seminario le había puesto los pelos de punta, en especial la forma en que los estudiantes más llenos de prejuicios habían rehusado dejarse convencer por los hechos que les había presentado. Y ahora, de repente, le ofrecían una beca de investigación que le liberaría de dar clases y con un salario que seguramente satisfaría a Madame Ma'Ndangas.

—¿Estás segura de lo que me dices? —preguntó, desconfiado—. Esto no será una broma, ¿no?

—¿Te he engañado alguna vez, Purefoy?

Purefoy dudaba.

—Pues no sé... supongo que no... Sea como fuere, me has hablado de un sueldo...

—De casi sesenta mil libras al año, que es bastante más de lo que

gana cualquier catedrático. Dame tu número de fax, y te enviaré una copia de la carta del bufete Lapline & Goodenough que te hemos mandado, y que supongo que recibirás mañana o pasado.

—Pero ése es el bufete en el que tú trabajas —dijo Purefoy.

—Y por eso sé que te han ofrecido la beca —dijo Vera. Y después de que, finalmente, le diera su número de fax, colgó.

Diez minutos más tarde, Purefoy Osbert leyó, casi sin dar crédito a sus ojos, la carta más extraordinaria que había recibido en su vida. Estaba escrita en papel con membrete de la firma Lapline & Goodenough, Abogados, y firmada por el mismísimo Goodenough, y aunque se trataba sólo de una copia enviada por fax, no cabía duda de su autenticidad. Purefoy ponderó detenidamente las condiciones del contrato: «En calidad de titular de la beca de investigación Sir Godber Evans, su obligación consistirá en establecer los hechos y eventos de la vida personal y profesional del difunto Sir Godber con vistas a la posible publicación de una biografía. Fue Rector de Porterhouse durante un período muy breve, que terminó con su fallecimiento…»

Purefoy Osbert siguió leyendo, intentando descubrir el truco o el engaño detrás de todo aquel asunto. Pero no parecía haber trampa ni cartón. Podría dedicar todo el tiempo que quisiera a sus propios proyectos de investigación, e incluso podría, si así lo deseaba, dar clases en cualquier otro colegio de la Universidad de Cambridge, sin tener que restringirse a Porterhouse. Sus emolumentos (55.000 libras anuales) estaban garantizados por un fondo establecido por el patrocinador de la beca, que prefería permanecer en el anonimato. En pocas palabras, le estaban ofreciendo un verdadero enchufe en Cambridge, pues, a lo que parecía, no tenía contrapartidas, ni compromisos, ni letra pequeña. Al doctor Osbert le intrigó en especial el énfasis que se ponía en la carta acerca del respeto que aquel anónimo patrocinador tenía por sus métodos de investigación. Purefoy pasó la tarde en un estado de euforia desbordada, e incluso estuvo tentado de ir a visitar a Madame Ma'Ndangas para ponerla al corriente de tan asombrosas novedades. Pero no lo hizo. Todavía sospechaba que pudiera tratarse de una especie de refinada tomadura de pelo. Pero si al final resultaba ser verdad, ella ya no tendría por qué seguir hablando de su falta de dinero o de ambición. ¡Ya le enseñaría si era o no un hombre de verdad!

# 4

En Porterhouse, entretanto, se estaban retrasando algo las cosas. La insistencia de Goodenough en que no había por qué darle publicidad al asunto, y los elogios desmesurados a su reputación de discreto, habían colocado al Tutor Mayor en un verdadero dilema. Por una parte, no podía discutir la propuesta de la beca con el Tesorero porque éste no era, en opinión de Goodenough (que el Tutor Mayor compartía plenamente), digno de confianza, y, por otra parte, el Decano estaba fuera de Cambridge, supuestamente visitando a un pariente enfermo en Gales. Y sin la presencia del Decano en el Consejo del Colegio, no se podían aprobar decisiones de ningún género. El Rector no ratificaría nunca la nueva beca sin la aquiescencia del Decano, porque si bien Skullion había recuperado el habla y algo de movilidad, nunca había perdido el sentido del respeto y de la deferencia debidos, en particular hacia el Decano, que le había inculcado su empleo de Portero Mayor del Colegio durante cuarenta y cinco años. Y además, el Tutor Mayor tendía a seguir las opiniones del Decano. Nunca habían congeniado, e incluso en ocasiones habían llegado a enemistarse gravemente, hasta el punto de retirarse el saludo, pero juntos habían conseguido evitar que Porterhouse siguiera el ejemplo de los demás colegios de la Universidad de Cambridge. O, para ser más exactos, juntos habían entorpecido los avances del progreso de manera que las antiguas tradiciones prevalecieran siempre después de lavarles la cara a las instituciones del Colegio con un mero barniz de modernidad. Por ejemplo, tras largas discusiones, el Consejo del Colegio accedió finalmente a admitir estudiantes de sexo femenino, aunque una cláusula presentada por el Tutor Menor aseguraba que esto en ninguna manera menoscabaría el espacio destinado al alojamiento de los alumnos varones. Esta cláusula pasó inadvertida. La súbita conversión del Decano (acérrimo defensor durante años de la exclusiva masculinidad de Porterhouse) a la causa feminista había pasmado de tal manera a los Claustrales más jóvenes y progresistas, que no previeron las consecuencias de la cláusula presentada por el Tutor Mayor y apoyada por el Praelector,[1] quien, acogiéndose al derecho que le

[1]. En los colegios que integran la Universidad de Cambridge, el encargado de comprobar la aptitud de quienes solicitan matricularse en ellos. *(N. del T.)*

confería la costumbre, había manifestado dicho apoyo en latín. Hasta mucho más tarde, cuando se empezó a considerar el número de

mujeres que debían aceptarse como estudiantes, no se dieron cuenta los Claustrales progresistas, encabezados por el doctor Buscott, de hasta qué punto se habían burlado de ellos. Porterhouse poseía medios económicos muy limitados. En tiempos había sido una institución próspera, pero desde que el entonces Tesorero, y después Rector, Lord Fitzherbert, se pulió los fondos del Colegio durante una desafortunada visita al Casino de Montecarlo, no habían salido de los números rojos.

Incluso el Tesorero, que había votado a favor de los cambios y de la inclusión de mujeres, se horrorizó ante la sugerencia de que sería necesario construir un bloque de apartamentos exclusivamente para ellas detrás de la Capilla.

—Por supuesto, apoyo la propuesta, en principio —dijo—, pero he de hacer constar que resulta del todo inviable. Semejante proyecto de construcción costaría millones. *¿De* dónde se supone que vamos a extraer esos fondos?

—Presumiblemente, del mismo sitio que los sacan los demás colegios —dijo el profesor Pawley, la más célebre eminencia académica de Porterhouse, un astrónomo que había dedicado su vida al estudio de una remotísima nebulosa conocida por el nombre de Pawley Uno—. Otros tesoreros acuden a los bancos, piden créditos. Es de suponer que está también al alcance de nuestros recursos intelectuales hacer algo parecido, ¿no?

El Tesorero se tragó el insulto, pero inmediatamente se vengó:

—No son nuestros recursos intelectuales los que escasean, sino los económicos. Carecemos de garantías para solicitar un préstamo de esas características. El coste de reconstrucción de la Torre del Toro ha resultado bastante más elevado de lo que habían previsto los miembros del comité de restauración —el profesor Pawley había sido su presidente—, los cuales, por cierto, parece que no fueron capaces de distinguir la diferencia entre lo que cuestan los materiales de construcción modernos, como el ladrillo, y el precio estratosférico, en comparación con ellos, de la restauración de materiales extremadamente antiguos. En las actuales circunstancias, le estaría muy agradecido a cualquiera de los presentes que me indicara la manera de conseguir dinero.

Como consecuencia de este insoluble problema, el nuevo edificio nunca se materializó, y si bien acudieron mujeres a estudiar a Porterhouse, su número fue ínfimo. Y como el Tutor Mayor era el que decía la última palabra en lo referente a las admisiones, además de encargarse del equipo de remo, las pocas alumnas que finalmente eran aceptadas poseían ciertas características físicas muy particulares que las distinguían inmediatamente de las estudiantes de los demás colegios. Incluso el Capellán, hombre por lo demás siempre tolerante,

acabó por quejarse:

—Comprendo que el mundo ha cambiado mucho, y pueden creerme si digo que intento ponerme al día en lo posible —dijo una noche mientras devoraban unos riñones de cerdo durante la cena—, pero esos jóvenes con los labios pintados que se contonean en público pasan de la raya. Hay un hombre en uno de los apartamentos de mi edificio cuyo aspecto no puedo por menos que calificar de amanerado. Esta mañana, sin ir más lejos, me he encontrado un tubo de pintalabios en los lavabos. Y la loción de afeitar que usa es de lo más provocativo.

—Supongo que no merece la pena que le expliquemos nada —dijo el Praelector en voz baja. El Capellán estaba sordo como una tapia, pero siempre convenía tomar precauciones con él, por si acaso.

—No, más vale que no —dijo el Decano—. ¡Quién sabe lo que pasaría si descubriera que tenemos chicas viviendo en el Colegio, con lo libidinoso que es, el pobre!

—Supongo que, al fin y al cabo, es mejor que no le gusten los chicos. La mayoría de los profesores de los demás colegios pierden el culo por ellos, según tengo entendido.

—La verdad es que parece un milagro que, a su edad, aún piense en esas cosas —dijo el Tutor Mayor con un punto de envidiosa tristeza —. Creo que ha sido un tremendo error alojar a las estudiantes en su mismo edificio, pared con pared, como quien dice.

Los tres lanzaron al unísono una mirada de reproche al Tesorero, que estaba a cargo de la distribución de habitaciones.

—Sólo he puesto a dos allí —protestó—. Y me aseguré de que pasaran la prueba.

—¿La prueba? ¿Qué prueba? ¿Aparte de la prueba de remo, quiere decir? —preguntó el Praelector.

El Tesorero dudó. El doctor Buscott y otros Claustrales jóvenes estaban al otro extremo de la mesa, y no le apetecía en lo más mínimo que le clasificaran como de la «vieja guardia».

—Es un procedimiento tradicional para asegurarse de que... — empezó, pero el Decano aprovechó la oportunidad de meter baza.

—El Tesorero quiere decir que su deber es examinar a esas criaturas del mismo modo en que examina a las que aspiran a emplearse como fámulas, a fin de asegurarse de que sean lo suficientemente deformes y malcaradas para repeler incluso al estudiante con el apetito sexual más desenfrenado —explicó con voz tronante—. Por eso se la llama la prueba de las fámulas: se les paga para que hagan las camas, no para que las deshagan.

En el silencio que siguió a esta declaración, se oyó al doctor Buscott preguntarse en voz alta que en qué siglo creían vivir ciertas personas. Los Claustrales Mayores optaron por ignorarle. El doctor

Buscott enseñaba en otro de los colegios de la Universidad, lo cual le convertía automáticamente, como decía el Decano, en un hombre «ajeno» a Porterhouse.

—Tampoco es que este sistema funcione siempre, si la memoria no me falla —dijo el Praelector finalmente—. El joven que dinamitó la Torre del Toro con preservativos inflados con gas, como se supo después, estaba fornicando con su fámula en el momento de la explosión. Zipser, me parece que se llamaba. No recuerdo ahora el nombre de la interfecta.

—¡Biggs! ¡La señora Biggs! —gritó el Capellán de repente—. ¡Bertha Biggs! «Con Bertha, detrás de la puerta», decían los estudiantes, me acuerdo perfectamente. Llevaba botas altas y ajustadas y un impermeable de plástico rojo brillante. Una mujer espléndida. ¡Menudo nalgatorio tenía! No se me olvidará nunca su sonrisa.

—Dudo que nadie pueda olvidarla, desde luego —dijo el Decano sombríamente—, aunque nunca sabremos, gracias a Dios, si sonreía o no cuando la Torre del Toro saltó por los aires. Por más que, personalmente, no me interesa lo más mínimo saberlo. Pervertidos sexuales de semejante calaña, y un joven que encontraba deseable a la señora Biggs tenía que ser por fuerza un pervertido, merecen la muerte. Son las consecuencias de su acto lo que encuentro deplorable. No sólo por los elevados costes de la restauración, sino por el hecho de que la catástrofe le dio la oportunidad a aquel maldito Rector, el difunto Sir Godber Evans, que el Señor confunda, de ejercer su autoridad sobre el Consejo del Colegio. Por suerte para todos, no tardó en fallecer a causa de una borrachera.

—Tenía entendido que sufrió un accidente, una caída —intervino el doctor Buscott desde el otro extremo de la mesa.

—No se habría caído de no haber estado borracho.

Pero el doctor Buscott no había acabado.

—Y nos cargó a todos con la rémora de un Portero Mayor convertido en Rector. Nunca he llegado a comprender por qué nombró a Skullion. Si es que realmente le nombró su sucesor, por supuesto.

El Tutor Mayor casi se levantó de su silla. El Decano se había puesto muy colorado.

—Si nos está acusando de falsedad… —empezó el Tutor Mayor, pero el Capellán ya se había lanzado a una de sus habituales digresiones.

—¡Pobre Skullion! —gritó—. Le vi el otro día en el jardín, sentadito en su silla de ruedas, con su sombrero hongo. Parecía encontrarse mucho mejor. Se le ve más contento últimamente.

—¿Vuelve a darle a la botella? —preguntó el Praelector, con sorna.

—¿Si tenía una botella? No me fijé. Antes tenía una especie de bolsa de plástico, ya sabe. Como una botella de agua, enchufada a un tubito que se le salía cada dos por tres. Una vez la pisé sin querer, y el pobre hombre...

—¡Por el amor de Dios, cállese de una vez! —gruñó el Tutor Mayor, y apartó su plato—. Sinceramente, no veo por qué es preciso que comentemos los problemas de Skullion con su vejiga ahora, a media comida.

—Estoy completamente de acuerdo con usted —dijo el Decano—. Es un tema de lo más desagradable, y para postre, sus consecuencias...

—¿Ya traen el postre, dice? —gritó el Capellán—. ¡Pero si no me he terminado aún el primer plato!

—¿Podría alguien tener la bondad de desconectarle el audífono...? —preguntó el Praelector.

La primera parada del Decano en su viaje en busca de un nuevo Rector fue el castillo de Coft, cuyos acreditados establos pertenecían al presidente de la Asociación de Antiguos Alumnos de Porterhouse, el general Sir Cathcart D'Eath, con quien quería discutir aquel asunto en primer lugar.

—Ya me lo veía venir —dijo el general—. Mal asunto, eso de tener de Rector a un portero. Y peor aún, tullido y en silla de ruedas. No causa buena impresión en un Colegio con fama deportiva, ya me entiende.

—Exacto —dijo el Decano, que no compartía en absoluto la visión del general sobre Porterhouse. En su opinión, el Colegio era un bastión de los valores tradicionales—. El caso es que nuestras cuentas están en un estado de extrema depauperación. Necesitamos con urgencia un nuevo Rector de considerables medios de fortuna que nos saque de los números rojos. ¿Alguna sugerencia?

—Pues supongo que podría intentarlo con Gutterby. Ahora vive en Hampshire. Buena familia, con el dinero a espuertas —dijo el general—. Claro que las cosas no marchan bien para nadie últimamente. Es una cuestión peliaguda, muy peliaguda.

Permanecieron charlando en la biblioteca de Sir Cathcart hasta bien entrada la noche. Del interior de un falso volumen de *Rob Roy,* de Walter Scott, el general había sacado un botellón de whisky escocés muy añejo. El Decano, por su parte, bebía un armañac que había salido de un tomo de *Los tres mosqueteros.* Gracias al estímulo de los vapores etílicos, a Sir Cathcart se le ocurrió otra idea.

—Supongo que no habrá pensado en Philippe Fitzherbert —dijo—. El chico del viejo Fitzherbert. Dicen que está forrado. Tiene una casa en Gascuña, y vive allí. Un tipo raro. De madre francesa.

El Decano le miró, intrigado.

—¿Forrado? Teniendo en cuenta que su padre dejó al Colegio prácticamente en la ruina, y de paso contribuyó a hundir al Anglian Lowland Bank, que lo avalaba, me sorprende mucho saber que tiene dinero. No puede haberlo heredado. Exprimimos a conciencia al viejo Fitzherbert después de nombrarlo Rector.

Sir Cathcart sorbió un trago de whisky y su mostacho pelirrojo se crispó un poco. Había una lucecita de inteligencia en aquellos ojuelos enrojecidos y saltones.

—Algo he oído —dijo, volviendo al estilo lacónico y cortante que mejor expresaba sus pensamientos más profundos—. Rumores. Muchos rumores. Después de la guerra.

El Decano se incorporó en su sillón de orejas, con las suyas bien tiesas. Veía que también el general estaba siguiendo su intuición. No había que interrumpirle.

—Le diré quién puede saber más: Anthony. Anthony Lapschott. Compra y vende. No sé qué. Conoce los mercados financieros. Metido en el negocio editorial, también. Una pequeña fortuna. Escribe libros en su tiempo libre. Intenté leer uno una vez. Sin pies ni cabeza. Algo sobre la pérdida de poder. No sé qué pensar de él, pero parece que conoce a todo el mundo. Está afincado ahora en Dorset. Portland Bill. Si alguien sabe algo, es él.

El Decano pensó en Anthony Lapschott. Lo recordaba como un joven peculiar, cuyos amigos estaban en su mayoría en otros colegios. Más interesado en los estudios que en el deporte. Pero, por otra parte, y quizá por eso, tenía la reputación de ser uno de los pocos intelectuales serios que había producido Porterhouse. Sí, iría a ver a Lapschott. El Decano sentía de nuevo aquel familiar pellizco en las tripas.

# 5

El Tesorero también sentía pellizcos, pero de naturaleza completamente diferente. Mientras que las relaciones entre el Tutor Mayor y el Decano habían tenido sus altibajos, las del Tesorero con aquellos dos compañeros suyos de Claustro no podían ser peores. El Decano y el Tutor Mayor le aborrecían y le despreciaban, y él, a su vez, sentía otro tanto por ellos. Desde que había apoyado al difunto Rector y a Lady Mary en su intento por cambiar las costumbres de Porterhouse, le habían considerado un traidor, el hombre que despidió a Skullion. Lo que pensaba éste del Tesorero no habría podido expresarlo con palabras ni siquiera una persona sin los impedimentos motrices y verbales del Rector. Dado este estado de cosas, Goodenough había obrado sabiamente tanteando al Tutor Mayor en vez de tantear al Tesorero. Por otra parte, el Tesorero, responsable de las «finanzas» del Colegio, sabía perfectamente que la situación hacía agua por todas partes. El edificio mismo del Colegio, los tejados y las cañerías, las piedras seculares de los muros y los vetustos suelos de madera, todo, en fin, necesitaba atención urgentemente y, mientras que otros colegios de la Universidad de Cambridge habían podido permitirse una reparación general y un lavado de cara, Porterhouse seguía tan roñoso y desangelado como siempre. Un canalón del desagüe se desprendió y cayó a la calle junto a la puerta principal, aunque por fortuna nadie resultó herido, y había goteras en el techo de la Capilla y en los arcos del Patio Viejo.

En resumen, que a menos que se encontrasen fondos rápidamente, Porterhouse se desmoronaría pronto en pedazos, y otra vez caerían todas las culpas sobre el Tesorero. En un intento desesperado por evitarlo, y como último recurso en el aprendizaje de la captación de fondos, había asistido recientemente a un seminario sobre «Mecenazgo privado en los establecimientos de enseñanza superior», en Birmingham. Durante tres días escuchó una serie de conferencias sobre la materia que le impresionaron mucho. Por razones obvias, el Tesorero no había abierto la boca, pero una tarde, cuando salía de una conferencia titulada «La influencia privada en la educación a través de las donaciones», que había pronunciado un profesor de Peterhouse, el colegio más antiguo de Cambridge, se le acerca un hombre ataviado con una curiosa mezcla de prendas de vestir: blazer negro, jersey marrón de cuello vuelto, mocasines de piel negra y calcetines blancos. Sus ojos quedaban prácticamente ocultos detrás de unas gafas de sol azul marino.

—Permítame que me presente, profesor —le dijo mientras sacaba

una tarjeta de visita del bolsillo interior de la chaqueta—. Me llamo Karl Kannabis, y soy asistente personal de Edgar Hartang, de Transworld Televisión Productions and Associated Enterprises.

Hablaba con marcado acento estadounidense, y en la tarjeta, en efecto, constaba que se llamaba Karl Kannabis y era asistente personal y vicepresidente de TTPAE. Había una serie de números de teléfono y de fax, y una dirección en Londres y otra en Nueva York.

—Como vicepresidente de la compañía y asistente personal del señor Hartang, tengo que decirle que ha sido para mí una verdadera fuente de inspiración esta conferencia sobre la necesidad de aceptar que los donantes privados puedan influir en la política educativa. Y quiero que sepa que Edgar Hartang comparte plenamente sus opiniones y me ha pedido que le transmita su deseo de discutir privadamente este tema cuando y como quiera, digamos el próximo miércoles, día doce, a las doce y cuarenta y cinco, durante un almuerzo de trabajo. ¿Hace?

Y antes de que el Tesorero pudiera explicarle que no había pronunciado ni una sola palabra acerca de donaciones ni de influencias, ni públicas ni privadas, y que, además, no era un simple profesor, sino un Claustral Mayor de Porterhouse, aquel extraordinario estadounidense le había propinado un vigoroso apretón de manos, reiterándole el honor que suponía para él el haberle conocido, y se había alejado a toda prisa hacia la salida. El Tesorero le vio meterse en una gigantesca limusina, con las ventanillas de cristal ahumado y lo que parecía una antena parabólica fijada en el techo. Mientras se precipitaba a gran velocidad calle abajo, aún pudo leer un cartel en el lateral de la limusina que decía TRANSWORLD TELEVISIÓN.

Aquella imagen galvanizó al Tesorero. No sabía quién era exactamente Edgar Hartang, pero, fuera quien fuese, tenía dinero para gastar en cochazos imponentes. El Tesorero volvió a la sala de conferencias, donde el experto de Peterhouse estaba enzarzado en una agria escaramuza dialéctica con los directores de varios politécnicos de provincias, que encontraban altamente ofensiva la idea de que la empresa privada pudiera interferir en la política educativa.

—Me preguntaba… —dijo el Tesorero con su acento más untuoso—, me preguntaba si podría prestarme el texto de su conferencia un momentín. En mi modesta opinión, sus ideas dan directamente en la diana.

—No todo el mundo piensa lo mismo, según parece —dijo el conferenciante mirando aviesamente al grupo de directores, que se batían en retirada—. Quédese con el texto. Lo tengo en disco duro y puedo sacar todas las copias que quiera.

El Tesorero volvió directamente a su hotel y leyó la conferencia con gran atención. Mucha de la jerigonza financiera se le escapaba,

pero comprendió muy bien que lo que aquel hombre sugería era que quienes ejercieran el mecenazgo deberían tener todo el derecho a decidir la política educativa de las instituciones que contribuían a financiar. Se podría haber titulado, perfectamente, «Quien paga, manda». Al Tesorero esta doctrina se le antojaba de lo más razonable. Él lo único que quería era encontrar un mecenas.

Durante el viaje de vuelta a Cambridge en tren, leyó varias veces más la conferencia y memorizó sus puntos más destacados. Al día siguiente, ya en su oficina, alteró levemente el título que aparecía en la portada, cambió el nombre del autor por el suyo e imprimió varias copias.

Al miércoles siguiente, a las 12.30 en punto, entró en la sede de Transworld Televisión Productions, sita cerca del muelle de Saint Katherine, en Londres, y se sorprendió al encontrarse en recepción con Kannabis. Estaba de pie, detrás del mostrador, y parecía haberse dejado crecer una cola de caballo. También parecía habérsele desarrollado un busto más que generoso. Aparte de esto, llevaba las mismas gafas de sol azul marino, el mismo jersey de cuello vuelto marrón y el mismo blazer negro con botones dorados. Más desconcertante aún le resultó que otros dos Kannabis, éstos sin colas de caballo ni pechos, pasaron a través de un arco muy parecido a los detectores de metales de los aeropuertos y se dirigieron hacia él.

—Vengo a ver al señor Hartang —le dijo el Tesorero a la persona situada tras el mostrador, que ahora le pareció que pertenecía sin ninguna duda al sexo femenino.

Ella comprobó los datos en su ordenador y le entregó una acreditación de plástico.

—Haga el favor de seguir a esos hombres —le dijo.

El Tesorero se volvió y pudo ver que aquellos dos fornidos gemelos de Kannabis estaban detrás de él. Empezó a vaciarse los bolsillos de objetos metálicos mientras su maletín desaparecía, engullido por la boca de la máquina de rayos X. Ninguno de los dos individuos le dirigió la palabra, y hasta que hubo pasado por el detector y se estaba volviendo a llenar los bolsillos no apareció el verdadero Karl Kannabis. También él llevaba gafas oscuras, jersey marrón de cuello vuelto, mocasines de piel negra y calcetines blancos.

—Le pido disculpas, señor profesor —dijo, al tiempo que empujaba al Tesorero dentro de un minúsculo fotomatón, donde le tomaron una foto—, pero es que hemos tenido muchas amenazas de grupos terroristas por unos documentales que hemos hecho sobre la selva amazónica y los bichos salvajes y las ballenas y los pulpitos y tal, ¿sabe?

El Tesorero no lo sabía, pero estaba claro que Kannabis se lo iba a contar, quisiera o no.

—O sea, a los pulpitos se los comen fritos en sitios como España, sobre todo. Sí, en sitios así. No los dejan crecer, ni nada, ¿sabe? Nosotros hicimos una serie sobre los pulpitos una vez... —Se detuvo un instante para comprobar la acreditación de plástico con el microchip y la foto del Tesorero. Cuando éste estaba a punto de decirle que los pulpitos fritos eran deliciosos, Kannabis retomó su discurso—. Mucho follón. Amenazas y todo. Así que debemos asegurarnos de quién entra en el edificio. Ahora que ya tiene su tarjetita, todos sabrán que no es un intruso. ¿Vale?

Avanzaron por un corredor hasta el ascensor y Kannabis apretó el botón de la primera planta. Pero el ascensor subió como una flecha edificio arriba diez pisos de golpe, según mostraba el indicador electrónico, de forma tan inesperada y alarmante que el Tesorero tuvo la terrible idea de que el aparato se había descuajaringado e iba a morir aplastado. Pero el ascensor se paró y Kannabis habló dirigiéndose al micrófono de una cámara colocada en una esquina del techo del camarín.

—K. K. y profesor Tesorero, invitado a suite ejecutiva cero —dijo.

En ese mismo instante el ascensor comenzó a descender (se precipitó violentamente a un negro abismo, habría dicho el Tesorero, si el pánico no le hubiera impedido pensar) hasta llegar a una planta inferior que no se reflejó en el indicador electrónico. Kannabis habló de nuevo a la cámara. Las portezuelas se abrieron a una gran oficina, con un enorme escritorio de tablero de cristal y unas diminutas ventanas con los vidrios de colores. La habitación carecía de mobiliario casi enteramente, a excepción de unos cuantos sillones de cuero verde y un mastodóntico sofá de varios cuerpos. El suelo era de mármol, y no había alfombras. Tras el escritorio se sentaba un hombrecillo que tenía exactamente el mismo aspecto que todo el mundo en aquel lugar, pues llevaba un jersey de cuello vuelto marrón, gafas oscuras azul marino, mocasines negros y calcetines blancos, así como lo que parecía una peluca, algo incongruente y que le daba un aspecto extraño. El hombrecillo se levantó de su asiento y avanzó hacia ellos.

—Me causa mucho placer que haya venido —dijo, con voz atiplada—. Karl me ha hablado de sus interesantes ideas, y estoy deseando discutir con usted el financiamiento de las instituciones de enseñanza superior. Venga y siéntese.

Se dirigió al gran sofá de piel verde y dio una palmadita sobre el asiento en uno de los extremos, indicando que era allí donde quería que se sentase el Tesorero.

—Ha sido usted muy amable al invitarme —dijo éste, y, sin mayores preámbulos, se lanzó a citar fragmentos de la conferencia que se había aprendido de memoria—: Lo cierto es que estimo que se pone

demasiado énfasis en evitar que quienes hacen las donaciones puedan influir en la toma de decisiones por parte de las instituciones que las reciben. Como somos nosotros quienes solicitamos los fondos, no estamos en posición de discutir, ni moral ni... pragmáticamente, las orientaciones de nuestros benefactores por lo que se refiere a la política educativa. La actividad investigadora debería, pues, orientarse hacia las necesidades socioeconómicas del sector industrial y...

Al otro extremo del sofá, Edgar Hartang asentía con la cabeza; sus ojos resultaban invisibles tras las gafas de sol azules.

—Pienso que lo que acaba de decir es una gran verdad, sí señor —dijo—. Mi propia vida, lamento tener que admitirlo, careció de educación formal, y, quizá por esta razón, siento necesidad ahora de aportar mi granito de arena a las grandes instituciones del saber, como su famoso... ejem... colegio.

El Tesorero comprendió que no se acordaba del nombre.

—Porterhouse —dijo.

—Naturalmente. Porterhouse es famoso por su...

Hartang se interrumpió de nuevo, y, por un instante, el Tesorero estuvo a punto de decir «cocina». No se le ocurría por qué otra cosa podía ser famoso Porterhouse, aparte del remo. Pero Hartang ya estaba lanzado a una perorata, llena de tópicos y de coba, acerca de sus esperanzas e intenciones y sobre la necesidad de establecer relaciones, relaciones intensas, para beneficio mutuo de todos los implicados, y claro está, de instituciones punteras y responsables como... como Porterhouse.

El Tesorero escuchaba patidifuso aquel discurso. No tenía ni idea acerca de qué estaba hablando aquel hombre, aunque parecía posible que acabara haciendo una donación. O, al menos, el Tesorero rezaba para que así fuera. No podía estar seguro, pero un hombre que se preocupaba tanto del destino de los bosques y los pulpitos, hasta el extremo de tener que protegerse tan rigurosamente de los ataques homicidas de, presumiblemente, los leñadores del Amazonas y los pescadores andaluces, debía ser también de naturaleza generosamente filantrópica. O estar como una chota. Algunas de sus frases sugerían esta última posibilidad, en particular una que nunca olvidaría ni acabaría de comprender del todo. Era algo sobre la «necesidad de lograr que lo efímero llegara a hacerse permanente». De hecho, esta expresión, o concepto, o lo que fuera, se le quedó grabada en la memoria al Tesorero de un modo indeleble, hasta el punto de que, muchos años después, todavía se despertaba bruscamente a media noche, con el consiguiente susto de su mujer, a la que preguntaba lleno de excitación cómo era posible que lo efímero pudiera llegar a hacerse permanente, cuando por definición ambos términos eran antitéticos. Tampoco es que su mujer, que había estudiado en Girton,

el primer colegio femenino de Cambridge, y cocinaba muy mal, pudiera ayudarle mucho en aquellas disquisiciones. Solía responderle que se trataba de una paradoja, lo cual no contribuía precisamente a apaciguar su espíritu.

—¿Una paradoja? ¿Una paradoja? ¡Pues claro que es una paradoja, joder! ¡Sé muy bien que se trata de una jodida paradoja! —bramaba—. ¡Ni que fuera imbécil! Pero me gustaría saber qué quería decir aquel hombre tan raro con esta frase, qué significado le atribuía.

—A lo mejor, no quería decir nada en particular —le respondía su mujer, que era muy sensata.

Pero al Tesorero no le convencía aquel argumento.

—Tú no hablaste con él —le decía—. Seguro que *quería* decir algo.

Pero durante la entrevista el Tesorero se mantuvo inmóvil en su asiento, mirando atentamente aquellas gafas azul oscuro y cabeceando en señal de aquiescencia, mientras mentalmente se preguntaba por qué un hombre tan rico y poderoso como era sin duda Edgar Hartang llevaba una peluca tan ridícula y chabacana. Aún se sorprendió más cuando entró el carrito del almuerzo y tuvo que engullir cinco platazos de lo que el magnate seguramente consideraba *ancienne cuisine,* mientras que su anfitrión jugueteaba con las más delicadas exquisiteces de la *nouvelle.* Incluso el vino, un fuerte borgoña, le resultó un tanto pesado al Tesorero, que de vez en cuando miraba con ojitos envidiosos la botella de agua de Vichy de Hartang. Pero, al menos, la conversación de éste ganó en claridad mientras almorzaban.

—Supongo que debe de preguntarse por qué visto como todo el mundo aquí, en Transworld Televisión Productions. —Hizo una pausa para beber un sorbo de agua mineral.

—Pues sí, la verdad es que me lo he preguntado —asintió el Tesorero, aunque lo que de veras le intrigaba era aquella condenada peluca. ¡Era algo *tan* chabacano!

Edgar Hartang puso los ojos en blanco y sonrió con condescendencia.

—Vale, le explicaré el porqué —dijo ladeando la cabeza, de modo que la peluca se le deslizó un poco hacia estribor—. No es que *yo* vista como ellos. Es que les *permito* vestir como yo. Siempre me han gustado los jerséis de cuello vuelto. Muy cómodos. Por supuesto, de seda. Y el color combina bien con la chaqueta. Yo mismo diseñé los botones. Con el logotipo de Transworld Televisión. ¿Ve el arbolito?

El Tesorero observó atentamente uno de los botones del blazer del potentado y alcanzó a ver una manchita semejante a un arbusto.

—Todo confeccionado con el mejor gusto —prosiguió Hartang—. Y, por supuesto, el jersey es de seda.

El Tesorero era perfectamente consciente de este hecho.

—Y la chaqueta es de cachemir, por supuesto. Calcetines blancos, muy limpios y frescos. Y, para los pies, el mocasín americano, étnicamente correcto, que es también muy cómodo. Es una indumentaria que me gusta, y lo que es bueno para mí, también lo es para mis empleados.

Hizo otra pausa, esperando la aprobación del Tesorero.

—¡Qué detalle más enternecedor! —dijo el Tesorero, e inmediatamente se arrepintió. Era evidente que Hartang, a pesar de su vocabulario rebuscado y la pose de hombre de mundo que había adoptado, consideraba erróneamente que «enternecedor» era sinónimo de «afeminado», porque se quitó las gafas y le dirigió al Tesorero una mirada glacial. Aquellos ojos no tenían nada de débiles.

—¿Enternecedor? —preguntó Hartang—. ¿Lo encuentra enternecedor?

—Quise decir, naturalmente, que me parece una idea excelente. Estoy seguro de que muy pocos hombres en su posición habrían mostrado una consideración tan elevada hacia sus subordinados.

- *Ninguno* lo habría hecho —recalcó Hartang—. *Ninguno.*

—Ninguno, desde luego —dijo el Tesorero, que intuyó que en aquel momento le convenía asentir.

Comió en silencio durante un rato, mientras el gran hombre, que lamía lo que parecía una tableta antiácida, llamaba por teléfono a Hong Kong, Buenos Aires y Nueva York. Hartang esperó a que el Tesorero terminara de pelearse con una pegajosa tarta de melaza que parecía dispuesta a arrebatarle la dentadura postiza, y cuando les sirvieron el café, le anunció sus intenciones:

—Nos veremos la semana que viene para discutir las condiciones de la donación. Karl lo coordinará todo con usted y nuestros contables. Yo no me ocupo de los detalles. Sólo del producto final. Ha sido un placer conversar con usted. Hablaremos de las condiciones de la donación la semana que viene.

Y antes de que el Tesorero pudiera decir una palabra de gratitud, su interlocutor había desaparecido por una puertecilla oculta en la pared, detrás de un espejo. Karl Kannabis le esperaba junto al ascensor.

—En el mismo sitio y a la misma hora, y no se olvide de traer la acreditación —le dijo—. Y los listados de la contabilidad del Colegio.

—¿Los listados?

—¡Claro! Debemos saber dónde nos metemos, ¿no?

—Pues, en fin, realmente, nosotros... —balbució el Tesorero, pero ya lo estaban metiendo a empellones en un taxi, que le llevó directamente a la estación de Liverpool Street.

Aquel asunto era de lo más raro, e incluso un tanto desazonante. A pesar de todo, el Tesorero podía congratularse por el éxito de su

empresa. Si bien no sabía qué había detrás de todo aquello, al menos era evidente que a un excéntrico personaje cuyos orígenes nacionales, étnicos o lingüísticos no estaban demasiado claros, pero que poseía una inmensa fortuna, se interesaba por Porterhouse y había hablado de las «condiciones de la donación». Buena señal.

Durante la semana siguiente, el Tesorero realizó indagaciones sobre Transworld Televisión Productions en general y Edgar Hartang en particular. Y aunque algunas de sus averiguaciones resultaron tranquilizadoras, otras no lo fueron tanto. TTP había empezado siendo una pequeña editorial y productora independiente de televisión, campo este último en que se dedicaba a hacer películas de dibujos animados de contenido religioso y educativo, dirigidas principalmente al mercado estadounidense. Pero de repente, coincidiendo con la introducción de la televisión vía satélite y gracias, sin duda, a una enorme inyección de capital de procedencia desconocida, había diversificado sus actividades. La compañía era de capital privado, y propiedad de una especie de consorcio que operaba desde Licchtenstein y, probablemente, también desde las Islas Caimán y Liberia. En resumen, nadie (ciertamente nadie de los consultados por el Tesorero) sabía nada sobre Edgar Hartang, ni su procedencia ni dónde vivía. Se suponía que debía de tener un apartamento en el edificio de la Transworld en Londres, pero como viajaba invariablemente de incógnito y en avión privado, sus actividades fuera de la Gran Bretaña constituían un completo misterio. Las actividades de Transworld Televisión Productions también eran un poco oscuras. Todavía producía películas religiosas, aunque para un número de confesiones tan grande que nadie tenía la menor idea de cuál podía ser la ideología de la empresa. Para confundir aún más las cosas, distribuían sus productos a través de tantas empresas subsidiarias, y en tantos países distintos, que resultaba del todo imposible seguirles la pista.

—¿Y qué me dices de las ballenas y los pulpitos? —le preguntó el Tesorero a un amigo suyo que trabajaba en los programas dedicados a la naturaleza de la BBC.

—¿Ballenas y qué?

—Pulpitos —dijo el Tesorero, que aún no había acabado de digerir del todo las explicaciones de Kannabis sobre las extraordinarias medidas de seguridad de la sede de Transworld—. Se ve que una serie que hicieron tuvo consecuencias dramáticas para la industria pesquera española. Dicen que han recibido amenazas, incluso de muerte.

—¡Diantre! En mi vida había oído hablar de eso. Pero si tú lo dices... Prueba con los del National Geographic. Tal vez sepan algo. Yo no.

Pero el Tesorero no se molestó en averiguar más. Lo único que le importaba era que Transworld Televisión Productions tenía, sin lugar a dudas, dinero a espuertas. Una empresa como aquélla, que lo mismo hacía películas para el Vaticano que para sectas protestantes de extrema derecha de la América profunda, los hindúes, los budistas o cualquier otro grupo religioso, y que lo mismo producía un documental sobre la lluvia ácida que sobre las ballenas o los pulpitos, tenía que ser por fuerza increíblemente próspera. El Tesorero ya empezaba a creer que había encontrado la gallina de los huevos de oro. Sin embargo, y a pesar de todo, seguía confuso, y su confusión aumentó durante la segunda entrevista, que mantuvo en Londres el miércoles siguiente.

Esta vez no vio a Hartang.

—Está liado con Río, y luego tiene que cerrar trato con Bangkok, o sea que no puede atenderle —le dijo Kannabis en cuanto atravesó el arco del detector de metales y después que los mamotretos de la contabilidad de Porterhouse hubieron pasado por los rayos X—. Hoy tendrá que entenderse con Skundler y conmigo. Skundler hace la baremación.

—¿La baremación? —preguntó el Tesorero.

—Sí. Mira cuánta pasta hay. ¿Vale?

Subieron en el ascensor hasta la novena planta y luego bajaron a la sexta.

—Hay que andarse con ojo. Ordenes de arriba —dijo Kannabis a modo de explicación.

—¿Siguen teniendo problemas con lo de los pulpitos? —preguntó el Tesorero.

Kannabis pareció confundido durante un instante.

—¿Pulpitos? ¡Ah, sí, claro, los pulpitos! Pues sí. Los pescadores italianos. ¡Espaguetis de mierda! No puede imaginarse los problemas que nos causan. Hasta amenazas de muerte y todo.

—¿Italianos? ¿También los pescadores italianos? —preguntó el Tesorero.

—¿Cómo que también? ¿Hay alguien más? —preguntó Kannabis.

Pero el Tesorero no tuvo tiempo de responder. Ya habían llegado a la sexta planta, y Kannabis, con los mamotretos de la contabilidad del Colegio bajo el brazo, le hizo entrar en la oficina de Skundler y le presentó a éste como el señor Tesorero, profesor de Porterhouse.

—Ross Skundler —dijo el otro, que era clavado a Hartang, pero sin la peluca. La mesa del despacho tenía asimismo el tablero de cristal, pero era más pequeña que la de Hartang, y si bien las sillas eran del mismo color verde, estaban tapizadas de cuero artificial. No había sofá. Pero mientras el Tesorero se fijaba en los detalles de la decoración de la oficina de Ross Skundler, con sus ordenadores y sus

teléfonos, el jefe del Departamento de Baremación estudiaba muy pasmado la contabilidad de Porterhouse. Ésta consistía en una serie de gruesos libracos, grandes como misales antiguos, encuadernados en cuero rojo muy roñoso ya por los años.

—¡Joder! —murmuró, y miró a Kannabis con aire interrogativo—. Tú me dirás qué hago con esto. ¿Dónde los has encontrado? ¿En el Monte Ararat?

—¿Arafat? —dijo Kannabis—. ¿Qué tiene que ver la OLP con esto? Ahí dice Porterhouse. ¿Es que sólo sabes leer números, o qué?

—El Arca —dijo Skundler, a quien, evidentemente, los modales de su compañero le desagradaban tanto como aquellos vetustos manuscritos—. El Arca que embarrancó en el jodido Monte Ararat. Con los animalitos de dos en dos, ¿vale? Por si no sabes contar, te diré que dos y dos son cuatro.

El Tesorero estuvo en un tris de intervenir en la trifulca con algún comentario gracioso sobre los pulpitos y Noé, pero se acordó a tiempo de que los pulpitos, como todos los crustáceos —¿o eran moluscos?— sabían nadar. Se empezaba a sentir incómodo de veras en compañía de aquellos dos hombres que se detestaban tan abiertamente.

—¡Claro que sé contar! —exclamó Kannabis—. Pero el profesor Tesorero no tiene ni zorra idea de informática. ¿Verdad, profe?

El Tesorero asintió con la cabeza.

—Sí, me temo que en Porterhouse no estamos muy al loro en cuestión de ordenadores —dijo, en un fallido intento por emular su jerga.

—Ya lo puede decir —dijo Skundler, que seguía mirando fijamente, con expresión incrédula, los gruesos libros de contabilidad —. Esto es arqueología fiscal. ¿Es que no conocen ni el papel carbón? —Y, al ver la expresión perpleja en el rostro del Tesorero, añadió—: ¡Sí, hombre, sí: *carbón!*

El Tesorero empezaba a perder la paciencia.

—La verdad, no veo a santo de qué... —dijo fríamente.

Skundler le miró suspicaz.

—¿Qué mosca le ha picado? —preguntó.

Esta vez fue Kannabis el que creyó conveniente intervenir para calmar los ánimos.

—Bueno, que el profesor no sepa una palabra de ordenadores no es motivo para insultarlo. El pobre hombre no tiene la culpa.

—¿Que yo le he insultado? ¡Y un cuerno!

—Por ahí va la cosa.

—¿Qué cosa? A ver si nos aclaramos... —Por fin se le encendió la bombillita en la cabeza—. ¡Pero si no le he llamado cabrón! ¿Por qué iba a llamarle así? Papel *carbón.* Lo que quería decir es que estos libros parecen del tiempo de las cruzadas, cuando la gente usaba plumas de

ganso para escribir. Cada vez que había que hacer un asiento en un libro, tenían que ir al corral y arrancarle una pluma a un ganso. ¡Vaya manera de llevar un negocio! ¿Ustedes también usan...? —empezó a decir dirigiéndose al Tesorero, pero éste lo miró de un modo que le hizo pararse a mitad de frase—. Bueno, dejémoslo. Pongamos manos a la obra —dijo, y abrió el primer libro de la contabilidad—. Espero que conozcan la partida doble, esa que usa una columna para el debe y otra para el haber.

El Tesorero contraatacó:

—Pues, para su información, le diré que conocemos la partida doble. Y otra cosa: *no* escribimos con plumas de ganso.

Skundler se puso las gafas de sol azul marino sobre la frente y recorrió con ojo experto las páginas del libro durante unos minutos, mientras el Tesorero, sentado en su silla, le contemplaba echando lumbre por los ojos y Kannabis se asomaba por encima de su hombro intentando descifrar las hileras de garabatos. Estaba claro que no daban crédito a lo que veían. Finalmente, Skundler levantó la vista.

—Tengo que decirle una cosa, profesor Tesorero —dijo en un tono de voz casi maternal—. Si no se la digo, reviento. Con cuentas como éstas pierden el tiempo. No necesitan dos columnas para nada, con la del debe van que chutan. Estos números están al rojo vivo, o sea, cómo le diría yo... —Meneó la cabeza incrédulo—. No había visto cosa igual desde que Maxwell se dio un chapuzón no sé dónde.

En su silla, el Tesorero le miraba como un perro apaleado. Todas sus esperanzas se habían ido al garete.

—Lo siento muchísimo —dijo—, pero así es. Somos un colegio muy pobre. Me temo que les esté haciendo perder su valioso tiempo...

Skundler levantó la mano.

—¿Perder el tiempo? No, mi querido profesor, no nos está usted haciendo perder ni un microsegundo. Usted nos necesita. Para eso estamos. ¿Perder el tiempo? ¡Qué va! No había visto nada mejor desde la caída del Muro de Berlín. Esto es dejar el camino libre a hombres como Soros.

—¿De verdad? —dijo el Tesorero—. ¡Qué interesante! ¿Ese Soros es el genio de las finanzas que compró libras...? Bueno, dejémoslo correr. ¿De verdad creen que el señor Hartang está dispuesto a hacerle una donación a Porterhouse?

Lo dijo con escepticismo, y Kannabis le puso una pesada mano en el hombro para animarlo.

—¿Que si creemos, profesor Tesorero? Nosotros no creemos nada. Nosotros sabemos. El asunto está cerrado.

—Cerrado y requetecerrado —dijo Skundler—, con cuatro llaves y un candado, diría yo.

—Bueno, hay una cosa... —dijo el Tesorero, que se sentía lleno de

felicidad y confianza—. Me refiero a que... Bueno, me intriga saber por qué se muestra el señor Hartang tan generoso con nosotros, precisamente.

—¿Generoso? —dijo Skundler—. Pues claro que es generoso. Así es como se ha hecho rico. Es un filántropo, eso es lo que es. Su corazón destila amor.

—Sí, muy cierto —asintió Kannabis—. Aunque, desde que tuvo la cosa esa de las coronarias, tiene que tomárselo con más calma con las chicas. Se cansa mucho. Por eso le dije: «Señor Hartang, tómeselo con calma. Haga como Clinton: dígales que se pongan de rodillas y se lo trabajen con la boca.»

—Bueno, debo decir... —murmuró el Tesorero, pero Skundler le interrumpió.

—No lo haga. Es mejor no decir nada delante de K. K. Lo interpreta todo al revés. Es un mamón.

—No se dice mamón, sino mormón —le contestó Kannabis.

—¿Lo ve? —le dijo Skundler al Tesorero—. La ignorancia es su religión.

—No soy ignorante. Hicimos una serie sobre los mormones en Salt Lake City. Una gente encantadora.

Para cuando el Tesorero regresó a Cambridge, los libros de contabilidad habían sido fotocopiados (no sin cierta dificultad) y se sentía eufórico y exultante. Por lo que pudo descifrar de lo que le habían dicho Kannabis y Ross Skundler, Transworld Televisión Productions y Edgar Hartang iban a sepultar a Porterhouse bajo una montaña de dinero, como quien dice. Y no sólo porque Hartang fuera un filántropo, sino, como había dicho Kannabis, porque «Cambridge se lo merece: lo tiene todo».

—Vaya, muy amable de su parte, pero yo...

—Escuche: usted vive allí, en Cambridge. Esa ciudad le da cien patadas a Disneylandia en todo, lo mire uno por donde lo mire. Historia, ADN, profesores, miles de iglesias y tal. O sea, genios por todas partes, como Hawking. ¿Ha leído *La historia del tiempo?* Un gran libro. Enseña mucho. Yo he estado allí, fui un día a echar un vistazo, y me impresionó: todos esos botes en el río, y esa hierba que parece que le hagan un tratamiento de belleza cada día. Cambridge. Sí, señor, Cambridge supera incluso a la realidad virtual.

El Tesorero pensaba más o menos lo mismo de Transworld Televisión. No podía comprender que un hombre como Hartang pudiera hacerse rico regalando su dinero a manos llenas. Aquello no tenía el menor sentido.

# 6

El viaje de Purefoy Osbert a Londres fue también bastante insólito. No estaba demasiado seguro de por qué, o más bien cómo, había sido escogido para la beca de investigación Sir Godber Evans en Porterhouse, y Goodenough no tenía ninguna gana de conocerlo, por lo que Vera tuvo que convencerlo asegurándole que su primo le sorprendería agradablemente. Y Lady Mary exigió como condición para entrevistarse con él que Lapline o Goodenough —o mejor todavía, los dos— le echaran un vistazo primero para asegurarse de que fuera un hombre limpio, no fuera alcohólico ni un racista redomado que abogara por la deportación en masa de la gente de color y, sobre todo, que no tuviera nada que ver con Grimsby.

—¿Grimsby? ¿Qué tiene en contra de Grimsby? —preguntó el señor Lapline cuando leyó la carta—. Una ciudad de lo más respetable, diría yo. Un poco fría en invierno, eso sí.

—No sé si recuerda al candidato de la Universidad de Grimsby. Tenía unas ideas... —dijo Goodenough.

El señor Lapline lo recordaba perfectamente.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó—. ¿Lady Mary se entrevistó con ese individuo?

—Según tengo entendido, trató de hacerle una demostración práctica... —continuó Goodenough—. Por lo que me contó, estaba echada en una tumbona porque le dolía una pierna, y...

—Se lo advierto, Goodenough, si perdemos la cuenta de Lady Mary por su culpa, yo... yo...

Una punzada en la vesícula le hizo callar.

—Precisamente por eso es menester que veamos nosotros primero al doctor Purefoy Osbert —dijo Goodenough—. Había pensado que si le llevásemos a cenar al Savoy Grill... ¿Qué le ocurre?

El señor Lapline le explicó que lo que le ocurría era que ni por todo el oro del mundo pensaba acercarse al Savoy Grill, o a cualquier otro restaurante, y que si Goodenough creía seriamente que...

—Bueno, me parece el mejor procedimiento para comprobar sus modales: si sabe usar los cubiertos correctamente, y esas cosas. Ciertamente, no podemos enviar a un patán a Porterhouse. Ni permitir un nuevo intento de violación. ¡Pobre Lady Mary!

El señor Lapline levantó la vista y le miró con curiosidad.

—Goodenough —dijo finalmente—, hay ocasiones que estoy tentado de creer que no está usted en su sano juicio. Me permito recordarle que, cuando me leyó por vez primera su famosa lista de candidatos, le advertí de que todos me parecían inadecuados para el

puesto, y en especial aquel tiparraco de Grimsby, que debería estar entre rejas. Y ahora tiene la desfachatez de venirme con que no podemos permitirnos enviar a cualquier patán a Porterhouse. ¡Pero si todos eran un hatajo de patanes!

—¿Qué otra cosa podíamos hacer? Nadie quería aceptar el puesto. Había que encontrar candidatos en alguna parte —dijo Goodenough—. Bueno, de todas formas, iré a cenar con el tal Purefoy Osbert, y ya le contaré qué tal se porta. Me parece que tomaré una tortilla.

Y, tras esta puntualización, salió de la oficina.

Pero lo cierto es que Purefoy Osbert le sorprendió agradablemente; acudió a la cita relativamente bien vestido, para ser un profesor universitario (incluso se había puesto corbata) y no se quedó boquiabierto como un patán al entrar en el Savoy Grill. Después de pasar esta primera prueba con todos los honores —pidió una copa de jerez seco en vez del martini doble que le ofreció Goodenough, y luego se limitó a acompañar la comida con dos vasos de vino—, Goodenough insistió en llevarle a un espectáculo de striptease en un local de ínfima categoría. Purefoy le dijo que nunca había visto nada semejante ni pensaba volverlo a hacer. Y añadió que aquellas mujeres no eran algo de lo que valiera la pena hablar en una carta dirigida a casa, aunque luego comentó que, en vista de su deplorable aspecto, tratar de describirlas en una carta quizá contribuyera a borrar sus imágenes de su memoria, como en una especie de exorcismo. Como consecuencia de este comentario (a Goodenough algunas de las artistas que actuaban en aquel local no le habían desagradado, ni mucho menos), después que Purefoy se hubiera visto obligado a ingerir, casi a la fuerza, un par de whiskys dobles, la siguiente parada la hicieron en un bar de ambiente gay lleno de travestidos y de hombres vestidos con prendas de cuero, donde le metió mano a Purefoy alguien que parecía una lesbiana, pero que probablemente no lo era. Para entonces, Goodenough ya estaba casi convencido de que el primo de Vera no era un maníaco sexual; en cambio, Purefoy no las tenía todas acerca de los propósitos de su anfitrión.

Y cuando éste le preguntó, apoyándose displicentemente contra la barra del bar: «¿No estará interesado, por casualidad, en las fantasías sádico-anales?», a Purefoy ya no le cupo la menor duda acerca de las intenciones de su compañero de farra: se echó atrás de un salto y fue a chocar contra un individuo que llevaba un látigo de cuero, el cual pareció disfrutar el encontronazo.

—Perdón —murmuró Purefoy, que por el rabillo del ojo no perdía de vista a Goodenough.

—Estás perdonada, bonita —dijo el del látigo—. Para mí ha sido un placer.

Lo cual, evidentemente, parecía cierto. Pero Purefoy Osbert lo estaba pasando fatal en aquel sitio. De hecho, toda la velada había sido un tormento. Primero un abogado que llevaba un traje demasiado llamativo para su gusto y zapatos de ante grises le había llevado a un carísimo restaurante donde había intentado emborracharlo con un gigantesco martini seco que, por fortuna, había tenido el buen sentido de rechazar. Luego le había mirado de manera harto sospechosa durante toda la cena, y en especial había mostrado un interés casi obsesivo por sus manos y su boca. Después de esto, presumiblemente con objeto de hacerle aborrecer a las mujeres, aquel sujeto le arrastró hasta un tugurio inmundo donde se había visto obligado a presenciar la actuación de unas artistas de tres al cuarto que se desnudaban haciendo posturitas, algo verdaderamente lamentable. Luego, después de mucho insistir y de dos whiskys dobles, le llevó a un bar lleno de invertidos y le preguntó como si fuera la cosa más natural del mundo si le interesaban las fantasías sádico-anales. ¡Ahora entendía por qué aquel pervertido le había estado mirando con aquellos ojos toda la noche! Purefoy no se iba a quedar de brazos cruzados esperando a ver qué pasaba después. Tampoco es que hubiera que ser un lince para adivinar lo que se avecinaba. Ya se barruntaba por qué le habían ofrecido de forma tan inesperada aquella beca en Porterhouse sin haberla solicitado.

Purefoy Osbert se dirigió hacia la puerta y tuvo varios desagradables encuentros por el camino. Goodenough le seguía, pero Purefoy había ya tenido suficiente por aquella noche.

—Déjeme en paz de una vez —le dijo amenazadoramente al tiempo que salía a la calle—. Olvídese de mi, ¿entendido?

—Pero hombre —dijo Goodenough tratando de explicarse—, si yo sólo quería...

—Ya sé lo que quiere. Pues olvídese. Ni hablar. No sé de dónde puede haber sacado la idea de que yo... ¡Ah! ¡Ya caigo! Mi prima, con su retorcido sentido del humor. Me las pagará. ¡Hacerme venir a Londres para esto!

—No lo hemos hecho venir por lo que se imagina, se lo aseguro —dijo Goodenough—. Creo que se está tomando las cosas a la tremenda.

—Usted sí que es una tremenda, so pulpo —aquellos dos whiskys dobles empezaban a hacerle efecto—. La leche que le voy a dar sí que va a ser tremenda, como no se largue...

Se volvió, dispuesto a escapar de los abrazos del cefalópodo, y por poco no le atropello un coche. Goodenough le agarró de un brazo, pero Purefoy se desasió violentamente.

—Mire, a ver si se entera de una vez —dijo amenazándole con el puño—; como me ponga un dedo encima, so maricón, le voy a arrear

una...

No pasó a los hechos. Una persona de sexo indefinido ataviada con un chabacano traje a cuadros se le plantó delante.

- *¿A* quién llamas maricón? —le preguntó, y, sin esperar respuesta, le propinó un directo a la mandíbula. Goodenough le cogió en brazos y paró un taxi.

—Earls Court —le dijo al conductor, y le dio la dirección del apartamento de Vera. Para cuando llegaron, la nariz de Purefoy había dejado de sangrar y el pobre hombre se hallaba en un estado de absoluta confusión mental. Subieron en el ascensor.

—No creo que me convenga estar por aquí cuando se despierte por la mañana —le dijo Goodenough a Vera después de meter a Purefoy en la cama—. Ha sido una noche horrorosa.

—Ya me he dado cuenta, ya —dijo Vera—. ¿Qué ha pasado?

—El pobre se imaginó que intentaba follármelo. Todo por culpa de aquel cabrón de la Universidad de Grimsby.

- *¿Y* por qué le has pegado un puñetazo?

—No he sido yo —dijo Goodenough—. Una bollera con pinta de culturista se lo atizó por llamarme maricón. Y te voy a decir una cosa: tu primo está convencido de que le has hecho venir a Londres con engaños sólo para que yo pudiera follármelo. Dice que te va a matar. No te imaginas cómo se puso. ¡Como si yo no tuviera nada mejor que hacer que acostarme con él!

—Pues mira, yo también te voy a decir una cosa —dijo Vera—: vas a pasar la noche aquí, y, como no tienes nada mejor que hacer, te vas a acostar conmigo. Si no, no te dejaré salir.

Se metieron en el dormitorio y empezaron a desnudarse.

—Las cosas como son —dijo Goodenough—: has elegido al candidato perfecto. A Lady Mary le encantará tu Purefoy, y seguro que montará un escándalo mayúsculo en Porterhouse.

Dos días más tarde, y tras muchas súplicas y discusiones, Purefoy Osbert accedió a entrevistarse con Lady Mary. Todavía no las tenía todas acerca de las tendencias sexuales de Goodenough.

—¡Si hubieras visto aquel bar! —le dijo a Vera—. Allá cada cual con sus gustos sexuales, pero aquello era como una visión del infierno del Bosco. Además, ¿por qué me miraba de aquella manera?

—Hombre, tenía que asegurarse de que no eras un maníaco sexual —dijo Vera.

—Bueno, pues espero que se haya convencido del todo. Pero no se te ocurra dejarme a solas con él, porque podríamos tener un disgusto. Ya me puedes jurar y perjurar que es de lo más normal, pero si hubieras visto cómo me miraba la boca...

—No seas bobo. Si sabré yo que es de lo más normal... Bueno,

dejémoslo. Ahora de quien tenemos que hablar es de Lady Mary Evans…

Purefoy Osbert pasó una hora con Lady Mary, quien todavía se sentía más protegida teniendo al marido del ama de llaves a mano y estando firmemente parapetada detrás de la mesa de despacho.

—Doctor Osbert —dijo—, por su curriculum veo que ha pasado usted los últimos once años en la Universidad de Kloone. ¿No es mucho tiempo sin cambiar de institución? ¿No ha sentido nunca la ambición de promocionarse en su carrera?

—Mi carrera consiste en investigar los hechos —dijo Purefoy mirándola fríamente a los ojos, de un extraño color amatista—. No estoy en absoluto interesado en ningún otro método. Y para mis investigaciones lo mismo me da estar en Kloone que en cualquier otro lugar. Los hechos se encuentran en los materiales de primera mano y, hasta cierto punto, en las opiniones secundarias, aunque éstas sólo son de fiar si pueden ser confirmadas mediante una fuente distinta y que no esté relacionada estrechamente con ellas.

Lady Mary asintió con la cabeza, como si estuviera de acuerdo.

—Y, según veo, su especialidad es la investigación de los métodos de castigo penal, o, por decirlo más llanamente, las prisiones.

—Con especial hincapié en la pena capital —dijo Purefoy.

—¿Aprueba usted la pena capital?

Purefoy Osbert estuvo a punto de ponerse en pie de un salto.

—No, la desapruebo totalmente —dijo—. De hecho, «desapruebo» no es la palabra más adecuada para expresar mi convicciones. La pena capital, en cualquiera de sus manifestaciones, es un acto bárbaro y criminal que…

Como vio que iba a embalarse, Lady Mary cortó por lo sano.

—Me alegra enormemente que piense así —dijo—. Doctor Osbert, lo que me acaba de decir confirma la opinión de mi abogado, el señor Lapline, quien se ha ocupado de seleccionar a los candidatos para esta beca que hemos creado en Porterhouse.

Purefoy Osbert se revolvió un poco en su silla. Por una parte, le atraían el salario de la beca y todo lo que conllevaba aquel empleo, pero, por otra, sentía que era su obligación decirle sin disimulos a aquella excéntrica lo que realmente pensaba.

—Creo mi deber confesarle —dijo— que siento ciertas reservas sobre Porterhouse. Lamento mucho tener que decirlo, pero la reputación del Colegio es bastante mala, y, personalmente, no tengo demasiadas ganas de ir.

Lady Mary le sonrió. O algo parecido. Sus dientes amarillos relucían.

—Mi querido doctor Osbert, si me permite llamarle así, su opinión acerca de Porterhouse coincide enteramente con la mía, hasta

el punto de que puedo anunciarle que la beca de investigación Sir Godber Evans es suya, si me hace el honor de aceptarla. Estoy segura de que mi difunto marido, que en paz descanse, habría estado igualmente satisfecho.

Se echó para atrás en su butacón, para que Purefoy pudiera saborear su aprobación. Purefoy Osbert reflexionó un poco sobre todo aquello.

—Mucho me temo que necesito saber más acerca de la beca antes de aceptar —dijo con firmeza—. No me interprete mal, le estoy inmensamente agradecido por la oferta que me hace, pero, más allá de las meras hipótesis, me es preciso saber ahora por qué, exactamente, se me ofrece este puesto y cuáles son sus verdaderas intenciones. Se me ha dicho que el objeto de la beca es preparar y clasificar material documental para una biografía sobre su difunto marido, pero, considerando el salario...

No cabía duda: Lady Mary sonreía radiante. De hecho, de haberse tratado de otra mujer, y de haber sido Purefoy Osbert, por su parte, más receptivo y sensible a los sentimientos femeninos (aparte de los de Madame Ma'Ndangas), habría pensado que Lady Mary acababa de enamorarse de él. Pero esta idea ni siquiera le pasó por la cabeza, de modo que la escuchó atentamente mientras le explicaba el objetivo de la beca.

—He creado esta beca que ahora le ofrezco porque la labor de mi marido en Porterhouse no fue objeto del reconocimiento que merecía. Lo que intentamos... lo que intentó, fue convertir el Colegio en un centro de elevado nivel académico, y lo que encontró fue la hostilidad de los Claustrales. Es mi deseo que reciba después de muerto el reconocimiento y la estima que mereció recibir en vida. Y es mi deseo, asimismo, que sus ideas se pongan por fin en práctica.

—Pues no veo cómo puedo contribuir eficazmente a tales fines —repuso Purefoy.

—Estoy convencida de que su sola presencia allí será un primer paso —dijo Lady Mary con vehemencia al tiempo que erguía el busto por encima del escritorio. Hizo una pausa y se le quedó mirando fijamente con sus pálidos ojos azules—. Y, por supuesto, para escribir una biografía será preciso que averigüe usted los más recónditos detalles de su vida e incluso de su muerte. Quizá le parezca una sospecha infundada, pero no me convence en absoluto la explicación oficial sobre su fallecimiento, por lo que quiero saber qué ocurrió exactamente. La verdad, doctor Osbert; eso es todo. Lo que quiero son los hechos, ni más ni menos. Se supone que no soy más que una pobre y débil mujer; pero éste es un mundo dominado por los hombres y ésa es su opinión, no la mía. Por una vez, sin embargo, estoy dispuesta a aceptar esas reglas del juego. Lo que le pido es que saque a la luz los

hechos. Si las pruebas que aporta establecen más allá de toda duda que la muerte prematura de mi pobre Godber fue debida a causas naturales, acataré su veredicto sin chistar. Toda mi vida he tenido que aceptar verdades difíciles de digerir, pero siempre han sido verdades basadas en hechos reales, a menudo bastante terribles.

Purefoy Osbert ya lo sabía. La evidencia de su pasado idealismo estaba bien presente todavía en las paredes de aquel despacho, de las que colgaban las fotos dedicadas de algunos de los líderes más sanguinarios del siglo XX. Incluso Purefoy Osbert, que nunca había tenido excesivo interés por la política o los políticos, era consciente de su presencia. Los ideales de Lady Mary eran, evidentemente, muy similares a los que corrían por Kloone.

—Estoy segura de que es la persona idónea para este puesto —prosiguió Lady Mary—. Mis abogados le proporcionarán toda la información adicional que precise. Hay una porción de documentos que encontrará, sin duda, de gran utilidad.

Y con esta nota práctica concluyó la entrevista. Pensaba que no era el momento todavía de revelarle sus verdaderas intenciones. Sería mucho mejor que se pusiera a trabajar lo antes posible en el caso. Y eso fue, exactamente, lo que le dijo a Goodenough por teléfono en cuanto Purefoy salió de Kensington Square. Al fin había accedido a ir a Porterhouse en los términos estipulados en la carta y con la garantía de que sus pesquisas acerca de la vida (y muerte) de Sir Godber estarían libres de restricciones o componendas. Lady Mary le había asegurado que ella no obstaculizaría su investigación por ningún motivo, pero dejó entrever que otras personas tal vez lo hicieran.

—El doctor Osbert me ha causado muy buena impresión —le dijo a Goodenough.

El señor Lapline había rehusado terminantemente contestar aquella llamada («Dígale que he salido, o que me he muerto, o que estoy en el hospital, o lo que quiera», le dijo a su secretaria), temeroso de que el veredicto de Lady Mary sobre un hombre que sostenía que Crippen había sido la víctima inocente de una conspiración policial pudiera ser tan violentamente desfavorable como el suyo propio.

—No sabe cuánto me alegra que piense así —dijo Goodenough—. Debo confesarle que, en mi opinión, era el candidato más decente.

Lady Mary trató de expresar su opinión acerca del resto de los candidatos, pero sufrió una especie de ataque que la dejó muda.

—Sea como fuere, parece que la mujer está contenta con este primito tuyo —le dijo Goodenough a Vera—. Sí, tienes razón. No le llamaré así cuando esté presente. Todavía me trata como a una especie de animal salvaje al que habría que tener encerrado en una jaula en cuarentena. Y, por seguir con la misma metáfora, Lady Mary

me ha pedido, literalmente, que lo enviemos a Porterhouse «ya». No «inmediatamente», ni «cuanto antes», sino «ya». Y, con seis millones en efectivo, no creo que vayamos a tener muchos problemas con el Consejo del Colegio.

Tenía toda la razón. Tras una llamada telefónica al Tutor Mayor, seguida de una carta y otra llamada y un fax, Goodenough se sintió satisfecho del resultado de sus gestiones.

—Todo indica que el Tutor Mayor nos ha allanado el camino —le dijo al señor Lapline—. El Decano está de viaje y, por lo tanto, ilocalizable, y según el Tutor Mayor, sería el único oponente serio y la idea de nombrar un becario en memoria del difunto Rector. Así que van a llevar la cosa adelante sin contar con él.

—Yo imaginaba que la principal dificultad sería el Rector actual —dijo el señor Lapline, en tono sombrío—. Pensaba que le resultaría difícil al Consejo conseguir que ratificara sus decisiones un Rector medio impedido que no puede escribir y apenas si es capaz de hablar. ¿Cree que le harán firmar poniendo el pulgar? Si es así, ¿qué pensarán los historiadores del futuro de la Universidad de Cambridge a finales del siglo XX?

—Pues no lo sé. Pero debería ser más optimista respecto al futuro —dijo Goodenough—. Lo más seguro es que para entonces ya nadie sepa leer ni escribir. En todo caso, según tengo entendido, el Rector ya ha recuperado el habla.

El Consejo del Colegio aprobó por mayoría la concesión de la beca al doctor Purefoy Osbert, y Skullion firmó el documento, aunque se consideró lo más prudente no decirle nada acerca de la conexión del puesto con el nombre de Sir Godber Evans.

—Digámosle sólo que se trata de una nueva beca de investigación —le aconsejó el Praelector al Tutor Mayor, que ejercía las funciones de Decano en ausencia de éste—. Skullion nunca sintió lo que se dice simpatía por el difunto Sir Godber, si no recuerdo mal.

—Odio africano, eso es lo que sentía —dijo el Tutor Mayor—. Y no se lo reprocho. Yo también detestaba al difunto Rector. Nunca he podido entender por qué el Tesorero hacía tan buenas migas con él. Sólo podía ser por el dinero.

—Pues claro que era por el dinero, aunque fuera el dinero de Lady Mary. Él no tenía un céntimo. Un braguetazo, ni más ni menos. Y quede claro que no le envidio la ganga. Lo que nos lleva al siguiente punto. No me cabe en la cabeza cómo o por qué querrían esos misteriosos potentados de la City financiar al doctor Osbert con esta inesperada beca. Yo habría jurado que el mundo financiero preferiría olvidar a Sir Godber a celebrar su memoria. El perjuicio que causó a los intereses comerciales del país mientras fue Ministro de Desarrollo

Tecnológico me parece irreparable. Canceló un proyecto sobre lo que llaman ahora superconductores porque decía que no tenía futuro. Era una tecnología que entonces estaba todavía en pañales, como si dijéramos.

El Capellán no entendió bien esta última frase.

—Antes de obtener la capellanía de Porterhouse celebré muchos bautismos, sí. Y aunque los renacuajos no estaban literalmente en pañales, siempre ocurrían accidentes desagradables. Una de las cosas que más aprecio del cargo de Capellán del Colegio es que ya no tengo que cristianar a ningún mocoso. Cuando miraba lo que se supone que eran sus rostros infantiles, casi me convencía de cuan acertado estaba el pobre Darwin. Recuerdo todavía a una criatura particularmente repelente que casi hizo que lamentara no tener a mano la navaja de Occam.

—¿La navaja de Occam? La usan para circuncidar, ¿no? —dijo el Tutor Mayor.

Al doctor Buscott, que sabía qué es la navaja de Occam, se le puso la carne de gallina, pero no dijo nada. Ya era tarde para tratar de educar a los Claustrales Mayores. Además, el Capellán, que empezaba a quedarse traspuesto, murmuraba algo:

—Siempre me ha dado mucha pena el pobre Abelardo, ¿saben? Usaron con él una especie de navaja de Occam. Debió de resultarle muy desagradable.

# 7

En una mansión de piedra gris en Portland Bill, el Decano y Anthony Lapschott habían acabado de cenar y estaban tomando café en una amplia estancia con vistas a la bahía de Lyme. Había caído ya la noche. Lapschott tenía horarios muy particulares y vivía bien. Muy bien, en opinión del Decano. Aunque a él no se le habría ocurrido nunca retirarse a Portland Bill. Era una población demasiado adusta y oscura para su gusto, con las calles demasiado desiertas y empinadas, y el viento que venía del mar soplaba con mucha fuerza mientras el Decano conducía colina arriba, por delante del edificio de la vieja prisión, aquella mañana. Por la tarde la intensidad del viento aumentó, y aullaba alrededor de la casa tras azotar los escasos arbustos del jardín. Pero en aquella amplia sala, cubierta de paneles de madera, la galerna parecía un fenómeno extrañamente distante. Todo allí —era un poco estudio, un poco biblioteca, un poco salón de estar— denotaba lujo, quizá un lujo demasiado ostentoso; había gruesas alfombras persas y mullidos butacones, un gigantesco escritorio con el tablero de cuero y un sofá donde Lapschott podía pasarse las horas muertas leyendo mientras al otro lado de la ventana galernas y tempestades rizaban el mar y barrían la costa sin afectar en lo más mínimo a su comodidad.

Era el contraste entre el grisáceo y melancólico mundo del exterior y el pequeño mundo que Lapschott se había creado para sí dentro de aquellos muros lo que molestaba al Decano. Además, a él nunca le había gustado la pintura moderna, y en particular le repateaban Bacon y Lucían Freud. Los gustos de Lapschott eran demasiado sofisticados para él, y esa antipatía se había transparentado varias veces durante su estancia allí. Mientras dos criadas filipinas y un mayordomo servían la cena, Lapschott le explicó sus razones para vivir de aquel modo, y el Decano encontró esas explicaciones tan desazonadoras como la atmósfera que rodeaba la casa.

—Me divierte observar desde aquí el fin del mundo —dijo Lapschott—. Aunque quizá debería decir el fin de *nuestro* mundo.

El Decano habría preferido que no hubiera dicho ninguna de las dos cosas. Pero el cordero estaba tan tierno que se deshacía en la boca y el clarete era excelente.

—Y, en muchos sentidos, Portland Bill me proporciona la melancólica perspectiva que busco. Geográficamente hablando, constituye el límite de Inglaterra. Land's End, su extremo oficial, está en Cornualles, pero los habitantes de Cornualles son celtas. Y, además, esa parte del país se ha comercializado mucho de un tiempo a esta

parte. Aquí, sin embargo, no hay más que rocas y el faro, y más allá el Canal y el mar abierto. Y, al oeste, la bahía del Hombre Muerto. Así es como la llamaba Thomas Hardy. Un velero que navegase demasiado pegado a la costa quedaría irremediablemente atrapado por el viento racheado que viene del Canal y acabaría embarrancando en los acantilados. Cientos de hombres han muerto allí, Decano, hay cientos de cadáveres sepultados allá fuera. Y detrás de nosotros hay más muertos. Dos prisiones con sus campos de trabajo, y las canteras de donde se sacó la piedra para construir el pabellón Gibbs de King's[1] y la catedral de San Pablo. En el siglo XIX los condenados construyeron el espigón del puerto de Portland con la piedra de esas canteras, para proteger a la flota más poderosa del mundo. Para ellos Portland era también el fin del mundo. A veces miro el puerto, y me causa una perversa satisfacción verlo vacío. Lo que nos queda de aquella famosa flota cabría en una esquinita de la rada. Ese mundo se ha acabado, aunque acabo de leer la interesantísima biografía de Fisher, escrita por Jan Morris. Un hombre algo chiflado, el tal Fisher; construyó el primer acorazado, con lo que se inició la rivalidad por el dominio de los mares entre nosotros y la Alemania del Kaiser, un duelo romántico y absurdo que acabó en tablas en Jutlandia. Los británicos fueron los que perdieron más hombres y navíos, pero la armada alemana no volvió a hacerse a la mar hasta que, después del armisticio, le ordenaron dirigirse a Scapa Flow para entregarse, y allí fue hundida por sus tripulaciones. Una guerra sin sentido, orquestada por individuos que presumían de civilizados.

—Los alemanes empezaron —dijo el Decano—. Invadieron Bélgica, y nosotros éramos aliados de los belgas.

—Sí, pero, como bien dicen los holandeses, «Bélgica no existe». Fue creada como nación en 1831, ayer, por así decirlo —concedió Lapschott con displicencia—. Y, en cualquier caso, el enemigo siempre empieza las guerras. No se puede sacrificar las vidas de millones de hombres sin darles al menos una buena razón. En alguna parte tengo un disco con el discurso del Kaiser a la nación alemana en 1914, en el que viene a decir que empezamos nosotros. Cita a Shakespeare, el monólogo de Hamlet. Se lo buscaré luego, si le interesa oírlo. *«Um sein oder nicht sein»:* «Ser o no ser.» Repite este verso dos veces. Alemania no tenía otra alternativa, según él, y millones de hombres fueron a luchar convencidos de que era realmente así, para acabar en el *nicht sein.* Un romanticismo patético. Nadie pensaba con la cabeza. La razón se echó a dormir, y el sueño de la razón produjo al monstruo, Adolf Hitler. Y a Lenin, por supuesto, otro monstruo. ¿Y qué hemos sacado en claro nosotros? ¿Qué hemos conseguido los ingleses? ¿Qué?

[1]. Uno de los colegios de la Universidad de Cambridge. *(N. del T.)*

El Decano no supo qué responder. No compartía el melancólico interés de su anfitrión por la historia. Era demasiado abstracto para él. Gran Bretaña seguía siendo el mejor país del mundo.

—Supongo que salvamos al mundo de la barbarie —dijo.

Lapschott le miró, y una sonrisita sardónica bailó en sus labios.

—De una forma de barbarie, sin duda. O de dos. Pero todavía existen multitud de formas de barbarie diferentes en el mundo. Yo me refería más bien a lo que Gran Bretaña ha perdido, más que a lo que ha ganado. Lo que ha perdido. O regalado. Y no me refiero al Imperio. No. Fuimos nosotros los que les abrimos el camino a los japoneses para que se convirtieran en lo que un día fuimos como nación.

—¿Para que se convirtieran en lo que un día fuimos como nación? —El Decano no le seguía.

—La alianza entre Inglaterra y el Japón de 1902. Se suponía que ellos iban a salvaguardar nuestros intereses en el Extremo Oriente, para que así la flota del Pacífico pudiera proteger las Islas Británicas. Les tratamos como a nuestros iguales y ellos se aprovecharon declarando la guerra a Alemania en 1914 y apropiándose de las posesiones alemanas en el Pacífico. Muy astutos. Otra raza de isleños, de marinos, que, siguiendo nuestro ejemplo, hundieron la flota rusa en Port Arthur sin haber declarado la guerra.

—¡Demonios amarillos! —exclamó el Decano, muy indignado—. Taimados y traicioneros. Lo mismo hicieron en Pearl Harbor.

—Y Nelson hundió la flota danesa, que era neutral, en Copenhague. Y Churchill ordenó que hicieran otro tanto contra los franceses en Dakar, en 1940. Los casos son casi idénticos. ¿Por qué cree que nos llaman los franceses, desde el siglo XVII, la Pérfida Albión? Porque nosotros también somos taimados y traicioneros.

—Eso lo dijo Napoleón —objetó el Decano, pero Lapschott denegó con su calva cabezota.

—No. Fue Bossuet, en un curioso sermón sobre la Circuncisión.

El Decano terminó su cordero en silencio. Encontraba aquella conversación de muy mal gusto. Había ido hasta allí a pedir consejo sobre la elección de un nuevo Rector, y le trataban como a un estudiante poco dotado. Peor aún, aquel condenado sabelotodo le estaba poniendo delante de las narices una visión de la historia tan cínica, que, comparada con ella, el autocomplaciente realismo que el Decano creía profesar parecía poco más que sentimentalismo romántico. Permaneció callado mientras Lapschott pedanteaba a su antojo sobre poetas y políticos, nombres y acontecimientos tan incomprensibles para él, tan alejados de su propia experiencia de la vida, que se felicitó vengativamente para sus adentros de encontrar tan vulgar la decoración de aquel saloncito. Con renovada confianza en sí mismo, atacó la cuestión del nuevo Rector.

—Cathcart me sugirió que usted quizá podría darme algunos datos más precisos acerca de Fitzherbert, el hijo de aquel desastroso Tesorero que tuvimos hace años —dijo.

—¿Philippe? No hay mucho que decir. El hijo idiota de un padre avaricioso. Vive en Francia del dinero que su padre le robó al Colegio.

—¿Cómo que lo robó? —dijo el Decano—. Se supone que lo perdió en el Casino de Montecarlo.

—Ésa fue su versión. Yo tengo otra. Pero a usted ya no le sirve de nada saberlo. El hijo ha dilapidado la herencia. No merece la pena que lo intente con Philippe, si lo que quiere es un Rector rico —le dijo Lapschott.

—¿Y qué me dice de Gutterby? Launcelot Gutterby —preguntó el Decano, que empezaba a desinflarse un poco.

—¿Conoce a su mujer?

—Pues no, no he tenido el gusto. He mantenido el contacto con Launcelot, pero nunca me han invitado a su casa.

Lapschott arqueó una de sus hirsutas cejas.

—Si algún día le invitan, le recomiendo que no vaya. Lady Gutterby no es persona de carácter dulce que digamos, y en su casa lleva los pantalones. Además, es mujer de puño en rostro. Lo cual, considerando lo manirroto que es ese infeliz de Gutterby, no deja de tener sentido. Pero todo tiene sus límites. El mío es vino peleón con cordero que sabe a lana. Y, según parece, a pesar de lo que sirven en su mesa a los invitados, tienen excelentes caldos guardados bajo siete llaves en la bodega.

El Decano se estremeció. Había que evitar la hospitalidad de Lady Gutterby por todos los medios.

—He decidido visitar a Broadbeam. Estudió en Porterhouse después que usted. Buen muchacho. Estupendo jugador de rugby. Vive cerca de Bath.

Lapschott asintió con la cabeza. Había oído hablar bien del tal Broadbeam. Toda la hora siguiente la pasó el Decano describiendo su itinerario y los problemas a los que se enfrentaba Porterhouse. Cuando finalmente se retiró a su cuarto, dejando a Lapschott con los pies en alto frente a la chimenea leyendo a Spengler en su sofá, sintió de repente una aguda depresión. Lapschott había ido eliminando una por una todas sus posibilidades de encontrar a un Rector de fortuna que salvase al Colegio de la ruina, pero sin hacer ninguna sugerencia valiosa al respecto. Aquel hombre parecía considerar la crítica situación en que se encontraba Porterhouse meramente como un ejemplo más de la decadencia de la nación, una decadencia originada por la auto-complacencia, la pereza y la estupidez de sus habitantes. En cambio, el Decano veía a Lapschott con rasgos más simples: aquel tipo era un decadente pomposo y seguramente mariquita. Y su

apellido sonaba sospechosamente extranjero. Y, para colmo de males, el cuarto que le habían dado miraba al oeste y no estaba bien protegido del azote de los elementos. Y lo peor de todo era aquella chimenea por la que se colaba el viento. El Decano se metió en su cama y se quedó un rato escuchando el ulular de la tempestad.

A la mañana siguiente se levantó bien temprano, le escribió una nota a Lapschott agradeciéndole su hospitalidad, y se marchó después del desayuno. Con una sensación de alivio por poder escapar de algo que ni comprendía ni compartía, condujo colina abajo, dejando atrás la vieja penitenciaría y las imponentes canteras, y ganó el suave y ondulado perfil del paisaje de Dorset. Se lo tomó con calma, circulando por las carreteras comarcales en vez de tomar las modernas autopistas. La siguiente parada en su periplo sería otro antiguo alumno de Porterhouse, uno de los que recordaba con más agrado, Broadbeam. Y luego aún quedaban otros aristócratas acomodados que visitar más allá, en el valle del Severn. Finalmente, se acercaría hasta Yorkshire a ver a Jeremy Pimpole, que había sido siempre su favorito, y también el de Skullion. Launcelot Gutterby y Jeremy Pimpole habían sido los dos astros más rutilantes en el firmamento particular del Portero Mayor. Aún se podía oír al Rector murmurar para su caletre «Gutterby y Pimpole», una y otra vez, recordando seguramente el inefable aire de superioridad que tenían aquellos dos en sus tiempos de estudiantes. Y, a su manera, Jeremy Pimpole había encarnado para el Decano el ideal del perfecto caballero. Era un joven tan encantador, tan discreto… Era de suponer que ahora, como buen aristócrata rural, dedicaría todos sus esfuerzos a la administración y mejora de su extenso patrimonio familiar. El Decano se sonrió al pensar en el abismo que separaba a los Pimpole de este mundo de los Lapschott, y paró el coche junto a un bosquecillo para echar una meada.

# 8

En la sede de Transworld Televisión Productions, Kannabis tenía noticias frescas para el Tesorero.

—El señor Hartang quiere ver el Colegio, profesor —dijo—. Tiene que ver por sí mismo dónde pone su dinero, ¿no?

—Sin duda ninguna —dijo el Tesorero—. Será bienvenido si decide hacernos una visita. Estamos a su disposición.

—Vale. Lo que pasa es que siempre viaja en avión, y en el Colegio no hay aeropuerto.

—Bueno, tenemos el aeropuerto de Marshall. Podría aterrizar allí, está sólo a unos kilómetros. Iríamos a buscarle en coche.

—Ya. Pero resulta que está en Bangkok, por negocios, y tiene una agenda más apretada que el culo de una tortuga. Las tortugas aprietan mucho el culo, porque, si no, se ahogarían. Hicimos una peli una vez sobre tortugas, en una jodida isla que se llama... Gal... no sé qué.

—Galápagos —dijo el Tesorero.

—Justo! ¡Hay que ver, profesor, lo que sabe de geología! Gala... ¿Cómo ha dicho?

—Galápagos. Es donde Darwin...

Pero Kannabis le interrumpió.

—No señor, en eso se equivoca. Eso está en Australia, más bien al norte, creo. Pero bueno, a lo que íbamos. Si Hartang no puede ir a Porterhouse, Porterhouse tendrá que ir a Hartang.

—No veo cómo va a ser posible —dijo el Tesorero, ya totalmente perdido—. Me refiero a que los edificios no pueden moverse de donde están. Sobre eso no cabe discusión alguna. Absolutamente ninguna. Nosotros estaríamos encantados de recibirle allí...

—¡Déjeme acabar! A ver, ¿a qué nos dedicamos? Transworld, quiero decir.

—Hacen películas de pulpitos, ¿no?

—Sí. Y las transmitimos vía satélite.

—¡Ah, ya! —dijo el Tesorero, en cuya mente había penetrado un rayo de luz—. Ya veo lo que quiere decir.

—¡Claro, hombre, claro! Nosotros hacemos nuestra peli en el Colegio, y E. H. la ve en Bangkok, o en Lima, o donde sea, y todos contentos. ¿Estamos?

—Por supuesto, por supuesto. Si eso es lo que el señor Hartang quiere, estaremos encantados de recibirles con sus cámaras de vídeo para que hagan un reportaje del Colegio, no faltaría más. No creo que haya ningún problema.

—Genial —dijo Kannabis—. Ahora lo que hay que decidir es el

día.

—Pues, realmente, cuando quieran, aunque en estos momentos los estudiantes se están preparando para los tripos y quizá sería mejor...

—¿Los estudiantes se preparan para hacer de trípodes? No tenía ni idea...

—No, no. Los tripos son unos exámenes divididos en tres partes: preliminar, primera parte y segunda parte. Es un sistema muy diferente del de Oxford, donde sólo se examinan una vez, al final del último curso, el tercero.

—¿Sólo un examen? —dijo Kannabis, tan confuso ahora como lo había estado el Tesorero antes—. ¿Y ésos para qué estudian, para hacer de monópodes? Joder, qué cosa más rara! ¡Tres años de estudios para ser monópodes! Desde luego, su sistema es diferente del nuestro.

—No, verá: lo que trato de explicarle —dijo el Tesorero— es que sería mucho mejor que esperaran hasta después de los exámenes y vinieran en junio, para el Baile de Mayo.

—¿Por qué se celebra el Baile de Mayo en junio? —preguntó Kannabis.

—Porque antes tenemos la temporada de Enculadas.

—¿Les dan por el culo? —dijo Kannabis, cada vez más desconcertado.

—No. Así es como llamamos a unas regatas que se disputan de acuerdo con un reglamento que data de...

—Hábleme del Baile de Mayo —le interrumpió Kannabis, que empezaba a sentirse mareado—. Parece más divertido.

El Tesorero asintió. Explicar las peculiares costumbres de Cambridge siempre le había parecido una tarea casi imposible.

—El Baile de Mayo no se celebra todos los años, porque es muy caro de organizar —dijo—, y las entradas cuestan ciento cincuenta libras por cabeza. Hay marquesinas... una especie de tiendas de campaña... —Sólo faltaba que Kannabis imaginara que las marquesinas eran unas aristócratas francesas—. Y tenemos dos orquestas y...

—¡Estupendo! Esto es lo que necesitábamos. El reportaje perfecto. Joder, a E. H. le encantará! Quiero decir que se pirra por los bailes y las fiestas. Lo filmaremos, y tendrá todo el jodido dinero que necesite para poner a su colegio en órbita.

El Tesorero no se dejó arrastrar por este repentino acceso de entusiasmo. Fondos, eso era lo único que le interesaba.

—Así pues, vendrán al Colegio con cámaras para filmar el Baile de Mayo, ¿no es eso? Estoy seguro de que podremos arreglarlo.

—¿Arreglarlo? Si le digo que ya está hecho, puede creerme. —Qué día es hoy?

—Miércoles —dijo el Tesorero.

—Vale. Estaremos allí el domingo para echar un vistazo. Ya sabe, hay que planificar el guión. Sobre las 8 de la mañana. Yo también iré.

—No sé si...

—No se preocupe, profesor Tesorero. Déjelo todo en manos de K. K. Usted no ha de hacer nada. ¿Vale?

Y, una vez más, metieron al Tesorero en un taxi que lo llevó a la estación de Liverpool Street. Como de costumbre después de sus reuniones con Kannabis, no se encontraba nada bien y la cabeza le daba vueltas.

Pero si el miércoles fue malo, el domingo resultó catastrófico. El Tesorero no acudía casi nunca al servicio religioso de la mañana, porque prefería el de la tarde, pero sabiendo que iba tener que enseñarle el Colegio a Kannabis, y, por lo tanto, que tendría que enseñar a Kannabis al Colegio, y sabiendo como sabía que en Porterhouse se prefería que los americanos fueran pacíficos, estudiosos y con una pátina de sofisticación, aquella mañana decidió rezarle una plegaria extra al Altísimo para rogarle que velara por él. En vista del resultado de estas oraciones, se deduce que aquel día el Altísimo no estaba para hacer favores. El Tesorero salió de la Capilla justo antes de las 8 de la mañana y se encontró a Walter y otros tres porteros intentando impedir que unas personas, hombres y quizá también mujeres, todos vestidos con el mismo jersey de cuello vuelto marrón y el mismo blazer negro y los mismos mocasines negros y los mismos calcetines bancos y las mismas gafas de sol azul marino, abrieran del todo la Puerta Principal y entraran en el Patio Viejo con una enorme furgoneta.

—¡No pueden entrar aquí con esa cosa! —decía Walter—. ¡No tienen permiso!

—Tenemos permiso del profesor Tesorero —oyó que decía aquel vozarrón tan familiar—. ¿Es que el profesor Tesorero no tiene autoridad aquí?

Walter miró desesperado aquella proliferación de rostros idénticos, evidentemente tratando de averiguar a cuál debía responder.

—Yo... yo... Yo lo que digo es que esa cosa aquí no entra, eso es lo que digo. Vamos, ni pensarlo, ni soñarlo —gritaba, manoteando desesperado.

Kannabis le hundió un grueso dedo en el chaleco.

—Mire, jovencito —le dijo, con cara de pocos amigos—. Mire, jovencito —Walter tenía cincuenta y ocho años—, le estoy haciendo una pregunta. Lo que quiero saber es: ¿el profesor Tesorero manda aquí, sí o no?

—¿Cómo? No, no —dijo Walter—. Claro que no. Aquí no hay ningún profesor Ternero. Se ha equivocado de colegio. Por qué no se marchan a... bueno, adonde tengan que ir, y...

—Porterhouse —dijo Kannabis—. Hemos venido a Porterhouse. Y aquí nos quedamos.

—¿Seguro que no es Peterhouse? —preguntó Walter—. Peterhouse está más abajo, pasados Queen's y Pembroke, a mano derecha.

—¿Me está diciendo que no sé dónde estoy? Son las 8 de la mañana. Le dije al profesor Tesorero que estaríamos aquí a las 8 de la mañana, y aquí estamos. Y ahora me sale con que no hay ningún profesor Tesorero.

—Sí. Digo, no... y hágame el favor de estarse quietecito con las puertas. No se han abierto desde que Su Majestad... ¡Válgame Dios! —Walter miraba a su alrededor frenéticamente, tratando de encontrar la ayuda de algún miembro del Claustro. Y en ese momento divisó al Tesorero entre un grupo de estudiantes que observaban la escena con interés junto a la puerta de la Capilla—. Tenemos un Tesorero, pero no es profesor...

Kannabis se volvió y siguió su mirada.

—¿Ve como tenía razón? —gritó—. ¡Ahí está, el profesor Tesorero, claro que tienen un profesor Tesorero! ¡Hola, profesor, tiene un aspecto imponente! —El Tesorero llevaba toga, como era costumbre en Porterhouse cuando se iba a misa. Kannabis se volvió hacia el grupo de técnicos de Transworld—. ¡Fijaos en ese traje, muchachos! ¡Parece increíble! ¡Como si fuera un fraile! ¡Mirad ese otro! ¡Mirad ese otro! —El Capellán acababa de salir de la Capilla y contemplaba la escena muy complacido—. Quiero decir que no vamos a necesitar actores. Sólo tenemos que filmar lo que vemos.

El Tesorero fue corriendo a reunirse con los americanos. Había que ponerle freno a aquel hombre antes de que el Tutor Mayor apareciera en batín, o algo parecido.

—¡Por el amor de Dios, baje la voz! —suplicó, agarrando a Kannabis por una manga—. Y esa cosa, sea lo que sea, no la pueden entrar aquí dentro. Imposible.

—¿Ah, no? —dijo Kannabis, ahora en un susurro casi inaudible-¿Por qué?

El Tesorero miró en derredor, buscando cualquier excusa práctica.

—El césped —dijo—. El césped. No se puede pisar.

Kannabis y su gente se volvieron a mirar con la boca abierta la hierba del Patio Viejo.

—¿El césped? —dijo, obviamente impresionado—. ¿Qué tiene de especial?

—Tiene cientos de años —dijo el Tesorero con súbita inspiración

—. Es… una especie protegida. Nadie puede pisarlo.

Kannabis cabeceó, incrédulo.

—Si no lo ha pisado nadie desde hace cientos de años, ¿cómo es que está tan bien cortadito y tan verde? ¿Es que se corta solo?

—No, por supuesto que no. Los jardineros del Colegio lo cortan regularmente, pero sólo los Claustrales están autorizados a pisarlo.

—Joder! —dijo Kannabis—. Su césped tiene cientos de años. No me extraña. Aquí todo parece tener cientos o miles de años. Al señor Hartang le va a encantar.

—Sí, me atrevería a asegurar que sí —dijo el Tesorero, que por fin empezaba a sentirse de nuevo dueño de la situación—. Pero no le va a gustar tanto si se empeña en entrar aquí con esa especie de camión y lo estropea todo.

—Sí, creo que tiene razón en eso —admitió Kannabis—. Venga, muchachos, aparcad la furgoneta en la calle.

—No sé si será una idea acertada —continuó el Tesorero—. La policía quizás…

—Pues la ponemos en otro sitio. ¿Dónde está el aparcamiento del campus?

El Tesorero trató de concentrarse. No se le había ocurrido nunca que Porterhouse pudiera tener un campus. Walter acudió en su ayuda.

—Pueden probar en el Patio de los Leones —murmuró—. Aunque no sé si la van a poder meter allí.

Kannabis dejó de mirar el césped de repente.

—¿Qué ha dicho? ¿El Patio de los Leones? —preguntó. Ya no estaba pasmado. Horrorizado sería una descripción más ajustada.

—Es el aparcamiento —explicó el Tesorero—. No tiene relación alguna con el Colegio. Y puedo asegurarle que no hay ningún león allí.

—Sí que lo hay —dijo Walter—. Uno muy grande y colorado.

El Tesorero le miró y meneó la cabeza. Nunca le había gustado Skullion cuando era Portero Mayor, pero en ocasiones casi deseaba que siguiera en su puesto. Skullion no hubiera permitido nunca que las cosas se le fueran de las manos de aquel modo.

—Sí, Walter, pero es de piedra. Una estatua —explicó, procurando no perder la paciencia—. Se llama Patio de los Leones en memoria de la taberna que hubo allí.

—¡Ah, sí! La recuerdo muy bien —dijo súbitamente el Capellán, que se había sumado a la aglomeración de gente junto a la Portería—. ¡Qué lástima que la derribaran! Tenía una entrada preciosa, muy grande, casi una galería comercial, con sofás de cuero a cada lado, detrás de los cuales había unas oficinas muy pequeñas ocupadas por agentes de seguros y empresas de transporte. Yo iba todas las mañanas a tomarme mi café. Y también había un bar, por descontado. Me parece recordar que un joven muy espabilado de otro colegio, de

Magdalene, creo, organizaba allí una especie de casino, con ruleta y todo. ¡Nos lo pasábamos de bien...!

Kannabis y los otros gemelos del jersey de cuello vuelto se quedaron mirándole mudos de admiración detrás de sus gafas de sol azul marino. Era evidente que en su vida habían oído nada semejante.

—En fin. Pelillos a la mar. Ahora, sintiéndolo mucho, debo dejarlos, mis queridos amigos —dijo el Capellán—. El desayuno me reclama. El sustento espiritual es una cosa, pero, parafraseando a Nuestro Señor y haciendo hincapié en el lado práctico, «No sólo de vino y obleas vive el hombre.» Los humanos somos de carne corpórea, al fin y al cabo. Encantado de haberlos conocido.

Y se marchó trotando en dirección al Refectorio, siguiendo el aroma de las gachas, los huevos escalfados, el beicon y el buen café.

Durante los veinte minutos siguientes, aprovechándose de la atmósfera de ensoñación casi pastoril que había evocado el Capellán con su nostálgica rememoración, el Tesorero mantuvo a Kannabis y a los suyos ocupados aparcando la furgoneta lejos del Colegio.

—Dejaremos un espacio libre junto al cobertizo donde se guardan las bicicletas, para cuando vuelvan —explicó—. La verdad es que nunca había visto una furgoneta como ésta. No sé por qué la llaman así, porque es tan grande como un camión de mudanzas.

A Kannabis no le gustó esta comparación.

—¡No diga eso, profesor! —exclamó, ofendido.

—Bueno, es un decir —dijo el Tesorero, conciliador.

Kannabis le agarró del brazo.

—Lo que importa no es el tamaño, sino lo que lleva dentro: un equipo que vale más de setenta millones. Bueno, volvamos al baile. Así que todo el mundo baila al aire libre... —Hizo una pausa, perplejo —. ¿Dónde bailan?

El Tesorero sonrió. No volvería a hacerlo en mucho tiempo.

—Bueno, principalmente en el Refectorio, por supuesto —dijo—. Quitan las mesas, ¿sabe?

—¿El Refectorio? Vamos a verlo —dijo Kannabis.

El Tesorero abrió la marcha en dirección al Refectorio. Los del equipo de la Transworld Televisión le seguían en grupo, mirándolo todo boquiabiertos.

—Ahí está el Refectorio —explicó—. Y a la derecha están las Cocinas... Bueno, en realidad, están más abajo. Esas escaleras conducen primero a la Mantequería. Ahora la Mantequería...

—Un momento, un momento —le interrumpió Kannabis, casi suplicante—. ¿Quiere decir que se hacen su propia mantequilla? ¿Con mantequeras y unas campesinas que le dan a la manivela y todo eso? ¡Parece increíble! Doy gracias al Señor por haberme concedido el

privilegio de ver todo esto. ¡Y usted dijo que ya no usaban plumas de ganso!

—Pues es cierto, ya no escribimos con plumas de ganso —dijo el Tesorero secamente. Todavía le escocían los comentarios irónicos de Skundler sobre los palmípedos que había que desplumar cada vez que se quería hacer un asiento—. Y la Mantequería no es para hacer manteca. Es donde se guardaban antiguamente el pan y la cerveza y, naturalmente, la mantequilla. Hoy día es una especie de cantina: los Claustrales compramos en ella el vino y el jerez, y los estudiantes pueden encargar allí el vino o la cerveza para acompañar sus comidas.

Kannabis no daba crédito a lo que oía.

—¿Quiere decir que permiten que los chavales consuman bebidas alcohólicas? ¿Y si se vuelven alcohólicos? Me deja pasmado. ¡Todo esto no puede ocurrir en la realidad! ¡Tiene que ser un sueño!

—No se vuelven alcohólicos. Beben con moderación. Forma parte de su educación —dijo el Tesorero, que habría dado cualquier cosa porque las dos últimas frases del americano hubieran sido ciertas.

Pero la versátil atención de Kannabis ya había sido capturada por el Refectorio, en el que un camarero acababa de entrar con más café.

—Vamos a ver esto, muchachos —dijo, y entró en el Refectorio, donde unos pocos estudiantes que estaban desayunando levantaron la cabeza, molestos por aquella intrusión. El Tesorero se agazapó detrás del grupo, en un intento desesperado por pasar inadvertido. Kannabis no se percató. Estaba mirando lleno de arrobo los retratos de los antiguos rectores que colgaban de los paneles de madera de las paredes. Parecían llamar la atención de un modo particular el del doctor Anderson (1669-89) y el de Jonathan Riderscombe (1740-48), dos caballeros decididamente gruesos.

—¡Joder! —exclamó Kannabis, claramente desbordado por todo lo que veía—. ¡Qué aspecto tienen esos tíos! ¡Y dicen que ahora la gente tiene problemas de obesidad! Se diría que querían hacer foie-gras humano con ellos. Quiero decir que nadie puede engordar tanto de manera natural. Tenían que alimentarlos con embudo. Y su nivel de colesterol tenía que ser altísimo. A lo mejor, sudaban colesterol en vez de agua. Y con semejantes panzas no podían verse el carajo, como no fuera en el espejo. ¡Fijaos en el techo...!

Cuando el Tesorero logró al fin sacarlos, casi a rastras, del Refectorio, estaba a punto de sufrir un ataque de nervios.

—No se puede ir por el Colegio así, en rebaño —dijo débilmente —. ¿No podría su equipo...?

—Mensaje recibido, profesor Tesorero. Hay que organizarse, muchachos —dijo, y reunió a su grupo en un círculo, cabeza con cabeza, como si se prepararan para un partido de rugby.

El Tesorero se pasó una mano temblorosa por la frente y musitó

una plegaria en voz baja. Pero no sirvió de nada. Horrorizado, vio cómo los gemelos de los calcetines blancos se dispersaban por el Colegio a todo correr en varias direcciones. Kannabis se volvió hacia él con los ojos relucientes de temible entusiasmo.

—Así que la gente baila en el Refectorio —dijo—. ¿*Y* dónde más? Quedamos en que había dos orquestas...

—Levantamos una especie de tarima en el Patio Nuevo, para proteger el césped, y en el Jardín de los Claustrales se instalan unas marquesinas... digo, tiendas, para el buffet y el champán...

Kannabis escuchaba ávidamente su explicación.

—Vaya, vaya —suspiró—. Así que todos van vestidos como Clark Gable y Vivien Leigh cuando estaban en Atlanta, en aquellos tiempos en que los negros de mierda sabían cuál era su lugar.

—Perdone, pero... —dijo el Tesorero, y, como siempre, metió la pata.

Kannabis pareció encogerse y le dijo, con repugnante servilismo:

—No, soy yo el que tiene que pedir perdón, profe. Me he expresado mal. Lo que quería decir es que en aquellos tiempos las personas afroamericanas realizaban una gran contribución a la cultura del Sur. Por ejemplo, en Bibliópolis, Alabama, una ciudad de la que me siento muy orgulloso. Allí es donde me crié, sí señor, en Bibliópolis, Alabama, bautizada así en alabanza al Autor del Libro de los Libros.

El Tesorero le miró con escepticismo. Nunca se le había ocurrido que la Biblia pudiera ser obra de una sola mano, claro que todo era posible. Con Kannabis rondando por allí todo era posible. Había cambiado de tema y estaba hablando de planos panorámicos y helicópteros.

—O sea, que hacemos un barrido sobre esa iglesia de ahí...

—La Capilla —le corrigió el Tesorero.

—Eso, la Capilla. Y luego con un gran angular, más grande que cualquier otro que haya visto usted en su vida, rodeará la torre filmando una panorámica de los que bailan y de las orquestas... Pero no, no puede ser: el viento de las hélices del helicóptero haría que todos echaran a correr... Ya se me ocurrirá otra cosa.

—No estoy yo muy seguro de que todo esto... Pero ¿qué están haciendo esas personas subidas al tejado de la Capilla?

Kannabis se volvió en la dirección que le señalaba el Tesorero. Varias personas con jerséis de cuello vuelto y gafas de sol azul marino habían trepado hasta el tejado de la Capilla y parecían estar midiéndolo con unos aparatos.

—Supongo que están calculando el ángulo. Son técnicos nuestros, pero no sé quiénes, no los distingo desde tan lejos.

El Tesorero se le quedó mirando, admirado. Aquellos clónicos del

señor Hartang le parecían iguales a la distancia que fuera. Ello contribuía a hacerlos aún más horribles.

—Mucho me temo que no deberían estar ahí arriba —dijo—. En estos momentos celebran la Eucaristía Cantada en la Capilla.

Había vuelto a meter la pata.

—¿Una Eucaristía Cantada? ¿Ahora mismo? Eso tengo que verlo.

—No, por favor, ahora no. Por favor —imploró el Tesorero. Pero Kannabis ya se alejaba a paso vivo camino de la Capilla a través del Claustro, con la esperanza, supuso el Tesorero, de ver a más gente disfrazada de monje. Le siguió lleno de aprensión, esperando toda suerte de catástrofes y desastres, mientras en su mente aparecían vagas imágenes de díscolos geniecillos salidos de botellas. ¿O era de la caja de Pandora? Algo así. Kannabis, en el Apocalipsis privado del Tesorero, no era un solo jinete, sino los cuatro juntos.

En el interior de la Capilla se empezaban ya a sufrir los efectos de las actividades del equipo técnico de Transworld Televisión. Sólo el Capellán, sordo y ciego al mundo y a sus pompas, seguía ignorante de que algo extraño estaba sucediendo fuera. El Praelector, ciertamente, sí se había dado cuenta. Y el coro de voces blancas, que estaba cantando «Señor, Tú eres nuestro salvador y nuestro amparo» seráficamente, mirando al techo, también. Aquella había sido siempre la parte menos firme del edificio, pues por falta de fondos, las vigas de madera nunca habían sido cambiadas ni restauradas del modo adecuado. Bajo el peso de los técnicos de Kannabis —varios más habían trepado para echar una ojeada desde arriba—, las lámparas parecían temblar un poco. Y si bien los mocasines no hacían un ruido excesivo, en el silencio que siguió al himno sus pisadas sonaron como si una bandada de grandes pájaros (el Praelector pensó que quizá fueran avestruces, pero entonces recordó que no vuelan) se hubiera posado sobre el tejado y lo recorriera buscando algo que picotear.

—Roguemos al Señor —dijo el Capellán— por los que sufren, por los enfermos y por los...

Enmudeció. Un pedazo de estuco se desprendió y cayó al suelo estrepitosamente en mitad del pasillo. El Praelector ya no esperó más.

—¡Me parece —gritó— que deberíamos abandonar inmediatamente el edificio!

Otro gran pedazo de estuco finamente esculpido, esta vez un querubín de muy buen año, se desprendió y se deslizó a lo largo del muro, del que arrancó la lápida de mármol en memoria del doctor Cox (1702-40), la cual por poco deja como una oblea a un estudiante sentado debajo. A esas alturas incluso el Capellán era consciente de que algo muy semejante a un terremoto estaba ocurriendo. Justo en el momento en que el coro y la congregación se dirigían a la puerta («No se apelotonen. Despacio», gritó alguien), Kannabis apareció de repente

en la puerta y se quedó allí, parado. Las gafas oscuras y el jersey de cuello vuelto le daban un aspecto amenazador, y la estampida se detuvo. Levantó una mano.

—¡Todo el mundo quieto! —gritó—. ¡Quietos ahí!

El Praelector había pasado muchas veladas felices en el Rex y Kinema de Mili Road, y sabía distinguir a un gángster en cuanto lo veía. Y Kannabis tenía todas las características de un mañoso. Pero la huida general sólo se detuvo un instante. Otra porción del techo, ahora de sólida manipostería, fue arrancada por el movimiento de una viga y se estampó con gran estrépito contra el pulpito. Los fieles salieron de estampida, sin hacer caso de los gritos de Kannabis, que quería una repetición de la escena, y el americano fue derribado, pisoteado y magullado por un grupo de fornidos jugadores del equipo de rugby del Colegio y una chica que llevaba la cinta conmemorativa de haber formado parte del equipo de hockey que ganó el último encuentro contra Oxford. Cuando todos se hubieron alejado de la zona de peligro, sólo el Capellán conservó la calma.

—Que el Señor nos perdone a todos en Su infinita misericordia —le dijo al oído a Kannabis, que sangraba profusamente por la nariz, tumbado en el suelo y se preguntaba qué le había pateado de aquella forma, aunque debía de haber sido algo semejante a las manadas de vacas que vio en Texas cuando hicieron un documental sobre la ganadería bovina. En todo caso, se había golpeado la cabeza contra las losas del suelo y no tenía una idea clara de dónde estaba.

El Capellán le ayudó a incorporarse.

—Venga conmigo, hijo mío —le dijo.

Y, con la ayuda de dos estudiantes, Kannabis subió la escalera de piedra hasta las habitaciones del Capellán y fue metido medio inconsciente en su cama.

# 9

El Tutor Mayor, por su parte, estaba muy, pero que muy consciente. De hecho, en una larga vida dedicada a permanecer más o menos inconsciente de todo lo que no concerniera al remo y a la comida, ignorando el mundo real en lo posible, nunca había estado más desagradablemente consciente. Y, al igual que el Tesorero, hubiera preferido no estarlo. Había cenado en el Colegio de Corpus Christi la noche anterior, de un modo opíparo, pero imprudente: se bebió una botella entera de un oporto cosecha del 47 que era verdaderamente maravilloso, y la alegre inopia que le produjo su ingesta le indujo a cometer el error de beberse después dos benedictines dobles. Como consecuencia, a la mañana siguiente se había levantado tarde y sintiéndose fatal. Lo peor no era aquel tremebundo dolor de cabeza, sino su estómago. No quería ni imaginarse qué estaría pasando dentro de sus tripas, pero fuera lo que fuera, deseaba con todas sus fuerzas que parara. O que saliera. Pero el deseo de vomitar era a la vez imperioso e imposible de satisfacer. La única explicación era que estaba sufriendo un caso galopante de perforación del hígado. Con clavos. Y taladradora eléctrica. Pero lo más preocupante era la vista.

Cuando finalmente consiguió levantarse... Bueno, «levantarse» es un eufemismo. Cuando logró poner los pies en el suelo, tuvo que permanecer diez minutos sentado en el borde de la cama, apretándose alternativamente la frente y el estómago. Al fin logró llegar al cuarto de baño, apoyándose en las paredes y tropezando con los muebles, y cuando se decidió a abrir los ojos, el rostro que apenas alcanzó a distinguir en el espejo del lavabo no despertó sus deseos de volverlo a ver. Parecía estar cubierto de lunares flotantes, que se desplazaban caprichosamente por su piel rojiza o permanecían colgando inmóviles como jirones de una especie de espesa tela de araña. Mirara donde mirara, veía aquellos puntitos oscuros, y cuando pudo enfocarlos mejor, sus propios ojos le parecieron dos fresones moteados de aquella extraña materia. Por un instante temió haber contraído una variedad galopante de conjuntivitis. Tenía los ojos tan encendidos, que la esclerótica y el iris apenas se distinguían. Pero no fue aquella imagen grotesca en el espejo del lavabo lo que más le aterrorizó. Mientras volvía renqueando a su cama para echarse a morir en paz, pasó ante la ventana que daba al Patio Viejo y... En aquel momento el Tutor Mayor comprendió que era presa de un agudo ataque de delírium trémens, y juró por primera vez en su vida en voz alta que, si sobrevivía (y no es que lo deseara demasiado), no volvería a tocar una botella ni con

guantes.

Había un hombre que llevaba un jersey de cuello vuelto y una chaqueta negra y calcetines blancos y gafas de sol azul marino que estaba mirando hacia la Torre del Toro. No había nada que objetar a esto, aunque el Tutor Mayor detestaba el turismo en general y a los turistas en particular. Lo que realmente le dejó patitieso fue el ver a otro hombrecillo idéntico, vestido de la misma guisa, junto a la puerta del Refectorio, y a otro más —*¿o* eran dos?— que contemplaba la fuente. De hecho, había hombrecillos de esos por todas partes. El Tutor Mayor se aferró al alféizar de la ventana, para no caerse redondo allí mismo, e intentó contar cuántas de aquellas criaturas pululaban por el Colegio. Llegó a contabilizar unas ocho, aunque no estaba del todo seguro de que no fueran dieciséis; sin embargo, lo peor fue que cuando elevó la vista al cielo, en busca de consuelo, descubrió a otro grupo muy numeroso de seres idénticos hormigueando por el techo de la Capilla.

Con un gañido gutural, el Tutor Mayor se apoyó contra su escritorio, y se maldijo mentalmente a sí mismo, y maldijo de paso a Dios, y al jodido oporto del 47, por no mencionar a los dos benedictines dobles, que hasta aquel momento había olvidado por completo. No cabía ninguna duda al respecto. Aquellos eran los síntomas de un caso terminal de delírium trémens. Tenía que ser eso. Ver volar elefantes rosa era otra cosa. Había oído decir que las personas que padecían intoxicaciones etílicas veían volar elefantes rosa. Y arañas gordas y peludas. Y, francamente, al Tutor Mayor le habría gustado más ver volar a elefantes rosa y a arañas gordas y peludas, rosa, o verdes, o de cualquier otra tonalidad, en vez de aquella proliferación injustificada de lo que parecían cientos de hombrecillos con gafas oscuras y calcetines blancos y jerséis de cuello vuelto. Aquellos síntomas indicaban claramente un grado elevadísimo de enajenación mental. Por un par de segundos, el Tutor Mayor incluso llegó a considerar la posibilidad de meterse en el cuarto de baño y acabar con todo de una vez para siempre.

Le salvó una nueva y extraordinariamente vivida aparición. O espejismo. Uno de aquellos hombrecillos estaba ante la puerta de la Capilla. Y, de repente, para asombro y horror del Tutor Mayor, una riada humana salió de estampida del sagrado recinto, derribó a aquel demoníaco ser y lo pisoteó. El Tutor Mayor cerró los ojos y se arrastró hasta su cama. Al menos, debajo de su edredón no vería más carnicerías. Se cubrió la cabeza con el embozo y rogó al Señor que su muerte fuera rápida y sin sufrimientos.

En ese estado de extrema postración se encontraba el pobre hombre cuando llegó a su puerta el Praelector, que también tenía los nervios bastante desquiciados.

—Tutor Mayor, Tutor Mayor, ¿está usted ahí? —gritó desde el pasillo.

El Tutor Mayor emitió un gemido ahogado y fingió no estar, pero el Praelector no picó. Lo que estaba sucediendo en el Colegio era tan lamentable, que debía pedir consejo a alguien, y ninguno de los Claustrales más jóvenes estaba en aquel momento, el Decano seguía ausente y el profesor Pawley, que debía de haber estado haciendo algo astronómico durante la noche anterior, tenía su puerta cerrada a cal y canto y se negaba en redondo a ser despertado. Sólo el Tutor Mayor podía ayudarle a solucionar aquella crisis.

—¡Por el amor de Dios, Tutor Mayor, levántese! ¡Ocurren cosas horribles!

El Tutor Mayor ya lo sabía, pero no tenía la menor intención de ponerse a hablar de ello.

—Váyase, por favor, váyase —dijo débilmente desde su cama—. No me encuentro nada bien.

—¿No se encuentra bien, dice? Vaya, no sabe cuánto lo siento. ¿Quiere que avise al doctor MacKendly, o a la Enfermera? Me puedo acercar en un momento y...

Pero la idea de una visita doble, del doctor MacKendly primero y de la Enfermera después, mientras yacía indefenso y exánime en su lecho de muerte, bastó para espabilar del todo al Tutor Mayor.

—¡No, por lo que más quiera, no! —rogó, y sacó la cabeza de debajo del grueso edredón—. Y ni se le ocurra siquiera encender la luz.

En el umbral, el Praelector dudó. Había oído rumores acerca de la vida sexual del Tutor Mayor, y temió estar interrumpiendo quién sabe qué prácticas.

—¿Qué es lo que le pasa? —preguntó.

—Yo... Yo... —El Tutor Mayor procuró encontrar un medio de expresar su estado actual sin mencionar para nada el delírium trémens y los hombrecillos de los calcetines blancos y las gafas oscuras—. Yo... no soy el de siempre.

Por un momento, el Praelector, que era hombre que tomaba las cosas según venían y no se dejaba afectar demasiado por los acontecimientos, se distrajo de la catástrofe de la Capilla.

—Pocos de nosotros somos siempre la misma persona. Yo mismo a veces no estoy seguro de quién soy. Es un problema filosófico muy interesante, que...

—No, no lo es protestó el Tutor Mayor—. No tiene nada que ver con la filosofía. Estoy fuera de mí.

—¡Ah! —exclamó el Praelector, que recordó de nuevo los rumores acerca de la orientación sexual del Tutor Mayor y se preguntó si estaría fuera de sí porque alguien estaba dentro de él—. ¿Fuera de sí

metafórica o literalmente?

El Tutor Mayor no estaba de humor para responder preguntas de esta laya.

—Pero, hombre, ¿qué demonios importa eso ahora? ¡Oh, Dios mío, qué agonía...! ¿Es que no ve que estoy perdiendo el juicio? —dijo, casi gritando.

—Bueno, la verdad sea dicha, no me sorprende demasiado —dijo el Praelector—. Muy pocos profesores en Cambridge están en plena posesión de sus facultades mentales, al menos de modo permanente. De hecho, me atrevería a asegurar que la mayoría de ellos ni siquiera tienen juicio que perder. Y hay quienes están dentro y fuera de sí al mismo tiempo, es lo que se llama «disociación de la personalidad».

—¿Y a mí qué coño me importa? —bramó el Tutor Mayor, al que aquella especiosa discusión metafísica estaba a punto de hundir en un estado de demencia absoluta—. Yo no tengo más que un juicio, que es el que estoy perdiendo. Ya no lo tengo, lo he perdido. ¿Entiende? Perdido completamente. Estoy loco. Majareta. ¿Es que no hablo en cristiano?

—Pues ya que lo reconoce usted mismo, le repito que no me sorprende en absoluto —dijo el Praelector, cuya paciencia había llegado a su límite—. Para serle del todo sincero, le diré que nunca creí que fuera usted del todo normal. Tanto remo y tanta carrerita por la orilla del río gritándoles obscenidades a los del equipo contrario...

El Tutor Mayor se puso a gritar más obscenidades en aquel preciso momento, lo cual movió al Praelector a encender la luz del cuarto. Ya casi había olvidado por completo por qué había ido allí. Lo que vio cuando le dio al interruptor corroboró sus peores sospechas. El Tutor Mayor, obviamente, se había dedicado a prácticas sexuales muy violentas y sofisticadas. Aquel rostro colorado que le miraba echando fuego por los ojos desde la cama era, sin duda, el de un hombre en las últimas. El Praelector le miró, sinceramente preocupado.

—Pero, mi querido muchacho, ¿qué ha estado usted haciendo? A su edad la masturbación puede resultar extremadamente peligrosa. ¿Ha usado algún...?

—¿Masturbación? —rugió el Tutor Mayor—. ¡A tomar por el culo, hombre...!

De nuevo utilizó una expresión poco feliz.

—Ah, así que se trata de eso... —dijo el Praelector, buscando con la mirada por el dormitorio a ver si había algún estudiante escondido en el armario, pero sólo alcanzó a descubrir la ropa del Tutor Mayor, desperdigada por el suelo, y lo que parecía una botella de chardonnay californiano llena hasta arriba que estaba junto a la cama. El aroma que saturaba la habitación sugería que quizá el contenido de la botella no fuera alcohólico—. Sea como fuere...

Pero el Tutor Mayor había perdido todo sentido del decoro después de aquella insinuación sobre sus prácticas onanistas. No se puede decir que saltara de la cama, porque en la situación en que se encontraba no estaba para muchos meneos, pero sí que salió de debajo del edredón.

El Praelector contempló su cuerpo desnudo con repugnancia. Y temor. El Tutor Mayor no había exagerado. Aquel hombre era un demente peligroso.

—De acuerdo, de acuerdo, ya me marcho —dijo el Praelector, reculando en dirección a la puerta.

Pero entonces recordó la razón que le había llevado hasta allí.

—Pero, antes de marcharme, creo que debe saber que el Colegio está lleno de hombrecillos asquerosos con jerséis de cuello vuelto y calcetines blancos y gafas oscuras y…

Para su sorpresa, la actitud del Tutor Mayor cambió radicalmente nada más pronunciar estas palabras. De maníaco homicida pasó a ser otra cosa completamente diferente. Hubiera sido exagerado decir que de repente pareció radiante de felicidad. El oporto del 47 y los dos benedictines todavía se dejaban notar, y el hombre tenía los ojos como tomates, pero el alivio que sentía le había devuelto un semblante más humano.

—¿Qué es lo que ha dicho? —susurró, casi sin voz—. ¿Qué es lo que acaba de decirme?

—He dicho que el Colegio está lleno de hombrecillos con jerséis de cuello vuelto y calcetines blancos y…

Frente a él, el Tutor Mayor cayó de hinojos y levantó sus ojos inyectados en sangre al cielo raso del cuarto.

—¡Aleluya, alabado sea el Señor! —gimió.

Y completó aquella expresión de sus más hondos sentimientos vomitando copiosamente.

El Praelector se marchó corriendo y bajó al Patio Viejo, donde Walter, con ayuda de otros tres porteros, de Arthur, el Cocinero, del personal de cocina al completo, de los jardineros y de unos cuantos estudiantes, tenía rodeado al equipo de Transworld Televisión, al que estaban echando a la calle a empellones.

—¡Como vuelvan a aparecer por aquí, no se van a ir tan de rositas! —amenazó Walter a uno de los técnicos, al que habían roto las gafas durante la refriega y que corría cojeando con un solo mocasín—. ¡La próxima vez se van a enterar de lo que vale un peine, so bestias!

En las habitaciones del Capellán, Kannabis aún no se había enterado de nada. La Enfermera, una mujerona con dos manos como palas, le había echado un vistazo y en seguida había llamado al doctor MacKendly.

—Nunca se sabe, ¿verdad?, con estos golpes en la cabeza... —le dijo al Capellán, con quien tenía mucha amistad—. Creo que no será nada, pero más vale pisar sobre seguro.

—Yo diría que a este pollo ya le han pisado bastante por hoy —dijo el Praelector, que se había sumado al pequeño grupo junto a la cama del accidentado—. Aunque, para ser sincero, después del destrozo que han hecho en la Capilla, no estoy seguro de que este fulano merezca vivir. —Se quedó pensando un momento y luego añadió—: Por cierto, Enfermera, estimo que sería recomendable que fuera a ver al Tutor Mayor cuanto antes. Su comportamiento es de lo más raro, y no le vendría mal la ayuda de un profesional.

La Enfermera salió a cumplir las vengativas instrucciones del Praelector murmurando para sus adentros que el comportamiento del Tutor Mayor siempre había sido raro. La Enfermera sabría cómo tratarle, pensó el Praelector, aún ofendido por el lenguaje obsceno y las acciones aberrantes de su colega. Y, en cualquier caso, quería poder interrogar sin demasiados testigos a aquel mañoso con las narices hinchadas para enterarse de lo que hacían él y su banda de gemelos facinerosos en el Colegio.

—A robar no han venido. Si hubiera alguna cosa de valor, ya la habríamos vendido hace años —le dijo al Capellán, que estaba intentando reanimar a Kannabis con una copa de coñac. Pero el americano se negaba en redondo a ingerir ni una gota. Permanecía inmóvil y miraba al Capellán con ojos vidriosos.

—Venga, abra la boca, hijo mío —le decía el Capellán—, que lo que no mata engorda, como decía aquel.

—No parece que le guste mucho el Rémy Martin —dijo el Praelector, que estaba deseando tomarse una copa.

—¿El Martini? ¿Qué Martini? —murmuró Kannabis—. ¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?

—No pasa nada. Ha tenido usted un pequeño accidente, y de resultas de la caída...

Kannabis trató de concentrarse y recordar.

—¿Un pequeño accidente? ¿Que me pisoteara un hatajo de frailes enloquecidos es un pequeño accidente?

—Es sólo un término de... un leve eufemismo, si lo prefiere, una figura retórica. No hay por qué ponerse así.

Kannabis se puso color púrpura.

—¿Que no me ponga así? ¿Está de broma? No fue un eufemismo. ¿Le ha pisoteado alguna vez una manada...?

—Mire, hijo —dijo el Capellán con un tono de voz inusualmente autoritario—, fui delantero centro del equipo de rugby de mi colegio, y sé perfectamente a lo que se refiere, así que no arme tanta escandalera por tan poca cosa. ¡Cómo se nota que es americano!

—Soy un ciudadano nacido libre de los Estados Unidos de América, la nación más poderosa del mundo —dijo Kannabis—. Eso es lo que soy. Nacido y crecido en la nación más poderosa del mundo, y a mucha honra, para que lo sepa. No hay quien nos tosa. Con mover un dedo, podríamos borrarles a todos ustedes de la faz de la tierra. Así de fácil.

—Sí, me parece recordar que consiguieron un gran triunfo en el Vietnam —dijo el Praelector, que había desembarcado en Normandía y aún se acordaba de cómo las fortalezas volantes habían bombardeado por error su pelotón cerca de Falaise—. Una actuación impresionante. Una estrategia brillante, y unos soldados valientes y disciplinados, comandados por excelentes generales. Pero, claro, sólo luchaban contra hombres pequeñajos que, por no tener no tenían ni aviones de combate. Mucho me temo que, de haberlos bombardeado ellos como ustedes los bombardearon…

Dejó la comparación en suspenso, para que Kannabis sacara sus propias conclusiones.

—Pero ¿de qué cojones habla? ¿El Vietnam? No teníamos la menor oportunidad. Esos cabrones son tan pequeños que ni los ves, y se reproducen como las moscas.

El Capellán terció en la conversación con un nuevo coñac, esta vez Hine.

—Espero, hijo mío, que encontrará éste más de su gusto —dijo.

A lo que Kannabis le respondió que se llevara de allí aquella mierda, porque era un americano abstemio y antialcohólico de Bibliópolis, Alabama, y que se las verían con él si se atrevían a ponerlo en duda.

—No se sulfure, que no tenemos la menor duda de que es cierto —dijo el Praelector—. Y ahora, si tuviera la bondad de decirnos su nombre…

—¿Para qué? —preguntó Kannabis en tono beligerante.

Por un instante, el Praelector estuvo tentado a responderle que necesitaban saberlo a fin de avisar a su familia para que pasara a recoger su cadáver, pero optó por obrar con diplomacia.

—Porque nos gustaría que fuéramos amigos y…

—¡Y una mierda! —exclamó Kannabis—. Primero me pisotean como si fuera un condenado iraquí de los cojones, y ahora me dicen que quieren que seamos amigos. ¡Por mí se pueden ir a tomar por el culo!

—Ya veo que nos lo va a poner difícil —dijo el Praelector, que había tenido un día muy malo y estaba más que harto de que le insultaran.

—Pues yo no veo —dijo el Capellán, que se había tomado la copa de Hiñes— qué tienen que ver los iraquíes con el accidente que sufrió

este hombre en nuestra Capilla.

—Supongo que este pollo se refiere a la guerra del Golfo, cuando los soldados americanos utilizaban sus tanques para enterrar vivos a los pobres iraquíes en sus trincheras —dijo el Praelector, y se sirvió una copita de Rémy Martin.

—¡Ya lo creo que lo hicimos! ¡Los muy hijos de puta no sabían con quién trataban!

Por las miradas que se cruzaron el Capellán y el Praelector, se veía que Kannabis tampoco sabía con quién trataba, lo cual, considerando la clase de hombre que era, no resultaba sorprendente.

—Mire usted: no sé si tendrá un buen abogado —dijo el Praelector hablando despacio y con mucho énfasis, a fin de evitar malentendidos—, pero creo mi obligación comunicarle que la policía está al llegar, y que le van a acusar de allanamiento de propiedad privada, daños y perjuicios, agresión y, para que no falte de nada, destrucción deliberada de un monumento histórico del Patrimonio Nacional...

—¿Monumento histórico? ¿De qué coño me habla? —gritó Kannabis, e intentó incorporarse en la cama.

—Mire, por ponerle un ejemplo de su propio país, esto sería similar a la destrucción deliberada de la iglesia unitaria de Cambridge, Massachusetts, donde predicó Emerson. Pero quizá no sepa quién fue Emerson.

—¡Pues claro que sé quién fue Emerson! ¡El que inventó la jodida luz eléctrica! —Kannabis casi escupió estas palabras.

El Praelector le dedicó una sonrisa siniestra.

—Lo que pretendo hacerle comprender es que, imitando la gloriosa tradición legal establecida en su maravilloso país, le vamos a llevar ante los tribunales por atentar contra una de las más antiguas y valiosas Capillas universitarias de Cambridge. Sinceramente, no puedo anticipar la cuantía de los daños y perjuicios que reclamarán nuestros abogados, pero los jueces ingleses están siguiendo cada vez más la costumbre americana de...

No había necesidad de seguir. El daño físico que había sufrido Kannabis no era nada en comparación con los pagos por daños y perjuicios con que le amenazaban ahora. Y entendía perfectamente de qué le hablaban.

—He de hablar con Hartang —dijo con un hilo de voz—. Pónganme con Hartang.

—Mucho me temo que no tenemos —dijo el Capellán—. Té chino, sí, y té indio, también, pero Hartang, no. La verdad es que no creo haber oído nombrar esa marca en mi vida.

El Praelector se mostró menos comprensivo.

—Intenta usar el truco legal más viejo del mundo, fingirse

estúpido o demente. Pero no le va a servir de nada. Fue usted quien trajo a aquellos horribles hombrecillos, quienesquiera que sean, y quien les incitó a provocar los monstruosos desperfectos de la Capilla y a cometer allanamiento de propiedad privada. Y ahora, ¿me va a decir cuál es su nombre?

—Karl Kannabis —dijo Kannabis.

—¡No me diga! ¡Qué interesante! —dijo el Praelector—. Y supongo que su madre se llamaba Cicuta, o algún nombre igualmente botánico, y que sus antepasados eran suecos, ¿no?

—¿De qué coño me habla? El nombre de mi madre no era botánico. Se llamaba Flor de Mayo. ¿Y qué son todas esas chorradas de Suecia? Mi familia no tiene nada de sueca. Somos ciudadanos nacidos libres de la mayor super...

—Sí, no se esfuerce. Ya hemos oído su panegírico sobre las virtudes de América *ad nausean* antes, y no hace falta que nos lo repita, muchas gracias. Lo que queremos es su verdadero apellido. Y no me venga ahora con que es Adormidera o Coca, o algo que tenga que ver con Linneo.

Kannabis trató de levantarse de la cama por el otro lado. Era evidente que estaba aterrorizado. Pero el Praelector se marchó del cuarto.

—¿Qué le pasa a ese hombre, monje? —le preguntó Kannabis al Capellán—. ¿Está siempre así?

El Capellán pareció meditar su respuesta con gran seriedad.

—Pues mire, ahora que lo menciona —dijo—, supongo que... bueno, no importa. Diría que es lo normal, en estos días del mes.

—¿Qué mes? ¿Qué tienen que ver los días del mes con esto? ¿Es que ese tío se cree que tiene la regla, o lo que sea?

—Diría que es más bien lo que sea —respondió el Capellán—. De verdad, siento que no tengamos el té que pidió. Pero, si quiere, tengo un poco de China.

Kannabis no quería té, y no se le había perdido nada en China. Lo que le preocupaba eran las mutaciones mensuales del Praelector.

—¿Qué le pasa en estos días del mes? —dijo mientras se escurría pasito a pasito en dirección a la puerta, como quien no quiere la cosa —. ¿Es que se vuelve lobo, como Frankenstein? Una vez hicimos una peli sobre los lobos. Tienen una jerarquía social muy estricta, ¿sabe?

—¡Fascinante! —dijo el Capellán, y le hizo la zancadilla a Kannabis con un bastón.

El americano seguía en el suelo cuando volvió el Praelector acompañado por el Portero Mayor y dos de sus ayudantes. Kannabis vio los botines negros y los pantalones gris perla de los recién llegados y emitió un quejido lastimero.

—Creo que ya va siendo hora de que este sujeto se tome una

bebida tonificante —dijo el Praelector—, y no creo que sea adecuado desperdiciar coñac del bueno con él. Algo barato y repugnante. Voy a ver qué encuentro en las Cocinas.

Salió de la habitación, y al rato volvió con un botellón de aspecto sospechoso.

—Denle la vuelta —ordenó. Entre todos pusieron a Kannabis boca arriba en el suelo. El americano se quedó mirando aterrado aquellas cinco caras amenazadoras y aquel botellón.

—¿Qué...? —gimió—. ¿Qué hay en esta botella?

—En esta botella hay un coñac de guisar de lo más basto, y lo va a catar en abundancia como no nos diga inmediatamente su verdadero apellido.

—¡Me apellido Kannabis, joder! ¿O qué se cree, que me llamo Clinton, o Schwarzkopf?

—Pues no se me había ocurrido, no —dijo el Praelector—. Aunque ahora que lo dice... —Se arrodilló junto a Kannabis y le miró a los ojos fríamente— Abra la boca.

Kannabis apretó las mandíbulas con decisión.

—Como le he dicho —dijo, hablando con gran dificultad por las narices—, soy un ciudadano nacido libre de los Estados Unidos de América, la nación más...

El Praelector le vertió un poco de coñac entre los dientes, y Kannabis cerró los labios con fuerza.

—Ya veo que esto va a resultar algo laborioso —dijo el Praelector —, vamos a tener que abrirle la boca con algo.

Se puso en pie y miró a su alrededor en busca de algún objeto punzante a propósito. El paraguas del Capellán pareció convencerle.

—Vamos a ver. Walter, y usted Henry, si tuvieran la bondad de sujetarle bien...

Pero Kannabis, que había logrado ponerse en pie, estaba con la espalda pegada a la pared y les miraba con los ojos fuera de las órbitas y esgrimiendo una regla redonda de ébano.

—¡Como alguien me ponga la mano encima, lo mato! —chilló a todo pulmón—. ¡Lo mato! ¡Lo mato, comprenden? Nadie me va a obligar a beber alcohol, para que se enteren. Quiero irme de aquí. Soy un ciudadano nacido libre de...

—Qué obsesión tiene este hombre con eso de haber nacido libre —dijo el Praelector, pero el Capellán había desaparecido en la habitación contigua.

Volvió enseguida con una pera de goma color rosa de considerables proporciones, que tenía una especie de pitorro de plástico en el cuello.

—Me pregunto si esto podría ser de alguna utilidad —dijo—. Una muchacha muy agradable que trabaja en el Hospital viene a veces a

ponerme lavativas con esto…

—¡Mierda! —exclamó Kannabis.

—Exacto. A mí me hace un efecto estupendo. Se pone el líquido en la pera, y este pitorrito de plástico se mete por el…

—¡Y una mierda! —berreó Kannabis—. Si creen que me van a meter esa cosa por el ojete y me van a dar una lavativa de coñac, es que están locos. Cuando vaya a la embajada y presente una denuncia contra ustedes, sabrán lo que significa ser ciudadano de… un ciudadano americano…

Se calló de repente y los miró con los ojos muy abiertos. El Capellán le había pasado la pera de goma a Walter, que la estaba llenando de coñac. Mientras la llenaba, el Capellán explicó su funcionamiento.

—Esta especie de grifo regula el paso del líquido —dijo señalando una llavecita de plástico en el cuello de la pera—. Y una vez que le metamos este pitorro en la boca…

Los aullidos de Kannabis interrumpieron su explicación.

—¿En la boca? ¿En la boca? ¡No pienso dejar que metan eso en mi jodida boca! ¡Ni pensarlo! Sería antihigiénico. ¿Saben dónde han metido eso?

—Pues, de hecho, sí que lo sé —dijo el Capellán—. Y bastantes veces, la verdad. Supongo que esa muchacha viene por aquí lo menos desde 1986. Es un encanto. Se llama Daisy. Tiene manos de ángel. Yo iba un poco estreñido entonces y…

Kannabis le volvió a interrumpir. Golpeó a Henry con la regla y trató de escurrirse por la puerta. Pero al instante fue reducido. Lo sostuvieron entre todos, inmovilizado con la espalda contra la pared.

—Creo que sería más fácil administrarle la bebida si pudiéramos ponerle en posición supina —dijo el Praelector—. No, en la cama no, no vaya a ser que manchemos las sábanas. Tendrá que ser en el suelo otra vez.

Se produjo un breve y violento forcejeo, y Kannabis fue depositado boca arriba sobre la moqueta sin mayores miramientos.

—Henry, sostén la botella —dijo Walter—, que yo le meteré este pitorro de plástico en la… Tiene una forma un poco rara, y es demasiado largo para metérselo entero por la boca. ¿Le importa que se vierta un poco de coñac, señor? Es que tiene muchos agujeros a los lados, y, como le decía, es un poco largo. Me temo que podría entrarle líquido en los pulmones, lo cual no le haría ningún bien.

Consideraron el problema durante un instante. El Capellán dio enseguida con la solución.

—Pegamento —dijo—. Estoy seguro de que tengo un tubo en alguna parte. Lo uso para las teclas de la máquina de escribir y para coger alfileres del suelo, ya saben. Si cerramos los agujeritos de la

base del pitorro, no será menester que se lo metamos todo en la boca.

Kannabis redobló sus esfuerzos por liberarse, retorciéndose como un gusano y amenazándoles con lo que les haría la embajada americana...

—Sí, como hicieron en Granada y en Haití, ¿no? Inglaterra es también una isla, y bastante insignificante... —dijo el Praelector, y se preguntó en voz alta por qué los Estados Unidos parecían preferir siempre declararles la guerra a naciones isleñas—. Pero bueno, esto no tiene la menor relevancia ahora. Lo que importa, señor mañoso, es que nos diga ahora mismo su verdadero nombre y dirección, y quién es exactamente, y qué estaba haciendo aquí esta mañana con sus...

—¿Gorilas, señor? —apuntó Walter.

—Exacto. Gracias, Walter. Sus gorilas. O sicarios. Que provocaron daños importantes en la estructura de un edificio propiedad del Colegio, en la Capilla, para ser más específicos, la cual, para su información, fue construida varios siglos antes de que su encantador país fuera tan desafortunadamente descubierto. Es una pena que Colón no tomara la dirección opuesta. Pero bueno, resumiendo, si nos dice lo que queremos saber, no nos veremos obligados a aplicarle este peculiar enema alcohólico por vía oral, lo cual, tengo que darle la razón en esto, no es del todo higiénico. Así que ésta es su última oportunidad.

—Ya tengo el pegamento —dijo el Capellán muy animado—. Ahora sólo falta ponerlo en estos agujeritos en la base del pitorro...

—No me parece que vaya a hacer falta en todos, señor —le dijo Walter—. La mayoría están obstruidos con... bueno, si me perdona la expresión, señor, yo diría que están obstruidos con...

Kannabis se dio por vencido.

—Juro por Dios que me llamo Kannabis, Karl Kannabis, nacido en Bibliópolis, Alabama, señor! —dijo mientras gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas.

El Praelector no se ablandó. Había trabajado muchos años como agente de reclutamiento para el Servicio Secreto, y conocía sus métodos de interrogación.

—Ya, ya. Primero un apellido que parece obra de Linneo y se refiere a una de las plantas más odiosas del mundo, y ahora me sale con que su ciudad natal se llama nada menos que Bibliópolis, un topónimo claramente ficticio. ¿Qué cuento viene a continuación?

—Juro por Dios que es la pura verdad! Soy el vicepresidente de Transworld Televisión Productions, y...

—Vaya, hombre —le interrumpió el Praelector—, ya volvemos a lo mismo. ¿Han conocido a algún americano que no fuera vicepresidente de algo? Yo no. ¡Qué ganas de darse humos! —Simuló un bostezo—. ¿Y no se le ocurre otra cosita mejor que Transworld

Televisión Productions? Qué nombre más facilón para una empresa. ¡Transworld, ya, ya...!

—Juro por Dios...!

—Mire, hijo —intervino el Capellán—, no jure tanto, que es domingo. Le agradecería mucho que reformara un poquitín su lengua. Menudo lenguaje...

Kannabis le miró como un cordero degollado. El Capellán sostenía amenazadoramente por un extremo la pera de goma, cuyo pitorro ahora tenía agujeritos azules aparte de los parduscos.

—Pero ¿qué lenguaje? ¿Cómo quiere que se lo diga? Si me preguntan, tengo que responder, digo yo. No voy a expresarme como los sordomudos, con las manos.

Siguió allí, tirado en el suelo, llorando y moqueando, mientras el Praelector continuaba el interrogatorio. Había decidido probar una táctica más suave, por el momento.

—Mire, me repugna verdaderamente tener que utilizar estos métodos, pero...

—¿Que le repugna, dice? —le interrumpió Kannabis—. ¿Que le repugna? Pues imagínese lo que me repugna *a* mí que me metan esa cosa asquerosa por la boca después de haber estado donde ha estado. Si cree que me hace maldita la gracia está muy equivocado, señor.

—Pues mire, usted decide —dijo el Praelector—. O bien es esa cosa asquerosa, como dice, y la verdad es que tampoco sé muy bien cómo definirla, o se toma un coñac por las buenas en una copa como cualquier ser humano. No sé si el coñac de guisar le resulta familiar, pero le aseguro que su sabor no es lo que se dice una delicia, al contrario. Yo, por mi parte, siempre he preferido limitarme a una buena copita de coñac de marca. —Hizo una pausa—. Así que usted me dirá qué prefiere.

Kannabis trató de considerar las alternativas fríamente, pero le resultaba difícil pensar con claridad en aquellas circunstancias.

—¿O sea, que debo elegir entre coñac de guisar o coñac de marca? Pues no quiero ninguna de las dos cosas. Ya le he dicho mil veces que soy abstemio. Y antialcohólico, además. No pruebo ni la cerveza, o sea que... Ni drogas tampoco, ni porros, ni nada. Ya no. Quiero decir que me mantengo sano de cuerpo y de espíritu. Ni siquiera utilizo líquido para enjuagarme la boca, un colega me dijo que tenía alcohol. Y también hay que ir con cuidado con las armas. Algunas tienen aleaciones de aluminio. Provoca el mal de Alzheimer. —Una idea terrible le cruzó por la cabeza—. ¿Ustedes no tendrán el mal de Alzheimer, por casualidad? ¡Mierda...!

El Praelector agarró una silla y se sentó junto al bulto inerte del americano tendido en el suelo. Se le había agotado la poca paciencia que le quedaba.

—Si está listo, Walter... —le dijo al Portero Mayor.

Pero el Capellán recordó algo de repente.

—Oiga, ¿sabe una cosa? A lo mejor este joven está diciendo la verdad, al fin y al cabo —dijo.

Todo el grupo se le quedó mirando.

—¿La verdad sobre qué? —preguntó el Praelector, a quien no le cabía en la cabeza que aquel inmundo gángster americano pudiera decir la verdad sobre nada.

—Lo de la televisión. ¿No estaban intentando meter esta mañana un camión de la tele lleno de cables en el Patio Viejo por la Puerta Principal, Walter?

—¿Esta mañana, señor? Pues, ahora que lo dice, sí que es verdad. Tenía un letrero, a lo largo, que decía Transworld Televisión. Pero no les dejé entrar, por descontado. Les dije que la última vez que se descorrieron los cerrojos fue cuando Su Majestad...

—¿Es eso cierto, Walter? —le interrumpió el Praelector—. ¿Vio ese... letrero en el camión?

—Sí, ya lo creo, señor. Y Henry también lo vio, ¿verdad, Henry?

Su ayudante asintió.

—Sí, este tío no hacía más que preguntar por el profesor Tesorero, o Tesoro, y nosotros venga a decirle que aquí no hay ningún profesor que se llame así, y él erre que erre, hasta que vimos al Tesorero, que salía del primer servicio, lo cual no es lo que se dice habitual en él, y...

En la moqueta, Kannabis luchaba por encontrar palabras con que expresar sus sentimientos. Del pitorro de la pera caían gotitas de coñac que le corrían por la cara.

—¡El profesor Tesorero! —gritó—. El profesor Tesorero me dio permiso para sacar... para filmar el Colegio en vídeo a fin de que lo viera el señor Hartang. Pregúntele, que él lo confirmará. Me dio su autorización. Menos en el césped, que no se puede.

—¿En el césped? ¿No se puede qué?

—Pues pisarlo. Tiene cientos de años de antigüedad, ¿sabe? Cientos y cientos de años.

—No me diga —respondió el Praelector, al que le constaba que el césped había sido replantado hacía diez años—. Pues mire, no había caído en eso.

Empezaba a sospechar que fuera lo que fuere lo que había ocurrido aquella mañana, el Tesorero iba a tener que explicar una porción de cosas. Y mientras tanto, aquel hombre, de apellido tan increíble como basto era su lenguaje, debía ser tratado con más tacto del que habían mostrado hasta aquel momento. No sería nada beneficioso para la reputación de Porterhouse que se filtrara (la palabra era desafortunadamente apropiada) que se le había

amenazado con forzarle a beber licores repulsivos por medio de una pera de goma rosa que se había utilizado durante diez años para irrigarle el colon al Capellán. Una historia así no resultaría nada edificante en la portada del *Cambridge Evening News.* El Praelector se decidió por una política de paños calientes.

—Mi querido muchacho —dijo al tiempo que ayudaba a Kannabis a ponerse de pie—. Me estaba usted comentando algo sobre nuestro centenario césped...

—Sí. El profesor Tesorero me lo dijo. Es una especie protegida, como las ballenas y tal —dijo Kannabis, mirándole por el rabillo del ojo, todavía receloso—. Pero no me dijo ni pío sobre los techos y las Capillas. ¿También son especies protegidas?

—Más o menos —dijo el Praelector, que había cambiado de idea: el tal Kannabis, si es que realmente se llamaba así, poseía un nivel cultural de lo más rudimentario, lo cual podía ser una ventaja—. De hecho, es mucho más que eso. La Capilla es un edificio protegido por una ley del Parlamento ratificada por Su Majestad la Reina. Es monumento nacional, y, como tal, no puede ser alterado, dañado, restaurado o modificado en manera alguna sin el debido consentimiento por escrito y con la aquiescencia de la Comisión del Reino que vela por la integridad del patrimonio nacional. Dicho permiso solamente puede concederse en caso de que el edificio en cuestión se encuentre en peligro de ruina inminente. Y le aseguro que la Capilla de Porterhouse, con los muchos tesoros que contiene, se encuentra en ese peligro de resultas de las acciones reprensibles de los hombres con los que irrumpió usted en el Colegio esta mañana, y de las cuales es usted el único responsable legal. No quiero ni imaginar las consecuencias de este deleznable acto de vandalismo, aunque debo advertirle que intuyo que para usted van a ser de lo más dramáticas. Es posible, incluso, que el caso haya de ser sometido a la consideración del Consejo Privado del Reino. Creo haberme expresado con claridad.

El Praelector creía precisamente lo contrario.

—¿El Consejo Privado del Reino? —dijo Kannabis, que le miraba con la boca abierta.

—El Consejo Privado de Su Majestad la Reina Isabel II se ocupa de los casos que...

Kannabis levantó una manaza temblorosa.

—No quiero saber nada más —dijo—. Y yo que tenía sueños románticos acerca de la Princesa de Gales y la Familia Real... Y ahora me dice que Su Majestad... ¡Mierda! ¡Los ingleses! No los entenderé nunca.

—Muy poca gente lo consigue —dijo el Praelector—. Supongo que somos un país bastante raro. ¿No es así, Capellán?

Kannabis se volvió a mirar al Capellán, que estaba intentando volver a meter el coñac de guisar en el botellón con ayuda de Walter y Henry.

—¿Raro, dice? —dijo—. No veo por qué. Es sólo coñac de guisar, y dudo mucho que nadie note el pegamento. De hecho, creo que tal vez le dé cierto bouquet del que carecía antes.

—Yo me largo de aquí pero ya —dijo Kannabis, y se alejó trastabillando hacia la puerta. Pero el Praelector le volvió a hacer la zancadilla, esta vez con el paraguas. Justo en el momento en que caía hacia delante y se golpeaba la cabeza contra un mueble, Kannabis tuvo un breve instante de lucidez. Tenía que salir de aquel horrible lugar antes de que...

Walter y Henry se lo llevaron en brazos por el Jardín de los Claustrales hasta la Residencia del Rector. Kannabis, por suerte para él, estaba inconsciente.

—Mucho me temo que ese pedazo de animal tendrá que disfrutar de nuestra hospitalidad unos pocos días más, hasta que se recupere —dijo el Praelector—. Y no creo que pueda haber lugar más idóneo para alojar a un invitado distinguido que la Residencia del Rector. Es inmensamente segura y está bien protegida, y, además, le hará compañía a Skullion, que estoy convencido de que velará porque nuestro invitado esté bien atendido. Enviaré al doctor MacKendly a que le reconozca, y quizá sería conveniente que la Enfermera se instalara en la habitación contigua a la suya, y que otro de los porteros y tal vez también alguno de los pinches de cocina más corpulentos estuvieran a mano, para asegurarse de que no salga del Colegio. Mientras tanto, creo que es hora de mantener una amigable charla con nuestro dilecto Tesorero.

# 10

Mientras le quitaban a Kannabis su jersey marrón de cuello vuelto, los pantalones y la ropa interior, los calcetines blancos y los mocasines, y le dejaban tirado en la cama como vino al mundo (toda su ropa fue enviada, innecesariamente, a la lavandería del Colegio), el exhausto Praelector dio orden de que sólo se permitiera la salida o entrada al Colegio a los estudiantes y los Claustrales. Seguidamente, fue a ver si el Tutor Mayor estaba en condiciones de acompañarle durante su entrevista con el Tesorero. Encontró al Tutor Mayor sorbiendo un tazón de caldo de pollo, y de un humor de perros. Pero al menos estaba sobrio.

—Debo haberle parecido un orate completo, no sé lo que me ha pasado —murmuró, mirando fijamente la vacía chimenea.

El Praelector le dio una palmadita amistosa en el hombro.

—Sí, debo admitir que su comportamiento fue de lo más peculiar, amigo mío, pero no me hubiera atrevido a incluirlo en la categoría de los dementes. Simplemente, estaba usted fuera de sí.

El Tutor Mayor levantó la vista y le miró con verdadera inquina.

—No empecemos otra vez, ¿en? —gruñó—. Ya he tenido bastante con lo de esta mañana. Fuera de mí, o dentro de mí, o dentro y fuera de mí al mismo tiempo. Y luego me acusó de practicar la masturbación. Me sorprende mucho que no mencionara también que me estaba quedando ciego y calvo de resultas. Y, para acabarlo de arreglar, se atreve a enviarme a ese adefesio de Enfermera, cuando sabía perfectamente que estaba en pelotas en el suelo sin poderme apenas mover. No sé si ha sido usted alguna vez... no diré atendido, porque los métodos clínicos de esa arpía son anteriores a Florence Nightingale. ¿Sabe qué me hizo?

—No —dijo el Praelector vivamente—. Ni lo sé ni quiero saberlo. De todas formas, ¿qué le pasó, para acabar en aquel estado?

—Lo que me pasó fue —dijo el Tutor Mayor con aspereza— que pensé que dos benedictines dobles después de una botella entera de oporto del 47 eran lo más indicado para hacer la digestión de una comilona en el Corpus Christi, que por cierto, no es un nombre que le pegue demasiado a ese condenado colegio. ¿Se ha bebido usted alguna vez una botella entera de oporto y dos benedictines dobles?

La expresión del Praelector era una contestación de lo más elocuente.

—Bueno, pues no lo intente, acuérdese de lo que le digo. No se lo desearía ni a mi peor enemigo. Ya me gustaría saber quién fue el cretino que me dijo que el 47 había sido un año excelente. Fue un año

espantoso, y no sólo para el oporto: para la carne de ballena y para el cultivo de la patata y para todo, y, además, hizo un frío de morirse aquel invierno... Como alguien me vuelva a mencionar el año 1947...

El Tutor Mayor bebió otro sorbo de su caldo de pollo, lo que dio al Praelector la oportunidad de atacar la conversación que le interesaba.

—Hablando de pequeños incidentes...

El Tutor Mayor se atragantó.

—¿Pequeños? ¿Pequeños incidentes, dice? Y tiene usted el cinismo de hablarme de pequeños incidentes precisamente esta mañana. Yo sí que he tenido un pequeño incidente hoy, que estoy que ni conozco...

Cuando se calmó un poco, el Praelector prosiguió con su relato.

—Me estoy refiriendo a Kannabis y a los daños causados en el techo de la Capilla.

Se calló. El Tutor Mayor le estaba lanzando otra mirada homicida.

—El jefe de ese grupo de cafres dice llamarse Kannabis —explicó el Praelector.

Era obvio que el Tutor Mayor no le creía.

—¿Por qué? —preguntó.

—Pues no lo sé. Me limito a repetirle lo que él dice. Y he de admitir que tampoco le di mucho crédito al principio.

—No me creo nada. Punto final —dijo el Tutor Mayor.

—Me temo que no —dijo el Praelector con cautela. El carácter del Tutor Mayor no era inestable, sino constante y consistentemente insufrible y peligroso.

Había vuelto la cara hacia el Praelector, siseando como una víbora.

—Siga. Siga. ¿Qué quiere decir con que no? ¿Es que hay más?

—Me temo que así es. Cuando el techo de la Capilla empezó a ceder...

—¡Mentira! ¡Miente usted más que habla, demonio! —voceó el Tutor Mayor—. Viene a atormentarme con historias luctuosas, para hacerme sufrir...

Se levantó de su silla inopinadamente y se salpicó de caldo los pantalones.

—¡Sabe Dios cuántas veces habré mirado hoy por la ventana para cerciorarme de que aquellos hombrecillos infernales habían desaparecido, y sepa y entienda usted que no estoy ciego, diga usted lo que diga sobre mis supuestas prácticas masturbatorias, y el techo de la Capilla está aún en su sitio! No ha cedido en absoluto.

—No le acusé de masturbarse, ¿sabe? Sólo pensé que...

—¿Qué pensó? ¿Y qué es pensar, sino acusar?

—Bueno, todos pensamos cosas continuamente, pero eso no

quiere decir que las hagamos. ¡Sólo Dios sabe qué pasaría si lo hiciéramos! —dijo el Praelector.

—No me hace ninguna falta que Dios sepa lo que hago o dejo de hacer. Sé perfectamente lo que me hago. —El Tutor Mayor se volvió a sentar en su silla de golpe, y se derramó más caldo de pollo por encima.

—Bueno, volviendo al asunto del techo de la Capilla, tiene toda la razón, no ha cedido del todo, pero gracias a esa gentuza y a sus manipulaciones y estampidas de esta mañana, durante la Eucaristía Cantada, varias secciones de estuco de considerables proporciones se han desprendido y es un milagro que nadie resultase herido. El busto del doctor Cox ha quedado destruido, y el pulpito ha adoptado una forma y configuración totalmente nuevas.

—¡Pero el pulpito es de bronce macizo! Es extraordinariamente resistente —dijo el Tutor Mayor—. ¿Me está diciendo que se ha doblado?

Su incredulidad era bien patente.

—Más que doblado, retorcido. El pajarraco del atril, que supongo que será un águila, ya no vuela hacia delante, sino hacia atrás.

—¿Que vuela hacia atrás? ¿Qué sandeces está diciendo? Ese jodido pajarraco no podría volar aunque quisiera. Pesa una tonelada y...

—¡Por el amor de Dios! —le interrumpió el Praelector. Ahora era su turno de indignarse—. Deje de tomarse las figuras retóricas al pie de la letra y escuche lo que le digo. Un enorme bloque de sólida manipostería que soportaba una de las vigas de madera del techo ha caído y ha dañado el pulpito. En otras palabras, nos encontramos ahora en posición de poder querellarnos por daños y perjuicios contra esa gente. Les podríamos sacar millones y millones.

—Podríamos, en condicional, pero no podremos. Supongo que nunca cogeremos al cerdo que lo hizo, e incluso si le cogiéramos se nos escurriría con alguna triquiñuela legal.

—De hecho, el señor Kannabis se encuentra en estos momentos descansando en una cama en la Residencia del Rector, totalmente inconsciente. Ya he mandado avisar al doctor MacKendly, y la Enfermera cuida de él. —Un escalofrío recorrió la espina dorsal del Tutor Mayor ante la mención de aquella mujer—. Lo que trato de explicarle es que el señor Kannabis es el vicepresidente de una compañía llamada Transworld Televisión Productions, que vino esta mañana a petición del Tesorero para filmar una especie de documental sobre el Colegio. En otras palabras...

—¿El Tesorero? ¿Quiere decir que el Tesorero es responsable de...? ¡Lo mato! Le voy a arrancar las tripas a ese gusano. Va a desear no haber nacido y...

—Siéntese, haga el favor —dijo el Praelector, y, aprovechando su transitoria superioridad física sobre su colega, le obligó a volverse a sentar a la mesa delante de su tazón de caldo de pollo—. No hará usted nada parecido. En vez de soliviantarse tanto, escúcheme. El Colegio se encuentra ahora en una situación estratégica que nos permite forzar a esta compañía, Transworld Televisión, a reparar el daño ocasionado mediante un sustancioso pago en metálico en concepto de compensación. Voy a ir ahora mismo a ver si puedo encontrar al Tesorero y quiero que usted me acompañe… O, mejor, no, quizá sea más prudente que en su actual estado se quede usted donde está. Ya encontraré a alguien más racional.

Bajando las escaleras se topó con el doctor Buscott, que estaba mirando pensativamente un mocasín huérfano que flotaba en la Fuente.

—No se adonde vamos a llegar —dijo—. Supongo que debe de haber habido una especie de revolución popular aquí, esta mañana.

El Praelector les pidió al doctor Buscott y a un joven físico llamado Gilkes que le acompañaran a la oficina del Tesorero.

—Quiero que tomen nota de todo cuanto se diga en esta reunión —les dijo—. Vamos a querellarnos por daños, y necesito testigos.

Finalmente, encontraron al Tesorero agazapado en el lavabo que había detrás de la oficina de la Secretaria del Colegio, la cual estaba allí también, aunque era domingo.

—Ah, señora Morestead, ¿por casualidad no habrá visto al Tesorero? —preguntó el Praelector.

La señora Morestead indicó el lavabo con un ademán despectivo, y el Tesorero fue descubierto y sacado de su escondrijo. Estaba pálido como un muerto, y en un estado de aguda tensión nerviosa.

—Ahora venga con nosotros, siéntese aquí, vamos a tomarnos una tacita de té y nos contará usted tranquilamente lo sucedido —dijo el Praelector con su tono de voz más meloso—. La señora Morestead nos va a hacer un buen té bien cargadito, nos comeremos unas pastas y usted nos explicará por qué encargó a Transworld Televisión Productions que viniera a hacer una película a Porterhouse. Mire, no se preocupe. Nadie le va a hacer nada… nadie le va a echar la culpa de nada, está entre amigos. Cuéntenoslo con sus propias palabras… No, no farfulle, clarito, clarito, no se me atropelle, que no le entendemos. No, no, pierda cuidado, que el Tutor Mayor no sabe que está usted aquí. Pues sí, sí que está hablando de despellejar a alguien, aunque dudo que hoy esté en condiciones de hacer movimientos bruscos. Aquí viene la señora Morestead con el té. Sí, gracias, con mucho azúcar. Gracias, doctor Buscott. ¿Tiene la bondad de pasarme las pastas, señor Gilkes? Muy bien. Perfecto. Así me gusta.

El Tesorero denegó amargamente con la cabeza.

—Me van a matar cuando se enteren. Ya lo verán —gimoteó.

—No exageremos. Por supuesto que el Decano no va a estar lo que se dice encantado cuando conozca la noticia, y el Tutor Mayor…

—Ellos no. Me refiero a esos desalmados de la Transworld Televisión. Por ejemplo, Skundler.

—¿Skundler? —preguntó el Praelector, y le pidió que deletreara el nombre para que la señora Morestead pudiera transcribirlo.

—Y Edgar Hartang. Es el jefe, un hombre malísimo que pone los pelos de punta sólo con mirarle, y tiene más dinero que pesa, y viaja en su Rey Lear privado…

El Tesorero se paró en seco. Sospechaba que había algo que no cuadraba en esto último.

—Ya veo —dijo el Praelector en un tono de voz que no hubiera estado fuera de lugar junto al lecho de un moribundo—. Continúe. ¿En su Rey Lear, dice usted? ¿No tendrá tres hijas este hombre, quizá?

—Me parece que se refiere a un Lear Jet, un avión para ejecutivos que puede volar a cualquier punto del globo —apuntó Gilkes.

—Muy útil, estoy seguro, y al menos ahora sabemos que el tal Hartang es una persona, y no una marca de té. Pero todavía no nos ha dicho por qué les pidió que vinieran a filmar al Colegio.

—No fui yo —dijo el Tesorero—. Hartang quería donar al Colegio una importante cantidad de dinero. Verán, fui a un cursillo sobre el mecenazgo, y Kannabis se me acercó y me dijo…

Mientras iba relatando su historia, los otros le escuchaban pendientes de sus labios. Como dijo el Praelector ante el Consejo del Colegio en una reunión celebrada poco después, fue en aquel momento precisamente cuando se percató de que a Porterhouse aquellos americanos le venían como caídos del cielo.

# 11

El doctor Purefoy Osbert no llegó en muy buen momento a Porterhouse para tomar posesión de su plaza como beneficiario de la beca de investigación Sir Godber Evans. Había llegado a un acuerdo con los de Kloone, por el que accedía a ir allí una vez al mes para supervisar las actividades de los estudiantes de su Departamento, sin coste adicional para la Universidad, por lo que su partida, aunque inesperada, había sido amigable. Madame Ma'Ndangas, por su parte, le había demostrado su admiración (y su aprobación), permitiendo incluso que la besara y toqueteara un poco sus soberbios pechos.

—Vas camino de convertirte en un hombre de provecho, Purefoy —le dijo, olvidándose momentáneamente de su inglés macarrónico—. Creo que vas a labrarte un gran porvenir.

—Un porvenir que podrías compartir si te casaras conmigo. La señora Osbert, figúrate.

Madame Ma'Ndangas reflexionó acerca de esta proposición durante unos instantes y luego denegó vigorosamente con la cabeza.

—No. Hasta que no seas rico y famoso, ni hablar.

—Pero, comparativamente, estoy bastante bien situado ahora, y, aunque no sea famoso, la beca de investigación Sir Godber Evans de Porterhouse, Universidad de Cambridge, no es para hacerle ascos tampoco.

Madame Ma'Ndangas se rió ruidosamente y echó para atrás su melena, que le tapaba los ojos.

—Yo no asco, Purefoy tesoro. Yo no vomitar ahora tampoco estómago bien gracias. Yo esperar qué pasa a ti. Yo oír Porterhouse sitio no bueno. Cosas malas en el pasado.

—Ésa es mi obligación, descubrir qué le ocurrió realmente a Sir Godber. Por eso he conseguido el puesto y por eso el salario es tan generoso.

—Yo saber salario. Tú decir, pero tú no rico aún. Tú ahora tener un poco más de dinero y poder ir con chicas bonitas a hacer el ki-ki en vez de darle al biltong como hasta ahora.

—¿Al biltong? —dijo Purefoy, que no estaba familiarizado con los términos africanos.

—Cipote, Purefoy. Hacerse paja. Significar...

—¡Ya sé lo que significa! He ido a todas tus clases sobre la infertilidad masculina, me las sé de memoria. Es algo que podría repetir indefinidamente...

—No posible repetir indefinidamente. Hay que parar. Monsieur Ma'Ndangas tampoco poder repetir tanto. Correr tres veces, cuatro,

cinco, pero no más. Indefinidamente ser mucho. Y él ser hombre de verdad. Pelotas grandes. Pregunto qué pasar con ellas.

Purefoy no tenía el menor interés por indagar el paradero de los testículos del difunto marido de Madame Ma'Ndangas.

—Lo que trataba de decirte es que nunca, jamás, he pensado en otra mujer que no seas tú cuando yo... bueno... esto... alivio mi frustración.

Madame Ma'Ndangas abrió unos ojos como platos.

—¡Bendito sea el Señor, aleluya, amén! —exclamó—. Yo oír llamar eso muchas cosas, pero nunca palabra técnica como alivio de frustración, no señor. ¿Tú estar frustrado, tesoro? ¿Sí?

—¿A ti qué te parece? —dijo Purefoy, al que empezaban a dolerle las pelotas—. ¡Pues claro que estoy frustrado! Por tu culpa.

—¡Ah!, tú dar otro beso grande con lengua y yo dejar tocar glándulas mamarias una vez más.

—Realmente, te agradecería mucho que no utilizases semejantes términos. Teniendo como tienes unos pechos tan divinos, es un sacrilegio que los llames glándulas mamarias.

—Palabra técnica. Igual que tú decir alivio de frustración en vez de cascártela. Yo conocer más aún mejores.

Purefoy Osbert interpretó mal esta última frase.

—¡Por el amor de Dios, no digas eso! No hay ninguna mujer mejor que tú. Eres única. La más hermosa del mundo. Y hablas un inglés perfecto cuando quieres. No entiendo por qué te empeñas en fingir que eres lo que no eres. Eres preciosa...

—Yo no ser una osa. Yo ser mujer de verdad. Cuando tú ser hombre de verdad...

—¿Te casarás conmigo? Por favor, dime que sí.

—Posibilidad —dijo Madame Ma'Ndangas—. Pero antes tú demostrar en Porterhouse que tener lo que hay que tener.

Pero, una vez allí, a Purefoy le resultó extremadamente arduo, para empezar, demostrar su relación con el Colegio. Cuando llegó a la Puerta Principal se la encontró atrancada y con el cerrojo echado. Tiró de la campanilla y esperó. Se oyeron dentro unas sonoras pisadas, y una voz gangosa le preguntó qué quería.

—Pues a decir verdad, lo que quiero es entrar. Me están esperando.

Detrás de la puerta, el Portero Mayor se sonrió para sus adentros.

—Sí, hombre, sí. Le esperan —dijo Walter—. Ya sabía que volvería. Pues ya le he dicho que esta vez se va a llevar algo más que un puñetazo en la nariz como intente volver a colarse aquí. Ande y piérdase.

Purefoy se quedó de una pieza. Empezaba a comprender por qué

Porterhouse tenía tan mala reputación. Lo que acababa de oír le inducía a pensar que aquel lugar pudiera ser peor aún de lo que había imaginado. Quizá no anduviese desencaminada Lady Mary al afirmar tan convencida que a su marido lo habían asesinado allí. Por un segundo casi estuvo a punto de volverse a Kloone, pero pensó en Madame Ma'Ndangas, en especial en sus glándulas mamarias, y aquella imagen le dio fuerzas. Para ganar su mano, y todo lo demás, tenía que convertirse en un hombre de provecho, un hombre de verdad. Por ella haría lo que fuera.

—¡Oiga! —gritó—. ¡Soy el doctor Osbert! ¡Me están esperando!

El Portero Mayor tuvo un momento de duda.

—¿El doctor Osbert? ¿Ha dicho que es el doctor Osbert?

—Pues sí —dijo Purefoy—. Eso es justamente lo que le acabo de decir.

—El doctor MacKendly ya está viendo al tipo ese en la Residencia del Rector —gritó Walter—. ¿Es usted el ayudante del doctor MacKendly, quizá? No sabía que tuviera un ayudante.

—No, claro que no soy el ayudante del doctor MacHenry. Soy el doctor Purefoy Osbert.

—¿Le han mandado del Hospital de Addenbrooke? —preguntó Walter. Su tono de voz era más respetuoso ahora.

—No, verá, no soy doctor en medicina. Soy...

Pero el Portero Mayor ya había oído bastante.

—Ya me parecía que no me sonaba a médico —dijo—. Escuche lo que le digo: como trate de colarse en el Colegio, será usted el que acabe en el hospital. ¡Venga, lárguese!

Por segunda vez, Purefoy estuvo a punto de abandonar, pero se rehizo. Detrás del portón se oía una discusión en susurros. Le pareció oír las palabras: «Los muy cabrones se saben todos los trucos, Henry. Ahora dice que es médico.»

Purefoy tiró firmemente de la campanilla. Empezaba a enfadarse.

—¡Oiga! —gritó—. No sé quién es usted, pero...

—Pues ya somos dos, so listo —dijo Walter—. Yo tampoco sé quién es usted, y, además, no me importa, mira por dónde.

—¡Oiga! —dijo Purefoy—. Soy el nuevo becario...

—Ahora dice que es el nuevo becario —dijo Walter.

—¡Oiga! Soy el titular de la beca de investigación Sir Godber Evans, y mi nombre es doctor Purefoy Osbert. ¿Comprende?

Al otro lado del portón hubo un largo silencio. Walter estaba empezando a sospechar que quizá había cometido una terrible equivocación. De todas formas, no quería arriesgarse.

—¿Lleva gafas? —le preguntó.

—Pues no, no llevo gafas. Veo estupendamente.

El Portero Mayor, en cambio, no podía ver nada. El portón no

tenía mirilla. Probó a escudriñar a través de una grieta de la madera, pero sólo alcanzó a distinguir una manga de la cazadora de cuero de Purefoy.

—¿Y calcetines blancos? —preguntó.

—Pues no, no llevo calcetines blancos. ¿Por qué demonios habría de llevarlos? ¿Qué importancia tiene el color de mis calcetines?

—¿Es usted de verdad el becario de... de lo que sea?

—¿Por qué iba a pretender serlo, si no lo fuera? —preguntó Purefoy. Si aquél era un ejemplo del nivel intelectual de Porterhouse, mejor sería volverse a Kloone cuanto antes. Al menos allí era infinitamente más fácil hacerse entender.

Tras la puerta, Henry le estaba diciendo a Walter que el tipo que estaba fuera no sonaba a yanqui. Walter no pudo menos que estar de acuerdo, y, al cabo de un instante de duda, la Puerta Principal se abrió lentamente y una cara desconocida y recelosa escudriñó a Purefoy de arriba abajo. En la Portería, Henry estaba intentando, sin éxito, localizar al Tutor Mayor.

—Supongo que será mejor que entre, señor —dijo Walter, pasando de las bravuconadas al más abyecto servilismo—. Yo le llevaré las maletas, señor.

Purefoy cruzó el umbral cargando con su equipaje. Si aquel subnormal —y no pensaba perder el tiempo con eufemismos— le ponía las zarpas encima al maletín en que llevaba sus manuscritos y notas, probablemente no volvería a verlo.

—No sabe cuánto lo siento, señor, pero esta mañana hemos tenido un poco de alboroto, y mis órdenes eran no dejar pasar a nadie que no perteneciera al Colegio. Ni entrar ni salir, ¿comprende? El Praelector fue de lo más estricto acerca de eso. Le pido mil perdones. Si hace el favor de seguirme por aquí, señor...

Purefoy le siguió hasta la Portería. Porterhouse no se parecía a ninguno de los colegios de la Universidad de Cambridge que había visitado. No había señales del siglo XX, ni tampoco del XIX (ni siquiera del XVIII). Los casilleros para la correspondencia parecían antediluvianos, pero todo estaba limpio, pulido y reluciente. Los pernos de metal de los que pendían los manojos de llaves de la Portería brillaban, y el sombrero hongo de Walter estaba reluciente, lo que indicaba que su dueño lo trataba con reverencia. Purefoy dejó las maletas en el suelo. Ya se sentía un poco más a gusto. El olor de la cera abrillantadora le aplacaba los nervios.

Pero aquella bienvenida había sido tan fuera de lo común, tan enervante, que consideró prudente mantener alta la guardia, por lo que pudiera pasar. Henry, el Portero Adjunto, intentaba, sin conseguirlo, ponerse en contacto con el Tutor Mayor a través del vetusto teléfono de la pequeña oficina interior de la Portería.

—No hay nada que hacer —dijo—. No está en sus habitaciones.

—Sí que está. Pero no quiere contestar al teléfono —replicó Walter—. Y no me extraña, por la manera como volvió anoche de Corpus Christi. ¡Parecía un zombi! Tenía una pinta tan horrorosa, que no quiero ni imaginarme su aspecto esta mañana.

Purefoy escuchó atentamente este diálogo, que se le antojó de lo más inquietante. Si el Portero Mayor, que no era precisamente un hombre agradable —mientras hablaba, miraba a su interlocutor de una forma retorcida y antinatural, espeluznante, por el rabillo del ojo izquierdo, que además era de un extraño color aguanoso—, se permitía decir que alguien tenía una pinta horrorosa, aquel individuo debía ser un aborto de la naturaleza. Lo que dijo Henry a continuación tampoco contribuyó a apaciguar sus temores:

—La Enfermera dice que había vomitado por todo el cuarto. Y se lo encontró en pelotas, para más inri. Al principio, la pobre creía que estaba muerto. Que le había dado el paralís de Porterhouse.

—Pues como siga por ese camino, a su edad, le va a dar uno —dijo Walter, que volvía de la oficina interior con una mueca siniestra en los labios que Purefoy interpretó generosamente como una sonrisa obsequiosa—. Siento muchísimo todo esto, señor —añadió dirigiéndose a él—. No me habían dicho que vendría usted hoy, y tenía órdenes estrictas de no dejar entrar a nadie. Pero ya he visto que figura usted en el registro, así que está todo en orden. El Tesorero le ha asignado una habitación con vistas al Jardín de los Claustrales; aquí tiene la llave. Henry le llevará las maletas, señor, y le enseñará el camino.

Purefoy se agachó para coger sus maletas, pero Walter le detuvo.

—Perdone, señor —dijo, con otra mueca, en la que un extremo servilismo parecía mezclarse extrañamente con cierta indefinida amenaza—, pero los señores Claustrales no llevan sus maletas en Porterhouse. Daría mal ejemplo. Eso es lo que me enseñó el señor Skullion, que es ahora el Rector. Se trata de una antiquísima tradición.

Por un instante, Purefoy se sintió tentado de decirle a aquel gnomo que las tradiciones de Porterhouse le importaban un bledo, y que siempre llevaba sus propias maletas, pero había sido un viaje muy largo y estaba agotado.

—¿Qué hago con mi coche? —preguntó—. Lo he dejado en una zona azul en esta misma calle, un poco más abajo.

—Déme las llaves, señor, y haré que lo metan en la Antigua Cochera, que es donde guardamos los vehículos de los Claustrales. ¿Sabe de qué marca es, señor?

A Purefoy Osbert aquello le sonó a pitorreo. Pero inmediatamente Walter le sacó de su error.

—Lo pregunto, señor, porque muchos de los Claustrales no lo

saben. El Decano lleva conduciendo un viejo Rover desde el año de la nana; es un Lanchester, un modelo que ya no se fabrica, o, al menos, eso creo. Y el Capellán tiene un Armstrong Siddeley, aunque ya no conduce, y creo que ni recuerda que está allí.

Purefoy le entregó las llaves, y le dijo que era un Renault verde nuevo.

—El número de matrícula es 5555 OGF —añadió.

—Muy bien, señor. Le dejaré las llaves en su casillero. Así sabrá dónde encontrarlas.

—Pero no sé cuál es mi casillero —dijo Purefoy.

—Ah, pero yo sí, señor. Lo único que tiene que hacer es preguntarme cuando las necesite.

Y con otra horrible mueca desapareció en la pequeña oficina, desde donde le llegó a Purefoy su voz sofocada cotilleándole a alguien que el nuevo Claustral, el doctor Oswald, tenía un coche extranjero, gabacho para colmo, y que ya vería cómo se iba a poner el Tutor Mayor cuando se enterara porque... Imaginándose lo que se le venía encima en aquel Colegio, Purefoy siguió a Henry, que llevaba sus dos maletas; cruzaron el Patio Viejo, pasaron por la parte trasera de un edificio de piedra ennegrecida por los siglos y tomaron un sendero hacia un edificio no menos ennegrecido, pero esta vez de ladrillo. En el trayecto se cruzaron con varios estudiantes, todos ellos demasiado bien vestidos para el gusto de Purefoy. Estaba acostumbrado a que la gente llevara botas y vaqueros rotos y el pelo o bien muy largo y sucio o bien rapado al cero. Siempre había desconfiado de los jóvenes con el pelo bien cortado. Además, la mayoría de los hombres jóvenes que vio eran altos y musculosos y se reían demasiado estentóreamente. Y la única chica joven con la que se cruzaron le sonrió amablemente, lo que le pareció muy raro. En Kloone las mujeres no sonreían nunca. Por regla general, le despreciaban y le trataban a patadas.

Al pie de una escalera marcada con la letra O, Henry se detuvo y señaló un espacio en blanco en el extremo superior de un tarjetero negro.

—Ahí va usted, señor. Unas habitaciones estupendas, señor. Enfrente de las del Tutor Mayor. El Tutor Mayor siempre procura hacer buenas migas con los jóvenes caballeros, señor.

Empezó a subir los escalones, y Purefoy le siguió con el corazón en un puño. El comentario del Portero Adjunto le había recordado aquella noche funesta con Goodenough, y antes que tener que volver a soportar las rijosas atenciones de otro maricón (por segunda vez en su vida prescindía de lo políticamente correcto), insistiría en que le cambiaran de alojamiento lo antes posible. Pero, como en el caso de Goodenough, Purefoy se equivocaba de medio a medio. No había nada de afeminado en el hombre que se asomó por la puerta que había

enfrente de la suya y preguntó con voz de trueno si era necesario armar aquel maldito alboroto.

—Sólo he dejado en el suelo las maletas de este caballero, señor.

—¿Las maletas? —gruñó el Tutor Mayor—. Pues me ha sonado más bien como una manada de elefantes tocando el tambor.

Volvió a meterse en sus habitaciones y cerró la puerta con mucho tiento. Henry se rió por lo bajini y buscó el ojo de la cerradura en la oscuridad.

—¡Cómo le gusta bromear al Tutor Mayor! Eso, y el oporto. Buen bebedor, vaya si lo es. A los bebedores de oporto se les nota en la cara qué variedad prefieren. Al Decano le gusta el tostado, y por eso tiene la tez tan cetrina. En cambio, el Tutor Mayor prefiere el rubí, y eso hace que esté siempre tan colorado.

Por suerte, las habitaciones que le habían asignado a Purefoy eran muy cómodas, constaban de un gran estudio que era a la vez sala de estar y de un dormitorio, más pequeño, con una ventana que daba a un inmenso edificio de estilo jacobita rodeado de césped, enfrente del cual se levantaba lo que parecía un gran bloque cuadrangular de tejo.

—Ésa es la Residencia del Rector, donde vive el Rector, tal como su nombre indica, y esa masa de tejo en medio del césped es el Laberinto del Rector. Hay personas que se metieron dentro y nunca más se supo de ellas. Eso dicen. Pero seguro que es una broma, señor, aunque yo no me metería ahí ni por todo el oro del mundo. Mejor no arriesgarse, ¿no cree? Y, además, tampoco me dejarían. Los sirvientes no podemos pisar el césped. Sólo los Claustrales pueden hacerlo.

Purefoy volvió al estudio y miró por la ventana. También vio jardines, pero éstos, además de césped, tenían rosales, una zona de rocalla y un pequeño estanque, junto al cual se levantaba lo que parecía un enorme ruibarbo.

—Ése es el jardín del Decano. Él mismo lo cuida cuando se lo permite el reuma o la artritis o lo que sea que coge con la humedad del río y el aire que sopla del este. Viene por el Mar del Norte desde Rusia, sí señor, de unas montañas que tienen un nombre muy gracioso, como los retretes de la estación de autobuses, los Uri…

—Los Urales —dijo Purefoy, y se preguntó si todos los porteros de Porterhouse serían tan parlanchines.

Finalmente, tras mostrarle cómo se encendía la estufa de gas y el funcionamiento de los fogones que había en la habitación del fámulo, así como dónde estaba el cuarto de baño, Henry se marchó y Purefoy se sentó y se preguntó si habría hecho bien al ir a Porterhouse. Todo aquello era increíblemente anacrónico, no tenía nada que ver con el mundo en el que él había vivido más de treinta años. Porterhouse no era, simplemente, un Colegio más de la Universidad de Cambridge: parecía una especie de museo.

# 12

Lo mismo habría podido pensar Kannabis cuando se despertó a la mañana siguiente, de haber sido capaz de hacerlo. En su caso, debido a las contusiones y a la medicación del doctor Mac-Kendly, lo poco que le quedaba de cerebro funcionaba con grandes dificultades.

—Creo que lo mejor será que le administremos algún somnífero suave de efectos hipnóticos —dijo el médico cuando examinó al accidentado americano—. No es menester mirarlo por los rayos X ni nada parecido. Ganas de perder dinero. Este pollo, obviamente, tiene una cabezota más dura que el cemento, y, si no... —Dejó la posible recuperación de Kannabis en el aire.

Pero los efectos de la dosis doble del denominado somnífero suave de efectos hipnóticos que le inyectaron sobrepasaron las optimistas previsiones del galeno. Aquello no tenía nada de suave. Cuando Kannabis volvió en sí, estaba prácticamente hundido en un estado catatónico profundo. Podía ver, oír y sentir, pero eso era todo. No podía moverse. Y deseaba terriblemente hacerlo, porque lo que veía le daba un miedo cerval. Junto a su cama, una cama en la que nunca había estado antes, en una habitación que tampoco podía reconocer, se hallaba sentada la criatura más horrenda que había visto nunca, al menos desde el Quasimodo de la película *El jorobado de Notre-Dame,* que vio hacía muchos años, cuando niño, en su ciudad natal. En las condiciones de aturdimiento mental en que se encontraba Kannabis, aquella criatura era infinitamente peor y daba muchísimo más miedo, pues estaba junto a él y le miraba aviesamente. Kannabis no tenía idea de qué podía ser aquel engendro. Y lo peor era que no conseguía cerrar los ojos, por más que lo intentaba, para evitar la mirada cruel de aquel ser deforme. Y no sólo no podía cerrar los ojos. Estaba paralizado. Y desnudo. En una cama gigantesca, en una habitación que nunca había visto antes. En un intento desesperado por descubrir si era capaz de hablar, o si, para acabarlo de arreglar, también se había quedado mudo, Kannabis trató de articular unas palabras. Y lo mismo, al parecer, hizo el ser que estaba junto a él. Ahora que podía mirarlo con más detenimiento (por fuerza, que no por gusto), Kannabis comprobó que sí que era Quasimodo, en versión moderna, un minusválido encasquetado en una silla de ruedas cromada. En realidad, la expresión «minusválido» no le cuadraba del todo a aquel guiñapo contrahecho. El ser que estaba sentado a unos pocos metros de él no era solamente minusválido. Era minustodo. Inválido, repugnante, inicuo e inhumano. O, para decirlo con las palabras que Kannabis hubiera preferido usar, de no estar tan

aterrorizado, aquella cosa era un monstruo, el Diablo con sombrero hongo. Y ahí lo tenía, a un metro de él, profiriendo sonidos cavernosos. De haber estado en posesión de sus facultades intelectivas habituales, a Kannabis le habría tranquilizado saber que podía oír correctamente, que la sordera no era otra de las calamidades físicas que le afligían desde no sabía cuándo. Pero lo único que ansiaba en aquellos momentos era librarse de los sonidos guturales que emitía con evidente esfuerzo aquel ser sentado en la silla de ruedas.

—No debería haberlo hecho —dijo Skullion.

Tuvo que repetir la frase varias veces para asegurarse de que Kannabis captaba el mensaje. Pero el americano estaba en otra dimensión. Ya sabía que no debía haberlo hecho, fuera lo que fuese lo que hizo. Aquello estaba más claro que el agua. Se sentía como si hubiese alguna droga especialmente fuerte, por ejemplo, crack mezclado con LSD y coca y gas letal. Por fuerza tenía que ser una catástrofe de este tenor. Pero ¿por qué estaba en aquel jodido cuarto, aquel cuarto tan raro, con niños gordos (gordísimos) revoloteando por el techo y el sobrino de Quasimodo sentado junto a él como si estuviera esperando a que acabara de asarse la pierna de cordero que se iba a zampar?

—Ha causado daños en la Capilla —dijo Skullion, tras otro ímprobo esfuerzo articulatorio—. Ha dañado la Capilla.

Una pequeña parte del sistema nervioso de Kannabis reaccionó brevemente, y luego volvió a quedar inerte. Le sonaba la palabra «Capilla», y estaba seguro de que también le sonaba lo de los «daños», aunque él solía utilizar aquella expresión siempre en combinación con «a terceros», y en aquella ocasión no veía qué terceros podía haber allí a quienes cargar el muerto. Kannabis se concentró en lo de la «Capilla», y aún le estaba dando vueltas en la cabeza cuando entró la Enfermera en la habitación.

—Venga, señor —dijo—, ya hemos tenido bastante conversación por hoy, ¿eh? No debemos cansar a este joven. Dejémosle que descanse en paz.

Lo cual, en cualquier otro contexto, hubiera sido un comentario de lo más tranquilizador. Pero, dadas las circunstancias, el que una mujerona bigotuda y cariancha, ataviada con unas hopalandas blancas, llamase a aquella Cosa de la silla de ruedas «Señor» daba pábulo a las más extraordinarias connotaciones. Kannabis ya no dudaba de que aquel ser, en vista del tratamiento que le daban y la influencia y el poder de que parecía disfrutar, debía ser Satanás en persona. Y aquello de «descanse en paz» le había dado muy mala espina. Si lo relacionaba con «Capilla», el resultado más lógico era «Capilla ardiente», lo cual explicaba su estado actual de postración física, aquella cama enorme y aquella habitación oscura y lóbrega con

los jodidos angelitos revoloteando por el techo.

También se explicaba ahora por qué estaba desnudo: se encontraba en una funeraria, a la espera de ser enterrado o incinerado, o quizá embalsamado. Eso explicaría por qué la Cosa de la silla de ruedas le había mirado de forma tan inquisitiva. Le medía para meterle en el ataúd, o quizá calculaba cómo sacarle las tripas para embalsamarlo. Ahora entendía por qué la Cosa llevaba un sombrero hongo negro y un chaleco con leontina. Si algo aterrorizaba a Kannabis era la idea de ser enterrado vivo. O incinerado. O embalsamado. Kannabis no sabía mucho acerca del proceso de embalsamamiento de un cadáver, pero estaba seguro de que incluía abrir el cuerpo en canal y sacarle todos los órganos internos y rellenar el hueco con papeles o trapos. Y todo este procedimiento iba a ocurrir estando él plenamente consciente, al menos durante un rato, al principio de la operación, que sería seguramente la parte más dolorosa. ¡No podía ser! ¡No podía ocurrirle a él semejante cosa! Tenía que demostrarles que estaba todavía vivo. Pero ¿cómo?

Kannabis emitió unos extraños gargarismos y dijo «Joder!» varias veces en voz bastante estridente, y luego intentó paliar el efecto de estas expresiones altisonantes con varios «¡Dios mío!» y muchos «¡Socorro!». Luego se volvió a dormir, y al despertarse vio al lado de la cama a un anciano alto y cadavérico y un hombrecillo grueso y pelirrojo. La mujerona de uniforme estaba al otro lado de la cama. Pero, al menos, la Cosa había desaparecido de la habitación.

—¿Qué tal se porta nuestro joven amigo, Enfermera? —preguntó el pelirrojo—. ¿Algún problema?

—Ninguno, doctor —dijo la mujer—. Ha dormido como un bendito.

—¡Socorro, socorro! —alcanzó a farfullar Kannabis.

—Parece que intenta decir algo —comentó el anciano.

Pero el médico ya se había sentado en el borde de la cama y estaba inspeccionando con una linternita los ojos vidriosos del paciente. Y lo que estaba viendo no le gustaba ni poco ni mucho.

—Este nuevo fármaco que probé con él anoche le ha hecho bastante más efecto del que esperaba —dijo—. Es una combinación sinergética de varios antipsicóticos muy potentes, tranquilizantes, vamos, pero con un componente que relaja el músculo en caso de que el enfermo tuviera tendencias agresivas. Acaban de sacarlo al mercado y, ciertamente, responde a las expectativas. No hay más que mirarle...

—¡Socorro, Dios mío, socorro! —trató de gritar Kannabis, pero fracasó lamentablemente en el intento.

—Estoy seguro de que quiere decirnos algo —dijo el anciano de aspecto cadavérico.

—Sí, eso parece a primera vista —dijo el médico—. Pero es un

mero impulso reflejo. No puede reconocernos. En fin, supongo que será mejor que no le pongamos otra inyección de esto. ¿Ha orinado, o algo?

La Enfermera levantó la sábana y denegó con la cabeza.

—Bueno, de todas formas, para andar sobre seguro... —dijo el médico al tiempo que sacaba un tubito de plástico de su maletín—. Siempre llevo uno de sobra para el Rector.

El Praelector se volvió a mirar por la ventana, para evitar tener que contemplar el espectáculo de la inserción de una sonda en el pene del americano. Y éste tampoco disfrutó con aquella maniobra.

El siguiente comentario del Praelector tampoco le animó en lo más mínimo.

—Ah, aquí tenemos al Capellán —dijo—, que viene a charlar con el Rector, como cada día. Una relación interesante, diría.

Pero el doctor MacKendly y la Enfermera estaban absortos discutiendo la posibilidad de un «escape» trasero.

—Ocurre muy a menudo —decía el médico—. Deberíamos ponerle un plástico debajo. Una de esas bolsas de la basura negras y grandes sería perfecta, y muy apropiada para este caso, además.

Se volvieron los tres a mirar a Kannabis por última vez y salieron en fila de la habitación mientras el americano seguía farfullando «¡Socorro, Dios mío, socorro!».

Lo cual, como es natural, no le sirvió de nada.

Sus colegas de la Transworld tampoco tenían intención de ayudarle.

—Así que Kannabis se ha metido en un lío, como de costumbre —fue el comentario de Skundler cuando le contaron lo sucedido en Porterhouse—. Pues que se las apañe como pueda. No es mi problema. Cuando uno trabaja en este negocio, tiene que asumir sus riesgos. Unos sobreviven, otros no. Así es la vida. Lo tomas o lo dejas.

Nadie discutió los argumentos del jefe del Departamento de Baremación. Incluso una de sus colegas dijo, mostrando gran presencia de ánimo:

—¿K. K. se ha ido al carajo? Bueno, pues se ha ido al carajo. ¿Algún otro tema?

En Bangkok, Edgar Hartang estaba sentado con un crío de seis años sobre sus rodillas. Era una experiencia insólita para el chiquillo, pero no para E. H., que le hizo cosquillas en una tetilla, se echó a reír y se quitó las gafas de sol y la peluca. El bueno de E. H. se lo estaba pasando de miedo.

Y el crío también. Sólo que su miedo era diferente.

# 13

El Tesorero también estaba asustado, pero el suyo era un temor muy diferente. No le había gustado nada haber tenido que explicar su papel en la invasión de los de la Transworld, pero al menos no había tenido que hacerlo en presencia del Decano y el Tutor Mayor. A éste no le había visto aún, y aquél, gracias a Dios, estaba fuera, pero no le ocultaban los ataques de rabia que la conducta de Kannabis y su equipo de gemelos habría provocado en ambos, y cuál habría sido su actitud hacia él. Le habrían despedido inmediatamente, le habrían echado a patadas de Porterhouse, y habría podido darse por contento de no haber sido azotado. El Tutor Mayor siempre presumía de que iba a azotar a este o aquel infractor, si bien nunca lo hacía, pero el Tesorero no tenía la menor duda de que en su caso, y con el Decano jaleándole, el Tutor Mayor habría pasado a la acción. Por el contrario, el Praelector le había ofrecido té y (lo que era aún más raro) comprensión, y había parecido interesarse más y más a medida que le iba contando la historia de cómo conoció a Kannabis y almorzó con Edgar Hartang.

De todas maneras, el Tesorero se había dado perfecta cuenta de que la Secretaria del Colegio lo iba transcribiendo todo en taquigrafía, y de que Gilkes, el doctorando, tomaba también abundantes notas. Cuando concluyó el interrogatorio, se sintió muy aliviado.

—Han sido ustedes pero que muy considerados conmigo —le dijo al Praelector, la mar de emocionado—. No sé cómo agradecérselo.

—No me llore, Tesorero, que ya nos conocemos. Además, amigo mío, somos nosotros los que deberíamos estarle agradecidos. No tiene ni idea del impagable servicio que le ha hecho al Colegio. Y no se preocupe más por el señor Kannabis. Está en buenas manos.

—¿Le va a entregar a la policía? —preguntó el Tesorero.

—Por supuesto que no. Está en mucho mejores manos. Ahora váyase a casa y duerma tranquilo, que buena falta le hace. Vamos a necesitar de todas sus capacidades intelectuales en los próximos días.

El aquel momento, el Tesorero no había comprendido las connotaciones de aquel comentario. Se fue pitando a su casa, escurriéndose por la puerta de servicio como un criminal, por no toparse con el Tutor Mayor en el Patio Viejo, y se bebió tres vasos de whisky a palo seco antes de tragarse una ración doble de las pastillas para dormir de su mujer, por lo que cayó redondo en la cama. El lunes lo pasó reponiéndose, y el martes, cuando se reincorporó a su puesto en la oficina de Porterhouse, comprendió qué había querido decir el Praelector con lo de que Kannabis estaba en buenas manos.

—¿Y dice que lo custodian en la Residencia del Rector? —le preguntó a Walter en Portería—. ¡No puede ser! ¿Con Skullion? ¿Está seguro?

—Yo no diría que lo custodian. Está tendido en una cama, inmóvil; no sé si me entiende.

El Tesorero no lo entendió, desde luego. La Residencia del Rector de Porterhouse empezaba a parecerse a un depósito de cadáveres. Primero el difunto Sir Godber, y ahora Kannabis...

—Pero ¿de qué murió? ¡Por el amor de Dios...! ¿Es que el Tutor Mayor le pegó?

—No, señor, qué va. Nada de eso. El Tutor Mayor no estaba en condiciones de pegarle a nadie. A lo que le había estado pegando era a la botella, así que el hombre no estaba muy lúcido. No, ese ca... caballero americano tuvo una especie de accidente en las habitaciones del Capellán y creyeron lo más conveniente que el doctor MacKendly y la Enfermera se ocuparan de él aquí mismo... Ella lo atiende, y también el señor Skullion... digo el Rector, le hace compañía, para evitar que vuelva a las andadas. Al fin y al cabo, lo que menos necesita ahora el Colegio es mala publicidad, ¿verdad, señor?

—No, supongo que tiene usted razón —dijo el Tesorero, aún sin tenerlas todas consigo y preguntándose para sus adentros cuánta publicidad iba a darle Transworld Televisión a aquel caso flagrante de agresión y secuestro (no se tragaba lo de que Kannabis hubiera sufrido un accidente) de uno de sus vicepresidentes. Ya se imaginaba la imagen en el telediario: Kannabis, con la cabeza vendada, saliendo del Colegio en una ambulancia. Aquello lo verían hasta en la isla de Pascua. Seguro que allí también tenían televisión por cable. Acababan de instalarlo incluso en Santa Elena... El Tesorero se fue a su oficina y se encontró con que la Secretaria del Colegio le estaba esperando.

—Ah, ya está usted aquí. ¿Qué, se siente mejor? ¿No? Bueno, supongo que estas cosas requieren su tiempo, ¿verdad? En fin, el Praelector me ha pedido que le avisara de su llegada. Quiere venir a verle y charlar un poco sobre el asunto.

—La verdad es que no sé si estoy para charlas con... —empezó el Tesorero, pero la señora Morestead ya se había ido a su oficina a telefonear al Praelector.

—Estarán aquí en cinco minutos —dijo, muy contenta, cuando volvió, y se sentó inmediatamente frente a él, bloc de notas en ristre.

—¿Quiénes dice que vienen?

—Pues la verdad es que no estoy segura, pero creo que acabo de ver al señor Retter y al señor Wyve cruzando el Patio.

—¿El señor Retter *y* el señor Wyve? —dijo el Tesorero, que sintió una nueva punzada de pánico. Muy mal tenían que andar las cosas para que *ambos* abogados vinieran al Colegio. Nunca había ocurrido

nada semejante. El siguiente comentario de la señora Morestead no hizo más que agudizar sus temores.

—Y ayer mismo tuvimos a los de la Comisión del Patrimonio Nacional, que venían de Londres, y Furness, el arquitecto, vino con ellos. Estuvieron todo el día dando vueltas, y los albañiles han apuntalado el techo de la Capilla con unas vigas. Dicen que a lo mejor hay que derribarlo.

El Tesorero se cubrió la cara con las manos y esperó a que le fulminara un rayo. El rayo que le cayó encima fue el Tutor Mayor, el Praelector, el doctor Buscott y el Capellán, en bloque. El Tutor Mayor tenía un aspecto particularmente feroz. Todavía no se le había pasado del todo la resaca del otro día, y el «traguito» de ron que se acababa de tomar para combatirla (un vaso bastante colmado, en realidad) no había hecho más que agriarle el humor. De todas formas, el que mandaba era todavía el Praelector. Era mucho más viejo que el Tutor Mayor, y llevaba mucho más tiempo en Porterhouse que él. Y estando además el señor Retter y el señor Wyve presentes, parecía dudoso que el Tutor Mayor pudiera usar su látigo.

—Diría que esta oficina no es lo bastante espaciosa para que podamos estar todos cómodos —dijo el Praelector—. Quizá lo mejor sería que nos fuéramos al Comedor Privado de los Claustrales, donde estaremos más anchos.

Atravesaron el Patio en grupo, seguidos por la señora Morestead detrás con su bloc y su bolígrafo, y cuando se sentaron a la larga mesa de caoba en el Comedor Privado de los Claustrales, el Praelector explicó el motivo de aquella reunión. Lo hizo en un tono de voz ominosamente sepulcral.

—Nos hemos reunido —dijo— con objeto de decidir qué medidas tomar respecto de lo que puede describirse como una catástrofe para el Colegio y para el acervo cultural y arquitectónico de la nación. La Capilla de Porterhouse es uno de los más destacados y valiosos ejemplos del estilo neorrománico tardomedieval en un edificio religioso del Reino Unido. Su estilo es único en cuanto que carece prácticamente de influencias góticas. Erigida en una época en que el gótico era el estilo predominante, la Capilla nos demuestra la tradición conservadora del Colegio incluso en aquellos remotos días, cuando nuestros predecesores quisieron celebrar la fe en la forma más tradicional. Porterhouse siempre se ha enorgullecido de no «estar a la moda», de estar, en el sentido más estricto de la expresión, «anclado en el tiempo», o, para ser más precisos, de ser intemporal. Y en estos tiempos nuestros en que los vientos, o ventoleras, del cambio parecen arrasarlo todo y el futuro no parece presagiar más que el embrutecimiento progresivo e inexorable del espíritu humano mediante la proliferación de repulsivos programas televisivos que sólo

satisfacen los más bajos instintos del populacho, resulta crucial que luchemos ahora bravamente contra la empresa que ha destruido tan deliberada y criminalmente nuestra Capilla. Tenemos el sagrado deber moral de conseguir la máxima compensación monetaria posible de estos individuos de la Transworld Televisión, no sólo por el daño material infligido a la estructura del Colegio, sino también por el sufrimiento y la crueldad mental que han padecido los miembros del Claustro y los estudiantes. Yo mismo no creo que pueda recuperarme jamás de la impresión...

Mientras el Praelector seguía parloteando, el Tesorero inventarió mentalmente otros edificios del Colegio que estaban en malas condiciones y que Transworld Televisión Productions podría ser obligada legalmente a reparar. Una porción de la cañería del desagüe del muro trasero del Pabellón Cox había caído recientemente a la calle, aunque por fortuna no pasaba nadie por debajo en aquel momento. Ahora que, bien mirado, aquellos americanos del demonio nunca habrían podido llegar hasta allí, porque el techo era demasiado empinado para trepar por él sin andamiaje o cuerdas, pero en fin, qué más daba. También había una planta entera de la Biblioteca que había que rejuntar, y todas las chimeneas necesitaban ser consolidadas, y... El Tesorero se entretuvo haciendo una lista imaginaria de restauraciones y embellecimientos generales.

Frente a él, el señor Retter y el señor Wyve estaban sentados uno junto al otro sin decir esta boca es mía. Ambos habían heredado su actual posición como consejeros legales de Porterhouse cuando se incorporaron al bufete Waxthorne, Libbott & Chaine. Y desde entonces se arrepentían por ello. Waxthorne, Libbott & Chaine llevaban muchos años criando malvas, pero el señor Retter y el señor Wyve, que eran abogados chapados a la antigua, habían insistido en mantener el nombre original. Y, siendo también sumamente ineptos en el ejercicio de su profesión, se cubrían las espaldas diciendo que el señor Waxthorne era de la opinión tal o cual... Y como el señor Waxthorne no se había movido de su tumba en el cementerio de Newmarket Road en los últimos sesenta y cinco años, resultaba, pues, no sólo perfectamente razonable sino asimismo ajustado que el señor Retter y el señor Wyve explicaran a sus clientes que el titular de la firma no podía recibirles personalmente, pues sólo actuaba como consejero. Y tres cuartos de lo mismo podía decirse respecto a los señores Libbott y Chaine, aunque el primero había preferido ser incinerado antes que compartir el descanso eterno en el mismo suelo que su colega de bufete, a quien había detestado intensamente en vida, y el segundo había donado su cuerpo a la Facultad de Medicina para que los estudiantes de primer curso pudieran practicar la disección, aunque, más que por un deseo de contribuir al avance de la ciencia, para estar

completamente seguro de que le mandaban al crematorio de Huntingdon Road absoluta e irrevocablemente fiambre. Y, en buena medida, su última voluntad se había cumplido, aunque su cráneo todavía se usaba como copa para beber el vino en un club de bebedores del Colegio de King's cuyos miembros, un tanto amanerados, se llamaban Los Hombres de Chaine. Y hasta cierto punto, el señor Retter y el señor Wyve habían medrado. Se habían especializado en representar a colegios y jamás habían aceptado caso alguno que implicase tener que aparecer delante de un juez, aunque el señor Retter había tenido que enfrentarse a un jurado una vez que le pescaron conduciendo en estado de embriaguez, y de resultas le retiraron el carné durante un año. Cuando tenían que lidiar con un caso que obligara a comparecer ante un tribunal, invariablemente delegaban discretamente en otros bufetes de la capital, los cuales, a su vez, les pedían consejo legal cuando lo necesitaban.

En pocas palabras, los honorarios de Waxthorne, Libbott & Chaine eran exorbitantes. Lo cual no resultaba nada sorprendente. Como abogados de Porterhouse, se veían obligados a trabajar gratis. Había días en que maldecían al Praelector. Éste había conocido al señor Waxthorne de joven, había asistido a su entierro y durante años había seguido en contacto con su viuda, y sabía muy bien que Libbott había sido incinerado y que Chaine había ido a parar a ese departamento de la Facultad de Medicina del que los cadáveres salen convertidos en picadillo. Ahora, sin embargo, intuían que podían estar a punto de encargarse de un caso tan beneficioso para Porterhouse que incluso era posible que cobraran.

—De todas formas, no tenemos nada que perder —había dicho el señor Wyve—. Si ganan contra la Transworld, lo cual, estoy de acuerdo con usted, es altamente improbable, podrán pagarnos todas las horas de trabajo de balde que les hemos dedicado en los últimos años.

—Pero si pierden, lo cual es casi seguro, considerando el poder y magnitud de su oponente, los costes legales serán enormes.

—Los suyos, pero no los nuestros —dijo el señor Wyve; y la cosa quedó, como quien dice, vista para sentencia.

De cualquier manera, de esto no dijeron ni palabra durante la reunión, y dejaron que el Praelector y el Tutor Mayor le explicaran al Tesorero lo que esperaban de él. Por otra parte, consideraron lo más prudente marcharse antes de que esto ocurriera.

—No podemos permitir que nos involucren en actividades dudosas. Podría invalidar nuestro papel en el caso y arruinar nuestra reputación. No me gusta nada ese brillo en la mirada del Tutor Mayor —le dijo el señor Retter al señor Wyve—. Y, sin embargo, una vez leída la declaración del Tesorero, empiezo a creer que existe una

remota posibilidad de que ganemos. Los de Transworld Televisión Productions realmente dieron el primer paso, y hablaron con él y le llevaron a almorzar con el tal Hartang, quienquiera que sea. La verdad es que todo este embrollo no me huele pero que nada bien.

En el Comedor Privado, el Tesorero se había quedado de una pieza al conocer los planes de sus colegas.

—¿Que vaya a hacerle compañía a Kannabis? —dijo, boquiabierto—. ¿Que le haga compañía *yo?* ¡Vamos, hombre, en eso estaba pensando! ¡Ni soñarlo! No me acerco a ese tipejo, vamos, ni a mil metros de distancia. ¡No y no! ¡Ni pensarlo!

El Tutor Mayor se levantó de su silla muy lentamente. Aquel ron le empezaba a hacer efecto.

—Señora Morestead, haga el favor de dejarnos a solas un momentín, si no le importa —dijo con un tono que auguraba tormenta—. Para lo que vamos a hablar ahora no nos hacen falta ni luz ni taquígrafos.

La Secretaria del Colegio dudó un instante. A ella el Tesorero no le caía del todo mal, sobre todo porque no le gritaba, como hacía el Tutor Mayor a todas horas. Pero al final obedeció y salió de la estancia. El doctor Buscott no sentía simpatía ni por el Tesorero ni por el Tutor Mayor, pero se quedó por pura curiosidad, para ver qué pasaba. Se repantigó en su silla y aguardó los acontecimientos.

El Tesorero, en cambio, en cuanto vio que se le acercaba el Tutor Mayor, salió zumbando hacia la puerta, pero el Praelector, que estaba sentado junto a ella, la había ya cerrado con llave y se la había guardado en el bolsillo.

—Como le ponga las manos encima a ese cretino… —empezó el Tutor Mayor, pero el Praelector le contuvo.

—Si tuviera la bondad de reportarse un poco —dijo—. Necesitamos al Tesorero de una pieza para que se siente junto a ese Kannabis y le sonsaque la información indispensable para salir venturosos en nuestra batalla legal contra su empresa. Lo único que conseguiremos si se empecina usted en maltratar al Tesorero es tener tres tullidos metidos en la Residencia del Rector. Y, además, su testimonio es vital para nosotros.

—Bueno, bueno —gruñó el Tutor Mayor, y volvió a tomar asiento.

Pero el Tesorero permaneció en pie, preparado para salir por piernas en cuanto el Tutor Mayor hiciera el menor amago de agresión. El Capellán volvió a templar los ánimos.

—Debo decir que nuestro invitado, el señor Kannabis, no me pareció en condiciones de responder a preguntas de ninguna clase cuando le visité el otro día. Muy por el contrario, el pobre se limitó a emitir toda clase de sonidos extravagantes, especialmente cuando le

pregunté si quería confesarse antes de recibir la Sagrada Comunión.

—Ese hombre es abstemio hasta la exageración —dijo el Praelector, y para su sorpresa, el Tutor Mayor comentó que ojalá él también lo fuera—. Supongo que la Sagrada Comunión no está hecha para él.

—Pues lo que sí parece hecho para él es el aparato ese tan horrible con la bolsita que lleva Skullion, porque también se lo han endosado. ¿Es que han de llevarlo por fuerza quienes viven en la Residencia del Rector?

—¿Por qué no volvemos a lo que nos ha traído aquí? —dijo el doctor Buscott—. En pocas palabras, lo que se pretende es que el Tesorero use de su influencia con el tal Kannabis para sonsacarle información...

—¡No, señor! —replicó el Tesorero—. ¡He dicho que no y es que no! Y, además, no tengo ninguna influencia sobre ese individuo. Ustedes no saben cómo es.

—Pues ya nos vamos haciendo una idea, ¿sabe? —replicó sardónico el Tutor Mayor—. Un tipo que lleva gafas de sol azul marino y jersey de cuello vuelto...

—Ya. Sí —le interrumpió el Praelector—. Pero no creo que el Tesorero se esté refiriendo a su vestimenta, sino más bien a su carácter psicológico, a su mentalidad, si es que tiene mente ese descerebrado, por más que las últimas investigaciones demuestren que los antropoides más evolucionados son capaces de cierto raciocinio abstracto... y no es que incluya a Kannabis entre ellos. No llega a eso siquiera. Quizás esté, digamos, al nivel de un macaco subnormal. Pero ¿por dónde iba? ¡Ah, sí! Las comprensibles reservas de nuestro querido Tesorero a sentarse junto al lecho del dolor de esa pobre bestia dimanan, supongo, del temor a que Kannabis le acuse de ser el responsable de su actual estado de postración. Pero puedo garantizarle que le recibirá como a un verdadero amigo.

—No veo por qué habría de hacerlo. Y, además, ¿en qué estado se encuentra exactamente? —preguntó el Tesorero, a quien había asustado que la enfermedad de Kannabis, fuera la que fuere, le obligara a ir sondado y llevar una bolsa para los orines.

—Le responderé primero a la segunda pregunta, que está más relacionada con lo que estamos hablando. Por desgracia, lo ocurrido en las habitaciones del Capellán descarta la posibilidad de que Kannabis pueda sentir ningún afecto ni por él ni por mí. En un intento de inducirle a que nos confesara su identidad y sus intenciones, mucho me temo que quizá nos excedimos un tanto en nuestro celo...

—Y, claro, eso explica por qué cuando le pregunté acerca de la bolsa de los orines —dijo el Capellán—, el hombre reaccionó de manera harto peculiar. ¡Tate, tate, ahora caigo! Ya se me había

olvidado lo del coñac de guisar, y la verdad es que mis comentarios sobre los beneficios de las lavativas quizá pudieron…

—¿De qué demonios habla? —preguntó el Tutor Mayor, al que la mención del coñac le había dado repeluznos.

—Nada, nada, no tiene importancia. Lo que intento explicar es que si bien, gracias a los esfuerzos del doctor MacKendly, Kannabis está que no conoce, cuando vuelva en sí es posible que reconozca a quienes le hicieron caer en semejante estado. Y eso nos excluye tanto al Capellán como a mí.

—¿Me está diciendo seriamente que los dos atacaron a ese individuo con una botella de licor y luego lo tiraron por una ventana? —preguntó el doctor Buscott, que se lo estaba pasando en grande con todo aquello.

—No, no he dicho tal cosa —dijo el Praelector fríamente—. He utilizado la expresión «hacer caer» en su sentido más metafórico. ¿Me he expresado con claridad, doctor Buscott?

Éste asintió con la cabeza. Le había dejado perplejo la transformación que estaba experimentando el Praelector ahora que se había producido una crisis y el Decano no podía ejercer su autoridad. El Praelector era un hombre de edad, más que avanzada, provecta, y hasta entonces siempre se había mantenido en un discreto segundo plano. El doctor Buscott encontraba aquella súbita mutación sumamente extraña. Nunca entendería a los Claustrales Mayores. El Tesorero, por su parte, todavía trataba de comprender por qué había de sentir Kannabis el menor aprecio por él.

—Cuando habla usted de «los esfuerzos del doctor Mac-Kendly», ¿a qué se refiere? —preguntó.

—Me refiero estrictamente a que nuestro apreciado galeno le ha administrado una medicación suave a fin de reducir su furia asesina y su comportamiento criminal al estado de docilidad y domesticación en que se encuentra en la actualidad, lo cual es muy meritorio, y por ello deberíamos estarle todos inmensamente agradecidos. Skullion… digo el Rector, se pasa mucho rato haciéndole compañía, y los dos parecen haber hecho muy buenas migas. Como sabe, el Rector no es un hombre precisamente amigable, y, sin embargo, ya ve…

—Bueno, Kannabis tampoco es ningún angelito —dijo el Tesorero, a quien empezaba a irritar la escurridiza sintaxis del Praelector—. Un canalla redomado, eso es lo que es.

—Era todo lo redomado que usted quiera, pero ahora lo hemos domado —dijo el Praelector—. Así que le acompañaremos hasta la puerta del dormitorio y usted…

El Tesorero opuso aún un poco de resistencia, pero el Praelector le convenció con la promesa de que habría en todo momento alguien a mano tras la puerta listo para intervenir en caso de necesidad. Y le

decidió completamente la descripción del Tutor Mayor de lo que le haría como no fuera al instante a cumplir con su obligación.

—Cuando dice «a mano» —quiso saber el doctor Buscott—, ¿lo hace también en sentido figurado?

—No —replicó el Praelector—, literal. Usted se colocará detrás de la puerta con una grabadora, y los porteros estarán al acecho, por si las moscas. Así que, si estamos todos dispuestos, caballeros…

El Tesorero todavía intentó escurrir el bulto.

—Pero ¿qué quieren que le pregunte? —dijo, mientras se servía un generoso vaso de whisky de la licorera del aparador.

—Ha leído la lista que le proporcionó el señor Retter, ¿no? —dijo el Praelector. El Tesorero asintió—. Pues no perdamos más tiempo.

—¿Me puedo tomar otro, cortito?

—No —dijo el Tutor Mayor—. No puede.

# 14

La pequeña comitiva se dirigió a la Residencia del Rector, cruzando por el Jardín de los Claustrales y pasando por delante del Laberinto, y una vez dentro, el Tesorero fue introducido de un empellón en la habitación, donde Kannabis reposaba medio incorporado en la cama, apoyado contra una montaña de almohadones. El Tesorero se fue aproximando a su lecho de dolor pasito a pasito, receloso y sin bajar la guardia. Pero Kannabis no parecía nada peligroso. Y, además, no tenía muy buen aspecto. Había algo raro en su mirada.

—Hola, Karl —dijo el Tesorero en voz baja al tiempo que exhalaba una vaharada de alcohol—. No te importa que te llame Karl, ¿verdad, K. K.?

—No, qué va, profe. Llámame lo que quieras, profesor Tesorero. Me alegro mucho de verte. He tenido un viaje terrible. No imaginaba que pudiera haber viajes tan horrorosos. No había tenido ninguno como éste, y eso que en mis buenos tiempos...

—Bueno, no sé, supongo que con tanto ir de acá para allá, venga islas Galápagos y todo eso, a estas alturas ya deberías estar hecho un experto viajero.

—¿Viajero? ¿Galáp...? ¿Qué has dicho? Galáp...

—Donde las tortugas.

—¿Tortugas? ¿Qué tortugas? —La mirada de pánico estaba volviendo a los ojos de Kannabis.

El Tesorero decidió llevar la conversación por derroteros menos comprometidos.

—¿Y qué tal te sientes? ¿Te encuentras mejor? ¿Aún te notas fuera de ti?

Al otro lado de la puerta, al Tutor Mayor se le puso carne de gallina al oír aquella expresión. Después de su conversación con el Praelector en su habitación, no pensaba volver a pensar si estaba dentro o fuera de sí en lo que le quedara de vida. El Praelector y el doctor Buscott seguían la conversación sin perder palabra, con la oreja pegada a la puerta. El innato egoísmo de Kannabis estaba floreciendo, literalmente, como una planta mustia a la que acabaran de regar.

—¿Que cómo me siento? ¿Que si me encuentro mejor? ¿Que si me noto fuera de mí? —murmuró—. No sé cómo me siento. Ni siquiera sé dónde estoy. Y encima viene ese jodido ogro y se me queda mirando como si estuviera metido en un pulmón artificial y no puedo mover ni un dedo ni cerrar los ojos siquiera. No me preguntes si me noto fuera de mí. No puedo contestarte. No encuentro las palabras.

—Pero ahora estás mejor, ¿no? —dijo el Tesorero—. Estás incorporado en la cama, hablas y abres y cierras los ojos con bastante soltura, diría yo.

—Ahora sí. Ahora sí que me puedo mover un poco, y abro y cierro los ojos mayormente para ver si todavía puedo, porque, profe, las cosas que he visto aquí no las quiero volver a ver en mi vida. No señor. Ya lo creo que no. Y después de este viaje, lo juro, no voy a tocar ni un canuto. Se acabó. No sé qué me metí esta vez, pero me ha jodido bien jodido. Me parece que tendrían que venir los de la guerra química a tomarme una muestra de sangre. Si tuvieran esto en los arsenales, podrían licenciar a los marines y desguazar todos los tanques, y seguro que ganarían las guerras. Joder, era algo fuera de serie, te lo puedo asegurar! Pero sólo estoy bien a medias. Sigo teniendo la sensación de que estoy muerto, o algo así.

—¡Qué cosa más curiosa! —dijo el Tesorero—. Debe de ser de lo más desagradable.

Kannabis le miró con el rostro desencajado.

—¿Desagradable? —chilló—. ¿Desagradable? Es un infierno. Es... es... Yo qué sé lo que es. Primero viene un viejales que creo que he visto antes no sé dónde, y va y se pone a rezar como si me hubiese muerto, y yo no puedo ni moverme, ni hablar, ni nada, y lo intento, ¿eh?, pero no me hace caso, y luego viene otro con una enfermera y el sobrino de Quasimodo en una silla de ruedas que me mira como si me estuviera tomando medidas para no sé qué, y cuando se largan y me dejan dormir un rato, tengo terribles pesadillas sobre el coñac de guisar. ¿Sabes qué es el coñac de guisar, profe?

El Tesorero le respondió que tenía una ligera idea.

—¡No, qué va! —le dijo Kannabis—. Este coñac de guisar no lo conoces. Lo tengo metido aquí, en mi cabeza. Como no vengan los loqueros a ajustarme los tornillos, no sé qué voy a hacer, porque con estas pesadillas voy a perder la chaveta y me voy a volver esquizofrénico. Necesito ayuda pero ya.

—No sabes cuánto lo siento —dijo el Tesorero, intentando animarle—. ¿Así que es una pesadilla muy mala?

—¿Cuándo? —dijo Kannabis, cuya mente volvía a divagar.

—Cuando la tienes —dijo el Tesorero.

—¡Pero si la tengo siempre, profe! ¡Eso es lo peor, lo peor! Y veo a un monje, y a un viejo horrible, y cuando digo viejo y horrible lo digo en serio, y me tumban en el suelo y quieren meterme en la boca el pitorro de una pera de lavativas que tiene los agujeritos... los agujeritos...

—Bueno, bueno, dejémonos de historias y vayamos al grano —dijo el Praelector con voz cavernosa desde el rellano.

—¿Has oído eso? —dijo Kannabis en cuanto recuperó el habla.

—¿Oír qué? —dijo el Tesorero, que reaccionó a tiempo.

Kannabis se encogió debajo del edredón. Debía de estar volviéndose majareta.

El Tesorero cambió de tema rápidamente.

—Hay algo que quería preguntarte desde hace tiempo, pero hasta ahora no he tenido la ocasión —dijo—. El señor Hartang me contó que permite a sus empleados llevar la misma ropa que él porque quiere que estén cómodos. Es una idea sumamente moderna y civilizada, ¿no crees?

Kannabis revivió al oír aquello. La mera mención del nombre de Hartang parecía haberle galvanizado. Ciertamente, le había hecho olvidar de momento su salud mental, o la falta de ella.

—¿Eso te dijo Hartang? ¿El mismo E. H. que viste y calza te dijo eso?

—Pues sí, eso es lo que me dijo —asintió el Tesorero—. Una cosa me intriga: ¿por qué lleva una peluca de tan mala calidad?

—Mira, profe, te voy a decir la verdad —dijo Kannabis, a quien, evidentemente, animaba mucho hablar de algo personal—. ¿Cómodos nosotros? ¡Y una mierda! A ese viejo cabrón le importan un pito sus empleados. Casi todo el tiempo, o sea, las veinticuatro horas del día, ni se da cuenta de que existen. Les paga porque le organizan el negocio y le solucionan las papeletas, pero si se cayeran muertos delante de él, ni se enteraría, a menos que le ensuciaran la moqueta, que es lo único que le importa. Ya le pasó una vez, yo lo vi, cuando estaba echándole una bronca a un tipo que había perdido un encargo no sé dónde, en una isla creo... —Intentó concentrarse, pero esta vez el Tesorero tuvo la prudencia de no mentarle ni las islas Galápagos ni las tortugas—. Las Caimán, o las Bahamas, o algo así, cerca del Triángulo de las Bermudas. Veinte millones, nada menos, se habían ido al garete. Así que E. H. pensaba hacer que lo tiraran también al Triángulo de las Bermudas, después de darle una lección. Y mientras le estaba contando a aquel tipo la jodida suerte que le esperaba, por gilipollas, como el pobre se ve que estaba mal del corazón, o lo que fuera, primero se meó y luego se quedó tieso allí mismo, antes de que llegaran los independientes, los ejecutores, para llevárselo a hacer su último viaje. Allí estaba, tirado en la moqueta, fiambre total. ¿Y sabes lo que le preocupaba al jodido E. H.?

—No —dijo el Tesorero, horrorizado por lo que estaba escuchando—. ¿Qué le preocupaba?

Kannabis se sonrió, recordando enternecido aquellos tiempos gloriosos.

—Pues que aquel tipo se había meado en la moqueta antes de espichar, y E. H. dijo que la cambiaran, que no le hacía ninguna gracia que encima le oliera la oficina a meados; eso era lo único que le

importaba, que le habían ensuciado la moqueta de la oficina. Salió a comer, y a la vuelta ya le habían puesto la moqueta nueva. Pero, mira por dónde, que al muy cabrón no le gustó el color, de modo que se la tuvieron que cambiar de nuevo. Y la cosa no acabó aquí. Después se le ocurrió que era mejor el suelo de mármol. Así, si se le vuelve a mear algún gilipollas en la oficina, se friega, y ya está. Y tres cuartos de lo mismo con la sangre. Se lava, y no queda ni rastro. Ya ves cómo es E. H. Un encanto, ¿eh?

No era ésta, exactamente, la palabra que habría escogido el Tesorero. Miró muy nervioso hacia la puerta, pero recordó que el Tutor Mayor estaba esperándole en el rellano y, por otra parte, aquel día Kannabis parecía estar de buen humor y, lo que es más, se diría que le mostraba estima. No es que al Tesorero le complaciera ser objeto de su estimación, pero no tenía más remedio que aceptarla.

—Bueno, ¿y qué pasó con aquel hombre?

—Nada. Demasiado tarde. Hubo que cancelar el trabajito de los independientes, que venían especialmente de Chicago: en vez de eso, lo incineraron con todas las de la ley. Muerte natural, todo perfecto, ningún problema.

—No, supongo que no —admitió el Tesorero—. Pero, si no le preocupa nada la suerte de la gente que está a su servicio, ¿por qué visten todos como él? ¿O es que quieren parecerse a él? ¿Es eso?

De nuevo una extraña sonrisita iluminó la cara de Kannabis.

—Profesor Tesorero, siempre lo entiendes todo al revés —dijo, con un tono de voz ya claramente afectuoso—. ¿Quién querría parecerse al viejo E. H.? Es más feo que un jodido cerdo. Sólo se diferencia de los cerdos en que no gruñe. Y su problema son los cerdos, ésa es la verdad.

Hizo una pausa teatral para que el Tesorero pudiera digerir esta información, pero éste fue incapaz de seguir el hilo de su pensamiento.

—¿Cerdos? —dijo—. ¿Qué tienen que ver los cerdos con todo esto?

Ahora Kannabis se echó a reír sin tapujos. Empezaba a sentirse francamente mejor.

—Has vuelto a entenderlo al revés, profe. Los cerdos no tienen nada que ver. Es la carne de cerdo lo que no le gusta ni pizca. O sea, que les tiene manía a los cerdos. Hay tíos a los que les pasa eso con los puentes o con las autopistas. Una vez conocí a un tipo que les tenía una fobia tremenda a los cocodrilos, porque se comen todo lo que se les pone por delante y no dejan ni los huesos. Un buen día, le dije: «¿Por qué te preocupas tanto? Vives en Atlanta, Georgia, y no en el jodido Nilo, África.» Pues nada, el tío erre que erre. Al pobre acabaron llevándoselo a pescar tiburones, o sea, de carnaza. Atrajo a algunos

ejemplares realmente notables. Tardaron horas en comérselo. —Hizo una pausa, saboreando el recuerdo de esa extraordinaria hazaña—. Pues al viejo E. H. le pasa lo mismo, pero con los cerdos. Dice que no quiere acabar comido por los cerdos, como le ocurrió a la mujer de no sé quién, según había leído. Una vez que íbamos de viaje, me dijo que no comería comida china aunque se muriese de hambre, y le dije: «Eso está muy bien, señor Hartang. ¿Es porque comen perros de caza y cachorros y todo eso?» ¿Y sabes qué me contestó? Pues: «Karl K.», que es como me llama siempre cuando está de buenas, «Karl K., eres tonto y no lo sabes. Piensa en algo agridulce.» Así que me rasco el cacumen y lo veo claro: «¡Ah, el cerdo, la carne de cerdo!» Se puso de un color rarísimo, y suerte que no se pueden abrir las puertas de los aviones supersónicos, que, si no, me tira al mar. Para cuando aterrizamos en Miami ya había conseguido calmarlo. Aprendí la lección y no volví a pronunciar la palabra «cerdo» en su presencia. Y beicon también es tabú. Todo lo que se refiera al cerdo lo es. Una vez íbamos a cerrar un trato con un español, creo, que se llamaba Lacón, y E. H. se negó a hacerlo porque alguien le dijo que lacón quiere decir cerdo. Sí, profe, E. H. no traga a los cerdos.

A estas alturas el Tesorero se sentía bastante intranquilo, después de semejantes anécdotas, pero el temor y la curiosidad le mantenían pegado a la silla.

—Sí, ya veo —dijo, dubitativo—. Pero todavía no comprendo lo de los calcetines blancos y los jerséis de cuello vuelto y las gafas de sol azul marino que lleváis todos.

—¡Pero si está más claro que el agua! Es como los detectores de metales y las tarjetas de identificación: por seguridad. Si alguien se nos colara en el edificio con una metralleta... Bueno, con una metralleta probablemente nos liquidaría a todos, pero es imposible que un independiente entre allí con una metralleta, con todas las precauciones que tomamos. Tendría que ser un arma pequeña y de plástico, seguramente de un solo tiro, y se la tendría que ocultar en el ojete, y no hay ningún independiente que yo conozca dispuesto a hacer una cosa así. ¿Correr el peligro de volarse los intestinos con una pistolita del 38 que lleva el gatillo al aire y no es nada de fiar? ¡Ni hablar! Y aunque supongamos que entrara en el edificio, ¿cuál es el objetivo? Todo el mundo parece igual. No va a ir por ahí preguntando quién es Edgar Hartang, sin tarjeta de identificación ni nada. Mira, profe, te voy a decir una cosa. No me gustaría estar en su pellejo. Lo dejarían como un colador, antes de que se diera cuenta. Por eso el viejo zorro de E. H. hace que los de Transworld vistamos como él. Uno no llega adonde ha llegado Edgar Hartang en el negocio de las finanzas multimedia sin cubrirse las espaldas, y E. H. está cubierto de los pies a la cabeza, puedes estar seguro.

—Pero ¿por qué lleva una peluca tan barata? —preguntó el Tesorero, sin poderse contener. En su vida había oído tal cantidad de atrocidades juntas.

—¿Que por qué lleva la peluca? Desde que le conozco, le he visto siempre con ella. Y con las gafas azules. Nadie sabe cómo es en realidad, nadie le ha visto la cara nunca. El día que se quite la peluca y las gafas, nadie le reconocerá. ¡Sí señor, profesor Tesorero, no es listo ni nada el viejo zorro! No hay quien pueda tenderle una trampa, porque no se sabe dónde duerme y siempre cambia de despacho dentro del bunker.

—¿El bunker...?

—Transworld Televisión Productions Centre. Amigo, ese edificio está hecho a prueba de bomba. Haría falta un millón de toneladas de trinitotolueno para volarlo, puedes estar seguro.

El Tesorero estaba seguro de una cosa: nunca debió haber entablado tratos con Kannabis. Acudir a aquel seminario sobre el mecenazgo en las universidades había sido el error más grande de su vida. Hasta aquel momento ni siquiera había sospechado que gentuza semejante pudiera existir, o que se permitiera su existencia en el mundo civilizado. Todos los americanos que había conocido hasta entonces eran personas educadas, amables, cultas y cosmopolitas. Pero el mundo de Kannabis era horrible, demente, sádico y monstruoso. Y ahora estaba metido hasta el cuello en él. Tenía que escapar de allí antes de perder completamente el norte. Muy lentamente, y con la mayor de las precauciones, se deslizó de su silla hacia la puerta.

—¡Oye, profesor Tesorero, ya te vas? ¡No te marches, por favor! ¡Te necesito! ¡Te necesito mucho!

Pero el Tesorero no pensaba quedarse allí por mucho que Kannabis necesitase su presencia.

—Creo que deberíamos permitirle al Rector que le haga otro rato de compañía —dijo la Enfermera en cuanto el tembloroso Tesorero salió por la puerta—. Parece ejercer un efecto sedante en el paciente. Voy a llamar al doctor MacKendly a ver si le podemos poner otra inyección de algo que le calme los nervios.

—Siempre me ha asombrado la capacidad que tiene el Rector para ejercer su autoridad incluso sobre la gentuza más indeseable —dijo el Praelector al poco rato, mientras bajaba por las escaleras con el Tutor Mayor detrás del Tesorero, a quien el Capellán trataba de animar.

—Ese tipejo es peor que la gentuza, es un maldito gángster —dijo el Tutor Mayor.

—Se lo noté en la cara nada más verlo —dijo el Praelector—. Pero es un gángster útil, al menos para nuestros fines.

En el piso de arriba, el doctor Buscott estaba cambiando con mucho cuidado la cinta que contenía el valioso testimonio de Kannabis que acababan de grabar por otra nueva para el siguiente interrogatorio. Pero antes tuvo la precaución adicional de añadir al final de la grabación su propia declaración jurada, y la del Capellán, de que cuanto acababan de oír era veraz y ajustada reproducción de lo que se había dicho en aquel lugar y aquel día.

# 15

Para Purefoy Osbert todo aquel movimiento de personas en la Residencia del Rector tenía un interés meramente visual. No podía sospechar siquiera lo que estaba tramándose allí, pero desde la ventana de su habitación veía al Tutor Mayor y al Praelector y al Capellán en sus idas y venidas a través del césped y por delante del Laberinto, de acá para allá como hormiguitas afanosas. El Tutor Mayor caminaba a grandes zancadas, ahora que empezaba a sentirse mejor, el Praelector paseaba con las manos a la espalda, lento y pensativo, con la cabeza gacha, como un zanquilargo pajarraco lacustre, como un pelícano artrítico a la espera de cazar un pez; el Capellán trotaba, y al Tesorero había que ayudarle a caminar. Pero la figura más extraña que salía de la Residencia era la del propio Rector, que solía sentarse junto a la Puerta Trasera, por lo general al anochecer, aunque si no se requería su presencia al lado del enfermo también por la mañana o a primera hora de la tarde, y permanecía ojo avizor, cuando era todavía Portero Mayor, aguardando a que los jóvenes caballeros, como seguía llamando a los estudiantes, treparan clandestinamente por el muro después de la hora del cierre. En realidad, la «hora del cierre» ya no existía. Las puertas del Colegio, cuando no estaban cerradas para impedir el paso a intrusos americanos con calcetines blancos, permanecían abiertas de par en par todo el tiempo. Pero las tradiciones subsistían en Porterhouse hasta el punto de que el Portero de Noche tenía que hacer una lista con los nombres de todos los estudiantes que atravesaran el umbral del Colegio después de la medianoche, y esta lista pasaba al despacho del Decano, quien a la mañana siguiente llamaba al orden a los trasnochadores recalcitrantes y les amenazaba con multas pecuniarias o incluso con la expulsión si persistían en sus hábitos noctámbulos. Tampoco es que el Decano se opusiese personalmente a aquellas salidas. Como solía decir a los culpables, «hay siempre dos formas de hacer las cosas: bien y mal. Y, para hacer esto bien, por donde hay que trepar es por el muro de la Puerta Trasera, detrás de la Residencia del Rector». El hecho de que el muro trasero estuviera coronado con una doble fila de pinchos de hierro retorcido para evitar que los estudiantes treparan por él, constituía la clase de desafío físico e intelectual que el Decano aprobaba sin reservas.

—Además, así el Rector está entretenido, y tiene algo en lo que ocupar su mente —había dicho en una reunión del Consejo del Colegio cuando uno de los profesores más jóvenes propuso que se retirasen los pinchos, que en su opinión constituían una peligrosa y

anacrónica reliquia del pasado.

Aquella propuesta no prosperó y los pinchos de hierro siguieron donde estaban, en lo alto del muro y por encima de las altas puertas de madera. Y allá abajo, junto a ellas, Skullion seguía también en su puesto, sentadito en su silla de ruedas, o agenciándoselas a veces para ir poquito a poquito hasta quedarse apoyado contra el tronco de un viejo alcornoque, como había hecho durante tantos años, con la frase «Mañana por la mañana, a primera hora, en el despacho del Decano, señor» preparada en la punta de la lengua.

Bajo la luz de la luna llena, Purefoy Osbert podía distinguir aquella sombra deforme incluso a la una de la mañana, cuando apagaba la luz de su cuarto. Era una silueta siniestra. No podía concebir qué pasaba por la mente del antiguo Portero Mayor, el porqué de aquella perseverancia. Pero la verdad es que todo en Porterhouse le dejaba absolutamente perplejo. No era sólo que no se pareciera en nada a ninguno de los demás colegios de la Universidad de Cambridge. Era que, además, Porterhouse parecía rechazar todo cambio ocurrido en el mundo desde... bueno, desde la Primera Guerra Mundial. Ni siquiera parecían haberse enterado de los asombrosos progresos y descubrimientos en las ciencias y en la medicina que se realizaban año tras año en Pembroke o en Christ's, en Queen's o en Sidney Sussex, de hecho, en todos los demás colegios de Cambridge. Excepto en Porterhouse. En Porterhouse sólo se estudiaban las artes (y, del impresionante listado de nombres en el monumento a los caídos de las dos guerras que había en el campus, se desprendía que las artes predilectas allí habían sido siempre las marciales). Cientos y cientos de alumnos y ex alumnos de Porterhouse habían marchado obedientemente a morir en los campos de batalla del Somme y en Loos, y de nuevo durante la Segunda Guerra Mundial. Y, dondequiera que se aventuraba durante sus primeras exploraciones del Colegio, Purefoy encontraba gigantescos estudiantes con cuello de toro que le saludaban educadamente o, en el caso de los que desconocieran su posición en el Claustro, como si fuera un criado más.

—¡Oye, tú, cara de palo! —le gritó un día un joven con aire de perdonavidas—, ven a echarme una mano, que no puedo levantar la mesa de mi habitación yo solo.

Y Purefoy había obedecido, aunque luego se permitió advertirle, con la mayor de las cortesías, de que, en adelante, le agradecería que le llamase doctor Osbert y no «Cara de Palo», si no le importaba. Pero su mayor interés residía en cumplir con su cometido y completar su investigación sobre la vida y milagros de Sir Godber Evans. Como era de esperar en él, su primera visita fue a la Biblioteca del Colegio, un extraño edificio de piedra de planta octogonal que se erigía solitario, alejado de las demás dependencias colegiales, en medio de un

jardincillo vallado, detrás de la Capilla. Dentro, una escalera de caracol de hierro se elevaba hasta los pisos superiores, con los anaqueles distribuidos en forma radial a su alrededor. Arriba, una linterna con claraboya dejaba pasar un haz de luz natural.

Purefoy Osbert reconoció de inmediato la distribución espacial. El Panóptico de Bentham, según le explicó al Bibliotecario, que hubiera debido estar sentado detrás del mostrador circular a los pies de la escalera, pero que se había hecho un rinconcito más acogedor en una pequeña oficina a un lado.

—Tiene toda la razón, pero, la verdad, como nadie se preocupa de leer nada aquí, ni de tomar libros en préstamo, resulta una precaución innecesaria —le dijo el Bibliotecario—. No creo que a nadie le pase siquiera por la cabeza la idea de robar un libro. Lo único que tengo que hacer aquí es pasar el trapo del polvo de vez en cuando por los anaqueles, y encender y apagar las luces en invierno.

- *¿Y* en qué ocupa su tiempo? Porque veo que está escribiendo algo... —dijo Purefoy. Había una vetusta máquina de escribir barnizada de negro sobre el escritorio, y una pila de papeles mecanografiados se amontonaban en una bandeja de alambre.

—¡Ah, eso! Tonterías. Trato de revisar un poco la *Crónica de Porterhouse,* de Romley, que ha quedado desfasada, pues la publicaron en 1911, y, además está plagada de errores. Por ejemplo, sostiene que Porterhouse es anterior a Peterhouse, que es el Colegio más antiguo de Cambridge, como todo el mundo sabe. Pero el señor Romley dice que de eso nada. Afirma que el primero en ser fundado fue Porterhouse, y que una escuela de monjes franciscanos se estableció aquí en 1095.

—Pero la Orden de San Francisco no se fundó hasta el siglo XIII —dijo Purefoy—. Eso no puede ser. Debió de querer decir otra orden, como la de los benedictinos, que fue fundada mucho antes.

—En el año 529, para ser más exactos —dijo el Bibliotecario, con lo que se ganó el aprecio inmediato de Purefoy. Evidentemente, el Bibliotecario era hombre que daba la debida importancia a los hechos.

—Pero el tal Romley tenía que haberlo sabido, ¿no?

—Dios sabe lo que sabía ese sujeto. Por lo que he visto y oído tratando a los Claustrales Mayores, a lo mejor creía que los benedictinos eran unas personas aficionadas a los licores fuertes.

—Pues como el resto de los datos que aporta sean como ése, ya puede irse olvidando de revisar nada. Mejor sería que escribiese su propia historia de Porterhouse, con pelos y señales y sin dejarse detalle en el tintero.

—Sí, ya lo tengo más o menos pensado, la verdad. Aunque no creo que mencione ni pelos ni señales, que fue precisamente lo que me trajo aquí. Los pelos, las pecas, las verrugas y todo eso. Estudié medicina en Glasgow, soy dermatólogo. Un gran error. No tengo

agallas para estar toqueteando pústulas y, además, en lo mío tampoco era ninguna eminencia. Así que vi el anuncio de este trabajo y pensé que sería una vida agradable; siempre me ha gustado leer, y me encuentro a mis anchas en el mundo de la palabra escrita, que es más de fiar. Lo cual es otra razón para no seguir ejerciendo la medicina. El diagnóstico consiste, sobre todo, en un ejercicio de intuición, y si bien el efecto de la enfermedad es obvio, la causa raramente lo es. Nadie sabe realmente qué provoca el eczema, y no creo que sepamos mucho ni de pelos ni de señales tampoco. Algunos le echan labia y cuento y mano izquierda al asunto, y a veces incluso la gente se cura, y ellos ganan la fama. En fin, supongo que yo no tenía agallas para convertirme en un curandero moderno.

Siguieron charlando y Purefoy le contó lo de la investigación que se suponía que debía realizar para escribir la biografía del difunto Rector, Sir Godber Evans.

—Por cierto, he venido precisamente a preguntarle si sabe, por casualidad, dónde están guardados sus papeles personales.

—Pues supongo que lo que haya debe de estar en los archivos —dijo el Bibliotecario con una risita sardónica—. Aunque conociendo al Decano y al Tutor Mayor, y en vista de la opinión que tenían de él, no me sorprendería nada que los hubiesen quemado.

Purefoy se quedó patidifuso.

—¿Qué? —exclamó—. ¡Pero eso no se puede hacer! ¡Es un sacrilegio destruir documentos! ¿En qué se basa la historia, si no?

En los hechos... No se puede destruir el conocimiento así como así.

—En Porterhouse sí. Trate de leerse la *Crónica* de Romley, y ya verá lo que el tal Romley pensaba de los datos históricos. No creo que hubiese podido reconocer un dato ni aunque se lo hubiesen servido en bandeja de plata y con patatas fritas alrededor. Y con un vaso de clarete de un buen año para acompañar. En fin, podemos bajar a la Cripta y echar un vistazo, si quiere.

—¿La Cripta? ¿Bajo la Capilla?

—No, no. Aquí abajo, en el sótano. En realidad, se trata de una bodega gigantesca, pero la llaman la Cripta de la Biblioteca. No me pregunte por qué. Aquí, en Porterhouse, todo se llama de una manera peculiar. ¿Ha visto ya el Dormitorio?

Purefoy dijo que ni lo había visto ni sabía siquiera que existiera.

—Antiguamente formaba parte de la residencia de los estudiantes, era una especie de dormitorio común. Ahora cada uno tiene su habitación, pero el edificio se llama todavía el Dormitorio.

Abrió una puerta en el muro y bajaron por una empinada escalera de piedra. El Bibliotecario intentó encender la luz, pero el interruptor no funcionó.

—Es por la humedad —explicó—. El agua prácticamente cae a chorro por las goteras del techo, y no se han cambiado los cables desde Dios sabe cuándo. Por eso llevo siempre zapatos con suela de goma y tengo estos guantes de electricista a mano aquí abajo. Es más prudente. Y si tiene intención de volver por aquí, le recomiendo que los use también, a menos que quiera acabar electrocutado.

Probó el interruptor unas cuantas veces más, y, por fin, se encendió la luz. Una luz muy débil.

—El Tesorero insiste en que usemos sólo bombillas de quince vatios, para ahorrar, pero si necesita más luz, tengo arriba, en mi oficina, algunas de cincuenta, aunque, francamente, no sé qué puede pasar con la instalación eléctrica si las ponemos. Probablemente, saltará todo por los aires y se incendiará la Biblioteca.

Pero Purefoy estaba mirando consternado la enorme pila de viejos archivadores de cartón que abarrotaban la bodega.

—¿Esto son los archivos? ¿Esto son realmente los archivos del Colegio? ¡Qué locura! ¡Qué crimen! ¡Mire, todo está cubierto de moho! —Señaló una caja cubierta de excrecencias blancuzcas.

—Ya lo sé. He intentado hacer algo al respecto, pero cada vez que llueve aquí se acumula un palmo de agua, probablemente porque las cañerías de desagüe están obstruidas, pero no quieren gastarse dinero en desatascarlas. He intentado solventar el problema poniendo ladrillos debajo de las cajas, pero no sirve de mucho.

Fueron mirando entre los archivadores, y Purefoy metió la mano en varios de ellos; invariablemente, los papeles estaban húmedos. Sacudió la cabeza con incredulidad. Si el Bibliotecario estaba en lo cierto y el Decano y el Tutor Mayor habían quemado los papeles de Sir Godber Evans, se habían tomado una molestia innecesaria. Sólo tenían que dejarlos allí. La humedad habría acabado con ellos. Purefoy acababa de encontrar una tarea en que ocuparse. Sacaría el contenido de los archivadores, lo subiría a la Biblioteca y secaría y clasificaría los documentos uno por uno. No iba a dejar que aquella preciosa fuente de datos se convirtiera en una papilla fungiforme. Y les iba a decir un par de cosas al Tesorero y al Decano en cuanto tuviera oportunidad. Además, procuraría que parte de la donación de Lady Mary se invirtiese en crear un archivo decente, o al menos seco, para los papeles de Porterhouse.

# 16

De hecho, el Decano estaba ya de regreso a Cambridge. Sus visitas a Broadbeam y los otros antiguos alumnos habían resultado estériles. Ninguno pudo sugerirle el nombre de una persona realmente rica susceptible de asumir el honor de ser Rector de Porterhouse.

—Es por la maldita recesión económica, ¿sabe? —le dijo Broadbeam—. Los precios del suelo han bajado en picado, y encima hemos tenido el fiasco de la Lloyds y el Miércoles Negro.

Sinceramente, no se me ocurre nadie con la fortuna suficiente. Y supongo que no desea tener a otro ex ministro como Rector. No, ya veo que no. —El Decano se había puesto de un color de lo más subido —. Quizá podría encontrar a algún profesor americano al que le encantara tener el título de Rector de Porterhouse, pero habría de escogerlo con mucho cuidado. Algunos de nuestros amigos del otro lado del charco se toman este asunto de la educación universitaria muy en serio, y no querrá que le quite su carácter al Colegio un Rector que se pase de listillo.

Le ocurrió lo mismo en todos los lugares que visitó. Particularmente traumático fue para él encontrarse a Jeremy Pimpole, que había heredado millones de su madre sudafricana, viviendo en la casita del guardabosques de lo que había sido la hacienda de su familia desde el siglo XVIII. La mansión y las tierras se habían malvendido, y lo único que parecía interesarle a Pimpole ahora era su perro, un animal de mirada estrábica y aviesa, cruce de bull terrier y pastor alemán, y la taberna local, dos intereses que repugnaban profundamente al Decano. Y la adicción de Pimpole por todo lo canino no se restringía a aquel viejo perro. En la taberna, insistió en pedir dos jarras de «nariz de perro», que, para espanto del Decano, consistían en dos partes de ginebra y tres de cerveza de barril. Cuando intentó protestar, afirmando categóricamente que no pensaba probar aquella porquería, no ya una jarra, sino ni siquiera un sorbo, Pimpole se puso muy desagradable e hizo hincapié con acritud en que le había costado años enteros enseñarle al tabernero a combinar los ingredientes en las proporciones correctas.

—Ha sido condenadamente difícil hacerle entender a ese zote que una jarra equivale a una pinta, la cual tiene veinte onzas, y eso significa que para hacer una «nariz de perro» como Dios manda hay que mezclar siete onzas de ginebra con trece de la mejor cerveza. Más bruto que un arado, ya sabes cómo son estos paletos.

El Decano no tenía ni idea. Le habían dejado confuso los cálculos de Pimpole.

—Pero si son dos partes de ginebra, y, sinceramente, espero que estés bromeando, ¿cómo se entiende que las tres partes de cerveza sean trece onzas? Y siete onzas de ginebra… ¡Dios santo!

—¿Me estás llamando mentiroso a la cara? —preguntó Pimpole agriamente.

—No, por supuesto que no —se apresuró a responder el Decano. Ahora comprendía por qué la nariz de Pimpole tenía aquel aspecto, y por qué había acabado viviendo en la casita del guardabosques.

—¿Ves esas tres jarras esmaltadas que está usando para mezclar, las grandes y las dos pequeñas? —prosiguió Pimpole señalando con un dedo roñoso hacia la barra, donde el tabernero estaba, aparentemente, llenando las jarras más grandes con la mayor parte del contenido de una botella de ginebra—. Bueno, pues la mitad de la jarra grande son siete y las dos pequeñas juntas hacen trece. ¿Me sigues?

El Decano estaba rogando mentalmente no tener que seguir a aquel hombre a ninguna parte, pero no estaba en condiciones de discutir. Aquel perrazo asqueroso le miraba desde un rincón con sus ojos estrábicos y aviesos.

—Sí, supongo que tienes razón —dijo, y contempló pasmado cómo el tabernero llenaba de cerveza las jarras pequeñas y luego, después de verter casi media botella de ginebra en las dos jarras, añadía las dos jarrillas de cerveza. El Decano decidió que por nada del mundo se iba a meter entre pecho y espalda una jarra de aquel mejunje, ni por Pimpole, ni por nadie. Más que «nariz de perro», parecía cosa del Diablo.

—Venga, de un trago, Decano, que no se diga. Me alegro de que hayas venido a verme.

—Sí —dijo el Decano con una sonrisita tensa. Él no se alegraba nada de haber ido hasta allí a ver a aquel borracho repugnante. Había sido un craso error. Bebió con aprensión un sorbo de aquella pócima, y se le revolvieron las tripas. Fueran cuales fueren las proporciones de cerveza y de ginebra, ciertamente no eran ni siquiera aproximadamente de tres contra dos. Eran más bien dos partes de cerveza y cinco de ginebra. Y a él nunca le había gustado la ginebra. Bebida de mujeres, solía decir, y por algo la habían llamado siempre la «ruina de las madres». El Decano tomó otro sorbito y revisó su opinión. Aquello no sólo arruinaba a las madres, sino a cualquier jarra de cerveza, por buena que ésta fuera. Claro que no podía decirse que se tratara de una jarra de cerveza. Por el sabor, era más bien un tercio de jarra de cerveza y el resto ginebra. Aquello era lo que había arruinado a Pimpole. Había sido un chico encantador, un poquitín distraído, es verdad, pero con un aire de inocencia tal, que incluso compensaba su actitud de aristocrática altanería hacia quienes le rodeaban. No quedaba nada de aquel encanto en el Pimpole de hoy.

Ni siquiera el embrutecido tabernero parecía contento de su compañía, aunque, si se bebía cada día su ginebra en aquellas cantidades tan desaforadas, y, por el aspecto de su bulbosa nariz, tenía que haberlo estado haciendo regularmente durante décadas, debía de haber financiado con su hábito varias estancias del tabernero en Benidorm, o dondequiera que las personas como él fueran de vacaciones. Sólo conservaba la actitud de superioridad, convertida ahora en una arrogancia intemperante. Bebió otro sorbo, y se dio cuenta de que Pimpole le miraba con cara de pocos amigos.

—Venga, Decano, levanta el codo, como un hombre —dijo—. ¿Dónde está el viejo espíritu de Porterhouse? Las rondas con el oporto añejo y todo eso. No hay que hacer esperar a los amigos. Eso no se hace.

—¿Qué amigos? —preguntó el Decano, que se acababa de tragar otro sorbo de aquel horripilante mejunje y, encima, con el estómago vacío.

—Pues yo —dijo Pimpole—. El viejo Jeremy Pimpole.

—Ah, sí, claro, por supuesto —dijo el Decano, y comprobó con horror que la jarra de Pimpole estaba vacía. Por nada del mundo iba a trasegar aquel brebaje como si fuese agua.

Optó por cambiar de táctica, usando un subterfugio.

—Mira, Jeremy, mi querido muchacho... —empezó.

—No me llames «querido muchacho» —replicó Pimpole rencorosamente—, que acabo de cumplir los cincuenta y dos, ¿sabes?, y ya no tengo aquel pelito rubio y aquella carita de ángel que tanto te gustaba mirar.

—Cierto, muy cierto —dijo el Decano, refiriéndose a lo del pelito, y no a la última parte de la frase, tan acusatoria—. Digo, no —añadió tratando de explicarse.

—Primero le haces ascos a una «nariz de perro» bien buena y bebes tres sorbitos, como un mariquita que tomara el té, y ahora me vienes con...

—No, por supuesto que yo no... —dijo el Decano, furioso, pues en toda su vida nadie le había llamado mariquita a la cara—. Me refería meramente al hecho más que obvio de que en la actualidad estás más calvo que una bola de billar. Y, por cierto, si yo fuera tú, me haría mirar enseguida esa lesión en la piel, no sea caso que se convierta en un mal feo. Ah, y también me refería al hecho de que lo que has definido como tu carita de ángel parece hoy más bien el mapamundi de cuando aún teníamos Imperio, todo rojo, pero con repugnantes manchitas verdes y amarillas donde los franceses y los alemanes tenían sus colonias. Así que entérate bien y grábatelo en la cabezota.

Por un instante, el Decano pensó que Pimpole iba a pegarle un puñetazo. Pero, por el contrario, echó atrás su cabezota y se rió a

carcajadas.

—¡Sí señor, uno a cero, Decano, viejo cabrón! —bramó—. ¡Así me gusta! —Se volvió hacia un rincón del local y les gritó a un grupo de palurdos apiñados en la barra—: ¿Habéis oído, muchachos? El cabrón del Decano dice que tengo la cara como el jodido mapamundi de cuando todavía teníamos Imperio y... —Se volvió hacia el Decano—. ¿Qué has dicho que eran las manchitas verdes y amarillas?

—No importa, déjalo —dijo el Decano, que no tenía la menor intención de seguir discutiendo sobre la apergaminada epidermis de Pimpole en un bar infecto lleno de patanes y pelanduscas. Y tampoco tenía ganas de terminarse aquella letal «nariz de perro».

—Sí que importa —dijo Pimpole, cuyo voluble humor mudaba en cuestión de segundos. Acercó su carota colorada hasta casi tocar con su nariz la del Decano—. Vaya si importa. ¿Y qué me dices de mi hocico, eh? ¿Qué es lo que parece mi hocico?

—Pues un hocico, como muy bien dices —dijo el Decano—. Sí, muy bien definido. Un hocico, sí señor, un hocico, ni más, ni menos.

Pimpole echó de nuevo la cabeza hacia atrás y se rió estruendosamente.

—Así me gusta, Decano. Así se habla a la tropa. El estilo de Porterhouse. Directo entre los ojos, sin más contemplaciones. Y ahora, acábate de una vez esa «nariz de perro» y pidamos otra ronda, que estoy sediento.

El Decano volvió a mirar su jarra y comprobó, horrorizado, que, sin darse cuenta, había consumido más de la mitad de su contenido. No iba a probar ni una gota más, ni aunque Pimpole intentase metérselo por el gaznate con un embudo. Antes morir luchando que con el píloro perforado por culpa de una «nariz de perro». Decidió contraatacar.

—Quizás estés sediento, Pimpole —dijo—, pero yo tengo una úlcera de estómago. —No era cierto, pero fue lo único que se le ocurrió en aquel momento—. No pienso beber ni un trago más de ese brebaje inmundo con el estómago vacío, y sanseacabó.

Pero no se había acabado, ni mucho menos. Pimpole tenía solución para todo. Una solución peor aún que el problema de las narices.

—¡Tabernero! —gritó. Y como el hombre siguió charlando y sirviendo bebida a otros clientes, sin hacerle caso, Pimpole cambió de táctica—: ¡Oye, Fred, mariconazo, que el Decano tiene una úlcera! Vete para dentro y dile a tu mujer, ya sabes, esa que es bizca y tetuda, que haga algo útil por una vez en su vida y nos prepare unos bocadillos de ese queso verde tan rico que tiene. Y que se dé prisa.

Por un momento, un terrible momento, el Decano temió verse envuelto en una pendencia, o como se llamen las peleas de taberna de

pueblo. El rebrillo belicoso en la mirada del dueño del local sugería que había entendido perfectamente a qué mujer se refería Pimpole, y que no le parecía correcta la descripción que había hecho el aristócrata de los encantos personales de su consorte. Pero el brillo asesino se extinguió hasta convertirse en mero odio, y el tabernero se metió en la trastienda murmurando algo sobre lo desgraciado que era aquel tío y que algún día se iba a enterar de lo que era bueno.

Un par de minutos más tarde volvió a salir.

—Dice que no queda queso de ese verde que le gusta tanto. ¿Le vale un poco de carne de cordero fría?

—Sí, sí, claro, no faltaba más, muchas gracias —dijo el Decano, muy educado, pero Pimpole no había acabado.

—¿De dónde lo ha sacado? —preguntó.

—¡Y yo qué sé! —dijo el tabernero—. Y, además, ¿qué importa eso? Digo yo.

—Ya. Eso dices tú. Pues a mí me importa —dijo Pimpole—. Si se lo ha comprado al viejo Sam, no creo que el Decano quiera comérselo. Yo seguro que no.

—¿No está bastante fresco para su gusto, señor Pimpole? —dijo el tabernero irónicamente.

Pimpole echó el pecho hacia adelante, blandiendo su jarra vacía.

—Demasiado follado para mi gusto, Fred, demasiado follado. Desde que murió su mujer, hace dos años, Sam se cepilla a los corderitos cuando no puede pasarse por la piedra a la mujer de algún vecino, ¿no lo sabías? Le gustan los cadáveres.

—Joder! —exclamó el Decano, y hasta el tabernero retrocedió un paso.

Pero Pimpole no había acabado.

—Hombre, si uno es de buen comer y no le hace ascos a nada, supongo que no importa demasiado. Además, el género de Sam es más barato. Y no se puede decir que no lo hayan tratado con cariño. Pregúntale a tu Betty la Bizca, a ver si está de acuerdo.

El tabernero se retiró rezongando mientras el Decano intentaba encontrar palabras para expresar que tampoco es que le apeteciera mucho comerse un bocadillo de cordero. Había perdido no sólo el apetito, sino el habla. Y, además, seguro que aquella mujer, como venganza, escupiría en los bocadillos, o algo peor. Desde la cocina se oían voces y palabras fuertes, especialmente del marido.

—Ahí le duele, Decano —dijo Pimpole con un guiño rijoso—. Y no te preocupes por tu cordero. El viejo Sam se ha cepillado más veces a Betty que a los corderos de su rebaño, y, además, le gustan vivos y calentitos, con sus abriguitos de lana y todo. Sólo lo he dicho para fastidiar a Fred.

—Y, por lo que parece, lo has conseguido plenamente —dijo el

Decano—. De todas maneras, con mi úlcera...

—Ya, ya, la condenada úlcera. Vamos a tener que hacer algo al respecto, ¿no? Veamos... Mamá siempre decía que la menta...

Pimpole alargó el brazo para coger una botella de menta de la barra y un gran vaso.

—¡Por el amor de Dios, estáte quieto! —gritó el Decano cuando vio que Pimpole empezaba a llenarle el vaso—. ¡No pensarás en serio que, después de media jarra de ginebra...!

Pimpole le ignoró por completo. Había colmado el vaso y unas gotas de menta salpicaron la barra.

—¡Mira lo que me has hecho hacer! —dijo, acusador.

—¡Yo no te he hecho hacer nada! —protestó el Decano—. Y que me ahorquen si pruebo una sola gota de esa porquería. Y no me...

—Venga, venga, Decano, ricura, tómate la medicina de mamaíta como un hombrecito y ya no te dolerá la tripita.

—¡Vamos hombre, ni pensarlo! ¡Quítame eso de delante! ¡Qué asco! ¡Y te diré más: qué asco de sitio, también! Aquí te quedas, si quieres, porque, lo que es yo, me vuelvo ahora mismo a casa.

—Hogar, jodido hogar —dijo Pimpole, y se bebió de un trago el vaso de menta. El Decano se precipitó fuera de la taberna, sin importarle ya lo que aquel perrazo pudiera hacerle, y al pasar le pisó la cola sin querer. Ya en la acera, cuando iba a meterse en su coche, vio un coche de la policía con dos agentes dentro que le observaban. El Decano se alejó del coche como quien no quiere la cosa calle abajo, con la esperanza de poder encontrar un hotel o, al menos, una posada donde pasar la noche. No había ninguna.

—Aquí sólo tenemos una taberna —le dijo un hombre al que paró para preguntar—. La Pierna de Cordero. Pero no se la recomiendo. Antes se llamaba Las Armas de Pimpole, pero le cambiaron el nombre a causa de los gustos de Su Señoría. Los corderos, ¿sabe? En esas familias antiguas acaban todos un poco mal de la chaveta.

—Ya me había fijado, ya —dijo el Decano, y, añadiendo mentalmente el cordero a la lista de las adicciones de Pimpole, se encaminó desconsolado en dirección a la casita del guardabosques. No fue un trayecto agradable. La casita distaba casi cuatro kilómetros del pueblo, y el camino estaba embarrado y oscuro. Sólo la luna alumbraba sus pasos, y a ratos, porque la mayor parte del tiempo estaba oculta por las nubes. En los sembrados, a ambos lados del camino, las criaturas noctivagas se afanaban reptando y escarbando y revoloteando. En alguna parte ululó un cárabo. En otras circunstancias, al Decano todo aquello no le hubiera importado demasiado, pero la mezcla de ginebra y cerveza, y el ambiente enrarecido de la taberna, con tanta violencia latente, por no mencionar los súbitos cambios de humor de Pimpole, le habían

alterado los nervios, de manera que hasta el más mínimo sonido extraño le hacía pegar un salto, y las sombras de la noche le llenaban de un pavor irracional. Maldiciéndose por no haber intentado encontrar un taxi, aunque seguro de que en aquel villorrio dejado de la mano de Dios no habría ninguno, y maldiciéndose aún más por haber ido hasta allí a ver a Pimpole, el Decano siguió caminando a trompicones, deteniéndose alarmado a cada paso aguzando el oído. Habría jurado que oía frases inconexas del himno del equipo de remo de Porterhouse, que el aire de la noche traía del pueblo. A la tercera vez que se paró a escuchar, ya no le cupo la menor duda. La letra de la canción le llegaba claramente.

*Zas, zas, zas, zas,*
*rema, rema muchachote.*
*Zas, zas, zas, zas,*
*todos a una en el bote.*

Bebe como un cachalote

*y tócale a ésa el escote.*

También en otras circunstancias, el Decano habría disfrutado con el sonido familiar de aquella canción que había oído tantas veces, e incluso entonado alegremente, en su juventud. Pero ahora, en la oscuridad —había empezado a llover—, y como sabía que el individuo que la cantaba había añadido un vaso lleno a rebosar de menta a su «nariz de perro», y que se habría tomado probablemente otro «para el camino», y que a aquel tipejo irascible le acompañaba un perrazo con una boca como un túnel del metro (y al que, por cierto, el Decano había pisado la cola apenas hacía media hora), aquella melodía había perdido su encanto para él. Por completo. Lo único que le causaba al Decano era inquietud por su propio futuro inmediato. Por un instante, un largo instante de reflexión, incluso llegó a considerar la idea de dormir al raso, debajo de un seto o en un montón de heno. Pero los montones de heno ya no eran como los de antes, y no había manera de pegar ojo en ellos. Y, de todas formas, llovía, y el Decano no tenía la menor intención de perecer de una neumonía debajo de un seto. Quizá, si pudiera esconderse hasta que pasaran delante aquel borracho y su perro, aquella mala bestia se dormía, y él podría entonces subir a su habitación...

El Decano encontró una valla, y ya iba a saltarla —la maldita portezuela estaba cerrada—, cuando descubrió que además estaba coronada por una alambrada de espino. Murmurando un juramento sordo, se volvió y siguió andando a toda prisa hasta que, al llegar a un

oscuro bosquecillo a mano derecha, y después de echarse al buen tuntún por una cuneta, aterrizó dolorosamente dentro de un seto; como último recurso, intentó ocultarse rápidamente tras el tronco de un nudoso alcornoque. El sonido de la voz aguardentosa de Pimpole ya se oía bastante cerca. Estaba cantando una repulsiva balada rústica, una adaptación de «El Viejo MacDonald tenía una granja» tan obscena que el Decano empezó a preguntarse qué tipo de relación tenía Pimpole con aquel perro, y llegó a la conclusión de que ningún animal, de la especie que fuera, podía estar seguro en su presencia. Por desgracia, el perro estrábico sentía más o menos la misma antipatía por el Decano y, mientras Pimpole, que trastabillaba inseguro por el camino, podía haber fácilmente confundido al Decano en su traje negro con parte del tronco del alcornoque, el olfato de aquel chucho era más perspicaz. El chucho se paró en seco, husmeando en la oscuridad y gruñendo amenazadoramente. Pimpole también se detuvo, y trató de atisbar entre las sombras qué era lo que le indicaba su mascota.

—¿Quién coño anda ahí? —balbució—. Mejor será que echemos un vistazo.

Avanzó a tientas, pero el Decano decidió que lo único que podía hacerse en semejante situación era salir del seto lo más dignamente posible.

—Soy yo, Jeremy, muchachote —gritó, y salió de entre las sombras del alcornoque para caer inmediatamente de *cabeza,* en la cuneta. Era, según comprobó al punto, una zanja donde crecían matas de ortigas silvestres en exuberante abundancia. En su agonía, el Decano se puso a cuatro patas y miró desde allí a la oscilante figura de Pimpole, que se recortaba contra las nubes.

—¿Pero qué coño haces metido ahí? —preguntó Pimpole—. Y, además, ¿quién te ha dado permiso para llamarme «muchachote»? Lord Pimpole, y que no se te olvide. ¿Y quién demonios eres tú?

—Yo... yo soy el Decano, ya sabes, el Decano de Porterhouse, mi querido muchacho...

—Lord Pimpole, he dicho —bramó Pimpole. Y añadió, llamando al perro— Venga, Costras, ve por él.

Pero el Decano ya estaba más que harto. Harto de las punzantes ortigas, de la zanja, de Pimpole, de toda aquella maldita situación, y no tenía la menor intención de que aquel animal avieso y traicionero fuera por él. Se puso trabajosamente de pie y al hacer un esfuerzo para salir de la zanja se habría caído de bruces de no haberlo sostenido Pimpole entre sus brazos.

—¡Quieto! —gritó—. ¿Adonde vas, como gato escaldado? ¡Anda la osa, si es el Decano! Pero, hombre, ¿qué hacías metido en la zanja? ¿Echando una meada, tal vez?

Y lanzando vaharadas de licor de menta, ginebra y cerveza a la cara del Decano, le pasó un brazo por los hombros y se alejaron los dos de esta guisa, dando traspiés, hacia la casita del guardabosques. Tras ellos, muy mohíno por haber perdido la oportunidad de vengarse del pisotón, el perro los seguía cabizbajo. Pero al menos Pimpole había recuperado parte de su buen humor inicial, probablemente debido a una segunda o incluso tercera jarra de «nariz de perro». Tenía una melopea descomunal, que le hacía ponerse sentimental.

—No sé adonde vamos a ir a parar. El campo ya no es lo que era. ¡Ay, Decano, amigo mío, qué va a ser de nosotros! —dijo, prácticamente al borde de las lágrimas—. ¡Qué vida de perros! Bueno, a mí los perros no me molestan. Al contrario. Son mejores que muchas personas, y más cariñosos. Y las perras también, claro. Una vez conocí a un tipo en España que los criaba. Ése sí que sabía de perros. En cambio, yo no le caía bien. No sé por qué. Soy un buen perro, ¿verdad, Decano?

—Ya lo creo que sí. Leal y cumplidor, ya lo creo —dijo el Decano.

—Lo que pasa es que ya no tengo un céntimo. Vete a saber por qué. Un día el dinero dejó de llegar, sin más. Bueno, era el dinero de mamá, claro. El cobre y eso, de las minas de Rhodesia o algo así. Y un buen día, pum, se acabó. No le podía pagar ni al mayordomo. El muy cabrón empezó a empinar el codo más de la cuenta. Y yo pensé, bueno, pues no es tan mala idea, así que empezamos a hacer «narices de perro», y nos lo pasábamos la mar de bien, ya lo creo. Pero se acabó. Hasta los caballos de polo de llevaron. ¡Con lo que me gustaba el polo! Vinieron unos tipos, del juzgado, creo; no los había visto en mi vida. Les ofrecí una «nariz de perro», y ya no recuerdo nada de lo que ocurrió después. Así que ahora vivo aquí con el bueno de Costras. Un amigo, un verdadero amigo. ¿No es así, Costras? La mujer del viejo Barney Furbelow viene tres veces por semana a repasar la casa, y yo le doy un repaso, si se deja. Barney era nuestro segundo jardinero. Y su padre antes que él. ¡Ésos sí que eran buenos tiempos, Decano, qué tiempos aquellos!

A trancas y barrancas, se las arreglaron para encontrar la casita del guardabosques, y Pimpole intentó mostrarle al Decano el camino de su habitación, pero fracasó miserablemente. El Decano le ayudó a levantarse del suelo.

—Bueno, yo dormiré aquí, en el sofá del salón —balbució Pimpole—. El retrete está fuera, detrás; cuando lo necesites, ya sabes.

El Decano encontró por sus propios medios la habitación, se desnudó y se metió en la cama. Era un camastrón de hierro oxidado de un estilo que el Decano creía que ya sólo se encontraba en los museos de antropología, y el colchón era muy fino y estaba lleno de bultos. Todavía le picaban las manos y la cara a causa de las ortigas, y

las sábanas despedían un tufillo peculiar, a macho cabrío rancio, creyó reconocer. A pesar de todo, respiró aliviado de poder estar por fin a solas y bajo techado. Había sido un día espantoso.

Pero la noche fue aún peor. Al cabo de una hora de dar vueltas en aquel camaranchón, incapaz de conciliar el sueño porque los muelles del somier se le clavaban en la espalda, le entraron ganas de orinar. El retrete estaba fuera, en medio del jardín trasero, y cuando pasó por delante del salón, el perrazo estrábico, que dormía con Pimpole en el sofá, asomó su mugrienta cabezota por la rendija de la puerta gruñendo sordamente. El Decano se quedó clavado donde estaba. El chucho sacó la cabeza otro poquito por la puerta y gruñó más fuerte. El Decano, acobardado, se volvió a su habitación apretando las piernas, con la esperanza de que una estancia tan vetusta estuviera también equipada con un orinal. No lo había, y, desesperado, meó por la ventana sobre lo que, a decir del ruidito, era la tapa metálica del cubo de la basura. Luego se volvió a meter en la cama y durmió una hora. Se despertó angustiado, en medio de una pesadilla en la que veía su muerte y la irremediable extinción de aquella Inglaterra a la que tanto amaba y que tan bajo había caído, y deseó estar de vuelta en Porterhouse, donde se sentiría a salvo y no tendría que volver a padecer el tormento de beber a la fuerza una «nariz de perro» en una taberna apestosa con el repugnante Pimpole.

Nunca supo cuántas horas durmió, pero a las seis de la mañana no pudo soportar más aquella cama. Se levantó y fue en busca de un lavabo, o lo que fuera, donde poder lavarse y afeitarse. No había. Y si lo había, debía de estar abajo, donde estaba también el condenado chucho... Se vistió, dando gracias a Dios porque sólo había llevado a aquella casa una bolsa pequeña —el resto de su equipaje lo había dejado en el Rover—, y, con un coraje temerario, bajó muy decidido escaleras abajo, haciendo oídos sordos a los gruñidos de Costras, y salió de la casita del guardabosques.

De regreso a Cambridge, el Decano tuvo tiempo de experimentar más horrores de la Inglaterra contemporánea. Esta vez decidió evitar las bucólicas carreteras comarcales, de las que tanto había disfrutado durante la ida, y acabó atascado tres horas en una autopista, a causa de un escape en una factoría de productos químicos en las afueras de Lancaster. Como consecuencia, el motor del Rover se recalentó, y el mecánico del Automóvil Club que acudió a echarle una mano se quedó asombrado de que aquel trasto pudiera circular, y quiso saber cómo se las había agenciado para pasar la inspección técnica de vehículos. Después, el área de servicio donde se detuvo un momento a tomar algo sólido estaba abarrotada por ocho autobuses de gamberros, hinchas del Liverpool, con varias furgonetas de la policía alrededor,

por si las moscas. Las salchichas con patatas fritas que comió no se le asentaron nada bien en el estómago vacío (probablemente habían caducado hacia muchísimo tiempo, se dijo después). Y, para completar su humillación, un jovenzuelo patilludo con el que tropezó en unos aseos públicos cerca de Birmingham le llamó «maricón de mierda». Para redondear el día, se equivocó de salida en la M1 y había tenido que estar dando vueltas una hora hasta que finalmente encontró el camino de Cambridge.

Así que cuando llegó a Porterhouse, el Decano ya no estaba de mal humor. Se encontraba tan agotado y desilusionado, que no le quedaba humor, ni bueno ni malo. Llevaba veinticuatro horas sin bañarse y sin afeitarse, y lo único que sentía era alivio por estar de vuelta en un mundo que comprendía y sobre el que podía ejercer cierto control. Y por poder dormir sobre una superficie que no recordara una cama de faquir, como el camastrón de Pimpole.

Le dio las llaves del viejo Rover a Walter para que se lo aparcara, se escurrió a sus habitaciones y se echó en la cama. Sentía otra vez aquel pellizco en el estómago, pero ahora su significado era más claro que el agua. Pidió que le subieran la cena a su cuarto, en vez de bajar al Refectorio con los otros Claustrales. Aquel día no estaba para nadie.

# 17

Algo parecido podía decirse del Tesorero y de Kannabis, aunque en el caso de este último, no era la compañía del Tesorero la que quería evitar, sino la de Skullion. El Tesorero, por otra parte, había salido de su pequeña charla, como insistía el Praelector en denominar aquel tercer grado, en tal estado de shock y pánico que, al igual que al americano, el doctor Mac-Kendly tuvo que administrarle algo que lo pusiera a tono antes de que pudieran inducirle a meterse en aquella habitación por segunda vez.

—Esto le animará un poquitín —dijo el médico antes de ponerle la inyección—. Lo probaron en varios objetores de conciencia en América antes de la guerra con Irak y se volvieron verdaderos gallos de pelea.

El Tesorero objetó que no tenía maldita la gana de convertirse en gallo de pelea o en cualquier otra criatura, mientras el Praelector se preguntaba en voz alta cómo era posible que existieran objetores de conciencia en el ejército de los Estados Unidos si todos los soldados son voluntarios y profesionales.

—Y me gustaría saber los nombres de los pilotos que destruyeron dos vehículos blindados con la bandera británica bien visible —dijo—. Nuestros queridos aliados del otro lado del Atlántico no aceptaron que declararan durante la investigación e incluso se negaron a revelar su identidad. ¡Vaya aliados!

Pero el Tesorero seguía objetando. No quería tener nada que ver con americanos, especialmente con los que eran como Kannabis, que venía de Bibliopolis, Alabama, y le había contado con tan evidente delectación repulsivas historias acerca de amigos suyos que habían acabado sus días pasto de los tiburones. Y, en particular, no quería oír ni una palabra más acerca de Edgar Hartang. Como había dicho, usando un lenguaje parecido al de Kannabis en su última entrevista (aquel fármaco tenía curiosos efectos secundarios):

—Joder, el tal Hartang es el beso de la muerte. Como se entere de que he estado haciendo preguntas sobre él, los independientes me van a dejar que no me reconocería ni mi madre. Eso, si me encuentran en el jodido Triángulo de las Bermudas.

—Pues mire, sería un punto en favor del tal Hartang, la verdad —dijo el Tutor Mayor, pero el Praelector no estaba para bromas.

—¿Está seguro de haberle administrado la dosis correcta? —le preguntó al doctor MacKendly—. Quiero decir que lo que menos nos conviene ahora es que vaya a aterrorizar a ese pobre hombre hablándole así. La identificación sería increíblemente difícil si los dos

hablaran igual, cuando haya que transcribir las cintas.

—Probablemente, se trata de un efecto secundario transitorio —le aseguró el médico—. Supongo que cada cual reacciona de diferente manera, por supuesto, pero yo diría que ahora ya se está moderando un poco, y enseguida estará dócil como un corderito. Esto me lo pasó un colega del hospital de la base aérea americana en Mildenhall, cuando lo del ataque en Libia. Se lo dieron a los pilotos caguetas que temían que las mujeres árabes les arrancaran la piel a tiras. No puedo decir que les culpe por ello. Las mujeres árabes son proclives a dar esa bienvenida a los soldados enemigos heridos, ya sabe. Y esos pilotos salieron de la base tan contentos, más felices que unas Pascuas.

—Quizá ese espíritu navideño explique por qué sólo consiguieron asesinar a los críos de Gaddafi, y él escapó ileso, —comentó el Praelector, sardónico.

—¿Para qué necesitaba ese medicamento, doctor? —preguntó el Tutor Mayor.

El médico se sonrió.

—El año pasado, un par de alumnos que escalaron la Torre del Senado perdieron el valor, y pensamos que así podríamos devolvérselo. Pero no hubo necesidad de usarlo. Uno de ellos se mató escalando el Ben Nevis, y el otro renunció a la escalada para siempre, lo cual demuestra mucha cobardía, a mi modo de ver. Claro que de todo hay en la viña del Señor.

—Pues, desde luego, ha cambiado al Tesorero —dijo el Praelector —. Nunca había visto una transformación tan radical en una persona.

—Es sólo temporal —dijo el doctor MacKendly—. Sólo estará fuera de sí por un tiempo.

—¡Por el amor de Dios, no empecemos otra vez con eso! —exclamó el Tutor Mayor—. No puedo soportarlo.

El médico le miró con curiosidad.

—Estamos un poco alterados, ¿no? —le preguntó.

Pero, antes de que el Tutor Mayor tuviera tiempo de explicarle exactamente sus sentimientos, el Tesorero se puso a pegar botes por el cuarto, preparado para su misión.

—Vamos a cazar a ese conejito —dijo, de repente, usando una metáfora que no iba precisamente con su carácter habitual, y se precipitó en el dormitorio del americano.

Pero la metáfora resultaba apropiada. Si no era muy evidente en qué clase de animal se había convertido el Tesorero, Kannabis mostraba todas las características físicas de una liebre disecada. El pasar prácticamente el día entero y parte de la noche con el Rector sentado junto a su cama había aniquilado su confianza en sí mismo más que cualquier antipsicótico equivocado que le hubiera podido recetar el doctor MacKendly. ¡Qué contento estaba de ver de nuevo a

su amigo el profesor Tesorero!

—¡Hombre, profe, qué alegría! —dijo—. No te lo puedes imaginar. Estoy del jodido Quasimodo hasta las narices.

—Ya puedes empezar a hablar del Señor Rector con más respeto... —dijo el Tesorero, en tono cortante.

—¿Señor Rector? ¿También tú le llamas Señor, profe? ¡Dios mío! ¡Que alguien me ayude!

—Y ya puedes empezar a dejar de llamarme profesor Tesorero. Soy el Tesorero. A ver si te enteras de una vez.

Kannabis se encogió bajo las sábanas.

—¿El Tesorero? ¿Y Quasimodo es el Señor? ¡Dios mío! ¿Dónde me he metido?

El Tesorero ignoró la pregunta.

- *El* Tesorero. Fíjate en el artículo determinado. ¿Estamos? Y deja de llamar Quasimodo al Rector. Se llama Skullion. Pero no para ti; para ti es *el* Rector. Fíjate de nuevo en el artículo.

—Sí, señor, ya lo creo. Lo que usted diga, profesor el Tesorero.

—Profesor no. No soy profesor. ¿Cuántas veces tendré que repetirte que soy el Tesorero para que lo entiendas? Ésta no es una de esas zarrapastrosas universidades que tenéis en Bibliopolis, Alabama, o donde sea. Y éstos no son los Estados Unidos, donde cualquier analfabeto puede sacarse de la manga una tesis doctoral absurda, igual que una gallina pone huevos, y cualquiera es profesor. Esto ni siquiera es Cambridge, Massachusetts. Esto es Cambridge, Inglaterra, y, para ser más exactos, Porterhouse, Cambridge, Inglaterra, y como la próxima vez que veas un retrato de un antiguo rector se te ocurra llamarlo paté humano, entonces sabrás lo que es engordar con embudo.

—Sí, señor prof... o sea, digo, señor el Tesorero, señor —gimió Kannabis, hecho un ovillo debajo del edredón.

—Así me gusta, Kannabis —dijo el Tesorero—. Y ahora te voy a hacer unas preguntitas muy sencillas, y tú me las vas a responder. Y quiero la verdad, o si no, sabrás lo...

Pero la mera mención del engorde con embudo había tocado una fibra sensible en Kannabis a causa de su agudo estado de alienación. Ahora entendía por qué el Capellán había sacado aquella asquerosa pera de goma para lavativas con el pitorro obstruido por... con tanta diligencia. No se trataba de una pesadilla de su alterado subconsciente. No era un síntoma de nada. Era una costumbre secular de Porterhouse.

—¡Le juro que le diré lo que quiera, lo juro por Dios! —dijo, con voz lastimera.

—Muy bien —dijo el Tesorero, que por primera vez en su vida podía mandar y lo sabía, y le gustaba—. Para empezar, dime a qué se

dedica en realidad el tal Hartang, y no me vengas otra vez con esas chorradas de los pulpitos y las tortugas y las islas Galápagos.

—También hacemos documentales sobre especies protegidas... —empezó Kannabis, pero el Tesorero le cortó en seco.

—Sí, hombre, sí, os traéis a las tortugas desde las islas Galápagos, digamos veinte millones de tortugas, y luego, ¡zas!, al Triángulo de las Bermudas con ellas, y se acabó lo que se daba, ¿no es eso? La verdad, Kannabis, la verdad. ¿Quieres que te lo explique de otro modo?

—¡No, Dios mío! No más explicaciones, profe Teso... digo el Tesorero, señor. Veinte millones en el mejor material de Bogotá. Ya sabe. Veinte millones en la calle, valor del mercado, ya sabe.

—No. No sé —dijo el Tesorero—. Explícamelo. ¿Cuál es el mejor material de Bogotá?

—La cocaína, hombre, la cocaína. Coca, nieve... Ése era el encargo. La tapadera era Transworld Televisión Productions. Filmando por ahí, haciendo pelis sobre Dios para los críos. Así es como empezamos. El viejo E. H. dice: «¿Qué es lo que necesita la gente? Pues un... Dios en el que creer, y un buen subidón de vez en cuando.» Las necesidades básicas de la vida, como dice él. Eso lo sacó también de las Sagradas Escrituras. Una vez que estaba en la trena, no sé dónde, se puso a leer el Libro Santo, y allí dice que no sólo de pan vive el hombre, que hay que tener espíritu también, lo cual le hizo pensar. Como el pan no le gusta demasiado, pues le tiran más el caviar y los filetes, y en cuanto al espíritu no le van ni el de vino ni las mierdas alcohólicas que beben en su tierra, slivovitz o schnapps, o lo que sea, dedujo que el pan y el espíritu de los que hablaba el Libro tenían que ser diferentes. Así que el hombre se puso a pensar; la mayor parte del tiempo pensaba en el pan, y no sólo el pan, sino otros alimentos también, la pasta, sobre todo, y ahí encontró la respuesta a todos sus problemas. El viejo E. H. descubre la religión y empieza a hacer pelis religiosas; no importa la religión que sea, con tal de que la gente las compre... Vaya, profe... digo, perdón, el Tesorero, señor, ni se imagina el pastón que se saca diciéndole a la gente que van a vivir eternamente. ¡Cómo se tragan todo eso del cielo y el infierno! Billones, con be, billones de dólares, sí señor. Y marcos y libras y rupias y yenes, lo que sea. De verdad. Pero, mira por dónde, el viejo E. H. tenía unos compadres allá en Lima, Perú, o en Río, o donde fuera, que le estaban echando una manita colocando las pelis religiosas para niños, y le pidieron a cambio de que les hiciera circular los envíos de material de Bogotá. Ya me dirá cómo le dice uno que no a un tipo como Dos Passos, allí, en medio de la jungla, o donde fuera, que te apunta con una pistola y tiene el gancho de colgar carne a punto y las pirañas en el lago deseando tomarse un aperitivo. Ni pensarlo, vamos. Así que les hizo de intermediario un par de veces, haciendo circular el

material, y todo fue como una seda gracias a la tapadera del «Jesús te ama» o «Mahatma Gandhi te guarda un sitio en su corazón». Una vez hicimos una peli sobre el Dios Gandhi ese, y las tortugas y la lluvia ácida y las ballenas y los pulpitos... Vale, no eran pulpitos, para qué le voy a engañar, profe, digo el Tesorero, señor, no eran pulpitos. No. Ni tenían patas, ni ventosas, ni nada. Aletas. Aletas pequeñas. Eso es, señor, crías de foca.

—¿Y por qué me dijiste que eran pulpitos? —preguntó el Tesorero.

Kannabis trató de recordar.

—Por algo que tenía que ver con las patas. ¡Ah, ya! Es que estaban los colegas machacándoles la cabeza con palos a los bebés foca, para la peli, y había sangre por todas partes, y yo pensé que, si tuvieran patas, no se quedarían ahí paradas como tontas. Como aquella vez que vimos a los pulpos gigantes en Alaska, Canadá, o donde sea, que son unos bichos grandísimos y que tienen una fuerza tremenda, tanta, que no necesitan las ocho patas, con cinco o seis tendrían bastante. Se te agarran al cuello y te ahogan, los muy cabrones, con las patas esas con ventosas. Y me dije que si las focas tuvieran dos o tres patas de esas, pues no se quedarían ahí paradas como gilipollas mientras les abren la cocorota con una barra de hierro. Digo yo. O sea, es que me había liado antes. Perdón.

—Pues no te líes —dijo el Tesorero—. Y, volviendo al tema: ¿cómo es que Hartang, con esos negocios tan buenos en Bogotá, quiere ahora donar dinero a Porterhouse?

—Que no, profe... digo el Tesorero, señor, si él ya no está metido en esa historia. No tiene ni cojones, ni con quién hacer el negocio. Le ha perdido a Dos Passos veinte millones, y eso es como una sentencia de muerte. No, señor, los cárteles y las familias de Sicilia y los rusos, gente con la que no hay que jugar, son los que están en el mercado. En lo que no se meten es en lo de blanquear los verdes, y son un montón de millones, de verdad. Y ahí es donde entra E. H., que de lo que sabe es de pasta. No piensa con palabras, piensa con dólares, con marcos, con libras, con francos, con pesetas y con yenes. Usted ya le ha oído hablar. No me diga que se enteró de algo. Yo sólo le entiendo cuando dice que hay que liquidar a alguien. Pero cifras y números, eso ya es harina de otro costal. ¡Qué cerebro tiene, parece un ordenador! De muchos megas. Así que les blanquea la pasta a los cárteles y a los sicilianos y a todo el que se tercie. Con canales de televisión por cable y satélites que le cubren todo el mundo, y el negocio de la Vida Eterna que va cada vez mejor, gracias a Dios, venga donativos y venga donativos, un montón de dinero, y a ver quién es el guapo que distingue los narcodólares de los dólares normales, o de los marcos, o de las rupias. Todo va a parar al cielo, y el viejo E. H. lo único que

hace es pasar el dinero de los satélites, de una cuenta en Bombay, India, a otra en Santiago, Chile, y de vuelta a los USA, pasando por Londres, Inglaterra, o sea, ya blanqueado, lavado, planchado y almidonado, y oliendo a rosas; ésa es la Ley, como la que trajo Moisés, montaña abajo, pero menos pesada. ¡Si hasta está metiendo mano en Moscú, Rusia, primero lo mete y luego lo saca, como un yoyó! Es dueño de media URSS.

—Ya comprendo —dijo el Tesorero, un poco menos efusivamente. El efecto de la droga empezaba a pasarse—. Pero ¿por qué dar dinero a Porterhouse?

Kannabis le miró con incredulidad. Toda aquella conversación le había subido mucho la moral.

—De dar, nada. Lo va a comprar. Esa vieja tortuga necesita otro caparazón. Como ya le he dicho, se está cubriendo las espaldas. Hay demasiados tipos como Dos Passos que le quieren ver muerto. Así que compra protección. Primero pone un poco de pasta en el anzuelo como carnaza, y antes de que te des cuenta, ya te ha enredado, como una araña, y tiene otro bunker donde esconderse, o sea...

—Pues aquí no se va a esconder —dijo el Tesorero—. Apuéstate lo que quieras, Kannabis, lo que quieras, a que no.

—Tranquilo, profe... digo el Tesorero, señor, que ya se lo diré cuando le vea: «Señor Hartang, ni se le ocurra acercarse por Porterhouse, Cambridge, a menos que esté mal del tarro. Usted quiere guardar la línea, y ése es mal sitio para hacerlo. Los muy cabrones no comen: devoran, como luchadores de sumo después de una huelga de hambre, o la cuaresma, o lo que sea. ¿Y carne? Con la de carne que comen esos tíos, dentro de poco la vaca va a ser especie en extinción. ¿Sabe lo que me han dado esta mañana para desayunar? Sangre. Sangre metida en un condón con trozos de tocino dentro. Si se cree que voy a coger el sida por comerme una mierda de salchicha de sangre que parece un zurullo metido a presión en un globo, va apañado. Ni loco, profe Tesorero, ni loco.

Se calló. El Tesorero estaba a punto de abalanzarse sobre él, lívido de rabia.

—¡Cómo me llames otra vez «profe Tesorero», Kannabis, te juro que te lavo la boca con Harpic! ¿Sabes qué es el Harpic? Pues líquido para limpiar retretes. Así que, si quieres conservar la lengua y el paladar en su estado actual, y no como si te los hubieran asado en una barbacoa, no me vuelvas a llamar «profe Tesorero» en tu vida. ¿Estamos?

—Sí, señor, sí, *el* Tesorero, señor. Se me ha ido la cabeza, no me haga caso, que soy un gilipollas. No hace falta que me lave nada. Con la lavativa ya tuve más que suficiente. No quiero volver a pasar por eso nunca más. No, señor, no. Yo soy un buen americano, no sé nada,

señor, lo juro por Dios.

Pero el Tesorero aún se cernía amenazador sobre el inerme Kannabis.

—Americano sí que lo eres, pero de bueno, no tienes ni un pelo. Tú lo que eres es una escoria de la peor estofa, un camorrista barriobajero que no merece ni vivir, así que métetelo en la cabeza ya de una vez.

—Sí, señor, soy un camorrista barriobajero que no merece ni vivir, lo que usted quiera, no se ponga así, el Tesorero, señor.

El Tesorero se volvió a sentar.

—Y ahora me vas a contar muy clarito cómo hace sus negocios el tal Hartang, y cuál es su número de teléfono, y ya puedes empezar a recordar nombres y sitios y fechas y números de cuenta corriente y…

Fuera, en el pasillo, el Tutor Mayor y el Praelector se miraban el uno al otro asombrados. Incluso el doctor MacKendly se había quedado sin habla. El doctor Buscott introdujo una cinta nueva en la grabadora.

—¡Quién lo hubiera dicho! —dijo el Tutor Mayor—. Lo veo y no lo creo.

—Yo tampoco me lo creo, aunque no lo veo —dijo el Praelector.

—Y yo que siempre le había tenido por un chiquilicuatro que no se atrevería ni a matar a una mosca… Y, por cierto, ¿qué es eso de la lavativa? No lo entiendo.

Pero el Praelector no le respondió. Estaba preguntándose cómo iban a utilizar las pruebas que les estaba proporcionando Kannabis. Incluso Skullion, sentado en su silla de ruedas tras ellos, escuchaba sin perder detalle. Le había satisfecho especialmente el modo en que el Tesorero le había insistido a Kannabis para que le llamara «el Señor Rector», con énfasis en el artículo, en vez de Quasimodo, fuera quien fuere ese sujeto.

# 18

El Decano se sentía mucho mejor cuando bajó a desayunar a la mañana siguiente. Se había bañado y afeitado, después de haber dormido doce horas como un bebé, y estaba deseando atacar sus gachas de avena y sus huevos fritos con beicon y sus tostadas de pan con mermelada y su café con leche. Pero al cruzar el Patio en dirección al Refectorio, se dio cuenta de que algo raro había pasado en la Capilla. Estaba rodeada de andamios metálicos e incluso desde donde se encontraba, en el Patio Viejo, podía apreciar que el tejado estaba ladeado de manera muy poco ortodoxa. Evidentemente, las viejas vigas de madera seguían causando problemas. Tenían que haberlas restaurado hacía años, pero el Tesorero dijo que no disponían de fondos suficientes en las arcas del Colegio para nada que no fueran las más elementales reparaciones. Una respuesta típica de aquel hombre. Todo lo dejaba para «mañana». Y bien, el «mañana» había llegado ya. En fin, pensó el Decano, ya es hora de tener una charla con él, y no de cortesía, precisamente. Pero eso tendría que esperar. Necesitaba un buen desayuno para reponer fuerzas. Se sentó a la mesa y, para su sorpresa, antes incluso de que pudiera empezar con sus gachas de avena, el Tutor Mayor le dirigió la palabra.

—Es de vital importancia que celebremos una reunión extraordinaria esta misma mañana —dijo—. Usted, yo y el Praelector. En mis habitaciones a las diez en punto.

El Decano se quedó pasmado. Era una ley no escrita en Porterhouse que durante el desayuno no se hablaba. Un gruñido a modo de «Buenos días» era lo más que se permitía. El resto de la colación transcurría en silencio absoluto. Algo muy serio tenía que haber ocurrido para que el Tutor Mayor, acérrimo defensor de las tradiciones del Colegio, hubiera hablado. El Decano asintió con la cabeza, irritado, pero no replicó. Las gachas de avena se le estaban enfriando. Pero cuando llegó el Praelector y le susurró el mismo mensaje al oído, cruzando una mirada de inteligencia con el Tutor Mayor, al Decano ya no le cupo duda de que el Colegio debía estar metido en un aprieto muy grave. Algo realmente terrible tenía que haber ocurrido. Durante un rato, siguió la tradición. Pero la curiosidad fue más fuerte que él.

—¿No habrá… fallecido el Rector? —susurró.

El Tutor Mayor denegó con la cabeza.

—Peor que eso, mucho peor —dijo—. Pero ahora no. Luego.

—Pues como sea peor que eso, que Dios nos ampare —dijo el Decano, y volvió a sus gachas de avena. Pero aquello le había

arruinado el placer de tomarse su primer desayuno decente en tres semanas. Ni siquiera pudo concentrarse en los huevos fritos con beicon. Prefería no pensar en lo que le iban a comunicar. Ni siquiera la ruina de la Capilla justificaba aquella temprana conversación. El Colegio siempre podía pedir una ayuda al Patrimonio Nacional para pagar la restauración. La Capilla era un monumento de interés histórico-artístico, y al Patrimonio no le importaría aportar lo que fuera necesario. No, aquello tenía que ser una catástrofe de proporciones incluso mayores. Con una intensa aprensión, el Decano se terminó el café y salió fuera. Hacía un día estupendo, y un sol claro que lucía en un cielo sin nubes. Casi detrás de él salieron, como nubarrones, el Praelector y el Tutor Mayor.

—Bueno, vamos a ver, ¿qué pasa? —preguntó el Decano.

—Es todo culpa del Tesorero... —empezó a decir el Tutor Mayor, pero el Praelector, que (pensó el Decano) había cambiado de forma evidente durante su ausencia, le interrumpió sin contemplaciones.

—El asunto es demasiado serio como para perder el tiempo acusándonos mutuamente —dijo—. Y, con franqueza, no estoy muy seguro de que sea lo más conveniente discutirlo en un lugar tan público.

Así que subieron los tres a las habitaciones del Tutor Mayor, donde el doctor Buscott había ya dejado la grabadora tras enseñarle cómo cambiar las cintas.

Y, durante el resto de la mañana, el Decano escuchó con estupor y temor crecientes el relato del Praelector, que parecía mejor informado y bastante más racional que su otro colega, sobre los extraordinarios sucesos que habían sumido al Colegio en aquella crisis. Y escuchó aún más atónito la grabación de las dos entrevistas del Tesorero con Kannabis.

Hasta que el Praelector finalizó su relato, no se atrevió a pedir algo más fuerte que un jerez, preferiblemente un whisky doble con soda, y a tomar la palabra de nuevo.

—Lo que acaban de decirme es que ese tipejo inmundo como-se-llame está encerrado con Skullion en la Residencia del Rector, ¿no es eso? ¡Pero si ese tipo donde tendría que estar es entre rejas!

—Comparto plenamente su opinión, Decano —dijo el Tutor Mayor—. Pero por alguna oscura razón que no se me alcanza, nuestro querido Praelector parece inclinado a pensar que es más beneficioso para el Colegio que permanezca al cuidado del Rector.

—¿Al cuidado del Rector? —dijo el Decano, que no veía cómo demonios podía un anciano paralítico en silla de ruedas estar en posición de cuidar de nadie, y menos de un hombre como aquél, que había confesado ser un asesino a sueldo, o al menos haber presenciado impávido asesinatos y latrocinios horripilantes.

—Skullion parece ejercer una peculiar influencia sobre ese hombre —le explicó el Praelector—. Es de lo más edificante contemplar las reacciones del pobre animalito cuando el Rector entra en el cuarto en su silla de ruedas. Según he leído en alguna parte, ciertos ofidios tienen el mismo efecto sobre sus presas. En cualquier caso, me da la impresión de que el señor Kannabis prefiere con mucho seguir en la Residencia a volver al amoroso seno del señor Hartang. Por lo que he podido colegir de sus inarticulados balbuceos, y he de confesar que su dominio de la sintaxis deja mucho que desear, la pobre bestia considera el Colegio a estas alturas como el más inviolable de los santuarios.

—Me importa un pimiento cómo lo considere —dijo el Decano—. Por mi parte, lo quiero fuera de Porterhouse lo antes posible, y que se las vea él sólito con ese repugnante mañoso de Hartang y sus secuaces. Personalmente, le deseo con todo mi corazón que perezca de una muerte lenta y dolorosa.

Pero, de nuevo, el Praelector hizo pesar su recién hallada autoridad.

—Me permito sugerir que reflexionemos sobre este asunto con mucha calma, no vayamos a precipitarnos y a tomar decisiones de las que luego hayamos de arrepentimos.

El Decano no daba crédito a lo que oía.

—Pero ¿de qué demonios habla? ¿Arrepentimos? ¿De qué? Esa escoria que se cargó la Capilla vino aquí creyendo que podía comprar el Colegio para que ese monstruo, ese traficante de drogas llamado Hartang, pudiera usarnos, como decía ese cerdo, de caparazón, y cubrirse así las espaldas, ¿no? Pues le voy a cubrir las espaldas, pero de moretones, como se atreva a poner un pie cerca del Colegio. ¿Y qué fue eso que dijo acerca de nuestros hábitos alimentarios?

—Creo que dijo que devoramos... como buitres japoneses después de la cuaresma, o algo así —dijo el Tutor Mayor.

—Dijo, exactamente, que devoramos como buitres luchadores de sumo después de una huelga de hambre —dijo el Praelector—. He de confesar que me pareció un símil chocante. ¡Qué manera más extraordinaria tienen los americanos de usar el léxico! No creo que pueda volver a mirar a una morcilla con los mismos ojos. Aunque no comprendo a qué viene ese miedo a coger el sida simplemente por comer embutidos.

—Lo que todavía no entiendo es por qué no para de mencionar lo de la lavativa y el engorde con embudo —dijo el Tutor Mayor.

—¡Yo sí que no entiendo nada! ¡Pero nada! ¡Ni una maldita palabra! —gritó el Decano—. *¿Y* qué coño le ha pasado a ese cabrón del...? ¡Vaya, hombre, ya estoy empezando a contagiarme! Quería decir qué le ha pasado al Tesorero. Sonaba de lo más amenazador.

¡Qué imperioso! No es que se lo reproche, por supuesto, pero parecía que estuviera fuera de sí.

—Creo que eso tendrá que preguntárselo al doctor Mac-Kendly —dijo el Praelector—. Le administró una especie de estimulante, creo que se dice así. Por desgracia, sus efectos secundarios son exactamente lo contrario, una forma extrema de depresión.

—Le está bien empleado, al muy idiota, por meternos en este embrollo —replicó el Decano—. Voy a tener dos palabras con él.

El Praelector le lanzó una mirada escéptica.

—No le apriete demasiado las tuercas, créame —dijo—. Ese hombre no se encuentra bien, y su estado mental deja mucho que desear.

—Eso ya lo veremos —dijo el Decano.

Y lo que vio durante el almuerzo fue precisamente lo que le había anunciado el Praelector. El Tesorero, de repente, rehusó unas chuletas de cordero particularmente tiernas argumentando que se condenaría si comía el Cordero de Dios. El Decano le miró con prevención. El Tesorero estaba claramente desquiciado, ya no era ni sombra del melifluo hipócrita que había sido.

El Capellán, sin embargo, se creyó obligado a intervenir.

—Pues, a decir verdad, ése es un punto doctrinal sumamente interesante —dijo—. Porque durante la Comunión, precisamente, se nos invita a que comamos el Cuerpo de Cristo y bebamos Su Sangre. Eso es lo que Nuestro Señor nos prescribió en la Última Cena.

—Almuerzo —dijo el Tesorero, que jugueteaba con el cuchillo de una forma algo rara.

—¿Almuerzo?

—El Último Almuerzo —replicó ácidamente el Tesorero—. Si hay una Última Cena, ¿por qué demonios no puede haber también un Último Almuerzo?

Durante unos instantes reinó un silencio sepulcral, pero el Tesorero no había terminado:

—Y, además, hay mucha diferencia entre ponerse una especie de bizcocho en la lengua y zamparse a mordiscos un plato de cordero. ¿Y a qué viene esta salsa de menta que le han puesto?

—¿La salsa de menta? Pues, amigo mío, yo...

—Yo le voy a decir para qué es —dijo el Tesorero, blanco como el papel—. Para ocultar el sabor del Cordero.

El Capellán asintió con la cabeza.

—Sí, algo parecido, sí —dijo—. Aunque, francamente, creo que es pasarse un poco servir las chuletas con salsa de menta. Una chuleta siempre sabe mejor en su jugo, o con unos guisantitos...

—¡No es esa clase de cordero! ¡Es el Cordero de Dios, zoquete! —

bramó el Tesorero—. La salsa de menta oculta el sabor de…

—Una idea interesante, sí —dijo el Capellán, pensativo, después que se llevaron al Tesorero del Refectorio.

—¿Cuál de ellas? Todas eran unos disparates, en mi opinión —dijo el Decano—. Y no me ha gustado ni un pelo la manera como blandía ese cuchillo.

—Me refería a lo del Último Almuerzo —dijo el Capellán —, o incluso, si quiere, la Última Merienda. La cena siempre ha sido para mí la comida más insustancial del día. Aunque, claro, si te van a crucificar después, lo mejor es no atiborrarse.

—Jesús! —exclamó el doctor Buscott, al que se le habían puesto los pelos de punta.

—Exacto —prosiguió el Capellán—. De Él precisamente estaba hablando. Un muchacho de lo más peculiar, pienso yo. Siempre me he preguntado qué habría sido de Él si hubiera estudiado en Porterhouse.

—Pues nos habría sido muy útil, tal vez, para echarle una manita al Tesorero. Se necesitará un milagro para que recupere el juicio —dijo el Tutor Mayor, y se sirvió una de las chuletas que el Tesorero había rechazado.

Al otro extremo de la mesa, Purefoy Osbert y el Bibliotecario comían en silencio.

—¿Se comportan siempre así? —preguntó Purefoy.

—Hombre, son rarillos, pero hoy están especialmente desbocados —dijo el Bibliotecario—. En realidad, están todos un poco histéricos últimamente. Pero es curioso que, hasta hoy, el Tesorero siempre me había parecido el más centrado.

—¿Quién es ese bajo y rechoncho con la cara colorada?

—Es el Decano —dijo el Bibliotecario—. Pequeñito, pero matón. Más vale no meterse con él, sobre todo si está de malas pulgas, y, por su cara, diría que hoy está de un humor pésimo.

—¿Y quién es ese tan viejo, alto y flaco? —preguntó Purefoy.

—Es el Praelector. No es mal tipo. Muy viejo, pero relativamente culto, para lo que es el nivel de Porterhouse —dijo el Bibliotecario—. Se supone que el más bruto de los tres es el Tutor Mayor, pero no estoy muy seguro de que sea ni la mitad de ignorante de lo que pretende. Con los Claustrales Mayores nunca sabes a qué carta quedarte. Siempre están urdiendo tretas y estratagemas y fingiendo que son completamente idiotas y que no dan golpe, y de repente te das cuenta de que el idiota eres tú, porque se han burlado de ti y te han pasado la mano por la cara. Pero así es la Universidad de Cambridge. Yo la llamo «la ciudad de la puñalada por la espalda». Todo el mundo es tan condenadamente competitivo… A mí eso no me

preocupa, por otra parte, porque el Bibliotecario es una especie de Claustral honorario en Porterhouse, y. sólo en contadas ocasiones se espera de mí que cene con el resto del Claustro en el Refectorio. Pero usted, como becario de la Sir Godber Evans, mucho me temo que tendrá que hacerlo casi a diario. Pronto darán una cena especial en su honor; la llaman la Cena de Admisión.

Sin embargo, en aquellos momentos el Decano estaba demasiado preocupado para interesarse por el doctor Osbert. Y no era la salud mental del Tesorero lo que le inquietaba. De hecho, no le importaba un comino. Era algo en la actitud del Praelector, y el hecho de que estaba obviamente más al tanto de la situación que el Tutor Mayor, cuyas emociones eran siempre más poderosas que su raciocinio, lo que le hacía sospechar que veía en lo sucedido más provecho para el Colegio de lo que era aparente. Tendría que hablar con él a solas.

# 19

En el cuartel general de Transworld Televisión Productions, en Londres, Hartang también pensaba decirle dos palabras a Kannabis en privado.

—Tráeme a K. K. —le dijo a Ross Skundler en un tono que, de haberlo oído Kannabis, habría procurado que no le encontrara.

La primera carta que enviaron Waxthorne, Libbott & Chaine, Abogados, 615 Green Street, Cambridge, una larga misiva redactada al alimón por el señor Retter y el señor Wyve, y dirigida personalmente a Edgar Hartang, no era precisamente la clase de correspondencia que le gustaba recibir al potentado. En ella los letrados enumeraban detalladamente una serie de demandas contra Edgar Hartang y Transworld Televisión Productions que ocupaban varias páginas, y solicitaban una respuesta inmediata a su sugerencia de que, con objeto de ahorrarse muy considerables costes judiciales y un alud de mala publicidad, abonara al Colegio la cantidad de veinte millones de libras esterlinas en concepto de compensación por los daños ocasionados a los edificios de Porterhouse, así como por la desazón mental y física que padecieron durante el incidente el personal docente y los alumnos del centro, que estaban a punto de examinarse.

—¿Veinte millones de libras? ¿Es que están locos, o qué? Le dije a Kannabis que comprara el maldito colegio, no que lo demoliera —le gritó a Skundler, que tenía que responder por todo en ausencia de Kannabis, y, de paso, resistir a pie firme la temible furia de Hartang—. Me voy a Bangkok unos cuantos días y, cuando vuelvo, me encuentro con esto. ¿Cómo crees que me sienta una demanda por veinte millones de libras, eh? Pues como una patada en el culo. ¿Y dónde diablos está Kannabis?

—Pues nadie lo sabe, señor —dijo Skundler, que se arrepentía ahora de todo corazón de haberse burlado de la mala suerte de Kannabis, pues era imposible que no sufriera sus consecuencias. Estaba metido en aquel lío hasta el cuello, ya que había aprobado las cuentas de Porterhouse e, implícitamente, la validez de aquel plan—. No ha vuelto por aquí desde que se fue para allá con su equipo, señor.

—¿Su equipo? ¿Qué clase de equipo? Un jodido equipo de demolición, supongo. ¿No se llevaron una excavadora? Bueno, venga, ¿dónde está?

—Voy a ver si me entero de algo más, E. H. —dijo Skundler, que trató de aprovechar la oportunidad para escabullirse en dirección a la puerta.

—¡Ni hablar! —gritó Hartang en tono inequívocamente

amenazador—. Te quedas aquí, conmigo. Y me vas a contar todo lo que ha pasado mientras estaba en Bangkok. —Bajó la voz hasta convertirla en un aterrador susurro—. Y no me vengas con que no sabes nada, Skundler.

Tras los cristales azul marino de sus gafas de sol, aquellos ojos parecían descuartizar a Skundler. Edgar Hartang sólo se expresaba con tal claridad cuando alguien iba a morir.

—Lo único que sé es que Kannabis consiguió que el profesor le permitiera filmar en Porterhouse el domingo pasado, así que se fue a Cambridge y...

—Dime algo que no sepa, Skundler. Como, por ejemplo, quién es ese profesor. ¿Crees que no sé que Kannabis fue a Cambridge? Tengo veinte millones de razones para saberlo.

—El profesor Tesorero, señor, es el que usted... digo el que Kannabis eligió en el seminario sobre el mecenazgo, porque era el que parecía más tonto y...

—¿Tonto, eh? Pues veinte millones de libras no son ninguna tontería, Skundler. De tonto, ni un pelo. Al menos, cuando se trata de dinero. No me gusta nada todo esto.

A Skundler le gustaba aún menos. No sólo estaba hasta el cuello de mierda, sino que además se la iba a tener que comer él sólito. De un bocado.

—El profesor Tesorero. Usted le conoce. Comieron juntos el miércoles doce a las doce y cuarenta y cinco. ¿No se acuerda?

—¿Te atreves a hacerme preguntas, Skundler? ¿Te atreves a hacerme preguntas? Porque si me contestas que sí, te voy a...

—No, no, señor Hartang —se apresuró a decir Skundler, que no quería oír más presagios ominosos sobre su futuro. Bien sabía lo negro que lo tenía—. No, verá, sólo trataba de recordar los detalles y lo tonto que parecía. Quiero decir verdaderamente estúpido.

Hartang no había olvidado aquella entrevista.

—Comió como un cerdo —dijo, sin pensarlo, y, de repente, cambió de color.

Cuando por fin logró meterse unas pastillas en la boca y se las tragó a fuerza de agua mineral, corrigió la opinión de su subordinado. La fobia a los cerdos había sido sustituida por una idea mucho más desagradable. La de que unos profesores muertos de hambre querían desplumarle veinte millones de libras.

—¡Es ridículo! —murmuró, refiriéndose al Tesorero—. Ese tipo debe de comprarse la ropa en las tiendas de segunda mano del Ejército de Salvación, o algún sitio parecido, pero no tiene nada de estúpido.

—No, señor Hartang. Supongo que no —dijo Skundler, que sudaba tinta al pensar que tendría que relatarle la segunda visita del Tesorero con los libros de contabilidad.

—No supongas, Skundler. Dime lo que pasó.

—Sí, bueno, yo... le dije a Kannabis que teníamos que ver los libros de contabilidad del Colegio para saber cuál era exactamente su situación financiera. Y el animal de bellota ese se nos presentó con unos... Dios mío, señor Hartang, ¿no se encuentra bien? ¿Quiere que llame a un médico?

Hartang trató de negar con la cabeza, pero no se notó, porque todo su cuerpo empezó a temblar espasmódicamente mientras gruesas gotas de sudor rodaban por su rostro. Cuando logró reponerse, la voz le temblaba. Pero sus palabras fueron muy claras:

—Estoy bien, Skundler, estoy bien. Pero como se te ocurra volver a decir una cosa así, *tú* no te sentirás nada bien. La próxima vez, llamo a los independientes.

Skundler trató de tragar saliva. Tenía la boca más seca que el desierto del Sahara. Esas llamadas eran como ponerle un fax a la Muerte, invitándola a una fiesta.

—Pues el profesor se nos presentó con unos libracos, señor, que parecían de antes de inventarse la imprenta.

—Es lo más normal —dijo Hartang—. ¿Has visto algún libro de contabilidad que esté impreso? Yo no. Durante toda mi vida he usado libros de contabilidad, y siempre están en blanco.

—No quería decir eso, señor Hartang, sino que eran muy antiguos. De cuando usaban plumas de ganso. Así que le pregunté al profesor...

—Skundler —dijo Hartang fríamente, lanzándole una mirada aviesa—, no sé si te has vuelto loco o intentas hacérmelo creer. Pero no me lo trago, ¿sabes? A otro perro con ese hueso. Eres un mentiroso, Skundler. Y los mentirosos no me gustan. Me caías bien, Skundler. Eras uno de los nuestros. Solía decir: «Skundler es uno de los nuestros.» Pero ya no. No si me dices con toda la cara que en Porterhouse usan plumas de ganso para llevar la contabilidad.

—No he dicho eso, señor Hartang —dijo Skundler con voz entrecortada—. He dicho que parecían de cuando usaban plumas de ganso. Así que le pregunté al profesor: «¿Todavía usan plumas de ganso?» Y me respondió que...

—Que sí, que usan plumas de ganso, ¿verdad? Tienen un millón de bichos de ésos corriendo por el Colegio, para que no les falte materia prima. ¡Qué burro eres! Y ahora me dirás que no conocen la partida doble.

Skundler se agarró a aquel clavo ardiendo.

—Exacto, señor, la conocen. Pero no les sirve de nada, porque sólo usan el debe. No sé por qué se molestan. Como le dije al profesor...

—Yo te diré por qué, Skundler, yo te lo diré. Porque ese jodido

inglés, con un traje de segunda mano y cara de estúpido, quería tenderte una trampa, y has caído en ella como un bobo. ¿No te ofreció acciones de una fábrica de neveras en la Antártida? Porque si te las llega a ofrecer, compras, seguro. Bien, Kannabis y tú me habéis comprado un problema que vale veinte millones. —Apretó un botón debajo del tablero de cristal del gigantesco escritorio—. Ponme con Schnabel, Feuchtwangler y Bolsover. ¡Y date prisa! —gritó. Skundler corrió hacia la puerta—. No, tú no, Skundler, tú no. Todavía quiero disfrutar de tu compañía un rato más. No mucho más, sólo un ratito, ¿vale? —Sus ojos de ofidio escrutaron el rostro empavorecido de Ross Skundler—. ¿Te apetece una copa, Ross? —le preguntó—. Porque a mí sí. Y eso que no bebo.

—Sí, señor Hartang. Me caería bien.

—Pues te quedarás con las ganas. Tráeme el Chivas Regal. Adonde vais a ir Kannabis y tú, no pasaréis sed. Tendréis mucha agua encima.

Skundler fue al mueble bar y volvió con un vaso y la botella. Le temblaban tanto las manos cuando las puso sobre el tablero de cristal, que tintinearon ominosamente.

Edgar Hartang volvió a leer la carta. Necesitaba conocer la opinión de sus abogados, y cuanto antes. Aquello le daba muy mala espina. Tenía la sensación de que se lo habían follado vivo.

# 20

Era casi de noche cuando el Decano salió de las habitaciones del Tutor Mayor y se encaminó hacia la Residencia del Rector para ver por sí mismo cómo era aquel monstruoso gángster. Había pasado varias horas escuchando al Praelector, que le había puesto al corriente de sus conversaciones con el señor Retter y el señor Wyve acerca de las compensaciones económicas que podrían pedir para resarcirse de los daños. Los razonamientos del Praelector, aunque bien fundamentados, no le acabaron de convencer.

—Comparto su opinión sobre los costes de las reparaciones y las compensaciones económicas que debemos exigir —dijo—. Pero, francamente, no me cabe en la cabeza que ese asesino, Hartang, vaya a pagar sin más ni más. Si la mitad de lo que se dice en esa cinta es verdad, ese hombre está implicado en tráfico de drogas.

—Y por eso, precisamente, pagará sin rechistar —dijo el Praelector—. No creo que le quede otra alternativa.

—Pero ¿cómo vamos a aceptar dinero de un traficante de drogas? Quiero decir que ese canalla debería estar entre rejas. ¿Cómo podríamos justificar el hecho de aceptar dinero ganado de ese modo?

—Ése es un punto sobre el que he estado reflexionando detenidamente —dijo el Praelector—. Y he llegado a la conclusión de que debemos seguir los precedentes del Colegio.

Por un segundo, el Decano creyó haber oído mal.

—¿Los precedentes? ¿Qué precedentes? ¡No estará sugiriendo que alguien relacionado con el Colegio se ha dedicado al tráfico de drogas!

—No, que yo sepa, aunque, estadísticamente, diría que cabe la posibilidad. No, me refería a uno de nuestros rectores, fallecido hace bastante tiempo, aunque quizá no tanto, según cómo se mire: 1749. Se trata de Jonathan Riderscombe, que amasó una considerable fortuna con el tráfico de esclavos. Y no sé qué es peor, traficar con esclavos o con drogas. En mi modesta opinión, la esclavitud es una abominación inhumana. Y, sin embargo, el Colegio se benefició de ella. En fin, soy demasiado viejo para dejarme llevar por sentimentalismos.

El Decano se guardó su opinión. No le gustaba nada que le recordaran los orígenes cuanto menos oscuros de algunas grandes fortunas. También estaba muy sorprendido, y no poco molesto, de que se hubiera aceptado a un nuevo becario en su ausencia.

—Bien. Bueno. ¿Y qué me dice de la beca de investigación Sir Godber Evans? —dijo—. No me gusta nada el nombrecito. Ese condenado Sir Godber no merece honores ni recordatorios de ninguna clase. Quizá el peor de los rectores que hemos tenido. Con excepción

de Fitzherbert, naturalmente, pero eso es harina de otro costal. Creo que se me debía haber consultado antes de que el Consejo tomase una decisión.

—Por desgracia, no se le pudo localizar —dijo el Praelector.

—Cathcart sabía dónde estaba. Se lo podían haber preguntado.

—Lo hubiéramos hecho de haber sabido que no se encontraba en Gales, visitando a un pariente moribundo —dijo el Praelector, con una pizca de acritud—. Como comprenderá, no podíamos telefonear a todos los hospitales y asilos de Gales. Y, en cualquier caso, había poderosas razones que nos obligaban a tomar una decisión inmediatamente.

—¿Y qué razones eran, si puede saberse? —preguntó el Decano, al que no le gustaba que le cogieran en mentira.

—Seis millones de libras —dijo el Praelector. El Decano se quedó sin habla—. Diría que una suma de este calibre es una buena razón. O, para ser más exactos, seis millones de buenas razones. Y nos enfrentábamos a lo que se podría describir como un ultimátum. Pero el Tutor Mayor está bastante más al corriente de este asunto que yo. Fue quien ultimó los detalles con los abogados del donante. No me pregunte por qué lo eligieron como interlocutor, pero así es.

—¿Y el Tesorero?

—El Tesorero no sabía ni media palabra.

—¿Y quién es ese donante tan generoso? ¿Se sabe?

El Praelector denegó con la cabeza.

—No, no se sabe. Pero no dudo que podríamos deducir su identidad fácilmente. El Tutor Mayor asegura que se trata de un grupo de financieros de la City que le están agradecidos a Sir Godber porque su gestión resultó beneficiosa para ellos. Yo no me lo creo.

El Decano tampoco.

—¿Financieros de la City? ¡Ni pensarlo! —dijo—. Sir Godber causó un daño terrible a los intereses financieros del país. Era un keynesiano recalcitrante.

—Exacto —concedió el Praelector—. Y, por otra parte, no debemos olvidar a una cierta mujer, y no la llamaré señora, porque en mi opinión no lo es, por mucho título nobiliario que tenga... ¿me sigue?

—¡Ya lo creo! Y, siguiendo con las deducciones, permítame aventurar el nombre de los abogados que han llevado este asunto... ¿No serán Lapline & Goodenough, por casualidad?

—Hasta ahí sí que no llego. El Tutor Mayor no enseña sus cartas, y no hay manera de hacerle ser más explícito. Pero, en fin, sea como fuere, seis millones de libras no son moco de pavo. Por lo menos, tendremos fondos para llevar adelante nuestra batalla legal contra ese monstruo de Hartang.

Sonrió levísimamente, y el Decano aceptó la verdad incontestable de su argumento con una inclinación de cabeza.

—Por desgracia —dijo el Decano—, también introduce en el Colegio a una persona cuyos antecedentes deberíamos examinar con todo detenimiento. ¿De dónde viene? Supongo que el Tutor Mayor eso sí que lo dijo, ¿no?

—Viene de la Universidad de Kloone. Al parecer, su especialidad es la investigación histórica de crímenes y ejecuciones. Tiene un libro sobre ejecuciones en la horca titulado *El tirón de cuello final*. No lo he leído, pero, según personas versadas en la materia, es una obra seria y autorizada.

—E imagino que estará en contra de la pena de muerte —dijo el Decano.

—Supongo. La viuda no le habría contratado de haber estado a favor —dijo el Praelector—. Pero ya le conocerá esta noche, en la Cena de Admisión. Yo tampoco he hablado con él aún, así que veremos qué regalito nos ha enviado Su Señoría. Así pues, mientras usted estuvo fuera, hemos ingresado al Tesorero en un hospital psiquiátrico, que es donde debe estar, y nos hemos metido seis millones de libras en la faltriquera. Y, a menos que Retter y Wyve se equivoquen de medio a medio, diría que tenemos…

—A ese gángster de Hartang cogido por los huevos —dijo el Decano.

El Praelector admitió que le había leído el pensamiento, aunque él lo habría expresado de una manera menos gráfica.

—Y, lo que es más —continuó—, tenemos a ese sicario suyo, Kannabis, en nuestras manos. Como vulgarmente se dice, nos ha tocado la lotería.

El Decano no pudo evitar sonreírse.

—Debo felicitarle, Praelector. He de admitir que ha manejado la situación espléndidamente, para su edad.

—No creo que la edad tenga nada que ver con esto, Decano, excepto en un punto: tuve la fortuna de nacer en un tiempo en que Gran Bretaña aún era la nación más poderosa del mundo y el tráfico de esclavos parecía cosa del pasado. Me atrevería a decir que fue un breve período de la historia, pero, por aquel entonces, el refrán «Palabra de inglés, palabra de rey» aún tenía cierto sentido. Hoy día, ya no. Hombres como Maxwell, aunque, por supuesto, su nombre real era Hoch, y la chusma a la que Wilson ennobleció y la señora Thatcher contribuyó a multiplicar han hecho que lo haya perdido por completo.

—Recientes experiencias me han convencido de que algo no marcha bien —dijo el Decano tristemente—. Ha habido un espantoso deterioro de las normas morales.

—Muy cierto —continuó el Praelector—. Cuando yo era joven y teníamos que fingir que éramos hombres de honor, al menos nos veíamos forzados a comportarnos honorablemente para mantener esa convención. Ésa fue la gran virtud que nos confirió la hipocresía de la época. Y la hipocresía siempre ha sido una cualidad muy inglesa.

El Decano se marchó y el Praelector siguió sentado, reflexionando con aguda melancolía sobre aquel pasado glorioso en el que la corrupción y la mentira no eran normas de conducta aceptadas. Esos males han existido siempre, y seguirán existiendo mientras que el hombre sea hombre, pensaba, pero entonces, al menos, aún no se habían vuelto endémicos y socialmente aceptables. La guerra, las dos guerras mundiales en las que millones de personas murieron luchando por promesas que luego no se cumplieron, habían puesto a Inglaterra de hinojos, hundida moralmente. Y los hombres como Hartang habían medrado. El Praelector estaba dispuesto a dar su vida con tal de impedir que Hartang y los de su laya destruyeran Porterhouse y las románticas virtudes que siempre había encarnado. Se sonrió. Una cosa era ser viejo, y otra muy distinta estar chocho. El Praelector todavía se sentía lúcido, muy lúcido. Pero dejaba que los demás pensasen lo que quisieran.

El Decano se aproximó a la Residencia del Rector con el pulso acelerado. No es que le fallaran los nervios, es que había estado sometido a tantas humillaciones y emociones contrapuestas durante los últimos días, que su confianza en sí mismo había quedado algo cuarteada. Además, le habían repugnado profundamente las violentas y sucias metáforas del lenguaje de Kannabis en las cintas. Ni siquiera en sus tiempos de servicio en la Marina había oído expresiones tan obscenas y degradantes, que en boca del americano sonaban como la cosa más natural del mundo. Y lo peor no era la manera de hablar de aquel indeseable, sino su evidente aceptación de un mundo carente de sentido o de significado; eso era lo que más le había asombrado, asombrado y alarmado. Por una vez, sintió cierta simpatía por el Tesorero, y comprendió que hubiera acabado en un manicomio, aunque en el fondo no pudo evitar alegrarse. Se lo tenía bien merecido, pensaba; había que estar loco para tratar con gentuza como Kannabis o el aún más repugnante Hartang, con su fobia a los cerdos y su obsesión por el anonimato. Mientras escuchaba las cintas, el Decano se había sentido como si las fuerzas del averno hubieran invadido la tierra, y no deseaba relacionarse con ninguno de sus representantes. Sin embargo, había que hacerlo, así que tensó la espalda, se irguió cuan largo era (nada del otro mundo, por cierto) y marchó a paso firme por el césped hasta la Residencia del Rector. Le sorprendió encontrarse con que las puertas vidrieras que daban al

jardín estaban cerradas. Tuvo que rodear la casa y llamar a la puerta lateral.

Abrió Arthur. Tenían puesta la cadena. Detrás de él estaba Henry, el Portero Adjunto.

—Ah, es usted, señor —dijo Arthur—. Espérese un momento mientras quito la cadena.

—¿A qué viene todo esto? —preguntó el Decano—. Nadie va a entrar a robar, digo yo. No hay nada de valor que llevarse.

—Es por el caballero americano que está arriba. Eso de caballero es un decir, usted ya me entiende.

—Ya, ya —dijo el Decano—. No me diga más, Arthur. Tiene toda la razón. ¿Y dónde está el Rector?

—El señor Skullion está con él en su habitación. Se pasa horas allí, aunque no sé qué gracia les encuentra a las ordinarieces que suelta ese individuo. Pero lo tiene en un puño. Hace todo lo que le manda.

El Decano subió las escaleras y se topó con la Enfermera en el rellano.

—Mal asunto este, Enfermera —le dijo—. No sabe cuánto siento que tenga que pasar por este calvario. De verdad que lo siento.

—De calvario, nada —dijo la Enfermera—. Representa un cambio agradable, porque estaba un poco cansada de tratar con toses y catarros y cosas así. Esto tiene mucho más interés. He oído contar muchas historias insólitas, e incluso se ha ampliado mi vocabulario.

—Ya —dijo el Decano, poco convencido. No le hacía mucha gracia tener en Porterhouse a una enfermera especialista en léxico soez y tabernario—. Supongo que sí. Y el Rector, ¿qué tal está?

—Hace mucho tiempo que no tenía tan buen aspecto, señor. Más contento y más como antes del accidente, no sé si me entiende.

—Estupendo —dijo el Decano—. Bueno, no quiero entretenerla más, Enfermera.

Abrió la puerta del dormitorio y retrocedió, estupefacto ante el espectáculo que vio. Un hombre desnudo estaba arrodillado en el suelo frente a la silla de ruedas de Skullion, con las manos levantadas en ademán de súplica.

—¡Señor, ayúdame! ¡Apiádate de mí, Señor! Si me echas de aquí, soy hombre muerto. Me he condenado a muerte. Después de lo que he hecho, joder, como me atrape, me va a asar a fuego lento en un espetón o una barbacoa. Tú ya sabes de qué hablo, Señor, seas quien seas. ¡Por favor, te lo suplico, di que vas a ayudar al pobre Kannabis, Señor! ¡Haré todo lo que me pidas! ¡Lo que sea!

Kannabis se postró a los pies de la silla del inválido, que emitía extraños sonidos. El Decano, habituado a los farfúlleos casi incomprensibles de Skullion después de su paralís, encontraba

aquellos ruidos sumamente desazonadores y alarmantes. El optimismo de la Enfermera al asegurar que el estado de salud de Skullion había experimentado una mejoría espectacular le parecía algo exagerado. Cierto que le veía de espaldas, con el sombrero hongo bien encasquetado hasta las orejas, pero, a juzgar por los sonidos incoherentes que salían de su boca, el Rector no había estado peor en su vida. Después del paralís, Skullion se había podido expresar con más o menos dificultades, pero ahora lo que decía carecía de sentido. Es más, sonaba a camelo... Por otra parte, el hombre que estaba arrodillado frente a él tampoco se expresaba con absoluta coherencia, aunque en lo que decía parecía haber algo de verdad. Como la mitad de las cosas que había oído acerca de Hartang en los casetes fueran ciertas, era indudable que Kannabis lamentaría haber nacido si el dueño de la Transworld le ponía la mano encima.

En cualquier caso, aquel arrastrarse por el suelo tan abyectamente delante de Skullion demostraba tal falta de fibra moral, que al Decano se le revolvieron las tripas.

—¡Por el amor de Dios, levántese inmediatamente, hombre! —dijo al tiempo que irrumpía en la habitación.

Kannabis dio un bote y se volvió a meter en su cama a toda prisa. Desde allí, hecho un ovillo, miraba con los ojos desencajados aquella nueva aparición. El Decano le ignoró. Estaba estudiando a Skullion, a quien ahora podía verle la cara. Para su sorpresa, el Rector le guiñó un ojo, y una amplia sonrisa se dibujó en sus labios. Al mismo tiempo, los sonidos guturales, aquellos espantosos sonidos inarticulados, cesaron por completo.

—Si no le importa, Rector, creo que es hora de que tengamos una charla en privado —le dijo. Y salió de la habitación empujando la silla de ruedas.

Detrás de ellos, en la cama, Kannabis meneó la cabeza descorazonado. Aquel sitio, aquel jodido monasterio, o lo que fuera, con el monstruo del sombrero hongo en la silla de ruedas que le decía cosas incomprensibles, tenía que estar en otro mundo. Era su única esperanza.

—Dígame, Skullion, si es que puede, claro —dijo el Decano—, a menos que le haya dado a usted otro paralís. ¿Por qué hace esos ruidos tan desagradables?

—Me llamó Quasimodo. Quasimodo y, encima, jorobado. No sé qué quiere decir Quasimodo, debe de ser italiano, o español. Pero seguro que es un insulto. Así que pensé: Ahora verás, ya te daré yo Quasimodo. Le he jorobado y bien jorobado, vaya que sí. Para que aprenda, el muy cabrón, y perdone la expresión. Estaba harto de tanto Quasimodo y tanto jorobado —explicó Skullion—. Así aprenderá. Me

paso horas enteras haciendo ruidos y mirándole como un halcón, y no lo puede soportar. Le he destrozado moralmente. Tampoco es que hubiera mucho que destrozar. Es uno de esos yanquis que se creen los dueños del mundo. Le dijo al Praelector que era un ciudadano americano nacido libre y podía borrarnos a todos de la faz de la tierra. Al Praelector aquello no le gustó, y a mí tampoco. Así que me dije: «Amiguito, mal sitio has buscado para decir esas cosas, así que te voy a poner las peras a cuarto, por más que vaya en silla de ruedas y casi no me pueda mover.» Y lo he hecho, sí, señor, lo he hecho. Está ya medio ido, y con unos cuantos días más de tratamiento estará a punto de que lo declaren loco de remate y lo envíen a un manicomio, que es donde, en mi opinión, merece pasarse el resto de sus días.

—Bueno, Skullion… digo, Rector, he de admitir que ha hecho un trabajo excelente —dijo el Decano—. Me preocupó cuando le vi al entrar. Pero… bueno, creo que ya es bastante. Vamos a necesitar del testimonio de ese tarado, y me temo que no nos beneficiaría tener que llevarlo al juzgado en camisa de fuerza. Déjelo estar de momento, Rector. Ya ha hecho más que suficiente.

—Bueno, pero que no me vuelva a llamar Quasimodo ni jorobado, o empiezo otra vez con el tratamiento —dijo Skullion—. Ya puede decírselo bien clarito. Y que no me rece más. No soy un ídolo. ¡Y encima dice que es cristiano! Estos americanos…

—Déjelo de mi cuenta, Rector —dijo el Decano, y volvió a meterse en el dormitorio.

—He venido a advertirle —le dijo a Kannabis—. He venido a advertirle de que he logrado persuadir al Señor Rector para que no tome contra usted las drásticas medidas que había decidido aplicarle. Pero con las siguientes condiciones: por ningún concepto volverá a llamarle en lo sucesivo Quasimodo ni jorobado. Y no volverá a dirigirle la palabra. Y, lo que es más importante, se portará educada y civilizadamente. De no observar al pie de la letra estas reglas, me lavo las manos de toda responsabilidad sobre su integridad personal. ¿Comprendido?

—Sí, señor. Comprendido, señor. Ya lo creo que sí, señor. Lo que usted diga, señor. Joder, qué putada…!

—¡Ah! Otra cosa —dijo el Decano—: en lo sucesivo, moderará su lenguaje. No es costumbre en Porterhouse decir palabrotas. ¿Me ha entendido?

—Sí, supongo que sí, señor —dijo Kannabis, abatido.

—Nada de suponer. No tiene que suponer nada. Obedezca y punto —dijo el Decano, y salió de la habitación dando un portazo.

# 21

Aquella noche, Purefoy Osbert cenó en el Refectorio por vez primera, y, como era su Cena de Admisión, se sentó con los Claustrales Mayores. Pero primero fue recibido en la Sala de Claustrales, donde le invitaron a probar el jerez amontillado especial de Porterhouse, que, según se decía, había sido embotellado en tiempos de la guerra de la Independencia y, ciertamente, era muy añejo y de elevada graduación. Sólo se servía en ocasiones señaladas, raramente más de una vez al año. En principio, el Decano se mantuvo en segundo plano, para poder observar más a sus anchas al nuevo becario de investigación, al tiempo que se aseguraba de que el Maestresala mantuviese la copa de Purefoy siempre llena.

Incluso el Tutor Mayor, que aún mantenía las distancias en lo concerniente a vinos generosos para proteger su hígado, tan delicado últimamente, había prometido asistir y mostrarse sociable.

—Tenemos que averiguar por todos los medios a qué ha venido este joven —le había dicho el Decano, que tuvo que resistirse a la tentación de echarle en cara que no hubiera revelado al Consejo del Colegio que el donante anónimo compartía abogados con Lady Mary. Ya llegaría el momento de ajustar cuentas.

De hecho, la recepción oficial de Purefoy en el Colegio fue bastante más agradable de lo que había anticipado. El Praelector y el Capellán, que, por otra parte, siempre estaba de buen talante, fueron especialmente amables con él. El profesor Pawley le habló de la medida del tiempo desde el momento del Big Bang, e incluso llegó a intentar explicarle la relevancia astronómica de su descubrimiento de la nebulosa Pawley Uno. Y el doctor Buscott, que quería captar al doctor Osbert para su bando de profesores progresistas, le elogió mucho *El tirón de cuello final,* del que había tenido la precaución de leer algunas páginas en la Biblioteca. Para cuando se dirigieron en corporación al Refectorio, Purefoy se había bebido sin darse cuenta cuatro copas del amontillado especial, y estaba empezando a creer que su primera impresión de Porterhouse había sido quizá algo injusta. Entonces le habló el Decano.

—Mi querido muchacho, permítame que me presente —dijo, derrochando bonhomía y afabilidad por todos sus poros—: soy el Decano. Siéntese junto a mí. Deseo que me hable de sus trabajos. Su reputación le precede, amigo mío, y debo confesarle que nosotros no somos más que unos viejos Claustrales que no estamos demasiado al corriente de las especializadas investigaciones que llevan.

Conforme iba dando cuenta de un excelente consomé, del salmón

a la plancha, del delicioso rosbif, del pastel, del queso Stilton y de la fruta, y, lo más importante, mientras trasegaba el Montrachet, el Fonbadet —un viñedo de poca producción pero extraordinario, según puntualizó el Decano con conocimiento de causa—, el Margaux y el Château d'Yquem, Purefoy Osbert fue confiándose más y más. De modo que habló de todo lo que le pasó por la cabeza, incluyendo su teoría de que Crippen era inocente de los crímenes que se le atribuían. Entonces se produjo un silencio embarazoso, pero el Decano, con un hábil puntapié por debajo de la mesa, neutralizó al Tutor Mayor, que se había puesto muy colorado y estaba a punto de empezar a despotricar diciendo que no había oído mayor sarta de chorradas en su vida. El Capellán salvó la situación al manifestar que nunca había comprendido por qué se consideraba el uxoricidio un crimen tan horrendo, teniendo en cuenta que la inmensa mayoría de las mujeres, como la señora Crippen, eran unas marimandonas que les hacían la vida imposible a sus pobres maridos y se tenían bien merecido que las descuartizaran. De nuevo intervino el Decano.

—Debe perdonar a nuestro Capellán —dijo—. Siempre ha tenido debilidad por las faldas.

Aquel enigmático comentario dejó a Purefoy tan asombrado, que no supo qué responder. Pero la conversación ya se había deslizado por otros derroteros, y se hablaba ahora sobre los méritos del Château Lafite, el cual, para el Decano, poseía una textura deliciosamente femenina, y del Château Latour, preferido por el Tutor Mayor por tener un cuerpo más varonil. En otras circunstancias, Purefoy hubiera hallado estas preferencias del Tutor Mayor altamente sospechosas. Pero entonces se sentía feliz, y saboreaba otro pedazo de aquel exquisito queso Stilton. Todos sus prejuicios sobre Porterhouse se habían diluido gracias a la combinación de jerez y otros deliciosos vinos y a la agradable conversación de aquellas personas educadas y gentiles que tanto parecían apreciarlo.

—Me lo estoy pasando de maravilla —le confesó al Decano, que le respondió que se alegraba mucho.

—Siempre es agradable tener caras nuevas a la mesa —dijo.

Luego, el Capellán dio gracias a Dios por los alimentos recibidos, aunque, como lo dijo entre dientes y arrastrando las sílabas, nadie se enteró, y todos se volvieron a la Sala de Claustrales, pero ahora con paso menos firme, a tomar café y oporto o coñac, según el gusto de cada cual. El Tutor Mayor optó por el café, pero Purefoy, que en su vida nunca había bebido tal cantidad de alcohol de una sentada y para entonces estaba ya bastante calamocano, cometió el error de mezclar oporto y coñac, para consternación del Tutor Mayor y satisfacción del Decano, que veía cómo su plan se cumplía a la perfección. Su única preocupación era que pudiera caerse redondo antes de revelar qué

había detrás de aquella beca en memoria del difunto Sir Godber Evans. Cuando le vio aceptar una segunda copa de coñac, se creyó obligado a intervenir:

—Mi querido doctor Osbert —dijo—, permítame que me tome la libertad de darle un consejo: el oporto es una delicia bebido con moderación, pero añadirle coñac es una temeridad que puede resultar nefasta a la mañana siguiente a la alegre noche, no sé si me entiende, ¿verdad, Tutor Mayor?

—Ya lo creo —respondió el aludido—. La otra noche, sin ir más lejos, en Corpus… pero será mejor no hablar de ello.

Pero a Purefoy se le quedó clavada en la mente aquella palabra.

—Hablando de cuerpos del delito —dijo—, ¿saben qué he venido a investigar a Porterhouse?

—Pues no —dijo el Decano, con una campechanía que no sentía en absoluto—. Pero me he preguntado por qué le interesa este Colegio. Diga, diga.

—A que no lo adivina.

El Decano sonrió y prefirió no correr el riesgo de desviar la conversación.

—Dígamelo usted.

Purefoy sorbió beodamente el resto de su copa y la alargó para que se la volvieran a llenar.

—He venido para investigar, en nombre de Su Señoría Lady Mary, quién de los aquí presentes asesinó a su marido. Era Rector de Porterhouse, ¿sabe?

En el silencio que siguió a esta desagradable revelación, el Decano tuvo la presencia de ánimo de responder que, ahora que lo decía, había oído a la gente referirse a Sir Godber Evans como el Rector del Colegio, pero que, en su opinión, quien llevaba los pantalones era Lady Mary.

—Supongo que se podría decir que tuvimos una Rectora en vez de un Rector. Y le aseguro que, de haber querido asesinar a alguien, personalmente la habría escogido a ella, no a él. Sir Godber era un hombre insignificante. Ni siquiera valía la pena molestarse en matarlo.

Se oyeron unas risitas por lo bajini en el grupo de Claustrales. Purefoy se concentró en aquel argumento. Parecía de una lógica aplastante y, sin embargo, había en él algo que fallaba. Tardó un poco en encontrarlo.

—Tiene razón, pero se le olvida un detalle —dijo, trabajosamente —: si hubiera asesinado a Sir Godber, su esposa habría perdido todo su poder, ¿no cree?

—Muy agudo —dijo el Decano—. Un razonamiento perfecto. ¿Y de quién de nosotros sospecha más fundadamente?

—No sospecho de nadie —logró responder Purefoy, que cada vez

hablaba con más dificultad—. Todos son unas excelentes personas, por lo que veo.

—Que no debe de ser mucho, a juzgar por su estado —dijo el Praelector, y se levantó de su butaca, dispuesto a retirarse—. Debo decir que es la primera vez, en una larga vida, que se me acusa de asesinato. Una nueva sensación.

Pero el Tutor Mayor no se tomó aquella acusación tan a la ligera.

—¡En mi vida he oído nada más monstruoso! ¡Por el amor de Dios! ¡Nombrar a un becario para que demuestre que uno de nosotros asesinó a su condenado marido! Lo primero que pienso hacer mañana, en cuanto me levante, será llamar a mi abogado. Esa mujer va a pagar por esto —dijo, y salió como una exhalación tras el Praelector.

Purefoy Osbert siguió sentado entre el Decano y el Capellán, que se había quedado roque, y soñaba con las dependientas de los grandes almacenes Boots.

—Beba, beba, mi querido muchacho —dijo el Decano, y le pasó la botella del oporto—. Ah, Simpson, creo que el doctor Osbert tomará otra taza de café. —El Maestresala le sirvió el café—. Gracias, ya puede retirarse. Buenas noches.

Esperó a que Simpson saliera de la estancia antes de continuar su interrogatorio. Para entonces Purefoy Osbert estaba borracho perdido.

—¿Y qué le hace sospechar a Su Señoría que su marido fue asesinado? —preguntó el Decano—. Tenía entendido que, tras una ingestión excesiva de su escocés favorito, sufrió una caída accidental y se fracturó el cráneo contra la chimenea. O al menos eso es, ciertamente, lo que dijo el juez de instrucción.

—Ya lo sé —dijo Purefoy—. Lady Mary me dio a leer las notas que tomó durante la vista. Estoy al corriente de todos los detalles.

El Decano tomó nota de este hecho mentalmente. Aquella condenada mujer se había tomado muchas molestias, según parecía. Y ahora estaba dispuesta a gastarse seis millones de libras. Muy interesante. Lo que dijo Purefoy a continuación fue incluso más revelador.

—También he leído el informe del forense —dijo.

—¡No me diga! ¿Y ese informe corrobora las tesis de Su Señoría?

—Ella afirma que su marido no estaba borracho aquella noche.

—¿Y? —dijo el Decano, dándole pie—. ¿Y?

—La autopsia demuestra que no lo estaba.

—Pero el informe del forense, si no recuerdo mal, decía que había bebido gran cantidad de whisky —dijo el Decano.

—Pero eso no significa que estuviera ebrio cuando se golpeó la cabeza contra la chimenea.

—¡No me diga! ¿Y eso quién puede saberlo?

—Usted no, pero yo sí —dijo Purefoy—, por la sencilla razón de

que no estaba en la sangre que derramó.

—¿La sangre que derramó? No comprendo.

—La sangre que salió de la herida. Tenía el estómago lleno de whisky, pero no había alcohol en la sangre que derramó. Así que no podía estar borracho, ¿comprende? El whisky llegó a su estómago cuando ya estaba muerto.

El Decano se quedó callado. Por primera vez sintió cierta inquietud respecto del doctor Osbert. Aquel hombre podía estar como una cuba, pero la claridad de su razonamiento era meridiana. Lady Mary había escogido a su enviado con gran perspicacia.

—¿Así que usted sostiene que Sir Godber fue asesinado? —preguntó.

—Aún no lo sé. Sólo me fío de los hechos y me faltan datos para formarme una opinión...

Purefoy miraba fijamente la pared de enfrente, como si el Decano no existiera. Pero su mente seguía hilando muy finamente aquel hilo de indicios y sospechas.

—¿Y bien? —le animó el Decano.

—El móvil —dijo Purefoy—. Supongamos que fue asesinado. Hay que encontrar un móvil... Veamos. El Decano y el Tutor Mayor tenían un motivo poderoso. Ambos iban a ser destituidos y despedidos. Me lo dijo Lady Mary. Sí, ambos tenían el móvil. Pero también la coartada. Estaban los dos en la fiesta de no sé qué general, y podían demostrarlo. Una coincidencia de lo más conveniente.

El Decano permanecía inmóvil en su sillón, escuchando. Era como escuchar a un hombre que hablara en sueños. Y todo lo que decía era de una lógica aplastante.

—Pero también otros tenían motivos para matarle. El Portero Mayor, Skullion. Le habían despedido. Y había jurado vengarse. Quería recuperar su empleo, y si Sir Godber moría, podría conseguirlo. El Decano y el Tutor Mayor procurarían que le volvieran a aceptar en el Colegio. Se lo deberían. Así pues, ¿dónde estaba el Portero Mayor aquella noche? He aquí una pregunta a la que hay que encontrar respuesta.

Reinaba un silencio casi absoluto en la habitación, apenas roto por el suave roncar del Capellán y el tictac ominoso del reloj. La inquietud del Decano se había tornado en miedo cerval. Aquel razonamiento era impecable. Ni él ni el Tutor Mayor habían sido invitados a la fiesta de Sir Cathcart. Fueron allí con la esperanza de poder convencer al general de que utilizara su influencia para librar al Colegio del maldito Sir Godber. Y durante su ausencia el Rector resultó mortalmente herido. Un accidente, por supuesto. No cabía la menor duda de que no fue asesinado. Pero escuchar a aquel joven que en su embriaguez pensaba en voz alta resultaba a la vez misterioso y

un poco inquietante. Era como si el doctor Osbert fuera el fiscal en un juicio y lentamente, pero de un modo inexorable, aportara las pruebas que hacían cada vez más sólida su acusación. En la Torre del Toro las campanas dieron las doce. Medianoche. Y el becario seguía desgranando sus pensamientos.

—¿Y por qué no volvió Skullion a su antiguo puesto de Portero Mayor? —preguntó.

El Decano no respondió. Quería oír la respuesta del doctor Osbert a esa pregunta.

—Pues porque el Decano y el Tutor Mayor declararon que el Rector, mientras agonizaba, había nombrado a Skullion su sucesor. Pero ¿por qué habría de hacer Sir Godber tal cosa, cuando detestaba a aquel hombre? No tiene el menor sentido.

El Decano había pensado lo mismo en su momento, pero Purefoy tenía una explicación para ello.

—Veamos. El Decano y el Tutor Mayor declararon que el moribundo nombró a Skullion. Nadie más estaba presente para corroborar esta aserción. Sí, ahora encaja todo. Nombraron Rector al Portero Mayor como recompensa por hacer el trabajo sucio, o para cerrarle la boca. O por ambas cosas. Esto ya va encajando. Vaya que sí.

Purefoy hizo una pausa, y el Decano decidió intervenir. Aquella acusación era demasiado aberrante para hacerle oídos sordos.

—Pero Skullion había tenido el paralís de Porterhouse —dijo—. Estaba incapacitado.

Con la mirada todavía perdida en la pared de enfrente, Purefoy reflexionó sobre este punto.

—¿Cuándo se ha visto que un hombre capa... incapacitado vaya a la cárcel en silla de ruedas? —preguntó, y él mismo se contestó—: Nunca. ¿Un anciano paralítico, que no puede ni hablar, en prisión? Eso es imposible. Y, sin embargo, van y nombran a Skullion, el Portero Mayor, Rector de Porterhouse, el Colegio más esnob de todo Cambridge. Tiene que haber una razón...

Pero no pudo encontrarla. De pronto, Purefoy Osbert se inclinó lentamente hacia delante en su silla y cayó de bruces en la alfombra. Por un instante, el Decano se quedó mirando aquella figura desmadejada. Ya no había desprecio en su rostro, sólo una mirada que reflejaba a la vez miedo y admiración. Su odio lo reservaba para Lady Mary.

El Decano se levantó, salió de la Sala de Claustrales y cruzó el patio en dirección a la Portería.

—Walter —le dijo al Portero Mayor—, el nuevo becario necesita que le echen una mano para subir a sus habitaciones... Y, de paso, despierta al Capellán.

—¿Pierde pronto la cabeza, señor?

—Más o menos, Walter, más o menos —le respondió el Decano.

Pero no lo dijo muy convencido. Si el titular de la beca de investigación Sir Godber Evans podía realizar borracho como una cuba aquella serie de amenazadoras deducciones, sobrio podría resultar peligrosísimo. Peligrosísimo, por más equivocado que estuviera. El Decano subió las escaleras hasta sus habitaciones de muy mal humor. Siempre había pensado que la razón pura puede llegar a ser muy peligrosa. En Cambridge la razón pura significaba poder, y, como el poder, tendía a corromper. Habría que hacer algo, y pronto, acerca del doctor Osbert.

# 22

Edgar Hartang no estaba interesado en la razón, pura o no, pero sabía que había que hacer algo, y pronto, acerca de Kannabis. Había estado conferenciando durante horas con sus abogados, y lo que le dijeron Schnabel, Feuchtwangler y Bolsover no le resultó precisamente agradable.

—Si creen que porque ese hijo de puta de Kannabis perdió los papeles en Porterhouse y se cargó el jodido Colegio, voy a aflojar los veinte millones de libras, es que están tan locos como él —fue su primera reacción.

—Nosotros nos limitamos a explicarle las consecuencias legales de los hechos que nos ocupan —le respondió Schnabel—. Y si los hechos que aducen los consejeros legales del Colegio en su carta son ciertos, la responsabilidad, sin duda, recae sobre Transworld. Así son las cosas, y nosotros no podemos llegar a otra conclusión.

Dos días más tarde, las cosas habían empeorado aún más, y Skundler, que había perdido diez kilos en una semana de convivencia forzada con un hombre que le repetía constantemente que iba a hacer que le asesinaran de la manera más dolorosa posible, recibió órdenes de llamar a los independientes para que buscaran a Kannabis.

—¡No, no llames a los de Chicago, todavía no! —le gritó Hartang —. Personal local. Y por teléfono, Skundler. Tú de esta oficina no sales hasta que yo te lo diga.

El equipo local informó, tras hacer sus pesquisas de que, casi con toda seguridad, Kannabis seguía en Porterhouse, lo cual, unido a una nueva carta de Waxthorne, Libbott & Chaine en la que le anunciaban, evasivamente, que poseían «ciertas pruebas» que podían resultar gravemente comprometedores para él, provocó que Hartang tuviera un nuevo acceso de ira.

—¡El muy hijo de puta ha cantado! —les gritó a sus abogados—. Voy… voy a crucificar a ese… a ese…

No encontró la palabra adecuada.

—Al parecer, se ha cubierto las espaldas —le dijo Bolsover—. Ha firmado una especie de declaración jurada o de confesión.

—¡Ya sé lo que es cubrirse las espaldas! —bramó Hartang—. ¿Y qué coño quieren decir con esto de nuestras actividades subsidiarias? A ver, explíquenmelo.

—Pues, en fin, se supone que… —terció Feuchtwangler en ayuda de su colega, pero dejó la frase en el aire.

—¿Qué se supone? ¿Qué? No hay que suponer nada. Ya sé lo que ese… —Se volvió hacia Skundler—. ¿Qué tiene Kannabis en la cabeza?

Me refiero a datos y cifras, capullo, no a neuronas. ¿Qué puede haberles contado a esos mamones?

Skundler intentó escurrir el bulto a la desesperada.

—Bueno, señor, como vicepresidente, tiene acceso a muchos datos. Y es un individuo muy retorcido...

—Sí, ya me estoy dando cuenta. Dime algo que no sepa.

—Bueno, K. K. tiene memoria fotográfica, señor Hartang. Es una especie de archivador lleno de números de cuenta, fechas de envío, movimiento de fondos y...

—Joder! —dijo Edgar Hartang, y se pasó una mano por la frente. Sudaba copiosamente. Hubo un prolongado y terrible silencio. Finalmente, volvió a hablar—. Llama a los independientes... a Chicago... —empezó, pero Schnabel le cortó haciendo un alarde de valor.

—Yo... Nosotros nos permitimos desaconsejarle cualquier acción que pudiera empeorar la situación —dijo.

—¿Empeorar? ¿Aún más? ¿Quieren que me quede cruzado de brazos?

—No he dicho eso. Sólo quiero que tenga presente que no vemos en la carta de los abogados de Porterhouse el menor indicio de que vayan a pasar de la acción civil a la criminal. Al menos, ésa es nuestra opinión.

Sus dos colegas, sentados junto a él, asintieron con la cabeza.

Hartang se mordió los puños, intentando contener la rabia.

—¡Los muy hijos de puta me hacen chantaje! ¿Es eso lo que me quieren decir?

—Nosotros no lo llamaríamos así —dijo Bolsover—. Digamos que están negociando.

—Llámelo como quiera. Yo lo llamo chantaje.

—Y además, nos atreveríamos a decir que tienen escondido a Kannabis a buen recaudo en algún lugar donde no podamos dar con él. Y cualquier acción que pudiera...

—¿Empeorar las cosas? Mensaje recibido —dijo Hartang—. O sea, que no me queda otro remedio que pagar los veinte millones, o más. ¿No es eso?

—Hay que negociar un acuerdo —dijo Feuchtwangler—. No vemos otra solución.

—Me la han metido, y sin vaselina. Estoy jodido y bien jodido. Me la ha metido, y sin vaselina, un mamón que va por ahí con un traje del Ejército de Salvación. ¡Y todo porque les quería echar una mano! Veinte millones no es una broma. ¿Y qué consigo con ello? Nada. Cero.

«Por lo menos, consigue que no le metan en la cárcel», pensaron al unísono los abogados, pero se guardaron muy mucho de decir esta

boca es mía.

—De acuerdo, negociaremos. Pero cuando salga de ésta...

—Sólo una cosa más, señor Hartang. Necesitamos que Ross Skundler venga con nosotros.

—¿Qué? ¡Ni hablar! Ése no pinta nada en las negociaciones. Skundler se queda aquí conmigo. Tenemos un asunto pendiente —dijo Hartang, lívido de rabia.

—No es para las negociaciones —dijo Schnabel—. Le necesitamos para que nos diga todo lo que sabe Kannabis. Así iremos más preparados a la reunión con los abogados de Porterhouse. Y, además, en calidad de jefe del Departamento de Baremación, nos puede simplificar enormemente las cosas.

Hartang se lo pensó un momento antes de responder. De hecho, ya estaba más que harto de aquel cobardica de Skundler, que se pasaba el día temblando en un rincón.

—Vale —dijo—. Pero que no salga del edificio. Sólo me faltaría que se me pasara otro más al enemigo.

Mientras bajaban en el ascensor, Ross Skundler agradeció efusivamente aquel gesto a los abogados.

—Les debo una —dijo—. Me han salvado la vida, de verdad.

—No queremos más derramamiento de sangre, eso es todo —dijo Schnabel—. No es nuestro estilo. Y ese viejo cabrón se va a tener que cubrir las espaldas un poquito más ahora que Kannabis se ha pasado al otro bando, o, si no, va a acabar hecho salchichas. Según parece, Dos Passos está en la ciudad.

—Joder! —dijo Skundler—. Realmente, les debo una.

—Le voy a decir una cosa —dijo Bolsover—. Aquí el único que debe es Hartang: veinte millones, más las costas judiciales. No hay nada que negociar. Waxthorne, Libbott & Chaine lo tienen cogido por las pelotas.

—¿Cree que intentará liquidarlos? —le preguntó Feucht-wangler.

Bolsover sonrió.

—No dudo que lo intente, pero no podrá. He hecho mis averiguaciones. Esos señores llevan muertos más de treinta años.

El ascensor bajó de la décima planta al vestíbulo. Skundler siguió a los abogados fuera del edificio. Aquellos tres hombres eran su única esperanza.

En Cambridge, el Range Rover del general Sir Cathcart D'Eath estaba aparcado en el caminito frente a la entrada de la Residencia del Rector. Amarrada a la parte trasera había una caravana de las que se usan para transportar caballos, cuya trampilla estaba abierta.

—Todo listo, señor —dijo Arthur—. No hay moros en la costa. Ya puede salir.

—¡Deprisa, yanqui! ¡Venga, adentro! —dijo el general, y Kannabis se metió de un salto dentro de la caravana.

El criado japonés del general levantó la trampilla y echó la llave. Luego, el Range Rover salió como una exhalación camino del castillo de Coft. Desde una de las ventanas de la planta baja, Skullion lo vio marchar con pena. Había disfrutado de lo lindo dándole caña a aquel americano.

En el bufete de Waxthorne, Libbott & Chaine, Abogados, el Praelector leía estupefacto la declaración jurada que había firmado Kannabis.

—He de admitir que no comprendo la mitad de los términos que utiliza —dijo—, pero mi impresión general es que, como se dice vulgarmente, ha dejado al tal Hartang con el culo al aire. Por lo que veo, ese hombre es el… digamos banquero de una serie de cárteles de traficantes de drogas. ¿No es así?

El señor Retter asintió con la cabeza.

—Por supuesto, no disponemos de pruebas para acusarle de nada —se apresuró a añadir el abogado—. Y, precisamente por eso, hemos tomado la precaución de redactar dos declaraciones distintas. En la primera se atribuye exclusivamente a Transworld Televisión Productions la responsabilidad por los daños ocasionados a la Capilla, y en general, a los edificios del Colegio, así como por los perjuicios físicos y mentales causados a más de cuatrocientos estudiantes en un momento especialmente crucial en sus vidas, es decir, justo antes de los tripos, con efectos seguramente fatales para sus carreras.

El Praelector reflexionó acerca de la palabra «crucial» y le consideró inapropiada en aquel contexto.

—Lo dudo mucho —dijo—. La mitad de esos zoquetes iban a suspender de todas formas. En mis tiempos se decía, para disimular, «quedar por debajo del aprobado».

—¿No cree que es demasiado pesimista? —preguntó el señor Wyve, pero el Praelector no se ablandó.

—El Colegio nunca ha sido famoso por su elevado nivel académico. Personalmente, siempre he preferido pensar que ejercemos sobre nuestro alumnado una influencia civilizadora.

—De eso no cabe la menor duda. Sin embargo, y como no es humanamente posible saber cuáles habrían sido los resultados de los exámenes de no haber tenido lugar ese suceso tan traumático para los estudiantes, creo que nos es lícito suponer que las notas habrían sido, generalmente, excelentes. Y, además, hay que considerar el sufrimiento físico y mental infligido a los becarios y al personal docente, que habrá, sin duda, repercutido en su rendimiento profesional. Podríamos asegurar, sin temor a equivocarnos, que

descubrimientos científicos de la mayor relevancia se han visto arruinados o, al menos, retrasados por esa causa.

—Usted puede asegurar lo que considere oportuno —dijo el Praelector—, pero no me cabe en la cabeza que nadie en su sano juicio pueda dar crédito alguno a semejante idea.

—Y, sin embargo, ¿quién sabe? Nadie puede negar taxativamente esa posibilidad. Y el daño ocasionado a uno de los monumentos arquitectónicos más antiguos de Cambridge es un hecho incontrovertible.

El Praelector estaba de acuerdo en este punto. Porterhouse podía carecer de sustancia intelectual, pero no cabían dudas acerca de la singular magnificencia de sus edificios.

—¿Qué posibilidades cree que tenemos de que Hartang acceda a firmar un acuerdo antes que ir a juicio? —preguntó—. Porque eso nos ahorraría una enorme cantidad de tiempo y de dinero.

El señor Retter cruzó una mirada de inteligencia con su socio. El señor Wyve respondió.

—Eso es aún más difícil de saber. Estas cosas tienden a retrasarse meses, e incluso años, ya sabe. A nosotros sólo nos cabe confiar en que la Transworld comprenda la licitud de nuestra petición y decida no prolongar inútilmente el curso legal del caso.

—Yo diría que la segunda declaración jurada podría acelerar las cosas notablemente —dijo el Praelector.

—Es posible —dijo el señor Retter, y tomó el documento que le tendía su cliente—. Digamos que lo mejor será guardarlo como reserva, por si acaso. No creo que sea necesario añadir nada más, no sé si me entiende.

El Praelector lo entendía perfectamente. Había reconsiderado su opinión sobre el señor Retter y el señor Wyve. La Justicia podía ser ciega, pero aquellos dos abogados tenían una vista de lince.

# 23

El Decano se levantó antes de lo habitual. Por lo general, después de una Cena de Admisión, se quedaba enroscado en la cama hasta tarde, pero aquella mañana tenía una poderosa razón para no quedarse remoloneando. Tenia que prevenir al Tutor Mayor para que no cometiera la locura de hablar con su abogado, como había amenazado con hacer la noche anterior, acerca de la acusación de asesinato que había insinuado el nuevo becario. El Tutor Mayor era hombre impetuoso, y, teniendo en cuenta el peligroso razonamiento de Purefoy durante la noche anterior, consideraba indispensable que ni su colega ni él dieran ningún paso en falso que pudiera interpretarse como una tentativa de defensa ante lo que no podía menos que calificarse como un completo absurdo.

—Tutor Mayor, si pudiera concederme un minuto, tenemos que tratar un asunto —le dijo, cuando se cruzó con él a la entrada del Refectorio.

—Si es sobre las acusaciones que ese impertinente jovenzuelo se permitió hacer anoche, no creo que haya nada que discutir. Tengo una cita con mi abogado a las once. Le llamé a su casa por teléfono esta misma mañana a primera hora. No me voy a quedar sin hacer nada mientras se me abofetea públicamente de esta manera.

—Tiene usted mucha razón —asintió el Decano—. Quizá si diésemos un paseíto por el Jardín, podríamos discutir con más tranquilidad qué medidas tomar a propósito de ello.

Más tarde, mientras caminaban arriba y abajo por el sendero flanqueado de árboles, y una vez que el Tutor Mayor hubo amenazado, como siempre, con echar a patadas a ese cretino, el Decano fue directo al meollo de la cuestión.

—El doctor Osbert estaba anoche borracho perdido —dijo—. La mezcla de oporto y coñac es particularmente dañina para el organismo.

El Tutor Mayor respondió que era consciente de ello por propia experiencia, y que se lo tenía bien merecido aquel cretino, por embustero y por canalla, y que ojalá la resaca no le dejara moverse de la cama en un mes.

—No puedo estar más de acuerdo —dijo el Decano—. Pero lo que intento que comprenda es que, en cierto sentido, deberíamos estarle agradecidos a ese miserable por habernos confesado sus intenciones y, lo que es más importante, la razón por la que ha sido nombrado becario. Ahora ya sabemos qué quiere Lady Mary a cambio de los seis millones. Y quien está sobre aviso no duerme confiado.

—Yo sí que le voy a dar un buen aviso a ese cabrón. Nadie me llama asesino en mi cara. Ese cretino lamentará haberme acusado.

—Estoy seguro de que ya lo hace en estos momentos —dijo el Decano, y decidió que ya era hora de bajarle los humos al Tutor Mayor—. Francamente, creo que no fue nada perspicaz por su parte el aprobar esta beca así como así, sin investigar previamente sus credenciales.

—¿Qué demonios quiere decir con eso? —preguntó el Tutor Mayor muy soliviantado—. Estaban en juego seis millones de libras y, en cualquier caso, ese hombre venía con las mejores referencias.

—De Lapline & Goodenough, sin duda —dijo el Decano, descubriendo su juego.

El Tutor Mayor le miró de hito en hito.

—¿Cómo demonios...? ¿Cómo sabe eso?

—Porque —dijo el Decano—, si no recuerdo mal, fueron ellos los que representaron legalmente a Lady Mary cuando la investigación sobre la muerte de su marido. Supongo que usted también lo advirtió.

El Decano se sonrió para sus adentros. Ayudaría a su colega a salvar las apariencias, y así lo tendría de su parte.

—Pues, ahora que lo dice... —murmuró el Tutor Mayor dócilmente—. Ya en su momento me intrigó la... el anonimato del donante...

—Tampoco habría cambiado nada haberlo sabido con antelación. No podríamos, aunque quisiésemos, permitirnos el lujo de hacerle ascos a semejante cantidad de dinero. —El Decano había pescado el pez, y no había necesidad de usar el salabre—. El quid de la cuestión es que, después que usted se retiró anoche a sus habitaciones, me quedé a escuchar lo que tenía que alegar nuestro agudo becario, y he de confesarle que, si bien su argumentación es del todo errónea, se encuentra en posesión de suficiente evidencia circunstancial para poder inducirnos a emprender una querella por difamación que nos...

—¿Inducirnos? ¿Por qué dice «inducirnos» a una querella por difamación? Tenemos todas las de ganar. Y estoy hablando de cuantiosas compensaciones económicas.

—Es posible. Pero ¿quién las iba a pagar? ¿El doctor Osbert? Permítame que lo dude. Seguro que es más pobre que una rata. Lo único que ganaríamos sería mala publicidad.

—Lady Mary lo ha enviado aquí en su nombre. Usted mismo dice que es ella quien ha financiado la beca. Y esa mujer es enormemente rica.

—Pero, incluso si pudiéramos probar que es ella la misteriosa mecenas, el difamador sería el doctor Osbert. Aparte de aquel ataque de histeria que tuvo durante la investigación judicial, Lady Mary no ha dicho hasta el momento ni una sola palabra en público a propósito

de este asunto —dijo el Decano—. Nos enfrentamos a un formidable contrincante.

El Tutor Mayor miraba fijamente el suelo de gravilla mientras caminaban. Había que reconocer la solidez de las razones del Decano. Y, al mismo tiempo, aquella situación era del todo intolerable.

—Pero ¿qué podemos hacer? —preguntó finalmente—. No podemos quedarnos impasibles, sin más, y dejar que ese individuo vaya por ahí acusándonos de asesinato impunemente.

—No puedo estar más de acuerdo con usted —dijo el Decano—. Lo que propongo que hagamos es intentar encontrar un medio de pararle los pies, pero aún no he tenido tiempo suficiente para reflexionar sobre la materia tranquilamente. Lo único que podemos hacer, de momento, es esperar a que dé el siguiente paso. Y, mientras tanto, en lo que a mí respecta, voy a iniciar una campaña de insistente afabilidad, que, sin duda, le fastidiará enormemente. Y le aconsejo que haga otro tanto.

Antes de separarse, el Tutor Mayor le prometió que cancelaría la cita con su abogado y procuraría disfrazar su hostilidad hacia Purefoy bajo una espesa capa de empalagosa amabilidad.

—Haré lo que pueda —dijo—. Pero me va a resultar extremadamente difícil. Ese condenado…

Y, de hecho, Purefoy se sentía aquella mañana como un condenado… a muerte. Su estado físico y mental no era tan deplorable como el del Tutor Mayor después de su famosa cena en el Corpus (Purefoy era joven y de constitución fuerte), pero era bastante malo. Y, para empeorar las cosas, además no se acordaba de nada de lo que le había dicho al Decano aquella noche, ni siquiera de si le habría dicho algo o sólo lo habría pensado para sus adentros. Pero estaba casi seguro de que se le escapó que Lady Mary había desembolsado el dinero de la beca; y, lo que era aún peor, creía haber explicado también con gran lujo de detalles las razones ocultas detrás de aquel acto caritativo para con el Colegio. Podía recordar también vividamente los comentarios despectivos del Decano sobre Sir Godber. Y luego se habían tomado aquella acusación con bastante sangre fría, aunque al final el Tutor Mayor perdió los papeles y se marchó dando un portazo. Purefoy, finalmente, se arrastró fuera de la cama, se duchó, se afeitó y, cuando bajaba las escaleras de puntillas para ir corriendo a esconderse en la Biblioteca hasta que pasara la tormenta, se topó con el Tutor Mayor en el rellano.

—Buenos días, doctor Osbert —dijo el Tutor Mayor, y le sonrió de una manera de lo más inquietante—. Espero que haya dormido bien. Si hay algo que pueda hacer para que disfrute de su estancia entre nosotros, no dude en comunicármelo. Estoy casi siempre en mis

habitaciones, y será un placer para mí poder charlar con usted. ¿Por casualidad no practica el remo, o cualquier otro deporte?

Purefoy consiguió a duras penas sonreír mansamente y reconoció que, por desgracia, no remaba ni practicaba ningún otro deporte. Acto seguido, se escabulló escaleras abajo, convencido de que el Tutor Mayor le quería seducir.

Y quedó más convencido aún de que aquel Colegio era un nido de invertidos cuando se encontró con el Decano junto a la Portería. El anciano le saludó casi efusivamente.

—¡Qué velada más agradable la de anoche!, ¿verdad? Aunque me temo que hoy hemos tenido que pagar sus consecuencias con la resaca. Pero valió la pena. Es una delicia cenar entre amigos, y compensa pagar ese pequeño precio. Una delicia.

Y el Decano prosiguió su camino, en apariencia tan contento, dejando a Purefoy aún más confuso que antes acerca de Porterhouse. Por más cosas que pudieran decirse de los Claustrales Mayores, no se podía negar que tenían aplomo.

Purefoy salió por la Puerta Principal a la calle y cruzó lentamente el puente en dirección a la Biblioteca de la Universidad. Por el Cam navegaban algunas bateas, pero todas iban ocupadas por turistas.

El Decano, entretanto, estaba haciendo algo que muy raramente había hecho antes. Se encontraba en las habitaciones de Purefoy, hurgando entre sus papeles mientras el Tutor Mayor vigilaba por la ventana.

—Aquí tenemos algo interesante —dijo el Decano por fin—. Échele una ojeada a esto y dígame qué le parece. Yo miraré por la ventana.

Y le pasó una carta y una fotocopia a su colega, que éste leyó con interés creciente.

—¡Que me aspen! —exclamó el Tutor Mayor cuando acabó de leer aquello—. ¿Quién habría dicho que esa rata de biblioteca es un pervertido? Ahora me explico por qué no rema ni practica ningún deporte decente.

—Bueno, al menos ahora sabemos cuál es su punto débil —dijo el Decano, y se apresuró a fotocopiar ambos documentos en la oficina de la Secretaria del Colegio antes de volver a dejarlos exactamente donde los había encontrado.

—Así que a nuestro amiguito le gustan las negras, ¿eh? —dijo el general Sir Cathcart D'Eath cuando se lo contaron, aquella misma noche—. Siempre resulta de utilidad saber cuáles son los puntos flacos del enemigo. Aunque no se lo reprocho. En mis buenos tiempos me comí algunos pastelitos negros muy sabrosos. Recuerdo muy bien a una chavalita de Sierra Leona. Se llamaba Ruby. Ruby Condones.

¡Joder, sabía poner a un hombre a cien!

Pero el Decano no estaba interesado en los recuerdos del general. Las recomendaciones de Madame Ma'Ndangas sobre masturbación y técnicas masturbatorias le habían parecido tan repugnantes como reveladoras desde el punto de vista psicológico.

—¿Cree que esto puede servirle de algo? —le preguntó el Decano al general.

—Pues la verdad es que el sexo manual no me tira —dijo el general—, aunque diría que el método del aguacate puede ser útil en un caso desesperado. Pero tendría que ser un aguacate en el punto exacto de maduración. Supongo que se podría conseguir la temperatura adecuada metiéndolo un rato en el microondas.

—¡Por el amor de Dios, Sir Cathcart, eso no me interesa! Le preguntaba si puede servirle para neutralizar a Osbert —dijo.

En ocasiones encontraba francamente insoportable aquella familiaridad del general con los aspectos más sórdidos de la vida. Por supuesto, no podía compararse con el repugnante Jeremy Pimpole, que era el acabóse, pero aun así... Y el doctor Osbert y su amante, Madame Ma'Ndangas, eran, obviamente, pervertidos de la peor estofa. Una mujer que escribía tan entusiásticamente acerca de cosas que nunca se le habían pasado por la cabeza al Decano en toda su vida, ni siquiera en sus momentos de mayor necesidad sexual (rápidos y espaciados, por otra parte), tenía que pertenecer a la hez de la sociedad. Y el doctor Osbert estaba locamente enamorado de aquella mesalina. Se deducía claramente de la carta de Madame Ma'Ndangas, escrita en contestación a otra que le había enviado él. Como le dijo luego el Decano al Tutor Mayor, sus padres no escogieron precisamente un nombre apropiado para su retoño.

—¡Puro de fe, sí, sí...! ¡Me río yo de la pureza de ese individuo!

Pero ahora lo importante era hacer que Sir Cathcart dejase de pensar en las posibilidades consoladoras de los aguacates.

—Lo que quiero que me diga es si podemos o no hacer uso de esta información para obligarle a interrumpir sus investigaciones sobre las circunstancias de la muerte de Sir Godber Evans. He tenido que sudar tinta esta misma mañana para convencer al Tutor Mayor de que no le pusiera una querella por difamación.

El general se quedó de piedra.

—No me irá a decir que los ha acusado de asesinato por escrito...

—No, no ha escrito nada. Pero lo ha dicho. Anoche, en la Sala de Claustrales.

—En tal caso, es calumnia, no difamación. Hay que ponerlo por escrito para que sea difamación. Me sorprende que no sepa la diferencia.

—Quizá no la sé porque no me muevo en esos círculos en que la

gente escribe atrocidades sobre los demás a la primera de cambio —repuso el Decano—. Y volviendo al doctor Osbert...

—Me está pidiendo que me ocupe del asunto, ¿no es eso?

El Decano dudó. Ciertamente, había que hacer algo para detener al inquisitivo becario, pero no estaba seguro, ni mucho menos, de la conveniencia de que Sir Cathcart «se ocupara» de él. El general tenía demasiados amigos en los cuerpos especiales. A saber lo que podría pasar.

—Lo ideal sería ponerle en una situación que comprometiera su reputación, de manera que pudiésemos persuadirle de que no llevase sus indagaciones adelante. O, al menos, de que no molestase al pobre Skullion. Y, naturalmente, no quiero que el doctor Osbert sufra ningún perjuicio físico.

—Creo que, si sigue los consejos de esa negra, el pobre hombre se perjudicará él sólito —dijo el general—. Una vez conocí a un tipo que se quedó atascado en una botella de leche. Y no se atrevía a romperla, por miedo a desgraciarse para siempre. Hubo que llamar a los de sanidad, pero ni ellos sabían qué hacer. Así que nos lo llevamos corriendo al hospital; ya no me acuerdo de cómo le quitaron aquella cosa. Me lo dijo, por si me pasaba algún día, pero se me ha olvidado. Desde entonces no he tocado una botella de leche.

El Decano dio un respingo.

—No creo que haga falta una solución tan drástica, Sir Cathcart —dijo—. Pensaba más bien en cómo satisfacer, en beneficio nuestro, su evidente necesidad de perversiones sexuales. —Y dejó que el general sacase sus propias conclusiones.

—¡Ah! —dijo Sir Cathcart—. Sí. Ya entiendo. Ya veo lo que quiere decir. Creo que se puede arreglar. Conozco a una joven en Rose Crescent que estará encantada de prestarnos su cámara de tortura.

—Pero por el amor de Dios, Cathcart, ¿es que no me ha oído? Le he dicho que no quiero violencia.

—Nada de violencia, muchacho. Sólo lo atará, le hará cosquillas y le pegará unos azotitos en el culete. Nada del otro mundo. Y resulta bastante divertido, para variar, se lo digo yo.

- *¿Y* es negra esa mujer? —preguntó el Decano, que no le veía la diversión a ser amordazado y azotado.

—¡Pues claro que no es negra! Blanca como la nieve —dijo el general—. Pero le voy a contar un secreto que le interesará...

—No, no —dijo el Decano—. No me cuente nada.

Pero a Sir Cathcart ya no había quien le parase.

—Tenemos toda clase de mujeres en un campo de entrenamiento cerca de Hereford, ¿sabe?, y cuando se adiestra a los muchachos para ver si aguantan la presión de un interrogatorio, los ponen en pelotas en un cuarto con los ojos vendados y les hacen entrar a esas...

—No, mire, si no le importa, no quiero saberlo —suplicó el Decano.

—¡Pero si no tiene nada de malo! No les hacen daño, sólo los humillan un poco. Y es muy conveniente saber esas cosas. Uno no puede vivir toda la vida en un mundo de ensueños románticos.

—Pues yo lo prefiero, y con mucho, se lo aseguro. De verdad. El ser humano no puede soportar demasiada realidad. O, por lo menos, yo no.

—Usted verá. Yo lo único que le digo es que allí tienen de todo. Chinas, indias... irlandesas, por supuesto. De todas clases. Según me han dicho, hay incluso una esquimal. Y rusas a montones, y también alemanas. Pero la que tengo en mente para nuestro amiguito es una zulú que tiene un cuerpazo que tira de espaldas. Si le gustan grandes y negras, no busque más.

—¡A mí qué me va a gustar una tía así! —dijo el Decano, que estaba harto—. No quiero escuchar más. —Y se levantó, dando por terminada la conversación.

—Por cierto —le preguntó al general cuando le acompañaba a su coche—, ¿qué tal se encuentra nuestro amigo...? ¿Qué nombre dice que le han puesto? Ya sabe a quién me refiero...

—¡Ah, sí! Fried Macdonald. En el fondo, no es mal muchacho, y hay que admitir que tiene muy buena mano con los caballos. Le he puesto a trabajar en mi fábrica de comida para gatos. Así le tenemos fuera de la circulación, y él es el hombre más feliz del mundo con un cuchillo en la mano y sangre por todas partes. Insiste en que deberíamos poner una granja de cerdos. Me parece una idea extraordinaria. De vez en cuando, dice cosas muy raras acerca de Skullion. Parece que el Rector le ha causado una profunda impresión. Y, ya que hablamos de él, ¿qué tal está el viejo?

—Pues es curioso, ahora que lo pienso —dijo el Decano—. Lleva varios días un poco raro. Creo que añora la compañía de Fried Macdonald.

# 24

Y era verdad. Skullion había disfrutado de lo lindo sentándose junto al lecho de Kannabis y ejerciendo su autoridad sobre él. Hacía mucho tiempo que no había tenido la oportunidad de demostrarle el poder de su personalidad a un adversario de tal calibre, y que un maldito yanqui le llamase la Cosa, Quasimodo y jorobado, a la cara, le había proporcionado el estímulo que necesitaba para salir de su letargo. Amedrentando a Kannabis hasta reducirlo a un guiñapo balbuciente había logrado escapar del tedio que le había tenido anquilosado desde que sufrió el paralís. Pero ahora el tedio había vuelto a atraparle. Y era aún peor, después de haberse divertido tanto. Para consolarse, le pedía a Arthur que le subiera botellas de la cerveza especial que muy poca gente sabía que maduraba en la Mantequería desde hacía más de veinte años. Aquella cerveza tenía cuerpo, cosa que ya casi no podía decirse de Skullion. Sin embargo, como Rector, tenía el privilegio de beber cuantas botellas se le antojase de su bebida favorita. Pero aquella repugnante bolsa de goma no aguantaba todo lo que le echaban. Por eso, a veces, si estaba en el jardín, se la quitaba y la escondía debajo de la manta que tenía echada sobre las piernas, junto a las botellas de cerveza. Como le dijo en cierta ocasión Arthur, que compartía su gusto por la cerveza:

—Por más que gotee, en el césped no se nota. Si fuera usted una perra, sería muy diferente, señor Skullion, pero usted no es una perra. Usted es un perro viejo, sí, señor. —Skullion había sonreído, halagado por el cumplido—. Los orines de perra dejan marcas en la hierba, pero los de perro no. Lo sé porque mi padre era el encargado de la perrera en Hardingley, y la señora Scarbell le reprendía como viera que una de las perras se había meado en el jardín. «Pero ¿cuántas veces tengo que decírtelo, Arthur?», le decía a mi padre, que se llamaba como yo. «¿Es que no sabes que donde mea una perrita ya no vuelve a crecer la hierba?» Y mi padre le contestaba...

Con conversaciones como ésta se entretenía Skullion. Eso y su ración diaria de la cerveza especial de la Mantequería eran sus únicos alicientes en la vida. Aquella cerveza le ayudaba a recordar los buenos tiempos. Cada día el Cocinero iba a charlar un rato con él, y si en el Refectorio había algo fuera de lo corriente aquella noche para cenar, le llevaba un poquito en un plato para que lo catara.

—Ya suponía que le gustaría, señor Skullion, y se lo he cortado finito para que lo pueda masticar bien —le decía. Y Skullion respondía:

—Muy bueno, Cocinero, está muy sabroso. No hay otro como tú

en ningún Colegio. Eres el mejor cocinero que yo recuerde, y eso que el fulano de Trinity no era nada malo.

Casi todos los días el Cocinero le llevaba huevos de codorniz, figuraran o no en el menú de los Claustrales, porque sabía que a Skullion le gustaban mucho, eran fáciles de digerir y apenas si había que masticarlos.

La mayoría de estas conversaciones amistosas tenían lugar en una esquina del Laberinto, a fin de evitar las miradas indiscretas, por lo que desde su estudio Purefoy Osbert apenas podía distinguir la parte inferior de la silla de ruedas, y le reconcomía la curiosidad por descifrar la causa de que el Cocinero, con su mandil blanco y su gorro, cruzara el césped casi a diario llevando en las manos fuentes de plata y servilletas de hilo inmaculadamente planchadas y cubiertos bruñidos que relucían iluminados por los débiles rayos del sol poniente. Y le intrigaba también ver al Rector, apoyado contra el tronco de un árbol, esperando con infinita paciencia a las tantas de la madrugada junto a la formidable Puerta Trasera coronada de pinchos de hierro retorcido, por la que ya nadie intentaba trepar. Era como ser testigo de un arcaico ritual de Porterhouse cuyo secreto hubiera pasado de generación en generación durante siglos. Y, además, Purefoy se preguntaba de qué hablarían aquellas personas tras los setos de tejo del Laberinto, y qué sería lo que podría descubrir si pudiera escuchar sus conversaciones. Al final, su curiosidad se sobrepuso a su prudencia, y una tarde, después de la comida, cuando Skullion estaba todavía en la Residencia, Purefoy Osbert se deslizó como quien no quiere la cosa a través de los macizos de rosales, y dando una vuelta, se coló en el Laberinto. No era muy grande, pero aun así resultaba difícil orientarse en él. El tejo era espeso y nudoso. Purefoy tardó veinte minutos en llegar a la esquina donde Skullion se sentaba por las noches a recibir las ofrendas del Cocinero. Se sentó en el suelo y esperó.

Tuvo que aguardar una hora larga hasta que el Rector se dirigió a su esquina habitual, y se detuvo a apenas unos metros del escondite de Purefoy con sus botellas de cerveza y sus recuerdos del pasado glorioso de Porterhouse. Pero aquella tarde estaba de mal humor. Había tenido un rifirrafe con la Enfermera, que se había empeñado en darle un baño.

—No le va a servir de nada rezongar, Rector —le había dicho—. Echa usted un tufo que tumba. Y así no puede seguir. De modo que se va a dar un baño y se va a cambiar de ropa. Ese viejo traje que lleva tiene que ir a la tintorería, aunque si de mí dependiera, lo tiraría. Venga, no se ponga farruco, primero una manga, así, y ahora la otra...

Aquellos baños con la Enfermera eran el peor momento de la semana, la mayor humillación. Sin su traje y su sombrero hongo, que

era el símbolo de su posición como Portero Mayor, y del que no había querido desprenderse ni siquiera cuando pasó a ser el Rector, no sólo estaba desnudo, sino que se sentía desnudo. Desnudo y vulnerable y en presencia de una mujer que carecía de sensibilidad y del respeto por la intimidad ajena que él creía merecer. No es que le importara que le frotasen la espalda con una esponja (por el contrario, le agradaba). Pero es que había otras zonas de su anatomía, sus «partes», como decía él, a las que la Enfermera prestaba una atención que consideraba del todo indecente, e insistía en lavárselas meticulosamente porque, como decía de un modo muy gráfico, si no fuera por ella, olería aún más a perdiguero viejo. A Skullion no le importaba que Arthur le dijera que era un perro viejo, pero consideraba que una zorra como la Enfermera le llamase perdiguero sarnoso en sus narices era pasarse de la raya. Y se lo había hecho saber sin disimulos.

—Lo que le pasa a usted, Enfermera, es que, como no está casada, y no me extraña que se haya quedado para vestir santos con esa cara que tiene, le pica donde yo me sé, y se aprovecha de mí para tocar lo que no debe. Pues mire lo que le digo: si quiere saber lo que se pierde, vaya a rascarle con ese guante a otro, porque no me gusta. Y usted aún me gusta menos. Me puedo cuidar sólito.

Lo cual no había mejorado ni un ápice el humor de la Enfermera o sus técnicas de hidroterapia.

—¡Mira que es usted guarro! ¿Presume de ser el Rector de Porterhouse y no es capaz ni de hablar como un caballero? —le había replicado ella, de muy mal talante—. ¿Pues sabe una cosa? Le he oído decir al Dec... Bueno, no importa a quien. Pero me ha dicho un pajarito que ya es hora de que le mandemos a la Quinta. Ya lo creo que lo dijo, porque yo lo oí. ¿Dónde se cree que estuvo durante las semanas que pasó fuera de aquí? Eso de que estaba visitando a un pariente enfermo en Gales es una engañifa. Lo que ha estado haciendo es ver a los antiguos alumnos más importantes, a ver si encontraba un Rector nuevo. Eso es lo que ha estado haciendo, para que se entere. Y si no se lo cree, pregúntele a Walter. A estas alturas lo sabe ya todo el mundo en el Colegio menos usted. Le van a mandar derechito a la Quinta de Porterhouse, y no se crea que le voy a echar de menos. Así no tendré que bañarle más.

Le había escupido todo aquello tan convencida, y con tanto resquemor, que Skullion comprendió que estaba diciendo la verdad. Además, algo barruntaba por la forma en que el Cocinero, Arthur y Walter le habían tratado últimamente, extremando sus cuidados y deferencias para con él de manera harto sospechosa. No necesitaba la compasión de nadie, y hasta entonces nadie se la había ofrecido. Por el contrario, lo que le habían mostrado era el respeto que se le debía

al Portero Mayor del Colegio, el mismo que le habían tenido siempre, cuando aún era el más importante de los servidores de Porterhouse. No pensaba preguntarles si lo que le había dicho la Enfermera era o no verdad. No quería obligarles a que le mintieran. Eso no se hacía. Y él había hecho siempre las cosas correctamente.

Así que, mientras caía la tarde, permaneció en su rincón favorito y bebió más botellas que de costumbre de aquella cerveza especial que le traía Arthur de la Mantequería al tiempo que incubaba sordamente un creciente rencor por el mundo en general. Incluso reprendió con acritud al Cocinero por quitarle la corteza al pan de sus emparedados de pepino cuando le trajo el té. Era la primera vez que lo hacía desde que se conocían. Y cuando fue Arthur a decirle que la cena estaba servida, le respondió entre dientes que no tenía apetito.

—Venga, señor Skullion, que tiene usted que comer para estar fuerte —le había dicho Arthur, intentando animarle.

—¿Fuerte? ¿Para qué? ¿Para qué demonios tengo que estar fuerte?

Arthur no se inmutó.

—Pues no sé, señor Skullion. Pero usted siempre ha tenido buen apetito.

—Pues ya no. Venga, tráeme otra media de la Mantequería, y no me des más la tabarra, que tengo muchas cosas en que pensar.

Arthur dudó un instante. Sabía que su deber era decirle al Rector que ya había bebido bastante, y que otras seis botellas (que era lo que quería decir Skullion con lo de la «media») era pasarse de la raya. Pero se lo pensó mejor. No era sólo que Skullion —el señor Skullion— fuese el Rector. Si eso hubiera sido todo, le habría cantado las cuarenta, como había hecho tantas veces con los anteriores rectores, y le habría dicho a la cara que ya estaba bien de empinar el codo, y que no era decente que el Rector de Porterhouse se emborrachase a media tarde. Le habría dicho eso y no habría pasado nada. A lo sumo, le habrían mandado a freír espárragos, por insolente, y a lo mejor incluso habría conseguido que el Rector cenase, o quizá no, pero de todas formas, a la mañana siguiente se habría olvidado el incidente y todos tan amigos. Sin embargo, con el señor Skullion era diferente. El señor Skullion no era un Rector más de Porterhouse. El señor Skullion era ex Portero Mayor, lo cual significaba más que cualquier título académico para Arthur, el Cocinero y el resto de la servidumbre del Colegio, que aún recordaban sus buenos tiempos. Y no sólo eso. Skullion era Skullion, que siempre había hecho las cosas correctamente y nunca había dicho una mentira como no fuera para sacar de apuros a un compañero o para salvaguardar la reputación del Colegio. El viejo Skullion habría dado su vida por Porterhouse, vaya que sí. Y cuando era Portero Mayor bien que había metido en vereda a los jóvenes

caballeros que se descarriaban. «Más vale que se corte usted ese pelo, señor Walker», le había oído Arthur decirle una vez a un estudiante. «No querrá que la gente vaya diciendo por ahí que Porterhouse está lleno de mariposones, como King's, ¿verdad, señor? Y si no tiene suelto, aquí tiene media corona y ya me la devolverá cuando pueda.» Y había hecho lo mismo con todos los sirvientes del Colegio cuando habían necesitado que les pusieran los puntos sobre las íes, y les había dicho que hicieran las cosas correctamente, fuese lo que fuese. Ese era el lema del señor Skullion, y si había una frase que usase sin cesar, era «hacer las cosas del modo correcto». El señor Skullion era un hombre correcto. No había otra forma de decirlo, y si lo que quería era emborracharse correctamente y caerse redondo de su silla de ruedas, Arthur no iba a impedírselo. Al señor Skullion no se le podía decir lo que tenía que hacer. El señor Skullion era un hombre de una pieza, de los que ya no quedaban en Cambridge. Ni fuera de Cambridge, conforme iba el mundo. Así que, tras dudarlo un segundo, Arthur se fue a la Residencia del Rector y al cabo de un rato regresó con las botellas y se las puso ya destapadas sobre la bandeja encima de las piernas, a fin de que pudiera alcanzarlas fácilmente. Y todo lo que le dijo fue:

—¿Está usted bien, señor Skullion?

Y Skullion le respondió con una mirada extraña en los ojos: —¿Que si estoy bien, Arthur? ¿Que si estoy bien? ¡Ya lo creo que estoy bien! Son los demás los que están mal. Mal de la chaveta.

Y mientras Arthur se alejaba de vuelta a la Residencia, oyó que Skullion le gritaba:

—¡Ah, Arthur, gracias, muchas gracias!

Que era lo correcto.

A pocos metros, separado de él por el seto, Purefoy Osbert estaba sentado sobre la hierba húmeda, deseando poder moverse. Empezaba a sentirse hambriento, y aquel aire helado se le metía en los huesos. Y todo lo que había descubierto es que el Rector se bebía las cervezas por medias docenas y no quería cenar. Y que no le gustaba que le quitaran la corteza del pan de los emparedados de pepino. Sobre su cabeza el cielo se había oscurecido, y en el Laberinto reinaban ya las sombras. Pero Skullion permanecía vigilante en su silla de ruedas y Purefoy le imitaba, aunque ninguno de los dos habría podido comprender los motivos del otro para hacerlo, ya que pertenecían a mundos distintos. Y todavía estaban allí cuando el Decano salió de la Sala de Claustrales y se dirigió hacia la Residencia del Rector. Había cenado opíparamente, y luego había tenido otra charla acerca del doctor Osbert con el Tutor Mayor, al que le había asegurado, sin entrar en detalles, que ya no había de qué preocuparse, porque el

asunto estaba en buenas manos. Y ahora quería cruzar un par de palabras con Skullion para advertirle de que no hablara con el nuevo becario. Skullion pareció no darse cuenta de las sigilosas pisadas del Decano, el cual, hasta que rebasó el Laberinto, no se percató del bulto contrahecho entre las sombras y del tintinear de las botellas.

—¡Válgame Dios, Rector! —exclamó—. ¿Qué está haciendo ahí a estas horas?

Era una pregunta tonta. Skullion casi siempre velaba allí por las noches, aunque, por regla general, prefería el árbol junto a la Puerta Trasera.

—Pues aquí estoy, sentado —dijo Skullion, tartajeando un poco. Una vaharada de cerveza especial le dio al Decano en la nariz—. Pensando en mis cosas.

—Así que está sentado pensando en sus cosas. Pensando y bebiendo, según parece —dijo el Decano, burlón.

—Exacto, señor, aquí estoy, sentado, pensando en mis cosas y bebiendo cerveza, ¿pasa algo? —dijo Skullion, y en sus palabras no había ni el respeto ni la deferencia que el Decano esperaba de un ex portero al dirigirse a él.

—Y, por lo que parece, bebe usted más que piensa —dijo.

—Pienso más que bebo. Y lo que beba o deje de beber es asunto mío, no suyo. Tengo derecho.

—Por supuesto, Rector, por supuesto —se apresuró a decir el Decano. Se daba cuenta de que había ido demasiado lejos—. Tiene todo el derecho del mundo a beber lo que se le antoje.

—Y a pensar lo que se me antoje, también.

—Sí, efectivamente, eso también —dijo el Decano—. ¿Y sobre qué ha estado pensando?

—Sobre usted —dijo Skullion—. Sobre usted y sobre la Quinta. La Quinta de Porterhouse, adonde mandan a los Claustrales ancianos de los que quieren desembarazarse, los chiflados, como el viejo doctor Vertel.

—El doctor Vertel? No diga disparates, Skullion. Sabe perfectamente que...

—¡Ah, ahora me llama Skullion! —El Rector no podía ocultar su ira—. Y, desde luego, lo sé perfectamente. El viejo Vertel se volvió majareta, ¿verdad? Empezó a ir detrás de las fámulas y de las chávalas que iban a la piscina de Newnham, y hubo que librarse de él.

—Está borracho, y no sabe lo que dice —dijo el Decano, muy enfadado.

—Puedo estar todo lo borracho que usted quiera, pero sé perfectamente lo que me digo, porque estaba en la Portería cuando vino la policía, y tuve que entretenerlos hasta que usted pudo meter al viejo doctor Vertel en el coche del Tutor Mayor para llevárselo a la

Quinta, donde nadie lo buscaría, porque ya se le había echado tierra encima al asunto. Los trapos sucios se lavan en casa, dijo usted. Y el Praelector hizo un chiste acerca de eso, dijo: «Estos trapos, por poco acabamos lavándolos en la piscina», y se rieron los dos mientras tomaban café tranquilamente en la Sala de Claustrales. Así que no me venga ahora con que no sé lo que me digo. Y no se crea que va a poder tratarme a mí también como a un trapo sucio, porque está muy equivocado. Ya puede ir haciéndose a la idea.

De pie en la oscuridad, convertido en una silueta que se recortaba contra las ventanas iluminadas de la Residencia del Rector, el Decano sintió la misma sensación de inquietud que le invadió la noche en que escuchó a Purefoy Osbert. Pero esta vez la amenaza parecía incluso mayor. Skullion tenía una presencia de ánimo y un rencor acumulado durante años y de los que carecía el joven becario. El Decano intentó la política de los paños calientes.

—Le doy mi palabra de honor, Rector, de que ni siquiera se habla de enviarle a la Quinta. Esa idea no se le ha pasado a nadie por la imaginación. Es absurdo.

De la silla de ruedas brotó un sonido que hubiera podido interpretarse como una carcajada.

—¡Y una mierda! —dijo Skullion—. ¡Y una mierda! ¿Dónde ha estado usted estas últimas semanas? Y no me diga que visitando a un pariente enfermo en Gales, porque no me lo trago. Lo que ha estado haciendo es ir por ahí preguntando a los ex alumnos, a los más importantes, quién creen que podría ser el nuevo Rector de Porterhouse. Y no me diga que no, porque lo sé.

—¿Cómo lo...? —El Decano se mordió la lengua, pero ya era demasiado tarde. Tenía los pelillos de la nuca erizados. Aquel Skullion sabía una porción de cosas. El Decano sospechó que lo que se avecinaba era peor aún.

—Cómo me he enterado es cosa mía —continuó Skullion. No parecía borracho, ni mucho menos. Estaba aterradoramente sereno—. Y lo que yo sepa o deje de saber es también asunto mío. Y aún sé otra cosa: que usted no me va a mandar a la Quinta ni ahora ni nunca. ¿Y sabe por qué?

Skullion hizo una pausa. El Decano no lo sabía, ni quería saberlo. Pero Skullion no pensaba callarse. Era el Rector de Porterhouse, y, por primera vez, el Decano fue consciente de ello. Los papeles se habían cambiado.

—Pues yo se lo diré. Porque le tengo cogido por donde más le duele —dijo Skullion—. ¿Y sabe lo que eso significa?

El Decano tenía una ligera idea, pero no respondió.

—Por las pelotas —dijo Skullion—. Le tengo cogido por las pelotas. ¿Y sabe cómo y por qué?

—Skullion, me parece que esto pasa ya de… —advirtió el Decano, pero la voz del antiguo Portero Mayor se elevó aún más.

—Nada de Skullion —dijo—. A partir de ahora, para usted soy el Rector.

El Decano se quedó de piedra. A Skullion le había pasado algo, pero no sabía qué.

—Hágase esta pregunta —dijo Skullion—. Hágase esta pregunta y responda: ¿Quién puso los seis millones de machacantes para mandar a ese nuevo becario aquí, ese Oswald, o como se llame? El titular de la beca Sir Godber Evans. ¿Quién, eh?

El Decano aprovechó la oportunidad para intentar meter baza.

—De eso precisamente venía a hablarle, Rector.

—Bueno, pues ha llegado tarde —prosiguió Skullion—. Esa maldita Lady Mary fue la que lo envió aquí. ¿Por qué? Pues yo se lo diré. Porque todavía quiere averiguar quién mató a su marido, y el becario está aquí para husmear la verdad.

Se calló. El Decano estaba atónito. Skullion parecía saberlo todo. Bueno, no era que lo pareciera. Lo *sabía.* Hubo una pausa tensa.

—Y yo se la puedo contar —dijo Skullion—. Y, como trate de mandarme a la Quinta, vaya si lo haré. A mí no van a tratarme como a un trapo. ¿*Y* sabe por qué?

—¡No, Skullion, no, por lo que más quiera! —suplicó el Decano.

Pero Skullion tenía preparado el golpe de gracia.

—Pues porque yo lo hice. Yo maté a aquel hijo de puta.

Y antes de que el Decano tuviera tiempo de decir ni media palabra, el Rector se alejó, implacable, en su silla de ruedas camino de la Residencia, dejando tras de sí un montón de botellas vacías de cerveza que refulgían a la luz de la luna sobre el césped del jardín.

Dentro del Laberinto, Purefoy Osbert se había olvidado por completo del frío. Lo que acababa de escuchar le había dejado tan atónito como al Decano, que parecía clavado en el suelo, inmóvil. A través de las tupidas ramitas de tejo Purefoy podía ver su perfil, recortado contra las luces de la Residencia. En toda una larga vida de intrigas en el Colegio y puñaladas por la espalda, el Decano jamás había sido vencido en su propio terreno de aquella forma tan incontestable. Vencido no era la palabra correcta. Skullion le había aplastado, pisoteado, destrozado. Más vale maña que fuerza, como dice el refrán, pensó el Decano. Skullion, con un mero golpe, con una sola frase, le había obligado a tragar quina como no lo había conseguido nadie antes. Y esto era obra de un hombre que iba en silla de ruedas, de un hombre paralítico y que, encima, había consumido gran número de botellas de cerveza y, para colmo, no era más que un simple criado del Colegio. O, al menos, el Decano siempre le había

considerado así. Pero ahora veía más claro. Skullion tenía razón. Era, ciertamente, el Rector de Porterhouse. El Decano, tras tomarse cinco minutos para reponerse de la impresión, se alejó arrastrando los pies penosamente por la hierba. Al irse, pisó sin querer un charquito que había justo donde había estado la silla del Rector, pero no se dio cuenta. Tenía la cabeza en otra parte.

Para Purefoy, el que el Decano se marchara por fin de allí fue un alivio, porque estaba helado y se le habían dormido las piernas de no moverse en aquella postura tanto rato. Cuando trató de ponerse en pie, tuvo que agarrarse al tejo para no caerse. Y aquel no era el lugar más adecuado para sufrir un accidente en plena noche. Estaba oscuro como boca de lobo y, aparte del cielo y de las luces de Cambridge, que se reflejaban en las nubes, no se podía distinguir nada más. Ya le había sido bastante difícil a Purefoy meterse en el Laberinto, pero salir de allí le resultó imposible. Una y otra vez le pareció que había dado con la salida, porque podía ver las luces de las ventanas a través de las ramitas de tejo, pero luego se encontraba con que estaba en la misma esquina de la que había partido una hora antes. Muy cerca, pero invisible, el reloj de la Torre del Toro dio las doce. Purefoy intentó por enésima vez recordar la ruta que había seguido para llegar hasta allí. Primero se había adentrado hasta el centro mismo del Laberinto y luego había tirado para la izquierda, y luego para la derecha y después de unos diez metros, a la izquierda otra vez. ¿O era a la derecha? De hecho, daba igual. No sabía por dónde empezar ni hacia dónde tirar. La cabeza ya no le respondía. Con los brazos extendidos hacia delante, como un sonámbulo, caminó tropezando con los macizos de tejo y dándose de bruces contra los callejones sin salida del Laberinto. El reloj dio la una, y después las dos, y Purefoy tuvo que sentarse temblando un momento hasta que el aire gélido de la noche y el miedo a coger una pulmonía le obligaron a levantarse y a seguir intentándolo. Una hora más estuvo tanteando en la oscuridad hasta que, pasadas las tres, finalmente se encontró de improviso en el centro del Laberinto. O al menos eso era lo que creía. No había manera de saberlo a ciencia cierta. Quizá era otro callejón sin salida de tejo. Había intentado ya muchas veces atravesar el muro de tejo mismo, pero aquellos arbolitos eran muy viejos y nudosos, y habían sido plantados en fila de a tres, así que tampoco era posible escurrirse entre las ramas.

Incluso probó a trepar, pero nunca había sido lo que se dice un atleta, y el frío le había anquilosado los miembros. No le quedaba fuerza en los brazos ni para agarrarse a las ramas. Y tampoco había ramas propiamente dichas a las que agarrarse. No sólo estaba en un laberinto de tejo. Estaba en un laberinto de pasiones encontradas. Había estado agazapado a tan sólo unos pocos metros de un asesino, y

había escuchado su confesión de sus propios labios, si es que las palabras de Skullion constituían una confesión. A Purefoy no le había parecido una confesión. Había sido algo más amenazador que eso. Aquel hombre no había mostrado el menor remordimiento. «Yo lo hice», había dicho casi con orgullo y ciertamente con una terrible amenaza. «Yo maté a aquel hijo de puta.» Para Purefoy Osbert, que había dedicado su carrera en encontrar en el crimen (y en especial en el asesinato) razones que permitieran traspasar la culpa del criminal a la policía, a los jueces, a las prisiones y al propio sistema judicial, aquellas palabras del anciano en la silla de ruedas constituían una refutación apabullante de toda su filosofía moral. La intrínseca brutalidad y la sangre fría de aquella declaración le habían dejado más helado que el aire de la noche. Aún más, habían penetrado hasta el centro de su ser como un cuchillo de hielo. Y, al contrario que el frío físico de la noche cantabrigense, aquel frío moral nunca le abandonaría. Estaba atrapado en un laberinto de evidencias y verdades del que no podía salir. Porque, si bien su teoría acerca de la muerte de Sir Godber había sido casi enteramente correcta desde el punto de vista del razonamiento abstracto, se había equivocado de medio a medio acerca de la supuesta complicidad del Decano. Y eso no era todo. Purefoy lo sabía ahora, igual que sabía que no podría salir del Laberinto hasta que el alba trajese un poco de luz, igual que sabía que nunca podría demostrar nada. El asesino de la silla de ruedas era el criminal más encallecido a que se había enfrentado nunca. Era como un diamante puro. Nadie podría quebrar su voluntad. Purefoy había percibido aquella dureza en la voz de Skullion, y no había que ser un genio para comprender la entereza de espíritu del anciano del sombrero hongo. Lo había comprendido sin necesidad de hacer uso de su raciocinio. Era algo más telúrico y primitivo que eso. Era como si la muerte hubiera hablado por su boca.

Hambriento, tiritando, perdido, aterrorizado, Purefoy se quedó quieto en el Laberinto. Todo lo que le habían contado sobre Porterhouse no era nada en comparación con la verdad de aquel lugar espantoso. Cuando empezó a asomar el sol y los macizos de tejos dejaron poco a poco de parecer insalvables muros negros para irse coloreando sus hojitas verde oscuro con los primeros rayos de la mañana, Purefoy luchó por dominar su pánico e hizo un último intento por hallar la salida.

Oyó el tañido de las campanas en el reloj de la Torre del Toro, y trató de orientarse. La entrada estaba en aquella parte del Laberinto, así que procuró seguir el sonido de las campanadas. Eran ya las cinco cuando por fin ganó el césped del jardín y trastabillando, totalmente agotado, se dirigió a sus habitaciones y cayó rendido en su cama. Ya no era capaz de pensar. El instinto le decía que tenía que escapar de

Porterhouse antes de que aquel lugar acabara con él. Quizá del mismo modo como había acabado con Sir Godber Evans.

# 25

De haber podido, Edgar Hartang habría ordenado que asesinaran a Kannabis sin más contemplaciones. E incluso habría hecho liquidar a Schnabel, Feuchtwangler y Bolsover, por dejar salir a Ross Skundler del edificio. Además, no le hacían ninguna gracia sus consejos en aquel asunto. Pero dependía de ellos. Sabían demasiado, y Schnabel lo dejaba entrever de vez en cuando.

—Parece que tienen una declaración jurada firmada por Kannabis, la cual no nos deja mucha capacidad de maniobra —le dijo Schnabel.

—¿Qué es lo que ha cantado? Bueno, da igual, nadie le creerá.

—Ha cantado de plano. Y yo diría que le va a creer todo el mundo.

—Es su palabra contra la mía. Circunstancial —dijo Hartang.

Schnabel se encogió de hombros.

—Tiene la confirmación de Skundler. Por lo que nos han dejado entender los abogados de Porterhouse, Kannabis sabía las fechas de varios envíos, y Skundler ha confirmado que se realizaron los pagos.

Tras sus gafas azules, los ojillos de Hartang se achicaron.

—¿Quién le ha tomado declaración a Skundler? ¿Ustedes?

—No, no hizo falta. Veía venir esto y se ha cubierto las espaldas. Movimiento de cuentas, recibos y otros documentos, metidos en una caja de seguridad en un banco, por lo que pueda pasar. Nosotros hemos visto sólo las fotocopias.

Hartang se secó el sudor de la frente con un pañuelo.

—Esto me pasa por intentar ayudar a la gente —dijo—. Cabrones, más que cabrones. Así pues, ¿qué podemos hacer?

—Depende —dijo Schnabel—. De momento, no han presentado cargos criminales, y podrían. Ésa es una buena señal. Quiero decir que supongo que no querrá que le abran un proceso en un tribunal inglés por tráfico de drogas, o que la DEA empiece a investigar sus actividades en los Estados Unidos. Digo yo.

Decía bien.

—Así que tratarán de sacar lo que puedan —continuó Schnabel—. No les interesan para nada sus negocios. Sólo quieren que se les pague las compensaciones por daños que le piden.

—¿Cuánto?

—Cuarenta millones.

—¿Cuarenta millones? —bramó Hartang—. ¿Eso es «sólo» para usted? Y, por cierto, ¿de dónde ha salido esa cantidad? Porque la última vez eran veinte.

—Eso debe de ser culpa de Kannabis —dijo Schnabel—. Con el material que les ha pasado, están en mejor posición. O quizá es que quiere su parte del pastel. No lo sé. Me limito a repetirle lo que dicen los abogados del Colegio.

—¡Esto es un chantaje como una casa! —gritó Hartang. Sabía que estaba atrapado. Y encima, para acabar de arreglarlo, Dos Passos estaba en Londres y todavía no se le había pasado el cabreo por lo de aquel envío de material que se perdió. Y, para colmo, Schnabel le decía tan tranquilo que lo mejor sería llegar a un acuerdo con Porterhouse y apoquinar antes que acabar en el banquillo de los acusados de un tribunal inglés, o incluso deportado a los Estados Unidos para ser juzgado de acuerdo con la RICO.

—Que no tiene nada que ver con Puerto Rico, por cierto —dijo Schnabel—. He oído rumores de que los del FBI están interesados. Y la fuente es de lo más fiable.

—¿Cómo de fiable?

—Lord Tankerell —dijo Schnabel—. Seguro que ha oído hablar de él. Fue fiscal general del Estado hace unos cuantos años.

—¿Ése? ¿Y a eso le llama usted una fuente fiable, a un ex fiscal? Esos mamones no son capaces ni de deletrear sus nombres, de puro tontos.

—Ya. Pues los nombres de Karl K. y Ross Skundler no los van a tener que deletrear, porque están escritos bien clarito en la firma de sus declaraciones juradas —dijo Schnabel—. Si los leen aquí, le caen de doce a veinte años, y si lo hacen en los Estados Unidos, la perpetua. Tienen una prisión para los juzgados por la RICO en un sitio que se llama Marian. Alta seguridad. De allí sólo se sale con los pies por delante.

Hubo una larga pausa mientras Hartang digería esta información. Se estaba poniendo malo sólo de pensarlo.

—¿Qué es la RICO? —preguntó.

—La nueva luz para la lucha contra la corrupción y la delincuencia organizada. Cosas de los americanos, que son unos tiquismiquis. Ahora que si te la aplican, ya no te sueltan.

Hartang no respondió. Estaba pensando cómo lograr que no se la aplicaran.

—Y una cosa le voy a recomendar: no se le ocurra siquiera poner pies en polvorosa.

—Sí, para polvos estoy yo...

—No. Quería decir abandonar el país. Lo saben todo sobre los otros polvos suyos. Los polvos de talco que pasó desde Venezuela el 15 de junio de 1987. O el cargamento de polvos picapica de aquel barco que hizo el trayecto del Ecuador a Miami el 11 de noviembre de 1989. Por no hablar de otros polvos aún más picantes. Lo tienen todo. Ross

Skundler se veía venir esto y se ha cubierto bien. Un seguro de vida en forma de vídeo, filmado en el cuarto de baño de cierto propietario de una cadena de televisión por cable. Un tipo calvo, sin gafas, incircunciso, con un lunar en el hombro derecho, cicatriz de apendicitis, se hace una pera mirando fotos de críos en pelotas. ¿Conoce usted a alguien parecido, señor Hartang? Porque si lo conoce, dígale que pague los cuarenta millones antes de que se pongan peor las cosas. Y ya puede dar las gracias si sale de ésta por tan poco.

—¿Cuarenta millones le parecen poco? ¡Dios mío...! —Se quedó callado un segundo, mirando rencorosamente al abogado—. Schnabel, ¿para quién trabaja usted, para mí o para ellos?

Schnabel suspiró. Siempre pasaba lo mismo con los mañosos. Había que explicarles las consecuencias de sus actos como a niños pequeños cuando estaban metidos hasta el cuello de mierda.

—Señor Hartang —dijo pacientemente—, trabajo para mí, y me preocupo sobre todo de mis intereses. Usted me ha contratado para que le informe de las alternativas objetivamente. Pero la decisión es suya y sólo suya. Si lo que usted quiere es que le pase un parte meteorológico que diga que siempre va a hacer sol durante el día y que sólo lloverá por la noche, pues muy bien, allá usted. Perderé a un cliente valioso, y ya no podré pasarle la factura la próxima vez que se meta en líos, porque no habrá próxima vez. Estará usted acabado. Así son las cosas. Yo le proporciono la información de que dispongo. Y usted decide. Así de sencillo. Yo no puedo decidir por usted.

—Pues eso parece, precisamente, lo que acaba de hacer. ¡Cuarenta millones! —dijo Hartang con mal disimulado resentimiento —. ¿Le parece que dejarse robar cuarenta millones así, por las buenas, es una decisión racional?

—Pues, de hecho, no. Yo lo llamaría más bien una necesidad. Una cuestión de vida o muerte, si prefiere.

—¡Mierda! —dijo Hartang, con su habitual economía de lenguaje.

—Y una cosa más, señor Hartang —dijo Schnabel—. ¿Ha estado alguna vez en Damasco, Siria? ¿O en Jartum, Sudán?

Hartang asintió con un gruñido.

—¿Ha tenido tratos, por casualidad, con un tipo que se llama Carlos?

—Pues claro que he tenido tratos con cientos de tipos que se llaman Carlos. He hecho negocios en Latinoamérica. Uno conoce a montones de Carlos allí.

—Sólo preguntaba, señor Hartang. ¿Y Abu Nidal significa algo para usted? ¿No fue su banco el que financió una o dos de sus operaciones para ganarse amigos en el mundo árabe? Quizá tenga amigos hasta en lugares de lo más insólito, pero no creo que le vayan a echar una mano ahora.

—¿Qué es lo que insinúa, Schnabel? Hable claro.

—Pues las cosas están así —dijo Schnabel—: paga los cuarenta millones, más costes, y con eso compra, de paso, inmunidad en Londres. Dinero contante y sonante para el país. Nadie hace preguntas. El Banco de Inglaterra está contento de que usted invierta tanto dinero en Gran Bretaña. El Ministerio de Economía está contento porque usted paga sus impuestos y todo el mundo está contento porque es usted una persona respetable que ha donado dinero a un Colegio de Cambridge. Incluso Bolsover está contento, y eso sí que es difícil, con la de cosas que ha llamado usted a su madre. Así que nos paga nuestra minuta, y todos tan contentos. ¿Estamos? —Hizo una pausa—. Pero si pone los pies en polvorosa, nadie va a estar contento. El gobierno británico, el fiscal general de los Estados Unidos, la DEA, nadie va a estar nada contento. Y eso usted lo sabe, ¿verdad? Ha hecho muchos enemigos, y con amigos como Carlos y Abu Nidal, podría acabar en lugares mucho peores que Marian, Illinois. Circula un rumor según el cual los israelíes sospechan que después que usted trató de ganarse la amistad de algunos tipos muy malos estalló una bomba en Tel Aviv. Con el vídeo que tiene Ross Skundler, ya puede hacerse toda la cirugía plástica que quiera, incluido un cambio de sexo, que los del Mossad le encontrarán aunque se meta debajo de las piedras, señor Hartang.

Para cuando el abogado acabó con su exposición, Hartang sudaba a chorros. Se tomó otra pastilla y Schnabel remachó el clavo.

—Es sólo un rumor, claro, y quizá se trate todo de una falsa alarma, pero eso es lo que hay. Yo diría que está usted hasta el cuello de mierda, más de lo que se imagina. Y si no me cree, eche un vistazo por la ventana a esos dos coches de ahí. Y créame que no son fans de la Transworld.

Schnabel salió del edificio muy satisfecho.

—Va a pagar —les dijo a Feuchtwangler y a Bolsover cuando volvió al bufete—. ¡Y cómo! El poner a esos dos gorilas en el coche ha dado resultado, Bolsover, tengo que reconocerlo. Cárgueselo a la cuenta de gastos de ese hijo de puta.

- *¿Y* lo del vídeo de Skundler? —preguntó Feuchtwangler—. Es la primera noticia que tengo.

Pero Schnabel se limitó a sonreír enigmáticamente. Se había quedado pensativo.

—Vamos a tomarnos un café a cualquier sitio —dijo—. Me parece que deberíamos reconsiderar nuestra posición en este asunto.

Feuchtwangler y Bolsover asintieron con la cabeza. Habían pensado exactamente lo mismo. Salieron a la calle y tomaron un taxi.

—Lo que debemos tener bien presente es que trabajamos para un

hombre que ha perdido completamente el sentido de la realidad —dijo Schnabel.

—Los genios tienden a eso —dijo Feuchtwangler—. Y, financieramente, ese hombre es un genio. Tiene más dinero que sentido común, y ha perdido el poco olfato que le quedaba. Ya no tiene nada que hacer. Es historia.

—Eso es precisamente lo que iba a decirles. Y la investigación sobre sus negocios no se va a detener en él. Nos va a salpicar a nosotros. Sí, de acuerdo, nosotros somos meramente sus representantes legales, pero la mierda en la que está metido nos va a pringar a nosotros también. Me parece que vamos a tener que empezar a negociar por nuestra cuenta con ciertas autoridades.

—Nos matará si se entera —dijo Bolsover.

Schnabel negó con la cabeza.

—No se enterará. Está demasiado asustado para poder pensar con claridad.

—O sea, en pocas palabras, que vamos a cambiar información por inmunidad. Eso es lo que usted propone, si no le he interpretado mal —dijo Feuchtwangler.

—Nos vamos a cubrir las espaldas también nosotros. Y por lo que he hablado con Lord Tankerell, y hemos hablado largo y tendido, la situación todavía se puede controlar. Que es exactamente lo que le acabo de decir a Hartang.

—¡Viejo zorro, usted ya ha empezado a hacer negociaciones!

Pero Schnabel se limitó de nuevo a sonreír enigmáticamente.

El que no se sonrió precisamente fue el Praelector cuando el señor Retter y el señor Wyve le llevaron las últimas noticias.

—¿Cuarenta millones de libras? ¿Están ustedes seguros? ¡Qué cosa más extraordinaria! En Transworld Televisión deben de estar forrados.

—Pues no podría haber escogido palabra mejor —dijo el señor Wyve—. Edgar Hartang es, sin duda, un hombre asquerosamente rico.

—¡Y pensar que todo ese capital sale de programas de televisión sobre ballenas y delfines! —dijo el Praelector—. El otro día vi un programa de lo más fascinante sobre los osos polares de Alaska. Cazan los salmones en los ríos, con las zarpas, ¿sabe? ¡Quién habría dicho que un oso podría tener la mano y la vista tan ágiles! O mejor dicho, la zarpa. Realmente notable. Pero, bien pensado, muchísimas maravillas de la naturaleza dependen de habilidades igualmente insólitas en los lugares más inesperados. Recuerdo que cuando leí a Darwin, hace muchos años, aunque lo encontré un poco duro de roer, creí entender lo que decía acerca de la supervivencia de las especies.

—Ese anciano caballero —dijo el señor Retter mientras los dos abogados salían del Colegio más contentos que unas Pascuas cruzando

el Jardín de los Claustrales— sí que tiene mérito. Y uso la voz anciano con todo respeto. No sé si se dio usted cuenta de cómo pretendió haber olvidado todo lo que aquel demente de Kannabis dijo en las cintas. Y eso que se ha leído las dos declaraciones juradas de cabo a rabo varias veces. Sin embargo, ha procurado omitir los detalles escabrosos. Para mí ha sido un privilegio trabajar con él.

El señor Wyve coincidía de todo corazón. Le había impresionado mucho aquella historia sobre los osos que cazan salmones en los rápidos. Aquella comparación implícita había sido de lo más acertada.

—Pero no creo que el Praelector y sus colegas puedan englobarse en la categoría de las especies que necesitan protección. Se protegen la mar de bien ellos solitos —dijo—. Y, como ha dicho usted, es todo un placer ver de cerca cómo funciona una mente despierta educada a la antigua.

—Hasta hace unos días tan sólo, habría cuestionado el uso del término «mente despierta» aplicado a Porterhouse. Pero ahora he de darle toda la razón —asintió el señor Retter.

El Praelector estaba preocupado. Era un alivio saber que, al menos, el Colegio había sido salvado de la bancarrota, pero todavía quedaban otros problemas por resolver. El Tesorero seguía en el manicomio de Fulbourn, y al Praelector le daba un poco de lástima su situación. Después de todo, había sido el responsable, aunque involuntario, de aquella lluvia de millones, y, si bien al Praelector no le caía nada simpático, no podía menos que admitir que se había esforzado todo lo posible por sacar a Porterhouse de los números rojos.

Aquella misma tarde, el Praelector pidió un taxi y se fue a ver al Tesorero al manicomio.

—Se ha recuperado un poco de los efectos de las drogas, o lo que fuera, que se tomó, pero, de todas formas, aún tengo mis dudas. No sé si darle de alta ya —le dijo el psiquiatra que se encargaba de la cura de desintoxicación—. Todavía sufre agudos ataques de ansiedad y de depresión. Parece estar obsesionado con toda clase de animales raros.

—Déjeme adivinar —dijo el Praelector—: cerdos, tortugas, pulpitos, tiburones y, posiblemente, pirañas. ¿Me equivoco?

El médico se le quedó mirando, estupefacto.

—¿Cómo demonios lo sabe? —preguntó.

Pero el Praelector prefirió, por discreción, no decírselo.

—Supongo que, en su calidad de Tesorero, el pobre se ha visto sometido a las más terribles presiones. Las finanzas de Porterhouse, como usted quizá sepa, no son muy boyantes, y el pobre muchacho se debe de haber sentido responsable de la situación. Pero todo esto forma parte del pasado ahora, y gracias a sus ímprobos esfuerzos, nos

encontramos solventes de nuevo.

—Pero ¿por qué esa obsesión por los cerdos, las tortugas y los...?

—Muy sencillo —dijo el Praelector—. Nuestro banquete anual en honor del fundador del Colegio suele ser sumamente opíparo, y a veces incluso algo exótico desde el punto de vista culinario. No sé si es usted consciente del coste de la tortuga para sopa en nuestros días. Y la aleta de tiburón tampoco es barata, créame. Y, claro, siempre cae algún jabalí asado. El pobre Tesorero queda destrozado después de esas cenas.

—No me extraña —dijo el médico—. ¡Con ese menú! ¿Y es cierto que también comen pirañas?

—Al final de las comidas. Servidas sobre una rebanada de pan tostado y con una raja de limón son extraordinariamente digestivas. Si quiere hacernos el honor de acompañarnos un día de éstos...

Pero el médico se excusó y se alejó a toda prisa. El Praelector entró en la habitación del Tesorero y se lo encontró rellenando unos formularios de emigración a Nueva Zelanda.

—No estará pensando seriamente en dejarnos, ¿verdad? —le preguntó—. Justo ahora que ha conseguido su mayor triunfo. Y, además, según me han dicho, es un país extremadamente aburrido.

—Por eso quiero irme allí —dijo el Tesorero—. Y me iría a un sitio aún más aburrido si pudiera.

—Pero, mi querido Tesorero, nuestro Colegio es infinitamente más aburrido que Nueva Zelanda. Y, además, es precisamente ahora que tenemos los cuarenta millones de la Transworld casi en el bolsillo cuando más necesitamos de su presencia en la oficina.

—No me necesitan para nada —dijo el Tesorero amargamente. Los antidepresivos que le habían dado no le dejaban pensar con claridad—. Yo... ¿Ha dicho cuarenta millones de libras?

El Praelector asintió.

—Eso he dicho. El señor Hartang ha doblado generosamente la cifra que le pedimos como compensación, a condición de que no se le dé publicidad al asunto. Debe de tener sus razones para ello, pero su gesto demuestra una extraordinaria bondad de corazón.

—No me lo creo —dijo el Tesorero—. Ese gusano no tiene corazón. Lo que tiene es una caja fuerte en el pecho. De acero forjado. Y aunque eso fuera verdad, ¿qué me dice del bestia de Kannabis? Mientras siga en la Residencia del Rector, no pienso aparecer por Porterhouse.

El Praelector le sonrió benévolamente y le dio unas palmaditas en el hombro.

—Tiene usted mi palabra de honor de que el señor Kannabis ya no está entre nosotros —dijo—. En estos momentos se encuentra...

—Haciendo de cebo para los tiburones en el Triángulo de las

Bermudas. No me lo diga —graznó el Tesorero.

—Lo que iba a decirle es que en estos momentos se dedica a una profesión completamente distinta, en la que puede sacarle el máximo partido a su talento y realizarse personalmente como ser humano.

—O sea, que sigue pegando tiros por ahí y sacándole las tripas a la gente —dijo el Tesorero.

Pero el Praelector no se dio por vencido.

—Está trabajando en un negocio completamente ajeno a su experiencia anterior —dijo—. No volverá a verlo ni a saber de él, descuide. Y no, no está muerto. Está vivito y coleando y, según tengo entendido, feliz y contento. Y ahora, si no le importa, tengo un taxi esperando a la puerta...

Aquello acabó de convencer del todo al Tesorero. Algo inaudito debía de haber ocurrido con las finanzas del Colegio para que el Praelector se permitiera el lujo de dejar el taxi esperando a la puerta todo aquel rato con el taxímetro en marcha.

—¡Qué bueno es usted! —dijo, lloriqueando, mientras salían del edificio—. No sé qué habría hecho de no ser por usted.

—Estoy seguro de que se las habría arreglado de maravilla de todas formas —dijo el Praelector—. Pero la verdad es que no creo que hubiera encontrado la vida en Nueva Zelanda de su agrado, con tanto cordero suelto.

El Tesorero asintió en silencio. Con lo que él aborrecía ahora el cordero...

# 26

Para el Decano, los días siguientes fueron un infierno. Se encerró en sus habitaciones, intentando digerir la confesión de Skullion y su velada amenaza. Aquella confesión había puesto en peligro su equilibrio interior. Todo su sistema de valores se estaba tambaleando. Se había tenido que enfrentar a un mundo repugnante y brutal en el que las virtudes tradicionales que tanto respetaba habían sido pisoteadas. Deber, respeto, honor y justicia. Tachadas. O en conflicto unas con otras. «Mi deber es llamar a la policía», se dijo. Pero una vocecita dentro de su cabeza le respondió que no fuera bobo: «Al fin y al cabo, el hecho de que Skullion te haya dicho que fue él quien mató a Sir Godber no demuestra que realmente lo hiciera. Y podría negarlo, y entonces ¿qué?» El Decano no podía encontrar respuesta satisfactoria a esta pregunta. Y, además, había que tener en cuenta el honor del Colegio. Incluso una acusación sin fundamento como aquella podría llegar a levantar un escándalo, y Porterhouse ya había tenido bastantes durante los últimos años para tener que soportar otro más. Una nueva crisis sólo serviría para darles al doctor Buscott y a los demás jóvenes Claustrales la excusa que buscaban para acabar con el Decano, el Tutor Mayor y la vieja guardia, y, de paso, con el carácter tradicional del Colegio. El Primer Ministro nombraría un nuevo Rector, y Porterhouse acabaría siendo un colegio tan insustancial como Selwyn o Fitzwilliam. El Decano dejó a un lado su sentido del deber, y con él su fe en la justicia.

Pero había también otras consecuencias. Durante toda su vida el Decano había tenido a Skullion por un simple criado, un inferior en la escala social cuya deferencia era prueba fehaciente de que el viejo orden no había cambiado, al menos, en lo esencial. Skullion había destruido aquella reconfortante ilusión. «Nada de Skullion», le había dicho: «A partir de ahora, para usted soy el Rector.» Con aquella orden, y no se le podía llamar de otra forma, el mundo del Decano se había vuelto del revés. Después de su reciente encuentro con el borracho de Jeremy Pimpole y su mugrienta casita de guardabosques, la repentina manifestación de autoridad por parte de Skullion era la gota que desbordaba el vaso de los sueños de estabilidad social del Decano. Aún había, sin duda, pequeños islotes del viejo orden donde subsistían el respeto y la decencia, pero la marea del vulgar igualitarismo estaba subiendo peligrosamente, amenazando con ahogarlos a todos. El Decano había visto su bárbara acción en la cafetería de aquella gasolinera, y se había quedado horrorizado. Que se extendiera a Porterhouse era más de lo que podía soportar. Y lo que

más le desilusionaba era que se había equivocado acerca de la muerte de Sir Godber, y que Lady Mary tenía razón. Su marido había sido asesinado. Y, para acabarlo de arreglar, el Decano interpretó mal las últimas palabras del moribundo y creyó que nombraba sucesor para el cargo de Rector cuando en realidad estaba diciendo el nombre de su asesino. Había una horrible ironía en aquel error, pero el Decano no estaba de humor para apreciarla. Por el contrario, se encerró en sus habitaciones, donde se entregaba a lúgubres meditaciones. Comía en silencio en el Refectorio y luego se iba al parque a dar largos paseos, durante los cuales se preguntaba tristemente qué cabía hacer.

Durante uno de esos paseos, se encontró con el Praelector. También él parecía preocupado.

—¡Ah, Decano! Qué, ¿dando una vueltecita? —dijo el anciano.

El Decano procuró sonreír.

—Me conviene dar buenas caminatas —dijo—. El ejercicio me alivia un poco el reuma.

—Sí que es verdad —asintió el Praelector—. Aunque, en mi caso, he venido a aclararme las ideas sobre el estado del Colegio, que no es nada bueno.

—¿A qué se refiere? —preguntó cautelosamente el Decano.

—Pues no lo sé con exactitud. Durante la ausencia del Tesorero he tenido oportunidad de examinar las cuentas, y he de reconocer que son tan desastrosas como el pobre hombre ha dicho siempre. Incluso para un profano en la materia como yo, la situación parece desesperada. Mucho me temo que estamos abocados a la bancarrota.

—¿La bancarrota? Pero el Colegio no puede ir a la bancarrota. Esas cosas no pueden ocurrimos a nosotros. No regentamos ningún negocio o sociedad anónima. Porterhouse es una institución, una de las más antiguas de Cambridge. No permitirán que vayamos a la bancarrota.

—¿Y puedo preguntarle a quién se refiere, quiénes no nos dejarán ir a la bancarrota?

Habían llegado a una verja, y el Praelector le cedió el paso al Decano, que pasó por delante y se detuvo. Nunca había tenido que enfrentarse a una pregunta tan directa sobre la verdadera naturaleza de la sociedad. En su mente, una mente tan repleta de prejuicios de respeto y jerarquía como la de Skullion, aquellos misteriosos poderes eran anónimos y todopoderosos, el verdadero corazón de Inglaterra, una difusa amalgama de (por usar un tópico manido) la élite de los grandes nombres de la City y del Gobierno, que se reunía en clubes como el Athenaeum y el Carlton, y en la Cámara de los Lores, ligados en alianza inquebrantable con la Corona. El que le preguntaran a quiénes se refería cuestionaba la existencia misma de la autoridad y convertía verdades intocables y leyes no escritas en etéreas

entelequias.

—No puedo responderle a eso —dijo, y se quedó mirando los sauces pelados que se encorvaban a lo lejos, junto a la ribera del río.

El Praelector se hizo a un lado para dejar pasar a un estudiante que hacía jogging.

—Los poderes fácticos ya no están de nuestro lado —dijo—. Han sido suplantados por hombres de mentalidad mercenaria sin ningún interés por el bien social. Mi generación ha sido testigo de este proceso de decadencia. Una época triste y desalmada que nos deja a merced del mercado. Hemos ganado dos guerras, pero nuestra victoria nos ha costado millones de vidas y la pérdida de nuestra independencia. Esparta y Atenas cayeron de la misma manera, y con ellas la grandeza de Grecia. Ahora a nosotros, como a ellos, no nos queda más remedio que vendernos al mejor postor.

—No le sigo —dijo el Decano—. ¿Cómo podemos vendernos? Yo no tengo nada que ofrecer a un posible comprador. Soy ya viejo, y lo único que tengo en este mundo es este Colegio.

—Hablaba en términos más generales. Personalmente, diría que estamos todos bien cubiertos, gracias a las pensiones y a nuestros medios privados. Estoy pensando en el Colegio. Es «nosotros» colectivamente.

—Pero eso está fuera de toda discusión —dijo el Decano—. El Colegio no se puede poner en venta, como si fuera un bloque de pisos.

El Praelector pinchó con la punta de su bastón el montículo de una topera.

—No estoy muy seguro de eso. En el actual clima de opinión, no creo que nadie se atreva ya a definir lo que es vendible y lo que no. ¿Quién hubiera pensado hace unos cuantos años que el derecho de explotación del agua del país podría venderse a compañías privadas, algunas de ellas extranjeras, para más inri, y que las familias inglesas tendrían que pagar por una necesidad básica como ésa, y llenar las arcas de los inversores privados? Y el agua es un monopolio, además: no podemos decidir entre varios grifos de aguas distintas. Sólo hay un agua, el agua inglesa, la que nos venden. Y si lo hacen con el agua, ¿por qué no con el aire que respiramos, por ejemplo?

—Pero eso es absurdo —dijo el Decano—. El aire está ahí para todos. Y no hace falta llevarlo por cañerías o almacenarlo en bidones o filtrarlo, como pasa con el agua.

—¿Está seguro? Yo no —dijo el Praelector—. Todos los días leemos en los periódicos acerca de la contaminación ambiental: los humos de los tubos de escape de los coches y las chimeneas de las fábricas, e incluso los calentadores de las casas. Podría fácilmente argüirse el caso de la necesidad de filtrar el aire para hacerlo apto para consumo humano. Esos individuos que piensan sólo en cifras

podrían llevar esta idea adelante. «Aire puro», dirían. Y lo que se vende cuesta dinero, y hay que pagar por ello. Y cuando hay que pagar, hay también provecho que sacar. Uno ha de tener un incentivo material para poner en marcha las fuerzas del mercado. Ése es el principio que nuestros «poderes fácticos» aplican. Y no reconocen ningún otro.

—Es un principio perverso —dijo el Decano acaloradamente—. No concibo cómo podría aplicarse de modo universal. Algunas cosas no se pueden cuantificar en términos de dinero.

—Nómbreme una —dijo el Praelector.

El Decano se quedó parado un momento, intentando pensar en algo que no tuviera precio.

—La vida humana —dijo—. Le reto a que me calcule la vida de un hombre en cifras. No se puede.

—Sí que se puede, y, de hecho, se hace continuamente —replicó el Praelector, apuntando con su bastón hacia una distante torre de cemento—. Ahí tiene el Hospital de Addenbrooke, acabado de construir. Vaya y pregunte a los médicos de la planta de geriatría, o a los de cuidados intensivos, qué es lo que decide cuándo hay que desenchufar a un paciente que ha entrado en coma irreversible, o qué es lo que define cuándo se puede o no operar a un enfermo que necesita una intervención cara y complicada. O, mejor aún, pregúnteles por qué se da preferencia a pacientes extranjeros que pueden pagar enormes sumas de dinero por un trasplante de hígado, y se les pone en la lista delante de los enfermos ingleses que han pagado sus impuestos toda la vida para mantener la Seguridad Social. Vaya y pregunte, y ya verá lo que le dicen. Le dirán que el Gobierno desvía esa parte de nuestros impuestos para otros fines, como construir autopistas o pagar los sueldos de los funcionarios del Estado. Todo se lo traga la maquinaria del Estado, y sólo una pequeña porción se destina a financiar el tratamiento médico. Y por eso los cirujanos estrujan a los pacientes extranjeros poder obtener fondos con que podernos operar a nosotros.

Caminaron en silencio un rato, y los pensamientos del Decano se nublaron aún más. La arenga del anciano Praelector le había acabado de convencer de que había que hacer algo acerca de Skullion. Si el Praelector podía enfrentarse a la desolada realidad de la vida sin hacerse ilusiones, el Decano sintió que también él debía aceptar el desafío y confesar lo que le atormentaba. Y si las cuentas del Colegio se encontraban en tan serio estado, y ahora ya no lo dudaba, la cuestión del nuevo Rector se hacía aún más acuciante.

—¿Le importaría acompañarme hasta el río? —dijo, cuando llegaron a la linde del parque—. Allí podremos hablar más en privado, y lo que tengo que decirle es de naturaleza absolutamente

confidencial.

Salieron del caminito y se dirigieron colina abajo hacia la ribera del Cam. Y allí, junto a la desleída corriente de agua, el Decano le contó la confesión de Skullion y su amenaza de hacerla pública. El Praelector se quedó mirando largo rato las ramitas que flotaban en el agua antes de responder.

—Todo encaja —dijo por fin—. Todo encaja con los hechos. No puedo decir que me sorprenda del todo. Hay siempre cierta cantidad de violencia latente en todos nosotros, y Godber Evans había despedido a Skullion, que tenía más violencia reprimida que la mayoría. Y todavía la tiene, por lo que me cuenta. Me dice que le ha amenazado, ¿no?

El Decano asintió.

—Skullion estaba borracho. Me dijo que nos tenía cogidos por las pelotas, eso fue lo que dijo, exactamente, y cuando le pregunté qué quería decir, me respondió que sabía que Lady Mary había enviado al doctor Osbert para que descubriera quién había asesinado a su marido. ¡Dios sabe cómo se enteró, el condenado!

—Pues porque conserva su autoridad —dijo el Praelector—. Se sigue considerando el Portero Mayor. Y los demás sirvientes lo saben. Y le cuentan todo lo que oyen. El Cocinero, los camareros, las fámulas que limpian nuestras habitaciones, los mozos... No se les escapa mucho, créame. Y lo que no le cuentan a Skullion, lo deduce él por su cuenta. ¿Qué dijo exactamente sobre el doctor Osbert? ¿Lo recuerda?

El Decano rememoró aquella noche fatídica.

—Me preguntó quién había aportado los seis millones para mandarnos al nuevo becario de la Sir Godber Evans, o algo parecido. Eso es lo que dijo. Y cuando le respondí que no lo sabía, me dijo que la maldita Lady Mary lo había hecho porque quería saber quién había asesinado a su marido, y ese becario estaba aquí para husmear la verdad. Sí, eso es lo que dijo. Ésas fueron sus palabras: «para husmear la verdad».

—¿Y entonces?

—Entonces me dijo que se lo contaría —prosiguió el Decano—. Me dijo: «A mí no van a tratarme como a un trapo. Y, como trate de mandarme a la Quinta, lo contaré todo, porque yo lo hice. Yo maté a aquel hijo de puta.»

El Praelector dejó escapar un profundo suspiro.

—Los trapos sucios —dijo—. Skullion tiene buena memoria. Una vez hice un chiste sobre eso.

—Y se acordaba perfectamente —dijo el Decano.

—Eso fue cuando Vertel tuvo que marcharse antes de que llegara la policía —dijo el Praelector, y le pegó un seco bastonazo a un montón de tierra—. Así que el Rector cree tenernos cogidos por las

pelotas, ¿eh? Pues diría que se equivoca.

Dio media vuelta y se dirigió hacia el caminito asfaltado. El Decano le siguió. Le había aliviado mucho compartir aquel peso con el Praelector. En aquel anciano había una presencia de ánimo que él ya había perdido, una mente clara y una voluntad firme. Y esta vez fue el Praelector el que pasó primero por la puerta.

No hablaron durante el camino de vuelta, pero cuando llegaron a la altura del viejo molino el Praelector se detuvo y dijo:

—No se lo ha contado usted a nadie, ¿verdad? Ni siquiera al Tutor Mayor, ¿no?

—A nadie, Praelector, a nadie.

—Bueno. Vamos a volver al Colegio cada uno por su lado. Es menester que no nos vean juntos. Ya hablaremos después. Esto no puede quedar así.

Y con lo que al Decano le pareció una sorprendente agilidad, el Praelector se alejó a grandes pasos colina abajo en dirección a Silver Street.

El Decano se quedó junto al molino un rato más, contemplando el agua que giraba en los cangilones y pasaba como una cinta por debajo del puente, y recordando con nostalgia a aquel estudiante sudafricano que se había tirado al río desde aquel mismo puente en pleno invierno por una apuesta de cinco libras. Ocurrió en 1950, y aquel joven se llamaba Pendray. Estudiaba en Santa Catalina, le parecía recordar al Decano. Se preguntó qué habría sido de él. Cuando levantó la vista alcanzó a divisar al Praelector que desaparecía por la puerta de los urinarios públicos, allá a lo lejos, lo cual explicaba aquellas prisas tan repentinas. Con una nueva punzada de abatimiento, el Decano se alejó en dirección contraria, hacia Little St Mary's Passage. Se tomaría una buena taza de té en La Jarra de Cobre antes de volver a Porterhouse. Sentado en la taberna frente a su taza de té, comprendió con tristeza por qué en otros tiempos se llamaba al Praelector el «Padre del Colegio». Aquel paseo por el parque no se le olvidaría nunca.

En la Universidad de Kloone, Purefoy Osbert terminó de leer el último de los trabajos de sus antiguos alumnos que le tocaba corregir aquel mes. Había ido en coche desde Cambridge con la agradable sensación de que ahora tenía algo que decirle a Madame Ma'Ndangas que la convencería definitivamente de que era un hombre de verdad. Había tardado unos días en reponerse del resfriado y del susto tras aquella noche en el Laberinto, pero durante ese tiempo su concepto de sí mismo había cambiado. Le habían enviado a Porterhouse para que descubriera quién había asesinado a Sir Godber Evans, y en el curso de apenas unas pocas semanas había triunfado allí donde abogados y detectives profesionales fracasaron tras años de ímprobos esfuerzos.

Había tomado nota del día y la hora, de la presencia del Decano, de las circunstancias más nimias de aquella noche, e incluso había llegado al extremo de alquilar una caja de seguridad en Benet Street donde depositar los documentos. Pero, por otra parte, había resistido el impulso inicial de irse a Londres a contárselo todo a Goodenough y su prima Vera, no fuera que pensasen que sus descubrimientos eran todavía circunstanciales, o, algo peor, que se precipitasen en tomar medidas inmediatas al respecto. Era necesario pensar mucho las cosas antes de hacer nada, y, además, sus propias hipótesis sobre las causas del crimen y la responsabilidad de la policía y los jueces habían quedado en entredicho. Peor aún: por primera vez en su vida, Purefoy se había encontrado con un asesino cara a cara (o casi), y había oído la violencia en su voz. No había habido un argumento razonado, ni una excusa plausible para su comportamiento. Ni siquiera una explicación. Sólo la amenaza de contarle al doctor Osbert, precisamente a él, que había asesinado a Sir Godber si el Decano y los Claustrales intentaban mandarle a la Quinta. Purefoy no conocía la existencia de la Quinta de Porterhouse. Ahora sabía que era el lugar adonde iban a parar los Claustrales que se convertían en un engorro o tenían problemas con la policía. Hasta allí había llegado. Pero el misterio del móvil de Skullion para cometer aquel crimen seguía sin resolverse. Había aún mucho que investigar antes de poder someter un informe concluyente y convincente a la consideración de Lady Mary y de Goodenough y Lapline.

Cuanto más pensaba en aquel problema, más obstáculos encontraba. Por bocazas, ahora el Decano y los Claustrales sabían qué había detrás de la beca Sir Godber Evans, y estarían con la guardia alta. Purefoy se maldijo por haber bebido tanto. Aquello significaba que cualquier pregunta que hiciera sería respondida con el silencio, o con una pista falsa. En pocas palabras, sabía lo que había ido a descubrir, pero ese conocimiento no le servía de nada. Y había un motivo más para su indecisión, un motivo que pesaba sobre él todo el tiempo. Skullion era viejo y estaba paralítico: sentado en su silla de ruedas y con su sombrero hongo era una figura trágica. Descubrirle no beneficiaría a nadie a aquellas alturas. Sólo el deseo de venganza de Lady Mary se vería satisfecho. Y Purefoy no sentía ninguna simpatía por ella. El asesino no volvería a matar; e incluso si se pudiera probar su culpabilidad, ¿qué bien le haría la cárcel? Ninguno. Tampoco es que, en opinión de Purefoy, las cárceles hicieran bien a nadie. Eran el síntoma más claro del fracaso de nuestro sistema social, e infectaban aún más las heridas que se suponía que debían curar. Skullion ya había sido castigado bastante con su enfermedad, prisionero en su silla de ruedas. Con tantos pensamientos contradictorios chocando en su mente, Purefoy trató de evadirse concentrándose en su amor por

Madame Ma'Ndangas. Se lo explicaría todo y, siendo una mujer que había vivido tan intensamente, ella sabría cómo había que actuar en aquel caso.

Una vez terminada la lectura y calificación de los trabajos, y después de concertar cita con sus catorce alumnos en la cantina al día siguiente para discutir cualquier dificultad que tuvieran con la bibliografía durante un almuerzo distendido, salió de la Facultad más animado a ver a Madame Ma'Ndangas. Por el camino le compró un ramo de rosas rojas. El apartamento de Madame Ma'Ndangas estaba situado en la primera planta de un gran edificio eduardiano. Purefoy subió por las escaleras, e iba a llamar a la puerta cuando ésta se abrió de repente y apareció frente a él una mujer que no era Madame Ma'Ndangas, pero se le parecía mucho, y no se mostró sorprendida de verle plantado en el umbral. Era morena, llevaba gafas e iba vestida con un jersey de cuello cisne y una falda que le daban un aspecto serio y formal.

—¡Ay, Señor, así que es usted! —dijo la mujer—. Ya me lo había imaginado. No se da por vencido, ¿eh?

Purefoy balbució una excusa, con la sensación de que algo no encajaba, aunque no tenía ni la más remota idea de lo que era; tal vez se había equivocado de piso y aquella mujer le había tomado por un cobrador de alquileres o por alguien que se parecía a él y había estado molestándola, o incluso persiguiéndola con intenciones pecaminosas.

—No sabe cuánto lo siento —dijo, tartamudeando—. Busco a Madame Ma'Ndangas.

—Madame Ma'Ndangas ya no vive aquí —dijo la mujer.

—Ya veo —dijo Purefoy—. ¿Y no sabría decirme su nueva dirección?

—¿Así que quiere saber la nueva dirección de Madame Ma'Ndangas? ¿Es eso lo que me pregunta? —dijo la mujer con lo que Purefoy no pudo dejar de considerar una reiteración innecesaria y un énfasis casi siniestro. Tenía también la sensación de que había cambiado de acento de repente.

—Pues sí, eso es lo que he preguntado —dijo, mirando aquellos ojos azules que le escrutaban detrás de los gruesos lentes—. Soy un viejo amigo suyo, de la Universidad.

—Ya —dijo la mujer, mirándole de arriba abajo con bastante descaro—. ¿Cuántos años?

—¿Cuántos años? —repitió Purefoy, sintiéndose más y más confuso. El acento de aquella mujer había vuelto a cambiar con aquel «Ya». Ahora sonaba centroeuropeo—. ¡Ah! ¿Se refiere a cuántos años hace que la conozco? Pues verá, la conozco desde...

—No esto yo prrregunto —dijo la mujer—. Yo quierrro saberrr su edad.

Purefoy se la quedó mirando. Allí había algo que encajaba cada vez menos. Su acento había cambiado del inglés relativamente normal de clase alta a una especie de parodia de espía de la KGB en una película de los años cincuenta. Se asomó un poco por encima de su hombro. Los vestidos de Madame Ma'Ndangas estaban desparramados al buen tuntún sobre el sofá, y había una maleta abierta y vacía en el suelo.

—Oiga, mire... —empezó, pero la mujer le interrumpió.

—Madame Ma'Ndangas ha desaparecido —dijo—. ¿Sabe su paradero, quizá?

—Por supuesto que no —dijo Purefoy—. No estaría aquí si lo supiera, ¿no cree?

Otra vez tuvo la sensación de que todo aquello no tenía el menor sentido. La mujer había vuelto a cambiar de acento. Ahora era de nuevo claramente inglés.

—¿Cree que podría identificar su cuerpo?

—¿Su cuerpo? —dijo Purefoy, ya con los pelos de punta. En pocos minutos había tenido casi la convicción de que se había equivocado de casa, se había encontrado a una completa desconocida que parecía estar esperándole y cuyo acento cambiaba del inglés más normal a lo que parecía ruso y que había vuelto a ser inglés para sugerirle que Madame Ma'Ndangas podía estar muerta, o en un estado de mutilación tal que se hacía preciso que un conocido la identificara—. ¿Su cuerpo? No querrá decir que...

—¿Hasta qué punto errra íntima su rrrelación con esa mujerrr? ¿Errran amantes?

—Jesús! —dijo Purefoy, y se agarró al marco de la puerta para no caerse.

Entre aquel monstruo que cambiaba de acento y las trágicas implicaciones de sus preguntas, Purefoy estaba al borde del colapso nervioso. Y, de repente, la mujer le agarró de un brazo y tiró de él, intentando meterlo a la fuerza en aquella habitación. Purefoy se aferró desesperado al marco de la puerta.

—¡Oiga, oiga! —graznó—. No sé de qué me habla. No tengo ninguna pista de qué...

—¡Ah, eso es lo que esperaba oír! —exclamó la mujer—. Pistas. En casos como éste, son los pequeños errores lo que buscamos, doctor Osbert. ¡Ha dicho «pista»!

Purefoy soltó el marco de la puerta, en parte porque aquella mujer le estaba pegando unos tirones tremendos, pero, sobre todo, porque le había llamado doctor Osbert y había acabado de asustarlo hablando de «casos» como aquél y «pistas». Entró en la habitación dando traspiés y se apoyó contra una de las paredes. La mujer cerró la puerta, se metió la llave en el bolsillo a toda prisa y luego, con un

movimiento de lo más siniestro, y sin quitarle los ojos de encima, se deslizó por el cuarto y cerró la puerta del dormitorio contiguo.

—Siéntese —dijo.

Purefoy se quedó de pie y trató de ordenar rápidamente sus pensamientos. Lo cual no era fácil. De hecho, le resultó imposible. «¡No quiero!», intentó decir, pero de su boca salió apenas un hilillo de voz, así que volvió a intentarlo.

—¿Cómo sabe mi nombre? ¿Y qué significa esto? ¿Por qué están los vestidos de Madame Ma'Ndangas tirados por todas partes?

—He dicho que se siente —dijo la mujer.

Cogió la silla del escritorio de Madame Ma'Ndangas, la volvió y se sentó en ella a horcajadas, mostrando de paso una buena porción de muslo. Purefoy se alejó de la pared arrastrando los pies y se sentó con mucho cuidado en uno de los brazos del sofá.

—Así me gusta. Y ahora, doctor Osbert, quiero que me lo cuente todo desde el principio y me diga sin omitir detalle cómo conoció a Madame Ma'Ndangas.

Desde el brazo del sofá, Purefoy la miraba receloso, intentando pensar con claridad. Estaba casi seguro de encontrarse en presencia de una especie de policía de paisano, o quizá, como parecía estar sola y dominaba multitud de acentos, la mayoría de ellos extranjeros, de un miembro de algún servicio secreto. En cualquier caso, la cosa no era para tomársela a broma.

—¿Cómo sabe mi nombre? —le preguntó, en un intento de orientarse un poco.

—Responda a lo que le pregunto —dijo—. No estoy aquí para contestar a sus preguntas. Si no se muestra dispuesto a cooperar, me veré obligada a llamar a mis asistentes.

Lanzó una significativa mirada a la puerta del dormitorio. Purefoy denegó con la cabeza. Aquella mujer ya era bastante mala sin necesidad de asistencia de ninguna clase. Purefoy contempló angustiado los familiares ornamentos africanos, y las chucherías con que Madame Ma'Ndangas había decorado aquella habitación, pero se le hizo un nudo en la garganta el ver aquellas ropas tiradas por todas partes y la maleta vacía en el suelo.

—La conocí en la Universidad —dijo—. En la Sala de Profesores, o en la Cantina, ya no me acuerdo.

La mujer alargó un brazo y tomó un bloc de notas del escritorio.

—Veamos —dijo—. Tenemos razones para sospechar que no nos está diciendo la verdad. Asistió a una de sus clases nocturnas sobre infertilidad masculina y técnicas de masturbación en el aula 5 del Edificio Scargill. La excusa que dio más tarde es que pensaba que era una conferencia sobre la reforma penal en Sierra Leona.

Purefoy tragó saliva con dificultad. Tenía la garganta seca.

Aquello era una pesadilla. La mujer cerró el bloc de notas de golpe y lo volvió a dejar sobre el escritorio.

—Eso es lo que ocurrió —admitió Purefoy—. Fue una equivocación, de verdad.

—A la semana siguiente, volvió. ¿Tendría la bondad de explicarme el porqué?

Purefoy miró a su alrededor, intentando dar con una respuesta plausible.

—Yo... yo... —murmuró.

—¿Usted, qué? ¿O es que quería aprender a masturbarse?

—¡Por supuesto que no! —dijo Purefoy, muy enfadado—. Esto es insufrible.

—¿Insufrrrible? ¿Qué quierrre decirrr insufrrrible? —preguntó la mujer, cambiando otra vez al acento de la guerra fría—. ¿O es que quierrre decirrr que usted no sufrrre del síndrome de Von Klubhausen de las manos peludas?

—Jesús —dijo Purefoy, que sudaba copiosamente y se preguntaba si no estaría volviéndose loco.

La siguiente pregunta le convenció del todo.

—Y dígame, doctor Osbert, ¿qué interés tiene en la circuncisión femenina? ¿O es que acaso ha tenido experiencias personales en la ablación del clítoris a las nativas?

—¿Qué? —gritó Purefoy, y por un instante pareció que la mujer dudaba—. ¿Qué es lo que ha dicho?

—Ya me ha oído —dijo la mujer agriamente—. Responda a la pregunta.

—¿Qué es eso de *personales?* -chilló Purefoy con voz de tiple—. ¿Cómo coño quiere que tenga experiencia personal de la circuncisión femenina? ¿Acaso cree que tengo clítoris? ¡Por el amor de Dios!

—Eso es cierrrto, sí —dijo la mujer, volviendo a cambiar a Lubianka 1948—. Después clarrro que no. Perrro antes...

—Ni antes ni después —bramó Purefoy—. ¡A ver si se entera de que no tengo clítoris! ¿O cree que soy una mujer disfrazada?

—¿No lo es? —dijo la mujer, escéptica—. Resulta que va a clases nocturnas sobre estimulación clitoridiana y circuncisión femenina y no es mujer, ¿eh? Eso ya lo veremos más adelante.

Purefoy estuvo a punto de decirle que podía verlo en aquel mismo momento, que se lo enseñaba cuando quisiera, pero se contuvo.

—Así pues —dijo la mujer—, ¿cuándo vio por última vez a Madame Ma'Ndangas con vida?

Purefoy Osbert sintió que la cabeza le daba vueltas. No se le había escapado el significado de «con vida».

—¿Quiere decir que está muerta? —tartamudeó.

La mujer se levantó.

—Usted sabe mejor que nadie, doctor Osbert, en qué estado se hallaba cuando la vio por última vez. ¿Estaba viva, doctor Osbert? ¿O estaba ya...? Bueno, bueno. Se lo preguntaré de otra forma. —Se calló de repente y no dijo ni una palabra más durante medio minuto, que a Purefoy le pareció media hora—. ¿Y bien? —le espetó de improviso—. ¿Qué me responde?

Purefoy pestañeó, atónito.

—¿Qué? —preguntó, temblando—. Dijo que me lo iba a preguntar de otra forma.

—¿Preguntar de otra forma qué, doctor Osbert? ¿Y por qué habría de hacer semejante cosa, eh?

Purefoy se agarró al respaldo del sofá. Era su único contacto con la realidad en aquel momento. El embrollo en el que se había metido no tenía ningún parecido, ni siquiera remoto, con ella. Para empeorar las cosas, creyó oír que alguien lloraba en el dormitorio.

—Mire, no sé por qué me dijo que me iba a hacer la pregunta de otra forma. ¿Cómo podría saberlo, si ni siquiera sabía qué pregunta me estaba haciendo?

—Muy hábil —dijo la mujer—. Sus técnicas evasivas son sumamente interesantes desde un punto de vista psicológico. Se ve que ha sido entrenado para este tipo de interrogatorio. Y las flores tienen también su significado. Las ha traído para que creyésemos que no estaba al corriente de lo ocurrido, ¿no es eso?

—Yo no sabía nada. Las compré para Madame...

—Mentira —gruñó la mujer. Sus pálidos ojos azules echaban chispas tras los cristales de las gafas—. ¡Mentira! Ya es hora de que se enfrente a los hechos.

Se levantó de la silla y se dirigió a la puerta del dormitorio, y por un momento Purefoy aún creyó que había alguna esperanza.

Frente a la puerta, la mujer se paró y se volvió hacia él.

—No serrrá agrrradable —dijo, de nuevo con el acento centroeuropeo—. Trrres semanas con la calefacción encendida y la puerrrta del rrrefrigueradorrr abierrrta no es agrrradable. Perrro así sabrrrá sobrrre la licuefacción que ocurrre cuando...

Purefoy se había puesto pálido y tenía la frente perlada de sudor.

—¡Por el amor de Dios, acabemos de una vez con esto! —graznó.

Los gemidos en la habitación contigua eran ahora perfectamente audibles. La mujer abrió la puerta de golpe y metió a Purefoy dentro de un empellón. Madame Ma'Ndangas estaba tirada en la cama, hecha un ovillo, con las rodillas pegadas al pecho y un pañuelo en la boca. Tenía la cara muy roja, y le caían grandes lágrimas por las mejillas. Por un segundo, Purefoy se quedó mirando aquella forma convulsa con un sentimiento de preocupado alivio. Pero fue sólo un segundo. A Madame Ma'Ndangas no le había pasado nada. Sólo se estaba

mondando de risa.

Con una sacudida de hilaridad, saltó de la cama y se quitó el pañuelo de la boca.

—¡Ay, Purefoy! —dijo—. ¡Has estado graciosísimo!

Pero Purefoy Osbert apenas la oyó. La otra mujer también estaba partiéndose de risa. Con furia ciega, la apartó de un empellón y salió del apartamento. Se quedó parado en medio de la calle, ciego de rabia. Estaba hasta las narices de la Universidad de Kloone, de Madame Ma'Ndangas y de todo. Por él, se podían ir a tomar viento fresco. Sin preocuparse siquiera de recoger sus papeles de la oficina en la Universidad, se fue derecho al aparcamiento, cogió su coche y emprendió el largo viaje de vuelta a Cambridge. Y mientras conducía fue redactando mentalmente la carta que le escribiría a la maldita Madame Ma'Ndangas.

En el apartamento, la mujer a la que Purefoy conocía como Madame Ma'Ndangas, y que aseguraba llamarse así, levantó la vista de las rosas rojas que yacían desperdigadas por el suelo y le dijo a su hermana:

—Creo que esta vez nos hemos pasado un poco. ¡Pobre Purefoy! Me temo que no me lo perdonará nunca. Y debes reconocer que se comportó estupendamente bien.

—Si está de verdad enamorado de ti, se le pasará —le dijo su hermana—. Y un hombre debe tener cierto sentido del humor; si no, no merece la pena casarse con él.

—No va a ser fácil explicárselo —dijo Ingrid—. ¡Ay, Señor, cómo pesa el pasado!

# 27

Al general Sir Cathcart D'Eath le estaba resultando más difícil de lo que había pensado encontrar a una negra que estuviese dispuesta a hacer lo que quería hacerle a Purefoy. Sus contactos con servicios especiales no le habían ayudado en lo más mínimo. «Reducciones del presupuesto», le habían dicho.

—La mitad de nuestros muchachos han sido trasladados a otras unidades o están echándoles una mano a los americanos. En la práctica, nos hemos convertido en un servicio autofinanciado. Una situación terrible. Siento no poder ayudarle, pero así están las cosas. El reclutamiento está prácticamente a cero.

Y, de resultas, la mujer zulú fue despedida y había vuelto a Sudáfrica, a levantarle la moral a la tropa de la nueva fuerza de defensa. Ninguno de los viejos camaradas del general en Londres pudo sugerir una alternativa. Al final, tuvo que conformarse con una mujer blanca natural de Thetford, entrada en años y en carnes, y a la cual uno de sus mozos de cuadra había recomendado por ser, según él, muy cachonda y no hacerle ascos a nada.

El general, mientras la inspeccionaba desde la otra punta de la barra del bar en el que trabajaba, comprendió lo que su mozo de cuadra quería decir. Era una rubia teñida ya talluda, con más patas de gallo que una granja avícola y bastante pasada de fecha de caducidad. Su edad de oro habían sido los años sesenta y setenta, cuando las bases americanas estaban a tope y ella se lo había pasado bomba con los muchachos en Mildenhall y Alconbury y eso, ¿ya lo entendía, verdad?

El general creía que sí, y quedó en encontrarse con ella en un picadero frente al Jardín Botánico que tenía reservado para sus propias expansiones. La casa, rodeada de bloques de oficinas y cuya primera planta albergaba el estudio de una firma de arquitectos, era virtualmente idéntica a los demás edificios de la calle, con la ventaja adicional de que se podía entrar en ella por un garaje trasero que daba a un callejón poco transitado. Allí, en un dormitorio acolchado tapizado de seda rosa, el general discutió el vestuario y la utilería que tenía en mente para aquella escena.

—Se trata de un hombre bastante joven —dijo, ya que no sabía muy bien qué edad tenía el doctor Osbert.

Petunia Ransby declaró que le gustaban los jóvenes. Pero los maduros, más.

—Tienen más experiencia, ¿sabe?

El general prefirió no saber más. Una flor tan pocha como aquella

Petunia no figuraba entre sus preferencias, bastante omnívoras por cierto. Optó por concentrarse en las supuestas preferencias del doctor Osbert. En el cuarto contiguo, detrás del espejo, la atractiva secretaria del general ya había dispuesto la cámara de vídeo y comprobado el sonido.

—El caso es —prosiguió el general— que nuestro hombre ha pasado gran parte de su vida en África, de hecho es sudafricano, y las negras le atraen y le repelen al mismo tiempo. El objetivo de esta especie de terapia es demostrarle que el color de la piel es totalmente irrelevante...

—¡No, qué va! —dijo Petunia, pero la mirada del general la silenció.

—En otras palabras, que todos somos exactamente iguales bajo la piel, y por eso va a llevar este... ejem, traje —Sir Cathcart le señaló una suerte de mono de látex negro que estaba doblado sobre una silla —. Así no se tendrá que pintar de negro, y de paso la ayudará a contener sus abundantes encantos.

—¡Oh, general, es usted terrible, terrible! —dijo Petunia.

Sir Cathcart decidió no pasar de los cumplidos ambiguos. Terrible no era la palabra que habría utilizado para definir a Petunia. El tiempo y los estragos de largas y tempestuosas noches de alcohol habían dejado su marca en ella. Era infinitamente peor, era horrenda. Su peinado, en particular, hacía daño a la vista.

—Pues no sé, la verdad, cómo voy a parecer natural con la cabeza dentro de esta caperuza de goma, ¿sabe? No se me verá le media melena ni el flequillo.

—Pues sí, tiene razón —dijo el general, que ya empezaba a temer que se le iban a quitar las ganas de látex negro para el resto de su vida. Ciertamente, aquel traje de goma nunca le sentaría bien al tipo de mujer más esbelta que él prefería, y no le cabía la menor duda de que los gustos sexuales del doctor Osbert, después de aquello, se verían notablemente alterados. Como viera a Petunia sin el mono de goma y con todos los michelines colgando, el pobre se volvía maricón, seguro.

Detrás del biombo que el general había insistido en que usara mientras se cambiaba, Petunia luchaba por meterse dentro del traje de buzo.

—¡Esto no me entra ni a la de tres! —gritó—. ¿Está seguro de que es de mi talla? Parece que lo hayan hecho para una tabla de planchar. Porque una tiene sus cosas, ¿sabe?

—Ya lo creo que tiene sus cosas, querida —dijo Sir Cathcart—, y muy bien puestas.

Diez minutos después, Petunia salió de detrás del biombo y confirmó los peores pronósticos del general. A través de las ranuras

donde se suponía que debían estar los pezones no se veía más que pellejo enrojecido y arrugado. Los susodichos pezones debían de estar aplastados contra sus hombros.

—Es que, como me lo he tenido que meter por los pies —explicó, sofocada por las apreturas de la vestimenta de buzo—, me han subido un poquito para arriba. Meta los dedos por las ranuras y tire hacia abajo, para que se pongan en su sitio.

El general se mordió los labios e hizo lo que se le pedía. No fue nada agradable, y Petunia no se lo puso fácil tampoco, pues se restregaba contra él mientras murmuraba que era un hombre la mar de atractivo. Pero al final sus enormes pezones pasaron por las ranuras y aquellas majestuosas mantecas adoptaron una forma, si bien aplanada, algo más ortodoxa. El único problema era que sus pezones no eran negros.

—Pues se los vamos a tener que teñir —dijo el general—. No veo otra solución.

—Pero los ojos no me los puedo teñir. ¿Qué piensa hacer con ellos?

El general consideró el problema un minuto.

—Lo mejor que puede hacer es no mirarle a la cara. El capuchón la tapará un poco, y pondremos unas luces suaves. Y, además, me atrevería a asegurar que toda su atención estará concentrada en otras partes más bajas.

Petunia gorgoteó.

—¡Oh, sí, con lo que me gusta a mí eso! —dijo—. Usted lo que quiere es que le dé la vieja medicina contra la tos, ¿verdad?

—¿La medicina contra la tos? Pues no sé de qué me habla.

—¡Venga ya! El cunnilingus, ya sabe. Como la felación, pero al revés. ¿Lo entiende ahora?

—Sí, claro, sí —dijo Sir Cathcart, que había tenido un escalofrío —, aunque le puedo asegurar que no es lo mío, no.

—¡Anda que no, pillín! ¡Qué terrible es usted, mi general! ¿Cree que a su amigo le gustará...?

—Estoy seguro de que le encantará, pero ahora dejemos eso y concentrémonos en el plan de ataque...

—Tengo que hacer pipí —dijo Petunia—. Este traje me aprieta mucho y me...

—Sí, bueno —dijo el general, preguntándose lo que tardaría en completar aquella operación. Si tenía que quitarse el traje y volvérselo a poner, podía tardar horas.

Pero de hecho, volvió a los pocos minutos.

—Está muy bien pensado ese agujero en la entrepierna —dijo—. Aunque, como no me lo abra un poco más, a ese amigo suyo no le va a pasar la lengua.

—Estoy seguro de que encontrarán la manera —dijo Sir Cathcart, que empezaba a sentir aprensión—. Y ahora, como iba diciendo, este amigo mío sufre de una actitud ambivalente respecto a las mujeres y, en particular, a...

—¡Vaya, así que es uno de ésos! —le interrumpió Petunia—. Cada día hay más, ¿no cree? No sé adonde va a ir a parar el mundo. El otro día le dije a mi marido...

—Ya me imagino lo que le dijo, pero, volviendo a nuestro asunto —dijo el general, ya algo irritado—, lo que trato de que entienda es que mi amigo estará atado a la cama, y quizá se resista un poco cuando la vea entrar, pero no se preocupe, que no habrá problemas. Uno de mis hombres estará cerca y...

—Así que va a ser una cama redonda. No sabía que se tratara de un trío. Bueno, pues mejor. En la variedad está el gusto, como digo yo.

—Sí, estoy convencido de que sí. Pero, de hecho, se trata sólo de los dos. Usted y ese joven. Ahora, volviendo a lo nuestro, cuando lo tenga en cueros, es posible que se encuentre con que no reacciona... como es debido. De hecho, en cuanto la vea, lo más seguro es que se le quiten las ganas de...

—¡Vaya cosas que me dice general! —dijo Petunia—. No soy una niña, pero todavía...

—No, no es eso —se apresuró a decir el general—. Es porque se creerá que es negra. Ya le he dicho que es sudafricano y tiene un problema con las mujeres de color. Que es la razón por la cual estamos haciendo todo este esfuerzo por el pobre muchacho. Y por eso, Petunia, tesoro, es por lo que usted es justo lo que él necesita, una mujer madura, hermosa y con experiencia, que le dé la vuelta por completo a sus ideas sobre el sexo.

Petunia Ransby se puso más hueca que un tambor.

—Eso es otra cosa. Siempre he querido ser artista —dijo—. Como Úrsula Andress, tan sofisticada.

Sir Cathcart contempló de nuevo sus generosas proporciones y pensó que la comparación no era nada feliz. La gorda de *Amarcord* habría sido un referente más adecuado.

—Bueno, pues ha llegado su oportunidad. Al principio le seducirá con sus encantos africanos, y, por supuesto, entonces se resistirá un poco debido a su fobia. Pero luego, poco a poco, le mostrará toda su radiante feminidad, toda su exquisita belleza nórdica.

—O sea, que tengo que hacerle un striptease. ¡Me encanta hacer striptease! Te quitas la ropa despacito y bailas un poco, para caldear el ambiente. —Se calló y miró al general algo confusa—. ¿Tendrá una mordaza en la boca? Si le gusta que lo aten, seguramente la tendrá...

—Sí, claro —dijo el general—. Debí habérselo dicho antes. ¿Por qué me lo pregunta? ¿Qué problema representa eso?

—Pues que no veo cómo me va a hacer los trabajos con la lengua si tiene la boca tapada.

—Ya, es un problema, ciertamente, pero estoy convencido de que se las arreglará de una manera u otra. Improvise. Y, además, el chico tiene nariz. Eso será al principio, cuando usted parezca negra. Después que le revele que es blanca, podrá quitarle la mordaza y seguro que le meterá la lengua hasta las entretelas. Ah, y otra cosa. Va a llevar este pequeño receptor en la oreja, por debajo de la capucha. Es un microtransistor. Así le podré ir diciendo lo que quiero que le haga y esas cosas. Se usan mucho en los estudios de televisión y de cine. Bueno, pues creo que esto es todo. Ya se puede quitar el traje de goma y volverse a poner esos pantalones de lame dorado que le sientan tan bien.

Petunia Ransby desapareció detrás del biombo y permaneció allí un buen rato forcejeando con el traje de buzo. Pero, por lo menos, Sir Cathcart no tuvo que meterle el dedo otra vez por las ranuras. Mientras se cambiaba, el general reflexionó sobre la necesidad de llevar aquella operación con la mayor discreción. Como no conocía al doctor Osbert, no podía prever de qué modo reaccionaría al verse atado y amordazado en una cama extraña y sometido a los abusos sexuales que Petunia iba a perpetrar contra él tan exhaustivamente. Más tarde, cuando viera el vídeo, las cosas cambiarían, pero de momento había que tomar precauciones.

—Por cierto, me parece que lo mejor sería que asumiera un nombre artístico —dijo—. Me refiero a que, si mi amigo supiera que se llama Petunia Ransby y, como es muy probable, se enamorara de usted, podría convertirse en un moscón muy molesto.

Detrás del biombo se oyó una risita.

—¡No sea inocente, mi general! ¿Cree que me llamo de verdad Petunia Ransby? ¡Pues claro que no! Como decían los yanquis, el alias sólo lo uso en misiones especiales. ¡Cómo se pondría mi marido si fuera por ahí pregonando mi verdadero nombre! Tiene un empleo muy bueno en la Telefónica, ¿sabe?

—Ah, estupendo —dijo el general—. ¿Y cuántos hijos me ha dicho que tiene?

—No se lo he dicho —dijo Petunia, todavía peleando con la capucha—. Tengo nueve, y además he tenido un montón de abortos.

—¡Ah! —dijo Sir Cathcart, que ya sospechaba que era madre de familia numerosa.

Con todo, aún había algo que le preocupaba. Si Petunia Ransby era lo bastante espabilada para usar nombre falso en sus «misiones especiales», y además tenía que mantener a nueve criaturas y un marido que trabajaba en la Telefónica, también lo sería para descubrir quién era el que la contrataba. De repente, se dio cuenta de que le

llamaba «mi general» a troche y moche. Pensando que la muy ladina tal vez quisiera hacerle chantaje, Sir Cathcart decidió curarse en salud.

—Si no le importa, querida —le dijo cuando reapareció por fin ataviada con sus pantalones de lame dorado, su blusa de seda transparente color carmesí y su abrigo de piel de leopardo sintética—, quisiera pasar un momento a saludar a un viejo amigo. Tenemos un pequeño negocio en común, y, sin duda, le interesará conocerlo. Se trata de un hombre en verdad notable, con un talento singular que, sin duda, apreciará mucho. Y él se alegrará de recibir la visita de una dama tan elegante.

Salieron por el garaje de la parte trasera, y el general condujo de vuelta al castillo de Coft.

—¡Viva el lujo y quien lo trujo! —dijo Petunia apreciativamente.

Sir Cathcart llevó el coche a la fábrica de comida para gatos y lo detuvo allí.

—Aquí es, querida —dijo el general, e introdujo a Petunia en el matadero, donde Kannabis estaba despellejando a un viejo semental al que acababa de despachar.

—Fried Macdonald, quiero presentarle a la señorita Petunia... —empezó el general, pero ésta había captado ya el mensaje de la horripilante escena y lo que significaba el cuchillo ensangrentado con el que Kannabis se mostraba tan diestro.

—Descuide, Ilustrísima, que no diré nada —murmuró cuando por fin se la llevó del matadero—. No diré nada, lo juro por Dios.

Sir Cathcart le sonrió de oreja a oreja.

—Pues claro que no dirá nada, querida —dijo—. Y, por supuesto, preferirá que le pague por adelantado.

Petunia se animó un poco al oír aquello. Así le gustaban a ella los caballeros.

—¿La mitad ahora y la otra mitad cuando acabe la faena, le parece bien?

—Desde luego. Es usted muy generoso —dijo. Pero se puso muy mohína cuando el general sacó del bolsillo interior de la chaqueta un grueso fajo de billetes y los partió por la mitad.

—No se apure, que los bancos aceptan billetes pegados con celo sin ningún problema —le explicó, y le entregó una de las mitades.

—Sí, lo que usted diga, Ilustrísima. Descuide, que no diré nada, ya lo verá.

—Bueno, pues ya me pondré en contacto con usted cuando nuestro amigo esté listo —dijo el general.

Petunia Ransby se metió en el coche, y el general se la llevó de allí.

El siguiente paso de Sir Cathcart fue consultar con su secretaria,

una rubia de Las Vegas a la que volvían loca los generales y los caballos, y que quería estar lo más lejos posible de ciertos tipos de Nevada.

—Y dime, pichón mío —le dijo el general—, ¿qué has podido averiguar sobre nuestro doctor Osbert? ¿Llamaste a la Portería del Colegio, como te pedí?

—Desde luego, mi general. Me han dicho que es un tipo solitario y muy raro. ¿A que no sabes lo que le va? No te lo vas a creer.

—Dime, dime, pichoncito —dijo Sir Cathcart, que se sirvió un whisky doble para quitarse de la *cabeza* la imagen de Petunia Ransby cubierta de látex negro. Y el lame dorado y el abrigo de leopardo tampoco resultaban demasiado agradables a la vista—. ¿Qué es lo que le va?

—Los penes.

—¿Los penes, pichoncito? ¿Estás segura?

—Eso es lo que me han dicho. Parece un tipo muy raro, ¿no?

—Ya lo puedes decir, hija, ya lo puedes decir —dijo el general, y se bebió un buen sorbo de whisky.

Un hombre que recibía aquellas cartas de la tal Madame Ma'Ndangas, en las que se recomendaban técnicas de masturbación que implicaban el uso de aguacates, y que, al parecer, también tenía inclinación por los penes, combinaba tantas tendencias sexuales diversas que incluso era posible que encontrase atractivo el apolillado erotismo de Petunia Ransby. Raro no era la palabra.

—¡Qué te contaron, exactamente? —le preguntó—. Por cierto, no les dirías quién eras, ¿no?

—¡Oh, no, mi general! Les dije lo que me dijiste. Que llamaba de la Embajada a causa de un visado que había pedido el doctor Osbert y que necesitábamos la información sobre su especialidad.

—¿Y te dijeron que era especialista en penes? Deben de haberte tomado el pelo, guapa. Ese tío es experto en crímenes y castigos. Ha escrito un libro sobre ejecuciones en la horca. Así que no sé qué pueden tener que ver los penes con eso. A no ser que... —Se calló y reflexionó unos instantes—. ¡Ahora caigo! Dicen que a los ahorcados se les empina cuando los cuelgan, y se corren y todo. No me parece un consuelo muy grande, dadas las circunstancias, pero...

La rubia consultó sus notas.

—Lo tengo todo apuntado —dijo—. Les pregunté cuál era su especialidad, y me dijeron que el becario de la Sir Godber Evans es penólogo.

—¡Ah, así que es eso! —dijo Sir Cathcart, muy aliviado—. De hecho, no tiene nada que ver con los penes, sino con las cárceles. Penólogo viene de P-E-N-A. Un error muy comprensible en una chica como tú. Pero bueno, veamos qué es lo que tenemos aquí.

Ojeó el fajo de fotocopias de la correspondencia de Purefoy que le había dado el Decano.

—¡Ah, esto servirá! Asociación Americana para la Abolición de la Pena Capital y otros Castigos Crueles. De lo más apropiado. El presidente de esta entidad humanitaria viene a Inglaterra en agosto y desearía entrevistarse con el doctor Osbert, cuyo libro, bla, bla, bla, firma ilegible de su secretaria. Perfecto. El membrete es fácil de copiar, y no creo que tampoco tengamos problema alguno con el sobre y el sello. Bueno, pichón mío, y ahora que ya tienes claro en esa preciosa cabecita tuya que los penólogos no tienen nada que ver con las piulas, te vamos a nombrar secretaria de la Asociación Americana para la Abolición de la Pena Capital y otros Castigos Crueles, a fin de que conciertes una entrevista entre el presidente de dicha entidad y el doctor P. Osbert, célebre autor de *El tirón de cuello final.* Te compraré un ejemplar para que le eches un vistazo. ¿Crees que podrás hacerlo tú sólita?

—¡Oh, sí, mi general! Es un privilegio para mí poderte ayudar en lo que sea —dijo la rubia—. Todo lo que mandes.

—Buena chica —dijo el general, y se fue escaleras arriba, preguntándose por enésima vez cómo era posible que los americanos, tan expertos a menudo en las disciplinas más complicadas, fueran tan ignorantes en materias básicas como la geografía. Debía de ser por la especialización. Eso, y que no eran europeos. Aunque, bien pensado, Petunia Ransby tampoco era ninguna lumbrera. ¡A saber lo que habría pensado que quería decir penólogo!

# 28

En Porterhouse eran frecuentes las ocasiones en que se comía y bebía de un modo al que no habrían hecho ascos los rectores de antaño. Esto era particularmente cierto los jueves por la noche. La cena de los jueves siempre resultaba exquisita. El viernes era día de pescado, pescado para comer y más pescado para cenar, en un principio por motivos religiosos, pero hoy ya sólo por tradición que el Cocinero seguía a rajatabla. Pero como el pescado es un plato insustancial cuando se presenta en filete, o arduo de comer, por las espinas, cuando se sirve entero, los jueves por la noche los Claustrales se atiborraban de carnes rojas y otras viandas nutritivas y sustanciosas. Y el segundo jueves después de Pascua, los *canards pressés á la Porterhouse* figuraban indefectiblemente en el menú. Y era precisamente los jueves cuando el general Sir Cathcart D'Eath se acercaba a cenar al Colegio.

—Así que me dije, voy a pasarme por el viejo Porterhouse, que para eso uno es miembro de la Asociación de ex Alumnos, esa confraternidad de porterhousianos cuyo espíritu se extiende a lo largo y lo ancho de los cinco continentes —voceaba el anciano militar en la Sala de Claustrales, donde se habían juntado los Claustrales a trasegar jerez. Hubo uno de esos repentinos silencios que se ciernen a menudo sobre esta clase de reuniones.

El Capellán lo rompió.

—¿Qué ha dicho Cathcart? —gritó. Se había olvidado de conectar su audífono.

El doctor Buscott aprovechó la oportunidad que había estado esperando desde el día en que el general lo confundió con uno de los porteros y le conminó a que se cortara el pelo, si no quería que lo echasen a patadas del Colegio.

—El general Sir Cathcart D'Eath —anunció con una voz tonante que no hubiera desmerecido en un mayordomo de palacio anunciando la llegada de los invitados por encima de la música—, el general Sir Cathcart D'Eath, caballero de la Muy Distinguida Orden de San Miguel y San Jorge, etcétera, etcétera, acaba de declarar que el espíritu de Porterhouse se extiende a lo largo y lo ancho de los cinco continentes.

—¿Y eso qué demonios significa?

—No tengo ni la más remota idea —dijo el doctor Buscott, y se alejó en busca de sus colegas científicos, en cuya compañía se sentía más cómodo.

El Tutor Mayor intervino a tiempo, ofreciéndole al general otra copita de amontillado.

—Es el añejo especial, ya sabe. Sólo lo sacamos en ocasiones muy señaladas —dijo.

—¿Dónde está el Decano? —preguntó el general, que estaba a punto de decir que él no había ido allí a que le insultaran unos melenudos maleducados que se permitían la insolencia de despachar sus numerosas condecoraciones con un etcétera, etcétera. Pero tenía una razón importante para quedarse aquella noche. Había acudido con la esperanza de conocer al doctor Osbert, a ver qué temple tenía y si era hombre que pudiese disfrutar de la compañía de Petunia Ransby.

—No serviría de nada que le echásemos encima ese viejo saco de patatas si luego resulta que el muy guarro es una especie de todoterreno sexual al que no le importa que le filmen debajo de media tonelada de tocino medio rancio en traje de submarinista. Tengo que calibrar su psicología, por así decirlo. Hay tipos a los que les gustan esas cosas —le había dicho a su secretaria, la cual, por otra parte, lo sabía muy bien.

Y ahora, copa de jerez en mano, el general oteó por entre el mar de cabezas que abarrotaba aquella noche la Sala de Claustrales en busca del Decano.

—Pues no le veo —comentó el Tutor Mayor—. La verdad es que el hombre está un poco apagado últimamente. En realidad, estamos todos algo tristones. El lío con los americanos de la televisión y el destrozo en la Capilla, ya sabe.

—Sí, claro, por supuesto —voceó el general—, pero, según los rumores que me han llegado, las compensaciones van a ser muy cuantiosas. Tienen que serlo por fuerza. Fried Macdonald asegura que tienen billones.

—¿Fried Macdonald? —dijo el Tutor Mayor—. La verdad, no sé qué gracia le encuentra la gente a esa porquería. Una vez cometí el error de probarlo en Londres, no sé dónde, y me duró la acidez de estómago dos semanas.

—¡No me diga! —dijo el general, mirando al Tutor Mayor por el rabillo del ojo. Tenía la sensación de que aquella noche todo el mundo se había empeñado en tomarle el pelo.

Lo cual contribuyó a confirmar el Capellán, que ya se había vuelto a conectar el audífono.

—¡Ah, sí! Comí una en cierta ocasión —gritó—. Había que chuparse los dedos después, no sé por qué. Pero las camareras eran monísimas. Unas piernas preciosas, y unos traseros impresionantes.

—¿Y qué me dice del nuevo becario de la Sir Godber Evans? —preguntó el general, para cambiar de conversación.

—Pues se murió, ¿no lo sabía? —voceó el Capellán—. Me sorprende que nadie se lo dijera. Dicen que lo asesinaron.

—¿Qué? —exclamó el general—. ¿Asesinado? ¿Tan pronto?

Buscó con la mirada al Tutor Mayor, pero había desaparecido entre los corros de Claustrales que departían animadamente.

—Me sorprende sobremanera que nadie le informara —prosiguió el Capellán—. De eso hace ya tiempo. Me llevé un buen disgusto. Por supuesto que ninguno de nosotros le tenía el menor aprecio, pero aun así…

La llegada del Praelector impidió que se aclarase aquel asunto.

—Me acaban de contar lo del doctor Osbert —le dijo el general.

El Praelector le miró con curiosidad y denegó pesaroso con la cabeza.

—Un asunto muy feo, sí —dijo—. Yo, personalmente, culpo de todo al Tutor Mayor.

—¿Al Tutor Mayor? —dijo el general—. No me estará diciendo seriamente que el Tutor Mayor…

Un camarero se acercó con la licorera y llenó de nuevo las copas de amontillado.

—Nunca debió aceptar a ese becario —continuó el Praelector—. No fuimos informados como es debido. Lo único que se nos dijo es que unos amigos suyos de la City habían puesto el dinero. Pero ahora ya es tarde, claro. El mal está hecho y ya no tiene remedio.

—Nunca es tarde para arrepentirse —vociferó el Capellán, que, tras apartarse un poco para dejar pasar al camarero, se había reincorporado al grupo—. Claro que, por otra parte, si a uno lo asesinan no le dan demasiadas oportunidades para confesarse.

Esta vez fue el Praelector el que se quedó de una pieza.

—No mencione siquiera esa palabra —le dijo al Capellán severamente— ¡Ni que fuera un hecho del dominio público! No podemos permitir que se propague el rumor.

—Ya lo creo que no —dijo Sir Cathcart—. Yo mismo no tenía ni idea.

—Ninguno de nosotros lo sabía —dijo el Praelector—. Me he enterado esta misma tarde.

El Capellán se le quedó mirando estupefacto.

—¡Pero si usted estaba cuando lo dijo! Estábamos todos presentes. Fue después de la Cena de Admisión. El pobre estaba un poquito curda…

Pero antes de que se pudiera aclarar la cuestión, el Maestresala anunció que la cena estaba servida. Entraron todos corriendo en el Refectorio, y el Capellán bendijo la mesa a gritos, profiriendo unos latinajos ininteligibles.

—Praelector —susurró Sir Cathcart en tono conspiratorio cuando finalmente se sentaron a la mesa—. Ya veo que no podemos hablar de lo del doctor Osbert ahora, pero quizá deberíamos mantener una conversación en privado después, si le parece.

—Como prefiera —dijo el Praelector con un desparpajo que dejó al general sin respiración—. Aunque, francamente, yo diría que el otro... asunto es más urgente ahora.

Sir Cathcart miró a su alrededor con cautela antes de responder.

—¿El otro asunto? —preguntó entre dientes—. ¿Qué otro asunto?

—¡No puedo hablar de ello ahora, por el amor de Dios! —dijo el Praelector con gesto imperioso—. Lo único que espero es que el Capellán sepa tener la boca cerrada. Esta misma tarde le pedí al Decano que no se lo contara a nadie. ¡Y como la cosa llegue a oídos del Tutor Mayor, que el Señor nos proteja! ¡Bastante soliviantado está el hombre para que ahora le vengamos con esto!

—Sí —asintió Sir Cathcart.

Y se quedó pensando que un hombre que acababa de asesinar al becario debía estar, ciertamente, de un humor inestable. Soliviantado no era la palabra. Como una regadera sería más apropiado. Miró hacia el otro extremo de la mesa y le alivió ver al Tutor Mayor charlando como si nada con otro Claustral, y sin mostrar de momento, síntomas de manía homicida. El general estaba tan absorto en aquellas noticias tan luctuosas, y en particular en cómo iba a conseguir que Petunia Ransby le devolviera la mitad de las dos mil libras que le había adelantado, que no se dio ni cuenta de lo que estaba comiendo hasta que trajeron los *canards pressés á la Porterhouse.*

Incluso para el altísimo nivel de las Cocinas de Porterhouse, aquel plato era excepcional. Convencido de que tras la catástrofe de la Capilla, y considerando los informes adversos que se filtraban de la oficina del Tesorero sobre el estado de las finanzas del Colegio, era casi seguro que aquél sería el último menú de pato en mucho tiempo, el Cocinero había tirado la casa por la ventana. O, para ser más exactos, la granja. El hombre había visitado tres de las granjas más grandes del condado y había vuelto al Colegio con ciento treinta palmípedos ya desplumados y con la determinación de confeccionar con ellos una Ultima Cena de Pato que pasase a los anales gastronómicos de Porterhouse. Durante días las vetustas prensas habían chirriado incansablemente, en un intento heroico de concentrar la mayor cantidad de carne de pato en el menor volumen posible, o, por decirlo de otra manera, de hacer que tres patos bien gordos se vieran reducidos a una oblea del tamaño de una caja de cerillas. Y si bien no había alcanzado plenamente su objetivo, el resultado de los esfuerzos del Cocinero, cuando se lo sirvieron en el plato al general Sir Cathcart D'Eath, guardaba una similitud tan remota con cualquier plumífero o criatura capaz de volar o flotar, que el anciano militar tuvo que masticar con dificultad un pedacito antes de percatarse de lo que en realidad acababa de deglutir. Con el rostro congestionado por el esfuerzo, volvió a mirar el menú y luego bajó la

vista a su plato.

—¡Válgame Dios, y yo que creía que era una especie de paté! —murmuró, tratando de quitarse una plumita que se le había quedado atascada entre dos muelas (postizas)—. ¡Esto no es pato prensado, esto es una bomba de colesterol! ¡Dios sabe qué efecto hará en las arterias!

—Ése es un punto interesante —dijo el Praelector, rebañando su plato mientras llamaba al camarero con la intención de repetir—. Su contenido en calorías es exageradamente alto. Durante mi juventud hice algunos cálculos sobre la materia. Ya se me han olvidado las cifras exactas, pero creo recordar que la conclusión del estudio era que un hombre de constitución normal, que navegase a la deriva sobre un iceberg, podría sobrevivir perfectamente con dos porciones de éstas a la semana.

—Estoy seguro de que sí. Pero como da la casualidad de que uno no navega a la deriva sobre la punta de un maldito iceberg...

El general estaba ya apartando su plato cuando se le acercó el camarero.

—¿Algún problema, Sir Cathcart? Es el plato especial del Cocinero, señor.

El general volvió a empuñar su cuchillo y su tenedor.

—Nada, nada. Un poco de hipo —dijo—. Felicite al Cocinero de mi parte y dígale que el pato estaba delicioso.

- *Los patos* -dijo el camarero enigmáticamente, y se retiró.

—Como le estaba diciendo —continuó el Praelector muy animado —, el pato siempre me ha parecido un plato muy fino. El ganso tiende a ser más grasiento, y con más sabor, mientras que el pato, a menos que se trate de un ánade salvaje, claro, siempre se me ha antojado un poquitín insípido. Pero por otra parte, con salvia y cebolla...

Sir Cathcart jugueteó con su comida en el plato, intentando hacer oídos sordos a las palabras de su compañero de mesa. Como no había sido nunca un gran tragón (su interés por las carnes se limitaba a las del sexo opuesto, y esto le obligaba a mantener la línea), se empezaba a sentir un poco lleno. El profesor Pawley no ayudó mucho, pues comentó que había conocido a Claustrales que fallecieron inmediatamente después de una Cena de Pato.

—El doctor Lathaniel fue uno de ellos, que yo recuerde, y luego, claro está, Gordon Tripes. Cuestión de metabolismo personal.

—¿Gordon Tripes? —dijo el Praelector—. Otro Rector lamentable. Debo decir que hemos tenido ya más que suficientes rectores impresentables. Pero ése no murió de una Cena de Pato. Tenía una úlcera, y no se cuidaba.

—Intentó hacer obligatoria la asistencia a completas —gritó el Capellán—. Así que tuvimos que tomar medidas, no sé si me entiende. ¿Cómo era el menú aquella noche? ¡Ah, sí! Comimos gambas a la

parrilla con salsa de tabasco de primero, pero…

—Fue la liebre estofada y el zabaglione…

—Ah, sí, el zabaglione —suspiró el Capellán extáticamente—. Me acuerdo de ese plato. Era una receta especial. Una docena de yemas de huevo de ganso y una libra de azúcar, y en vez de jerez, Cointreau. ¡Estaba riquísimo!

—Y luego tomamos un queso especial con granos de pimienta dentro —dijo el Praelector.

Al otro extremo de la mesa, el Tutor Mayor seguía la conversación aguzando la oreja.

—Están hablando de Gordon Tripes, seguro —gritó—. Pero fueron los habanos los que acabaron con él. El tío se fumaba unos cigarros enormes. Teníamos un presupuesto especial y todo, sólo para cigarros. ¡Ah, qué tiempos aquellos! Entonces sí que éramos un Colegio como Dios manda. Nos llamaban el Matadero.

Para cuando concluyó aquel festín, el difunto Gordon Tripes tenía todas las simpatías del general. Ahora comprendía por qué se había ausentado el Decano. Tener que atiborrarse de aquellos bloques de colesterol sentado a la misma mesa que el Tutor Mayor, sabiendo que era un asesino, y encima viendo que se lo pasaba fenómeno al pensar que al Colegio lo habían llamado el Matadero, bastaba para quitarle el apetito a cualquiera. El general estaba lívido (aunque por debajo de los colores que se le habían subido gracias a las viandas que acababa de consumir). Siguió al Praelector a la Sala de Claustrales.

—Mejor será que no tomemos café ni oporto, si no le importa —dijo—. Quizá un poco de aire fresco nos ayude a hacer la digestión.

Salieron al Jardín de los Claustrales y el Praelector encendió un cigarrillo.

—Bueno, volviendo a lo del asesinato —dijo el general—. ¿Qué piensa hacer?

—Pues quitárnoslo de encima lo antes posible, por supuesto —dijo el Praelector—. No podemos tenerlo en el Colegio ni un día más.

—¡No me diga que aún está aquí!

—Pues claro. No vamos a tirarlo a la calle en mitad de la noche —dijo el Praelector, y añadió, agudizando con ello la turbación física y metal del general—: De hecho, voy a intentar hablar con él luego. No resultará nada fácil, pero hay que intentarlo. Todo depende del tiempo.

—Vaya, no me diga —dijo Sir Cathcart—. ¡Qué curioso! Por supuesto, había oído hablar de… bueno, de esa clase de cosas antes, pero, la verdad, no sabía que el tiempo pudiera afectar a la comunicación.

—Eso es lo que dice el Decano, al menos —dijo el Praelector—, y se supone que es el experto. Pero, de todas formas, hablar con ese

hombre no va a ser nada fácil. La otra noche no me enteré ni de la mitad de lo que dijo. Claro, que, en las condiciones en que estaba... no me tome por melindroso, pero tenía un aspecto horrible, el pobre. Hasta cierto punto, me da lástima. Un modo horripilante de acabar...

Sir Cathcart enmudeció. Para él lo horripilante era escuchar todo aquello. Siempre había tenido al Decano y al Praelector por personas perfectamente racionales, poco o nada inclinadas a creer en supercherías. Descubrir ahora que ambos eran espiritistas convencidos era casi tan inquietante como saber que el Tutor Mayor había asesinado al pobre doctor Osbert. Y encima el Praelector le decía que tenía intención de hablar con su espíritu, si hacía buen tiempo. Y el hecho de que el cadáver, o los restos, o como quiera que se llame el cuerpo de un hombre asesinado, estuviera escondido todavía en alguna parte del Colegio, y encima destrozado de un modo lamentable, no contribuyó a animarle en lo más mínimo. Desde luego, había que cambiar algunas cosas en Porterhouse. Y había que hacerlo antes de que los periodistas metieran las narices en el asunto y viniera la policía a detener a todos los Claustrales Mayores. Aquello no le haría ningún bien a la reputación del Colegio. Por primera vez en su vida, Sir Cathcart lamentó haberse relacionado con semejante institución. Acabarían todos en primera página de los periódicos. Logró reponerse un poco de la impresión, y le puso cariñosamente una mano en el hombro al Praelector.

—Mire, mi querido muchacho, ¿por qué no volvemos dentro y nos sentamos tranquilamente un rato, y veo si puedo localizar a los abogados del Colegio? La verdad, creo que ya es hora de que tomen cartas en el asunto. La situación es francamente desastrosa. ¿Cómo dice que se llaman?

—Waxthorne, Libbott & Chaine —dijo el Praelector de muy mal talante, desasiéndose del general. No le gustaba nada que le llamaran «querido muchacho», ni que le trataran como a un viejo chocho con tal descaro—. Aunque no creo que les encuentre a estas horas. —Dejó escapar una risita cascada—. En realidad, no creo que les pueda localizar a ninguna hora. Waxthorne lleva lo menos sesenta años muerto y enterrado en el cementerio de Newmarket Road. Y a Libbott lo incineraron un par de años más tarde. No sé exactamente qué pasó con Chaine, pero creo recordar haber oído una historia de lo más peculiar acerca de su calavera. Al parecer la utiliza para sus libaciones un club de bebedores del King's. Me lo dijo la viuda de Waxthorne. Solíamos vernos, ya sabe, de vez en cuando. Una mujer muy agradable.

Por un instante, su mente volvió a aquellas tardes felices en la casita de Sedley Taylor Road. Junto a él, Sir Cathcart estaba intentando asimilar esta nueva serie de muertes. ¡Qué noche más mala

estaba pasando! Volvió a intentarlo.

—Tenía entendido que los abogados del Colegio eran... el señor Retter y... el señor Wyve —dijo—. Quizá, si les telefonease personalmente...

—Ah, ellos —dijo el Praelector—. En su lugar, no lo haría. Ya bastante ocupados les tenemos con lo otro. Y, además, cuanta menos gente sepa de esto, mejor. No, no. Tenemos que resolver el asunto entre nosotros. Aprovechando que hace tan buena noche, vamos a ver si le encontramos.

Sir Cathcart miró el cielo con el ceño fruncido y se mordisqueó la punta de su mostacho pelirrojo.

—Ha dicho «vamos»... —dijo—. Yo, la verdad, no estoy muy seguro de que me convenga involucrarme aún más en... en... bueno, ya sabe en qué.

—Como guste. Yo sé cuál es mi deber. Aunque, por otra parte, no veo cómo puede escaquearse ahora. Estamos todos implicados. Es la reputación del Colegio lo que está en juego. Y, francamente... Bueno, no importa. Más vale que vayamos a hablar con el Decano.

Y con esta curiosa nota ambivalente, el Praelector abrió la marcha por las escaleras.

Encontraron al Decano bebiéndose una taza de café. Un plato con unos bocadillos mordisqueados estaban sobre la mesita junto a él.

—¡Ah, hombre, Cathcart! ¡Hola, Praelector! Siento no haber bajado a cenar. No estaba de humor. No podía enfrentarme a ello. Cobarde que es uno, supongo.

—Nada de eso, querido muchacho —dijo el general—. Sé muy bien cómo se siente. Y toda esa grasa, y este fulano Osbert todavía aquí. Mal asunto. Francamente desagradable, como dice el Praelector. Y el Tutor Mayor sentado, como si nada, charlando tan contento. El Capellán me lo ha contado todo.

El Praelector se dirigió al Decano con severidad.

—Le dije con toda claridad que no debía mencionar este asunto a nadie. Y bajo a cenar y me encuentro al Capellán prácticamente anunciándolo a los cuatro vientos a todo pulmón. Por suerte, nadie hace nunca demasiado caso de lo que dice.

Ahora fue el Decano el que pareció ponerse nervioso.

—Le aseguro que no le he dicho ni media palabra al Capellán. ¿En qué cabeza cabe? No se me ocurriría decirle al Capellán ni el día que hace. No creerá que yo...

—Ya no sé qué pensar —dijo el Praelector—. Lo único que sé es que alguien se ha ido de la lengua.

El general trató de dominar la situación.

—Bueno, bueno, muchachos, con estas discusiones no vamos a ninguna parte. Lo que tenemos que hacer es pensar en cómo salvar la

reputación del Colegio. Si se supiese que estamos encubriendo a un asesino, los de la prensa amarilla se ensañarían como buitres con nosotros. Y la prensa normal también. Cartas al *Times,* debates en la televisión... Tenemos que ser prácticos y encontrar un medio para dejar a la policía fuera de esto. Lo mejor es sacar el cuerpo del Colegio. ¿Dónde lo tienen?

—Bueno —dijo el Praelector, convencido de que Sir Cathcart estaba bastante más borracho de lo que parecía—, pues supongo que sigue en la Cripta. La verdad es que no he pasado por allí recientemente, como comprenderá, pero es donde suelen dejarse los cadáveres.

—La Cripta, ¿eh? Ya. Supongo que es un sitio tan bueno como cualquier otro. No debe bajar mucha gente por allí. Y, además, en cualquier caso, está siempre cerrada, ¿no?

—Siempre —dijo el Decano—. Pero no veo qué importa eso ahora. Lo esencial es sacar a Skullion de la Residencia del Rector. Ahora que nos ha amenazado con confesar que fue él quien mató a Sir Godber si intentamos llevarlo a la Quinta...

—Perdón —dijo Sir Cathcart, y se dejó caer pesadamente en una butaca— pero creo que no me siento bien. Debe de haberme sentado mal ese maldito pato, aunque no sabía que la grasa animal pudiera afectar al cerebro tan rápidamente. ¿Creen que me está dando un paralís?

—¿Un paralís? ¡Oh, no, no! —dijo el Praelector—. El primer síntoma sería la pérdida del habla. No se le entendería nada, si fuera un paralís.

—¿Y afecta también al oído? Porque desde que he llegado aquí no entiendo nada. Me parece haberle oído decir al Decano que Skullion le ha amenazado con confesar que fue él quien mató a Sir Godber Evans.

—Pues sí, eso es lo que he dicho, sí —dijo el Decano—. ¿Qué es lo que pasa?

A Sir Cathcart le faltaron las palabras. Hundido en la vieja butaca de cuero, los miró muy congestionado y denegó con la cabeza.

—¡No lo entiendo! —murmuró—. ¡Que me aspen si lo entiendo!

—Nosotros tampoco lo entendemos —dijo el Praelector—. Ése es uno de los problemas, que no entendemos el porqué. Pero ahora no es el momento de discutir ese punto. Lo que hay que hacer es actuar. No importan sus amenazas: Skullion debe marcharse, por la fuerza, si fuese necesario. Simplemente, no podemos tener a un asesino como Rector.

—Por supuesto que no. Pero ¿qué pasa si habla con la prensa? —preguntó el Decano con ansiedad.

Sir Cathcart D'Eath se había repuesto ya de su momentáneo patatús. Las palabras «actuar» y «fuerza» hablan reavivado su viejo

espíritu militar, y la simple declaración de que el Rector de Porterhouse era un asesino le había borrado de la cabeza cualquier otra consideración. El que el Tutor Mayor hubiera asesinado al doctor Osbert era una menudencia en comparación con aquel crimen. Se puso en pie de un salto y se quedó parado con las piernas plantadas en arco frente a la chimenea vacía.

—Vamos para allá. Lo primero es que uno de nosotros le exponga la situación —dijo—. Conozco a Skullion de toda la vida, y creo que puedo decir sin temor a equivocarme que me tiene confianza. Así que le hablaré de hombre a hombre, como dos viejos soldados que somos...

—¡Por el amor de Dios! —murmuró el Praelector, pero el general ignoró esta interrupción.

—... y le haré ver que su deber es marcharse. Siempre ha sido un servidor leal del Colegio, y me atrevería a decir que la drástica medida que tomó contra Sir Godber Evans, aunque reprensible, fue por el bien de Porterhouse. Francamente, siento simpatía por el pobre muchacho y, como soldado que soy, no tengo ninguna duda de que, en similares circunstancias, yo habría hecho lo mismo. Las cosas como son. Una vez, en Birmania, tuvimos que fusilar a unos cuantos fusileros watusis, y he de decir, honradamente, que no vacilé al tomar la decisión. Y ahora, muchachos, espérenme aquí mientras voy a ver a Skullion. Diría que le encontraré de imaginaria junto a la Puerta Trasera.

Y antes de que el Decano y el Praelector pudieran hacer nada por detenerlo, el viejo militar salió de la habitación en dos zancadas y lo oyeron alejarse por las escaleras.

—¿Se atiborró de pato? —preguntó el Decano.

El Praelector denegó con la cabeza.

—Apenas lo probó, por desgracia.

El endurecimiento de las arterias es un riesgo profesional que parece afectar de modo especial a los de caballería. Veremos en qué queda esta carga de la brigada pesada.

# 29

Entre las sombras, bajo la vieja haya junto a la Puerta Trasera, Skullion siguió el avance del general por el césped y alrededor de los rosales gracias al hilo ocasional de la punta de su cigarrillo. Sir Cathcart encendió un pitillo nada más salir, en parte para hacer una pausa a fin de pensar qué iba a decirle al antiguo Portero Mayor, y en parte, también, para que Skullion le viese venir desde lejos. «No hay por qué darle un susto al viejo», se dijo.

Pero Skullion no estaba asustado, ni mucho menos. Sabía que aquello sucedería, tarde o temprano. Le había puesto al Decano los puntos sobre las íes, y éste no se lo perdonaría nunca. ¡Buen susto le dio cuando le dijo lo del asesinato del maldito Sir Godber! Se le había escapado porque estaba borracho y harto de todo. Pero a lo hecho, pecho, y Skullion no se arrepentía de haber hablado. Ya había aguantado bastante que le dijeran Rector con la boca pequeña. Cuando oyó al Tesorero ordenarle a aquel yanqui del demonio que le llamase Rector y no Quasimodo, a Skullion se le aclararon de repente las ideas acerca de su posición real en el Colegio. No era ningún motivo de orgullo ser Rector de Porterhouse estando impedido y yendo en silla de ruedas. Y el hecho de que echara de menos el sentarse junto a la cama del yanqui para asustarlo diciéndole palabras ininteligibles lo corroboraba.

¡Qué distinto había sido todo cuando era Portero Mayor! Entonces tenía una autoridad real, aunque tuviera que ocultarlo y llamar «Señor» a aquellos estudiantes mocosos. Esta lección la aprendió en la infantería de Marina, al ver que los sargentos saludaban a los oficiales recién salidos de la academia muy tiesos y les llamaban «señor», pero a sus espaldas procuraban que no los metieran en ningún lío. En Francia Skullion vio cómo un cabo le pegaba un tiro a un alférez que quería convertirse en un héroe lanzando a sus hombres a una muerte casi cierta para capturar a una compañía de infantería motorizada alemana que les esperaba bien parapetada a lo largo de un sendero hundido entre los campos. Skullion le oyó murmurar al cabo entre dientes: «O él, o nosotros. Y no vamos a ser nosotros», antes de pegarle un tiro al oficial. Y en Lympstone —¿o había sido en Deal?— el sargento Smith le preguntó una tarde lluviosa, mientras hacían la instrucción:

—A ver, recluta, ¿cuál es tu obligación más importante en esta maldita guerra, eh? Te lo voy a decir: matar al enemigo. Y para eso tienes que estar vivo, ¿comprendes? Así que mantén los ojos bien abiertos y acuérdate de que, aunque a mí no me importes un pito, tu

madre quiere volver a verte, y no podrá hacerlo si eres un infante de Marina muerto porque un alemán te ha hecho lo que te pagan por hacerle a él. ¿Y ahora por qué sonríes, muchacho? Venga, cuéntanoslo, para que nos alegremos todos.

Y el infante de Marina de tercera clase Skullion PO/X 127052 dijo, tímidamente:

—Se me ha ocurrido, mi sargento, que un infante de Marina muerto es como una botella de cerveza vacía: ya no sirve para nada.

E incluso el sargento Smith se había sonreído levísimamente un momento.

—Bueno, pues adonde vas a ir verás montones de las dos cosas, y espero por tu bien que bebas muchas botellas y vivas para contarlo.

Esto ocurrió hacía mucho tiempo, pero Skullion no había olvidado lo que vio en Francia. ¡Y pensar que la gente como el general Sir Cathcart D'Eath hablaba de los buenos tiempos de la guerra! Como si estar muerto de frío y hambriento y cagado de miedo fuera divertido. Y oír los aullidos de dolor de un soldado herido tampoco era divertido, aunque fuera alemán.

Así que Skullion esperó entre las sombras, bajo el gran árbol, a que se le acercara Sir Cathcart. «Se acabó lo que se daba», pensó. No lo lamentaba.

—¡Hombre, Skullion! —dijo el general escrutando la oscura silueta que se recortaba junto al tronco del árbol—. ¿Qué, todavía esperando a que saltemos el muro?

—Usted, Sir Cathcart, era uno de los que más lo saltaban, ya lo creo. Muchas veces le pillé y unas cuantas le dejé escaparse, aunque no creo que se diera cuenta, señor.

La punta del cigarrillo del general brilló unos instantes, como si le diera las gracias.

—¡El viejo zorro de Skullion! Pero los tiempos han cambiado.

Skullion gruñó, o quizá se rió. Era difícil decirlo.

—Mal asunto, Skullion, mal asunto —continuó el general—. El Decano está que se sube por las paredes. Y el Praelector también. Esto no puede quedar así. Y usted lo sabe.

—No, señor —dijo Skullion.

—Tampoco es que se lo reproche, si quiere que le sea franco. Aquel tipo no tenía ni madera ni carácter de Rector. Usted, a su manera, intentaba hacerle un servicio al Colegio.

Se calló. De alguna parte, a sus espaldas, llegaron sonoras carcajadas.

—El Club de Remo —explicó Skullion—. Se preparan para las Enculadas. El Tutor Mayor los ha estado entrenando.

—Sí —dijo el general, y recordó de repente que Skullion no era el único asesino en aquel Colegio—. Y hay otra cosa. La reputación de

Porterhouse está en juego. Este asunto podría trascender, y una vez que la policía meta las narices, ya no habrá manera de evitar males mayores. No podemos consentir que eso suceda. No puede ser que vaya usted por ahí amenazando al Decano. El Decano no es ningún estudiantillo al que le puede usted tirar de las orejas, ¿sabe? Ninguno de nosotros lo es. Así que las cosas van a cambiar por aquí. Y no me importa lo que me diga... Bueno, en pocas palabras, Skullion, de hombre a hombre, su carrera como Rector ha terminado. Dimitido o despedido, como prefiera. Ahora bien, según me ha dicho el Decano, usted no quiere ir a la Quinta.

—No, Sir Cathcart, no quiero. No quiero acabar entre locos, como el viejo doctor Vertel. Preferiría morirme ahora mismo, y acabar con todo de una vez. Se lo digo en serio, señor. Preferiría morirme aquí mismo.

El general consideró esta posibilidad durante un minuto, pero la desechó por poco práctica.

—Mire, le diré una cosa —dijo por fin—. No va a ir a la Quinta de Porterhouse, le doy mi palabra de caballero. No se volverá a hablar de ello, puede estar tranquilo. ¿Qué me dice?

—Es usted muy bueno, señor, muy bueno.

—Pero, por otra parte, el Colegio necesita un nuevo Rector, debe usted comprenderlo.

—Sí, Sir Cathcart, lo comprendo perfectamente. Sé que no he sido el Rector que el Colegio necesitaba. Siempre lo he sabido.

—¡Así se habla! Ahora bien, si accediera a retirarse, por propia voluntad, claro está...

Sir Cathcart dejó la pregunta en el aire de la noche. Skullion se tomó su tiempo para responder.

—Si accediera a retirarme, Sir Cathcart, tendría derecho a nombrar a mi sucesor, ¿verdad? Es una prerrogativa del Rector, —¿no?

Sir Cathcart asintió con la cabeza.

—Tendría usted, efectivamente, todo el derecho a nombrar para sucederle en el cargo de Rector a quien considerase más idóneo. Y después de retirarse, se vendría a vivir al castillo de Coft conmigo, y de vez en cuando podría traerle en coche al Colegio de visita, si quiere. Para eso he venido a hablar con usted, Skullion, para que entre en razón.

—No me diga más. Si es así, que así sea —dijo Skullion solemnemente— Iré donde usted me diga, señor. Y voy a darle el nombre de mi sucesor ahora mismo.

—¿Quién? —dijo Sir Cathcart.

—Lord Pimpole, señor, Lord Pimpole.

—Muy bien, Rector, muy bien. ¿Puedo ir a comunicarle al Decano

su decisión?

—Sí, Sir Cathcart, ya se lo puede decir. Y dígale también que no se preocupe por si el doctor Osbert llega a enterarse de que maté al maldito Sir Godber, porque ya lo sabe.

Sir Cathcart dudó. «Sabía» era un tiempo verbal más apropiado en el caso del doctor Osbert.

—Lo sabe porque me oyó decírselo al Decano —prosiguió Skullion—. Estaba agazapado en el Laberinto mientras hablaba con él. Se había pasado allí toda la tarde escondido, espiando, y escuchó cuanto dije.

—¡Válgame Dios! —dijo Sir Cathcart. Ahora comprendía por qué el Tutor Mayor había actuado con tanta precipitación y violencia.

—Y, lo que es más, el muy idiota se tiró toda la noche allí, dándose de narices contra los setos, sin poder encontrar la salida.

El recuerdo de aquella noche le hizo soltar una risita.

—¿Y usted sabía que le estaba espiando?

—¡Pues claro, no faltaría más! Como fui Portero Mayor tantos años, no se me escapa nada de lo que pasa en el Colegio. Así que le oí y me dije: «Te voy a decir lo que quieres saber, pero no te va a servir de nada, porque no vas a poder hacer uso de ello.» Y ya ve que no le ha servido de nada.

El general gruñó, por todo comentario. Empezaba a arrepentirse de haberse dejado enredar en aquella maraña de crímenes universitarios. Y, ciertamente, no iba a involucrarse más aún haciéndole preguntas comprometedoras a aquel anciano tan peligroso.

—Bueno, voy a volver a las habitaciones del Decano —dijo, dispuesto a marcharse antes de que pudieran producirse nuevas y sangrientas confesiones—. Seguro que se alegrará de conocer su decisión. Ya haremos a su debido tiempo los oportunos arreglos para cuando tenga que mudarse de la Residencia del Rector.

Y, tras un rápido «Buenas noches», se alejó por el jardín a paso ligero. Encontró al Decano y al Praelector sentados donde los había dejado, silenciosos y meditabundos.

—¿Y bien? —preguntó el Decano sin levantarse de su butacón, pero Sir Cathcart necesitaba antes un traguito de algo tonificante.

—¿Le importa que me sirva yo mismo? —preguntó, y, sin esperar respuesta, se puso un coñac doble. Hasta después que se lo hubo bebido de dos tragos no ocupó de nuevo su puesto frente a la chimenea.

—¡Por el amor de Dios, Cathcart, no nos tenga sobre ascuas! ¿Qué es lo que ha dicho?

—Skullion es un buen hombre —dijo finalmente. Había decidido que incluso entre amigos ciertas cosas era mejor no decirlas—. Está de acuerdo en marcharse. Le he dicho que decidiremos la fecha más

adelante.

- *¿Y* no opuso ninguna resistencia? —preguntó el Praelector.

—Ninguna, en absoluto. Siente mucho lo sucedido y pide perdón a todos por los problemas que haya podido causar.

—¡Increíble! —dijo el Decano—. ¿Y no amenazó con contarlo todo si le mandamos a la Quinta?

—Nada de eso. Por supuesto, no le hace ninguna gracia, pero le expliqué que, por el bien del Colegio, era lo mejor que podía hacer. Así que sugiero que cuanto antes acabemos con el asunto, mejor. Mañana mismo, por ejemplo. Déjenlo en mis manos. Una ambulancia privada, con enfermeros bien fuertes para que lo levanten con silla y todo, y adentro con él. Y carretera y manta. Pueden decir que le ha dado otro paralís.

—Bueno, he de admitir, Cathcart, que esta noche se ha superado usted a sí mismo —dijo el Decano, que fue por el coñac—. Creo que esto merece celebrarse.

—La verdad sea dicha, es un alivio —coincidió el Praelector—, aunque deja sin resolver la cuestión del nuevo Rector.

Sir Cathcart levantó una mano.

—No hace falta que se preocupen de eso tampoco. Skullion ha ejercido su derecho tradicional y ha nombrado a su sucesor.

Hizo una pausa dramática, regodeándose con el efecto de sus palabras. Los dos ancianos Claustrales le miraban boquiabiertos.

—Bueno, era su derecho, ya saben. No se lo podía negar —continuó Sir Cathcart.

—Tiene toda la razón del mundo: es su derecho —asintió el Decano—. De hecho, se trata de una de nuestras tradiciones más antiguas. Data, si no me equivoco, de 1492.

—Sí, está bien enterado. Bueno, creo que es hora de que me marche. Ha sido una noche difícil, pero al menos no tendrán que preocuparse más de Skullion.

—¡Pero hombre, si no nos ha dicho todavía a quién ha nombrado Skullion, digo el Rector!

—Y es un detalle bastante importante —dijo el Praelector.

—¡Ah, eso! Claro, claro. Por supuesto. No sé dónde tengo la cabeza. Pues ha nombrado a Jeremy Pimpole. Eso dijo, Lord Pimpole... —Se interrumpió—. Decano, ¿se encuentra usted bien?

Era una pregunta tonta. Resultaba más que evidente que el Decano no se encontraba nada bien. Se le había caído la copa de coñac al suelo, de la impresión.

—¡No, no! —exclamó, con voz ronca—. ¡Por el amor de Dios, ese hombre no! ¡No el hombre de las «narices de perros»!

Se tambaleó un momento, y casi cayó de bruces contra la chimenea.

—¿Qué le pasa en las narices? —le preguntó Sir Cathcart mientras entre él y el Praelector le ayudaban a sentarse en su butacón.

—¡El hombre de las «narices de perro»! —gemía.

Sir Cathcart agachó la cabeza hasta ponerse a su altura y le preguntó, solícito:

—¿El hombre de las narices de perro?

—Pimpole. ¡Pero no es posible! ¡El no! ¡No puede ser!

—No parece encontrarse nada bien —dijo el Praelector—. Quizá todo este asunto ha sido demasiado para él. Yo que usted no le daría más coñac.

Pero Sir Cathcart no tenía la menor intención de soltar la licorera.

—No le pensaba dar más —replicó—. Éste es para mí, que anda, vaya nochecita... Vengo a cenar al Colegio tan tranquilo, y primero me ponen delante un veneno en forma de pato, y luego me encuentro con que Porterhouse se ha convertido en un matadero humano. Y después, cuando por fin consigo convencer a uno de los asesinos para que se largue... ¡Maldita sea! ¿Qué tiene de malo Lord Pimpole? Conocí a su padre. Una familia encantadora. Montones de dinero, además. Justo el hombre que necesitamos.

—¡Ni hablar! ¡Nada de eso! —gimió el Decano—. Ya no es ni sombra de lo que fue. Ahora es un borrachuzo asqueroso. La mansión y las tierras de la familia han sido vendidas para pagar las deudas. Ese tío se ha bebido su herencia, por así decirlo. Ya ni se lava, el muy guarro. Vive en una casucha infecta con un perro lleno de pulgas. Y bebe «narices de perro». —Se interrumpió, y los miró con los ojos fuera de las órbitas—. ¿Han bebido alguna vez una «nariz de perro»?

Los dos hombres negaron con la cabeza.

—He oído hablar de ello —dijo Sir Cathcart—, pero...

—¡Pues no lo hagan! —continuó el Decano—. ¡Nunca jamás, si valoran en algo su propia salud mental y física! Pimpole bebe eso sin parar: siete onzas de ginebra y trece de cerveza.

—¡Diablos! —dijo Sir Cathcart—. Ese pobre desgraciado debe de estar como una chota.

—Créame, Cathcart: lo está. Y, lo que es más... No, no me atrevo a decirlo. No se imaginan lo depravado que es el tal Pimpole.

—Venga, hombre, díganoslo —dijo Sir Cathcart—. Venga, haga un esfuerzo.

—No creo que haga falta que nos diga más —dijo el Praelector—. Siete onzas de ginebra...

Se calló, asqueado. Pero Sir Cathcart quería enterarse de las depravaciones de Pimpole, y el Decano acabó explicándolo todo.

—¿Ovejas? ¿Ovejas y perros? —dijo Sir Cathart lentamente—. Bueno, eso es harina de otro costal.

Se sirvió otra copa del coñac del Decano, y se sentó. El Praelector

habló ahora.

—Y explica el sorprendente sometimiento a retirarse de Skullion. Como se dice vulgarmente, nos la ha jugado buena.

Hubo un silencio reflexivo. De nuevo llegaron desde alguna parte del Colegio las carcajadas soeces de los estudiantes. Aquello le recordó a Sir Cathcart lo del Tutor Mayor.

—Ya sé por qué el Tutor Mayor... —Dudó un momento, y decidió escoger sus palabras con cuidado—. Ya sé por qué el Tutor Mayor obró de forma tan desesperada. Skullion le dijo al doctor Osbert que fue él quien asesinó a Sir Godber. Obviamente el Tutor Mayor pensó que había que tomar medidas de modo drástico e inmediato. De todos modos, este segundo crimen nos pone las cosas aún más difíciles. Con todo, si el cuerpo está en la Cripta, quizá podamos ganar algo de tiempo.

Esta vez no había duda, por la expresión de sus rostros, acerca de lo que pensaban al unísono el Decano y el Praelector. Cruzaron una mirada de inteligencia y se volvieron hacia Sir Cathcart.

—Cathcart, muchacho —dijo el Praelector—. ¿Ha sufrido usted antes alguna reacción alérgica al pato? Quiero decir que si en el pasado una ingestión excesiva de grasa animal le causó dificultades en la percepción de la realidad.

Los ojos de Sir Cathcart parecieron ir a saltar de su rostro congestionado.

—¿Que si yo qué? —bramó—. ¿Una reacción alérgica al pato? ¿Es que están todos locos, o qué? Tenemos el Colegio empedrado de cadáveres, por así decirlo, y no se le ocurre otra cosa que preguntarme si la ingestión de *cañarás pressés* afecta a mi percepción de la realidad. Pues mire lo que le digo...

—No se sulfure, amigo mío, no se sulfure, y baje la voz —intervino el Decano.

Sir Cathcart obedeció y añadió, con un hilillo de ronca voz:

—Pues mire lo que le digo: sí, mi percepción de la realidad se ha visto alterada esta noche, y mucho. Lo que percibo es que todo el Colegio ha perdido el norte. No sólo tenemos a un Portero Mayor de Rector, sino que ahora resulta que es el asesino de su predecesor en el cargo, y, por si esto fuera poco, tenemos también a un Tutor Mayor que se ha cargado a otro de los miembros del Claustro y ha escondido su cuerpo en la Cripta. Y, para completar el cuadro...

—¿De qué diablos habla? ¿Qué es lo que le hace pensar que el Tutor Mayor haya matado a nadie? ¿Cuerpos en la Cripta? ¡Pues claro que hay cuerpos en la Cripta: los de los Rectores enterrados allí! Pero ninguno más.

Sir Cathcart los miró alternativamente con una expresión escéptica y recelosa.

—Entonces, ¿por qué me dijo antes de esa maldita y venenosa cena que el Tutor Mayor había liquidado al tal doctor Osbert? —le preguntó al Praelector.

—¿Yo? No he dicho nunca que el Tutor Mayor hubiera asesinado al doctor Osbert —dijo el Praelector, indignado—. En toda mi vida había oído mayor sarta de disparates.

—¡Claro que me lo dijo! Dijo que el Tutor era culpable...

Sir Cathcart dudó. En su mente confundida empezaba a brillar una luz. El Praelector aprovechó esta pausa para meter baza.

—Lo que dije es que el Tutor Mayor era culpable de que se hubiera aceptado al doctor Osbert en el Colegio sin investigar previamente quién estaba detrás de su beca. No dije que hubiera asesinado a nadie.

—Y, que yo sepa, el doctor Osbert sigue vivo —dijo el Decano.

Sir Cathcart se revolvió incómodo en su butaca.

—Aquí ha habido, evidentemente, un tremendo error —dijo—. Pero algún jodido idiota me dijo...

Se le apagó la voz al tiempo que se hacía la luz en su mente.

—¿El Capellán, quizá? —apuntó el Decano.

Sir Cathcart asintió con la cabeza.

—¡Ah! —dijo el Praelector, y alargó el brazo para coger el coñac —. Eso lo aclara todo. Bien, tenemos un problema: el de encontrar un Rector que suceda a Skullion. Porque supongo, por lo que hemos hablado antes, que todos estamos de acuerdo en que *no* ha nombrado a Lord Pimpole.

Por un instante pareció que Sir Cathcart iba a objetar, aduciendo su promesa bajo palabra de honor, etcétera, pero lo pensó mejor. Incluso para un hombre tan ecléctico sexualmente como él, ovejas y perros era pasarse de la raya.

—Bien —continuó el Praelector—. En tal caso, voy a convocar una reunión extraordinaria del Consejo del Colegio para que podamos declarar al Rector *non compos mentís.* Esto invalidará cualquier nuevo nombramiento que pueda hacer. Es el único recurso que nos queda, y tiene la ventaja adicional de que de paso invalida cualquier ridícula confesión que pudiera hacer acusándose de la muerte, evidentemente accidental, de Sir Godber Evans. Y ahora, si me perdonan, hace rato que pasó mi hora de meterme en la cama.

—Y la mía —dijo Sir Cathcart.

Justo cuando el viejo general pasaba por delante de la Portería al salir del Colegio, una figura se cruzó con él a paso vivo. Era, precisamente, el hombre al que pensaba conocer aquella noche.

# 30

El Purefoy Osbert que volvió a Porterhouse aquella noche no era el mismo hombre que salió de allí. Había cambiado. Ya no creía firmemente que el delito era consecuencia de la existencia de la ley o que el mal comportamiento humano era un mero efecto secundario de la brutalidad policial y la represión social. Había ido más allá de esas generalizaciones y se encontraba ahora en un mundo más personal en el que su propia rabia se imponía a todo. Había sido humillado deliberadamente, y había quedado como un idiota. Durante el camino de vuelta estuvo rumiando el hecho más que patente de que Madame Ma'Ndangas no sólo no le amaba sino que, además, no sentía el menor afecto por él y se tomaba a befa sus sentimientos hacia ella. Siempre le había tenido por un imbécil, estaba claro. Y Purefoy le daba ahora toda la razón. Había demostrado ser un completo gilipollas al creerse aquellas historias sobre un marido negro en Uganda que había acabado en los bocadillos de Idi Amin. Una mujer capaz de hacer tragar semejante cuento a las autoridades universitarias simplemente hablando aquel inglés macarrónico tan disparatado, tenía que ser una consumada farsante. No le sorprendería en absoluto que ni siquiera hubiera estado nunca en África y que hubiera obtenido sus enciclopédicos conocimientos sobre prácticas sexuales simplemente de libros y tratados de sexología, o de oídas. Sea como fuere, era una embustera y una farsante, además de una zorra redomada, y Purefoy no quería volver a saber nada de ella. Pertenecía a un pasado que deseaba olvidar. Había cambiado de idea, y no pensaba escribirle. ¿Para qué? No valía la pena. A lo mejor hasta disfrutaba al ver lo colado que estaba por ella, así que se iba a quedar con las ganas. Además, tenía cosas más importantes que hacer.

Para empezar, haría sentir su presencia en Porterhouse. Aquel Colegio era peor que un anacronismo, y mucho más que una antigualla: era una institución decadente en la que reinaba una enfermiza arrogancia destinada a ocultar su tremenda insustancialidad y su absoluta carencia de distinción intelectual, así como el hecho de que aquella institución estaba en la ruina no sólo económica, sino también moral. Purefoy ignoraba si los demás Colegios de Cambridge también ocultaban algo, pero, por lo menos, seguían produciendo licenciados competentes y sabios eminentes. Se decía incluso, aunque Purefoy encontraba esta estadística bastante increíble, que uno solo de sus Colegios, Trinity, había tenido más premios Nobel que Francia. En pocas palabras, otros Colegios de Cambridge podían permitirse el lujo de mostrar un cierto aire de superioridad sin parecer del todo

ridículos. Pero Porterhouse no. Porterhouse *era* ridículo. Peor aún, tenía como Rector a un zote que confesaba haber asesinado a sangre fría a su predecesor sin el menor vestigio de remordimiento o arrepentimiento. Bueno, pues eso iba a cambiar. Enloquecido por las risas de Madame Ma'Ndangas, que le habían hecho darse cuenta de lo burro que había sido, Purefoy Osbert le había perdido el miedo a aquel lugar y a los bufones reumáticos que lo regentaban. Tenía la intención de cumplir con su cometido como becario de la Sir Godber Evans y hacer que notaran su presencia. Ofuscado por este pensamiento imperioso, pasó junto a Sir Cathcart sin verlo y subió directamente a sus habitaciones. Ya era muy tarde para poner manos a la obra, pero a la mañana siguiente le daría un buen repaso al Decano. Le iba a contar lo que sabía y lo que pensaba hacer. Le diría que iba a ponerlo en conocimiento de la policía, a ver cómo reaccionaba. Era su reacción lo que le interesaba. Purefoy había descubierto el valor de la provocación. Forzaría al Decano a admitir la veracidad de la confesión de Skullion. O a negarla. Ninguna de las dos cosas importaba demasiado. Su propia posición en el Colegio tampoco le importaba ya demasiado. Toda su vida había tratado de aceptar únicamente los hechos probados. Pero durante aquella media hora en el apartamento de Madame Ma'Ndangas había aprendido que no hay nada más turbador que algunos datos reales conocidos de antemano mezclados con una porción de acusaciones absurdas. Le aplicaría aquella misma receta al Decano a la mañana siguiente. Exhausto por las emociones del día, Purefoy Osbert durmió aquella noche como un bendito.

El Praelector también durmió, pero sólo a ratos. Siempre caía dormido en cuanto se metía en la cama, pero se despertaba al cabo de una o dos horas y se ponía a reflexionar sobre los acontecimientos del día anterior o, simplemente, reposaba en la oscuridad con la mente en blanco. Casi disfrutaba de su insomnio. Le daba la oportunidad de pensar en sus cosas sin interrupciones y sin que le reconcomiera el sentimiento de que debería estar haciendo algo útil. Pero aquella noche sus pensamientos se concentraban exclusivamente en la elección de un nuevo Rector. Al contrario que el Decano y el Tutor Mayor, él no se hacía ilusiones respecto a Porterhouse. Como le había dicho al Decano durante aquel paseo, el estado de las cuentas del Colegio le había afectado profundamente; y lo mismo le ocurrió al enterarse del crimen de Skullion y de su inminente confinamiento en la Quinta de Porterhouse, y la necesidad de decidir sobre la sucesión. Por último, y, en cierto sentido, esto había sido lo más triste de todo, los múltiples malentendidos durante la cena y en las habitaciones del Decano habían acabado de demostrarle la incompetencia de las personas en cuyas manos se suponía que estaban las riendas del

Colegio. El Tutor Mayor se había comportado como un crío, el Decano se desmoralizó, y los cambios de humor e identidad de Sir Cathcart D'Eath sugerían las primeras manifestaciones de demencia senil. El momento de forzar un cambio radical había llegado. Cuando las primeras luces del alba clareaban el cielo, el Praelector se encontró en el meollo del asunto y, con una súbita comprensión de los elementos esenciales de aquel problema, le encontró una sorprendente solución.

De hecho, era tan sorprendente, que se incorporó en la cama de golpe y se quedó medio sentado contra las almohadas para reflexionar más detenidamente sobre ella. Y cuanto más la consideraba desde todos los ángulos, más perfecta la veía. Por otra parte, era una idea tan extraordinariamente atrevida y absurda, que incluso él la contemplaba con incredulidad. Y, además, los riesgos eran tremendos. Más de una hora permaneció sentado en la cama con la espalda apoyada contra las almohadas, buscando una alternativa menos radical, pero no pudo encontrarla. Y entonces, con el convencimiento de que había hallado el medio de salvar a Porterhouse y una idea clara y precisa en la cabeza de lo que debía hacerse para conseguirlo, se volvió a arrebujar debajo del embozo, y se durmió profundamente.

A las siete y media se despertó de nuevo. Se levantó, se dio un baño, se afeitó y luego, como hacía a diario, se puso delante del espejo del armario y contempló su largo y huesudo cuerpo desnudo con la desapasionada aceptación con que siempre había tratado de enfrentarse a la realidad. Lo que vio era aquello en que se había convertido: un hombre viejo, de piernas larguiruchas y lampiñas, algo cargado de espaldas, pero con unos claros ojos azules sobre la larga nariz y una boca firme, aunque hundida. Una vez hecho esto, se vistió con más esmero de lo habitual, y escogió un traje tan viejo que parecía no pertenecer a ninguna moda ni estilo. Era su traje favorito, y se lo ponía tan pocas veces que estaba como recién estrenado. Una vez vestido y acicalado, con una corbata tan imperceptiblemente elegante como el resto de su atuendo, bajó a desayunar. Pero primero pasó por la Portería.

—Tenga la bondad de anunciar a los miembros del Claustro que se ha convocado una Reunión Extraordinaria del Consejo del Colegio a las 11.30 —le dijo a Walter—. Es de suma importancia que la mayor cantidad posible de Claustrales asista a esa reunión.

Y dejando al Portero Mayor con la curiosidad insatisfecha de saber los motivos de aquella inesperada reunión, cruzó el Patio Viejo en dirección al Refectorio.

—Algo pasa. Y es cosa sería —le dijo Walter al Portero Adjunto—. Cuando dicen «extraordinario», no es porque sí. Y cuando el Praelector toca el tambor, los otros bailan a su son.

El Praelector se pasó el resto de la mañana haciendo diversas gestiones. Primero visitó el bufete de Waxthorne, Libbott & Chaine, Abogados, y, tras media hora de conversación con el señor Retter, dejó a este caballero consternado, alarmado y convencido de que aquel día Porterhouse se jugaba su futuro a una sola carta. Después, el Praelector fue en taxi a casa del Tesorero, y, tras una breve y agria escaramuza, durante la cual le expuso con fría claridad todo lo que le esperaba como no hiciera lo que le mandaba, el Tesorero se tomó tres pastillas y le acompañó a Porterhouse.

—Tengo que hacer algunas llamadas, pero puede subir a mis habitaciones conmigo y esperar hasta que termine —le dijo el Praelector—. Y, si hace todo lo que le diga, no le pasará nada.

El Tesorero aceptó, aunque no estaba demasiado convencido, Al pasar por debajo de las ventanas del Decano, el ruido de fuertes voces que discutían acaloradamente les indicó que allí también había alguien que no estaba demasiado convencido, por no decir en absoluto. El Praelector se detuvo a escuchar. Desaprobaba tanto pegar la oreja como leer la correspondencia ajena, pero la pasada noche había decidido prescindir de las convenciones sociales y éticas por una temporada.

—¡Usted... usted...! ¡Cómo se atreve a venir aquí a... a amenazarme...! ¿Cómo tiene la desfachatez de... de sugerir que yo instigué el ase... el asesinato del difunto Rector? —tartamudeaba el Decano.

—Dígame lo que hizo —le replicó una voz fría y tranquila—, Dígamelo, y le diré qué nombre se le da.

Los dos callaron. Incluso el Praelector se estremeció ante la amenaza implícita en aquella gélida y calculada frase. El Tesorero temblaba de pies a cabeza. El Praelector dudó un instante antes de ordenarle que subiera a sus habitaciones y le esperara allí. Luego se lanzó escaleras arriba. Cuando llegó al rellano, oye al Decano que decía, con voz ahogada:

—¡Maldita... maldita... víbora! ¡Voy a llamar a la policía, caerá sobre usted todo el peso de la ley! Yo...

—No faltaría más, hágalo —le interrumpió Purefoy Osbert con un tono de voz que denotaba absoluta seguridad en sí mismo—. Llame, llame a la policía. Tiene el teléfono ahí, detrás de usted, ¿Quiere que le diga el número?

El Praelector ya había oído bastante. Abrió la puerta y entró en la habitación.

—Ah, doctor Osbert —dijo, con fingida afabilidad—. Precisamente le estaba buscando. Espero no haber interrumpido nada importante.

Purefoy Osbert estaba de pie en medio del cuarto dando la

espalda a la ventana. No respondió. A contraluz, el Praelector no podía ver la expresión de su cara. Pero veía perfectamente la del Decano: estaba rojo como un tomate.

—¡Este individuo me acusa de… de… de haber planeado el asesinato de Sir Godber! —pudo articular el Decano por fin—. ¡Dice que…!

—Oh, por supuesto que no —le interrumpió el Praelector, que mantenía su aire despreocupado—. Estoy seguro de que el doctor Osbert tiene el suficiente sentido común para guardarse muy mucho de ir por ahí haciendo acusaciones infundadas. Se limita a cumplir con las condiciones de su contrato de becario, y todos conocemos la versión de Lady Mary. Es comprensible que una viuda reaccione de esa manera. Y el hecho de que tengamos un Rector que no sabe lo que se dice porque sufre de demencia senil a causa del alcoholismo ha hecho que semejantes acusaciones parezcan, por desgracia, muy plausibles. —Se volvió hacia Purefoy—. Ha hablado con el pobre Skullion, ¿verdad? —Se calló un momento, y sonrió—. El pobre hombre parece haber desarrollado un agudo sentimiento de culpa, una obsesión causada sin duda por la embolia y exacerbada por la pesada carga de ejercer las funciones de Rector, cargo que, evidentemente, no era para él. En su tiempo fue un excelente Portero Mayor. Es comprensible que se haya dado a la bebida.

Purefoy miró a su interlocutor directamente a los ojos, aquellos burlones ojos azules, y supo que había encontrado un contrincante de su talla.

—No acuso a nadie —dijo—. Me limito a preguntar. Sólo se trata de conocer la opinión del Decano. Y creo que ya la sé.

Y, sin más, salió de la habitación. Sus pisadas se perdieron escaleras abajo. El Praelector ayudó al Decano a levantarse de su sillón.

—¡Vamos, deprisa! —dijo—. ¡No hay tiempo que perder! ¡El Consejo se reúne dentro de cinco minutos, y todavía tengo que hacer una llamada!

—¡Ese maldito…! —empezó el Decano de nuevo, pero el Praelector le impuso silencio llevándose un dedo a los labios y escuchó. La sirena de una ambulancia se oía cada vez más cerca.

—Han venido a llevarse al Rector —anunció.

La Reunión Extraordinaria del Consejo del Colegio fue una ocasión solemne. Incluso el Tutor Mayor y el doctor Buscott, que intuyeron que algo sin precedentes iba a ocurrir, se mantuvieron quietos y callados, mientras que el Decano, todavía desconcertado por la acusación de Purefoy acerca de su supuesta conspiración con Skullion para matar a Sir Godber, dijo que sí a todo lo que propuso el

Praelector por más que, al igual que el Tesorero, era incapaz de seguir el hilo de su argumentación y de comprender las consecuencias de lo que proponía.

—En primer lugar, nos hemos reunido con motivo de la marcha del Rector —anunció el Praelector—. Durante la noche pasada su estado de salud ha empeorado de tal manera que ya no es capaz de cumplir con los pocos deberes simbólicos que hasta ahora desempeñaba. Esto, añadido a su estado mental, le indujo a renunciar al puesto de Rector alegando *non compos mentís.* Nos hallamos, pues, en un periodo de interregno hasta que se nombre a un nuevo Rector. *¿Sí,* doctor Buscott?

—Me preguntaba si Sku... es decir, el Rector, ha ejercido su derecho a nombrar sucesor —dijo el doctor Buscott—. Y si encontrándose, como dice usted, en estado de *non compos mentís,* tendría validez dicho nombramiento.

—Me alegro de que me haga esa pregunta. Precisamente he consultado esa cuestión con los abogados del Colegio esta misma mañana, y me han informado de que su opinión al respecto es que, estando el Rector incapacitado para tomar una decisión racional, la responsabilidad de la elección de un nuevo Rector recae sobre el Consejo del Colegio y, en la eventualidad de que éste no alcanzara la unanimidad en su decisión, pasaría automáticamente a manos de la Corona. O, para ser más precisos, la elección del nuevo Rector sería entonces competencia del Gobierno. —Hizo una pausa y recorrió la sala con la mirada—. Yo, personalmente, me opongo de plano a ello. En el pasado ya hemos tenido la experiencia de los catastróficos nombramientos del Primer Ministro.

Hubo un murmullo de aprobación en la sala. Los Claustrales se acordaban perfectamente del difunto Sir Godber Evans.

—Es, por lo tanto, esencial que lleguemos a un acuerdo unánime, en interés del Colegio, y, al mismo tiempo, que aceptemos el hecho de que Porterhouse se enfrenta a una crisis económica sin precedentes. No voy a detenerme ahora en rememorar el pasado. Más que mirar atrás, lo que les pediría ahora es que piensen en el futuro. Nos encontramos en situación de asegurar que Porterhouse, en vez de ser uno de los colegios más pobres de la Universidad de Cambridge, y hallarse al borde de la bancarrota, se convertirá en uno de los más ricos.

Un susurro de asombro recorrió los bancos de los Claustrales. El Praelector esperó a que se hiciera de nuevo el silencio para continuar.

—Pero mucho me temo que tendrán que fiarse de mi criterio en lo concerniente a este punto. He sido miembro del Claustro de Porterhouse desde hace no sé ya cuántos años, y creo que comprenderán todos que pongo el interés del Colegio por encima del

mío propio.

Durante veinte minutos el Praelector expuso datos y cifras que le había proporcionado la oficina del Tesorero para mostrar la cuantía de las deudas del Colegio y la naturaleza temporal del alivio que supondría la compensación ofrecida por Transworld Televisión Productions, si es que se llegaba finalmente a un acuerdo, lo cual no estaba aún muy claro. Los Claustrales le escuchaban como hipnotizados por aquella nueva y extraña autoridad que emanaba de él. Durante años el Praelector se había ocupado de sus modestos quehaceres sin meterse con nadie, y, en consecuencia, había sido ignorado por el resto del Colegio. Pero ahora, como si su inteligencia hubiera reverdecido en una especie de veranillo de San Martín, los dominaba a todos. Incluso el doctor Buscott comprendió que estaba en presencia de alguien, o quizá de algo, cuyo poder no podía ponerse en duda. Al final, cuando el Praelector les pidió su permiso unánime para conducir las negociaciones con el candidato de su propia elección sin cortapisas ni preguntas, el Consejo aprobó la moción sin un solo voto en contra. Los Claustrales de Porterhouse salieron al Patio Viejo aquella radiante mañana de primavera con renovadas esperanzas. Habían delegado aquella carga en un hombre en el que podían confiar, y se sentían libres.

Quien no se sentía libre, precisamente, era Skullion. Sentado en su silla de ruedas dentro de la ambulancia, sabía que le habían traicionado de nuevo. No iban al castillo de Coft, como le había prometido el general. Llevaban demasiado rato en la carretera e iban demasiado deprisa. Estaban en la autopista, camino de la Quinta de Porterhouse, y no había absolutamente nada que pudiera hacer para evitarlo. Le habían tomado el pelo. Y le habían sacado de Porterhouse de modo muy profesional, además: mandaron a Arthur a la farmacia con la excusa de comprar sus pastillas contra la hipertensión, y en cuanto la Residencia del Rector quedó sin vigilancia, entraron, se lo llevaron en andas con silla y todo y lo metieron en la ambulancia. Y ahora iban camino de la Quinta. Buen trabajo.

En fin, era culpa suya. ¿Quién le mandaba emborracharse y amenazar al Decano? Y no debía haber confiado en el hijo de puta del general. A aquellas alturas ya hubiera debido saber que aquellos cabrones cerrarían filas para salvar la piel. Lo cual no quería decir que, si era necesario, no se destrozaran entre sí. Y ahora dirían que le había dado otro paralís, y el Cocinero y los demás no sabrían nunca qué le había pasado. Nadie sabría que se lo habían llevado a la Quinta de Porterhouse, y, aunque lo supieran, no serviría de nada. Nadie iba nunca a la Quinta. Era, simplemente, el lugar en el que encerraban a los majaretas como el doctor Vertel y el señor Manners, que se había

convertido en un estorbo a causa de su incontinencia de orina y su manía de emprenderla a paraguazos con los estudiantes porque creía que se burlaban de él a sus espaldas. Y ahora había llegado su turno. Seguro que allí también habría alguna mala bestia de enfermera bigotuda y mandona que le haría tomarse sus pastillas y le bañaría. Y seguro que en los días soleados le sacarían en su silla de ruedas a mirar el panorama y a escuchar a los otros chiflados canturrear y chillar. Y tendría que comer con ellos, y le llamarían Skullion y le tratarían a patadas, igual que cuando era Portero Mayor. El viejo Vertel siempre le había odiado, y todavía debía de estar vivo, porque no había salido su necrológica en la revista del Colegio. Skullion, sentado en su silla de ruedas, con la vista fija en la cortinita de la puerta de la ambulancia, se maldijo mentalmente, por tonto.

# 31

Purefoy Osbert observó con interés a los Claustrales que salían de la Biblioteca Vieja. Por un momento pensó que habían estado discutiendo la amenaza que suponía para el Rector su presencia en el Colegio, sabiendo lo que sabía, pero la reunión se había convocado antes de su confrontación con el Decano aquella mañana. Allí se estaba tramando otra cosa. Unos alumnos con los que se cruzó en el Patio hablaban de que al Rector le había dado otro paralís, y de que habían visto una ambulancia aparcada frente a la puerta de su Residencia. Fuera cual fuere la causa de aquel movimiento inusual en el Colegio, Purefoy estaba decidido a sacarle el máximo partido. La visita al Decano y la reacción balbuciente e impotente de éste le habían levantado mucho la moral. Ya no se sentía aplastado por la atmósfera de Porterhouse, y en su mente lo veía con la misma indiferencia con que habría visto cualquier cafetucho de carretera. Sus ceremonias y rituales, como la Cena de Admisión, su terminología arcaica (los Dormitorios, la Sala de Claustrales, la Mantequería, el Decano, el Rector), eran meros trucos teatrales para intimidar a las mentes inmaduras e impresionables y que enmascaraban, como una especie de ceremonial masónico, la pequeñez de los oficiantes que ostentaban tales títulos. En todos los demás Colegios que Purefoy había visitado, siempre observó que se tomaban las tradiciones con cierta dosis de ironía. Pero no en Porterhouse. Allí prevalecía la asfixiante seriedad de las gentes de miras estrechas. Purefoy veía ahora a través de aquellos disfraces y escogió su siguiente presa: el Tutor Mayor. Lo cazó cuando subía por las escaleras.

—¡Ah, es usted! —dijo Purefoy, haciéndose el encontradizo—. ¿Podríamos charlar un minuto?

El Tutor Mayor le clavó una fría mirada. No le gustaba que le abordaran sin el debido ceremonial e ignorando su título. Era una falta de respeto. Y, ciertamente, no quería hablar con aquel condenado doctor Osbert ni un minuto, ni medio.

—Perdone, pero estoy muy ocupado —dijo, y le volvió la espalda.

Pero Purefoy Osbert se coló dentro del cuarto antes de que le pudiera dar con la puerta en las narices.

—Es sobre las acusaciones que ha hecho el Decano —dijo.

—¿Acusaciones? ¿De qué demonios habla?

—Esperaba que me explicara cuál fue, exactamente, su papel en los hechos —dijo Purefoy.

—¿Mi papel? ¿Qué papel? —preguntó el Tutor Mayor.

—A la luz de la confesión de Skullion, es importante contemplar

los hechos desde la perspectiva correcta —continuó Purefoy—. El Decano dice que... Bueno, quizá sería más justo que me contase primero su versión. Así se ahorraría tener que desmentir lo que ha dicho el Decano.

El Tutor Mayor reculó instintivamente en dirección a su estudio.

—¿La confesión de Skullion? —murmuró—. ¿Qué es lo que ha confesado?

—Pues que asesinó a Sir Godber Evans. Pero su responsabilidad se reduce a cometer materialmente el crimen. Nada más. La responsabilidad de... Pero, bueno, mejor será que confiese su participación en...

Purefoy dudó, y esperó a ver cómo reaccionaba su interlocutor ante la sugerencia de que compartía la responsabilidad por aquel crimen. Hubo un largo silencio. El Tutor Mayor le miraba más blanco que la pared.

—¿Sir Godber Evans fue asesinado? —dijo a duras penas—. No tenía ni idea.

—Eso no es lo que el Decano ha declarado. Veamos, en el momento del crimen usted no se encontraba en el Colegio, según declaró durante la investigación. Si desea ahora cambiar esa declaración...

—¿Cambiar mi declaración? ¡Pero si estaba en el castillo de Coft, visitando a Sir Cathcart D'Eath! Hay mucha gente que nos vio.

—¿Que los vio? —dijo Purefoy con una expresión escéptica—. ¿Con quién dice que estaba aquella noche?

—Pues con el Decano, claro.

—¡No me diga! Eso no es lo que ha dicho él —replicó Purefoy—. Pero si ésa es su historia...

—¡Por supuesto que es mi historia! —gritó el Tutor Mayor—. ¡Es la pura verdad, maldita sea!

—No hay por qué ponerse a chillar de esa manera —le dijo Purefoy—. Y ahora, ¿por qué no se sienta ahí y me lo cuenta todo acerca de esa supuesta coartada suya? Se sentirá mucho mejor si se quita ese peso de encima, créame.

Mecánicamente, el Tutor Mayor se sentó. Su cabeza era un tiovivo de emociones contrapuestas. No podía concentrarse.

—No tengo ningún peso que quitarme de encima. No sé nada sobre el asesinato de Sir Godber Evans. Ni siquiera sabía que había sido asesinado. Nadie me lo dijo.

Purefoy Osbert sonrió, y su sonrisa parecía implicar que al Tutor Mayor no hacía falta que se lo dijeran.

—Veamos. Cuando habló con él aquella noche fatal, ¿qué le dijo?

—¿Qué le dije? ¿A quién? ¡Por el amor de Dios...!

—A Skullion, por supuesto.

—¡Pero si no hablé con Skullion aquella noche! ¿Por qué demonios habría tenido que hablar con él?

—Eso es usted quien me lo tiene que decir —dijo Purefoy—. Veamos, según dice el Decano, usted fue el que...

—¡Al diablo el Decano! —gritó el Tutor Mayor—. ¡No me importa lo que diga ese imbécil, lo que yo digo, y me mantengo en ello, es que aquella noche ni siquiera vi a Skullion!

—Bien —le interrumpió Purefoy—. Así que el Decano es un mentiroso y un...

—¡Mire —berreó el Tutor Mayor—, no sé si ese capullo es un mentiroso o no! Lo que le digo es que...

—Así pues, por lo que me dice, el relato de lo que hizo usted aquella noche que nos ha hecho el Decano es correcto, ¿no?

El Tutor Mayor miró a su alrededor con el rostro desencajado. Purefoy Osbert reconoció el síntoma. Se sentía exactamente igual que él en el apartamento de Madame Ma'Ndangas. Decidió darle el golpe de gracia a la moral del Tutor Mayor.

—Y, como sabe, al Rector Skullion se lo han llevado esta misma mañana...

No hacía falta que dijera más. El Tutor Mayor lo sabía. Pero hasta entonces no había comprendido del todo las implicaciones de aquella Reunión Extraordinaria del Consejo. Ahora entendía perfectamente por qué el Praelector había dicho que Skullion era *non compos mentís.* Francamente, el Tutor Mayor encontraba aquel latinajo inadecuado para describir el estado de su mente. Skullion estaba como una chota. Y el Decano también. En la imaginación del Tutor Mayor la policía ya estaba interrogando a Skullion, y pronto empezarían sus pesquisas en el propio Colegio. Y el Decano, sin duda, había tenido algo que ver con aquel asesinato, pues de lo contrario no le habría implicado ante el cerdo de Osbert. Así que se decidió, por fin.

—Bueno, mire, le voy a revelar algo —dijo—. El que sugirió que fuéramos aquella noche al castillo de Coft fue el Decano. Me lo dijo durante la cena, y me acuerdo de que me sorprendió mucho. De hecho, le dije que no me parecía bien, y que no serviría de nada, pero insistió, a pesar de mis objeciones.

—Ya veo —dijo Purefoy tras una significativa pausa—. Eso no se corresponde con la versión del Decano. Él dice que fue usted el que insistió en que se alejaran del Colegio aquella noche. Dice que...

—¡Pues es un puerco mentiroso! —bramó el Tutor Mayor—. Le repetiré exactamente lo que dijo.

Diez minutos más tarde, Purefoy salió de la habitación. El Tutor Mayor le había proporcionado una información de lo más sorprendente. De hecho, había destapado una caja de truenos que, ciertamente, provocaría en el general Sir Cathcart D'Eath un ataque de

furia de proporciones volcánicas y una nueva serie de indiscreciones. Purefoy no quería ni pensar en lo que podría sacarle ahora al Decano con aquello. Ya en sus habitaciones, sacó la grabadora del bolsillo y cambió la cinta. Luego bajó al Jardín de los Claustrales sintiéndose satisfecho consigo mismo. Bien mirado, Madame Ma'Ndangas y su amiga le habían hecho un gran favor.

El Praelector fue a Londres en tren y luego tomó un taxi hasta el Hotel Goring. No era allí donde solía hospedarse durante sus raras visitas a la capital (prefería un establecimiento más modesto cerca de Russell Square), pero del Goring emanaba un aire de sólida respetabilidad que era justo lo que necesitaba, dadas las circunstancias. Y allí tuvo con Schnabel y Feuchtwangler la «reunión informal» que había solicitado. El señor Retter, muy alarmado, desaconsejó aquel encuentro.

—Usted no sabe cómo son esos... individuos —estuvo a punto de decir «picapleitos»—. Por lo que cobran de la Transworld serían capaces de despellejar viva a su abuela. Hágame el favor de tener mucho cuidado con lo que dice.

—Siempre tengo mucho cuidado con lo que digo —le contestó el Praelector, pero no añadió «sobre todo, cuando hablo con abogados».

Así que, aquella tarde, un anciano de aspecto inofensivo saludó a Schnabel y a Feuchtwangler en el vestíbulo del hotel.

—Estoy seguro de que este lamentable asunto puede solucionarse amigablemente —les dijo, una vez sentados.

Schnabel dijo que lo dudaba mucho. Feuchtwangler asintió con la cabeza.

—Nuestro cliente no es un hombre amigable —dijo Schnabel.

El Praelector sonrió.

—Casi nadie lo es —dijo—. Y, sin embargo, debemos tratar de adaptarnos a las circunstancias, ¿no creen?

Schnabel dijo que no creía que su cliente entendiese el significado de la palabra.

—¿«Adaptarse» o «circunstancias»? —preguntó el Praelector.

—Ambas —dijo Schnabel.

—En cualquier caso, ha de tener un instinto de supervivencia altamente desarrollado, o, de lo contrario, no seguiría vivo a estas alturas —prosiguió el Praelector—. ¿Sigue el señor Dos Passos en la ciudad?

Schnabel pestañeó y empezó a ver al anciano de un modo distinto. A Feuchtwangler se le secó la garganta de repente.

—Bueno, no sé nada de eso —dijo Schnabel.

—Por supuesto que no —asintió el Praelector—. Queda fuera de sus responsabilidades. Sin embargo, imagino que debe de ser motivo

de cierta zozobra para su cliente, y me atrevería a asegurar que la idea de ser deportado a Tailandia o a Singapur tampoco le hace ninguna gracia. Tengo entendido que allí la condena por ciertas actividades comerciales es indefectiblemente la pena capital. Por supuesto, no soy experto en la materia, pero...

—¡Mierda! —dijo Schnabel. Aquel viejo profesor no era el ancianito inofensivo que se habían imaginado. Era el Ángel Exterminador.

El Praelector llamó con un gesto al camarero.

—¿Les apetece tomar algo? —dijo.

Ninguno de los dos quiso nada más fuerte que agua mineral. El Praelector pidió una copita de jerez.

—Bueno. Como les he dicho al principio, estoy convencido de que este asunto se puede solucionar de manera amigable y mutuamente beneficiosa. Creo que su cliente apreciará mi propuesta. Que, por supuesto, debo discutir en persona con él, sin intermediarios. Supongo que su cliente preferirá que sea yo quien le visite en su oficina. Tengo un par de citas importantes mañana por la mañana, pero espero que a las cuatro de la tarde le vaya bien.

—No creo que le convenga ninguna hora... —empezó a decir Schnabel, pero Feuchtwangler le interrumpió:

—Veamos —dijo—. Ha dicho «mutuamente beneficioso», y sería muy conveniente para nosotros, si hemos de concertar esa entrevista, saber de qué modo nos afectarían las consecuencias de dicho acuerdo.

—Por supuesto, por supuesto —dijo el Praelector—. Comprendo su preocupación. Permítame asegurarles que las consecuencias económicas de ese acuerdo que se me ha autorizado a negociar con su cliente no afectarán en lo más mínimo a los intereses de su bufete. Todo lo contrario. Como saben, nuestros consejeros legales son Waxthorne, Libbott & Chaine, un bufete de Cambridge, y, naturalmente, en lo concerniente a asuntos menores seguiremos empleando sus servicios. Sin embargo, en la eventualidad de que, como espero y deseo, su cliente acepte nuestra propuesta, el Colegio necesitaría la asistencia de un bufete con mayor experiencia en el campo del derecho financiero y comercial. Y ahora, si me perdonan, debo dejarlos; estoy citado con mi ahijado para cenar.

Los dos abogados le acompañaron hasta la puerta, donde el Praelector tomó un taxi.

—A Downing Street —le dijo al conductor pronunciando las sílabas cuidadosamente—. Número once.

Schnabel y Feuchtwangler se quedaron clavados donde estaban contemplando cómo se alejaba el taxi. Ya no les cabía ninguna duda acerca de la necesidad de que su cliente mantuviera aquella entrevista con el viejo profesor al día siguiente.

En el taxi, el Praelector se sonrió para su caletre y, cuando embocaron Whitehall, le dijo al conductor:

—He cambiado de opinión. Hay un restaurante estupendo en Jermyn Street. Creo que cenaré allí.

# 32

Cuando llegó la hora del almuerzo, al Decano ya se le había pasado por completo aquel sentimiento de libertad que experimentaba al salir de la Sala del Consejo, y, en cambio, estaba lleno de incertidumbres y convencido de que las cosas que sucedían de forma tan misteriosa y con tanto secreteo iban a alterar el carácter del Colegio por completo. La situación se le había escapado de las manos. Tantos disgustos seguidos le habían dejado exhausto, demasiado exhausto, incluso, para darse cuenta de que el Tutor Mayor le miraba con tal odio que la creencia de Sir Cathcart la noche anterior de que aquel hombre era un maníaco homicida parecía más que plausible. Ciertamente, el Tutor Mayor estaba sediento de sangre, pero la acendrada tradición de no discutir en la mesa (una tradición que se remontaba al siglo XVII, cuando dos Claustrales se habían batido en rápido duelo entre el pastel de carne y el rosbif por un malentendido sobre la palabra «bestiario», lance que tuvo como consecuencia el trágico fallecimiento de un teólogo sumamente brillante que tenía un labio leporino) le impidió desfogarse diciéndole al Decano lo que pensaba de él. Y, además, el pescado de los viernes ejerció su habitual influencia moderadora. Las espinas del salmonete que tenía delante acaparaban su atención.

Sólo el Capellán estaba de humor comunicativo.

—Me preocupa mucho el Rector —dijo—. He llamado al Hospital de Addenbrooke para preguntar cómo seguía, y me han jurado y perjurado que allí no está.

—No me sorprende. No le habrán reconocido —dijo el doctor Buscott—. O, por lo menos, no como Rector de Porterhouse. Seguro que le han tomado por un vagabundo o algo parecido.

—¿Qué demonios quiere decir con eso? —preguntó el Tutor Mayor, siempre quisquilloso, que aprovechó la oportunidad para dar rienda suelta a su mal humor.

—Pues, simplemente, que los rectores de otros Colegios tienen un porte algo más distinguido. Y no llevan sombrero hongo.

—Hombre, supongo que no le ingresaron con el sombrero puesto —comentó el profesor Pawley—. Incluso si lo llevaba cuando sufrió este último paralís, lo cual se me antoja improbable, supongo que se lo quitarían cuando lo pusieron en la camilla.

—Pues no sé yo qué tienen de malo los sombreros hongos —dijo el Tutor Mayor—. Estuvieron muy de moda. Los oficiales de la guardia real debían llevarlos cuando iban de paisano. Y creo que la norma sigue en vigor.

—Me gustan mucho los hongos —dijo el Capellán—. Pero hay que saber distinguir los comestibles de los venenosos. Un primo mío se intoxicó una vez al comer unas setas y por poco se lo lleva al otro barrio un cólico miserere. Estuvo malísimo, el pobre.

—No hablábamos de esos hongos. Nos referíamos al sombrero de Skullion.

—Pues sí, pregunté por él, y nada. Y eso que les dije su nombre. No habrían sabido quién era, si no. Y ni por ésas, dicen que allí no está.

—Quizá esté en el Evelyn —dijo el profesor Pawley—. Dicen que es un sitio estupendo.

El Decano los ignoró. Para él, Skullion había dejado de existir, y, en cualquier caso, no les iba a decir adonde se lo habían llevado. Cuanta menos gente lo supiera, mejor. Otros asuntos le tenían más preocupado. Se preguntaba adonde habría ido el Praelector y si había sido buena idea delegar toda la autoridad en aquel anciano para que pudiese negociar y nombrar al nuevo candidato a su antojo. Pero ya era tarde para impedirlo. Y, sin embargo, no podía evitar estar inquieto. Al final, se excusó entre plato y plato y se fue a dar un paseo a ver si se tranquilizaba.

El Tutor Mayor estuvo tentado de seguirlo, pero decidió no hacerlo. Ya tendría ocasión de cantarle las cuarenta. Y, además, seguro que la policía vigilaba el Colegio. Ni por un segundo se tragó el cuento de que a Skullion se lo habían llevado al hospital. Mostrando un tacto sorprendente, o quizá porque la silla de ruedas no cabía en el furgón celular, la policía utilizó una ambulancia para llevarse a Skullion a la comisaría, donde, sin duda, estarían interrogándole en aquel preciso instante. El Tutor Mayor se preguntó si no sería su deber el buscarle un abogado al pobre hombre, pero recordó que el Praelector había mencionado que había consultado aquella misma mañana con el señor Retter, ostensiblemente para discutir la posibilidad de elegir un sustituto en caso de incapacitación definitiva del Rector. Y se maravilló del tacto y la mano izquierda del Praelector a la hora de evitar cualquier clase de publicidad. Sólo por eso ya resultaba evidente que el Consejo había hecho bien en confiar en su criterio.

De todos modos, el Tutor Mayor estaba aún de un humor de perros cuando se montó en su bicicleta y se fue parque abajo en dirección a la caseta de los botes. Sus pensamientos se concentraban en el doctor Purefoy Osbert. ¡Cómo le gustaría hallar el medio de que aquel jovenzuelo insolente se arrepintiera de haber puesto los pies en Porterhouse! Aún estaba considerando la posibilidad de acusar al doctor Osbert de algo cuando, tras desfogar su rabia remando un rato en seco, se volvió en su bici al Colegio. Al pasar por delante de la

Portería, Walter salió con un sobre.

—Perdone que le moleste, señor —le dijo—. Hay un mensaje urgente para el doctor Osbert, y como vive en su misma escalera, me preguntaba si…

El Tutor Mayor agarró el sobre y se alejó a toda prisa. Estaba deseando saber qué era aquel mensaje tan urgente. Quizá pudiera serle de alguna utilidad.

Ya en sus habitaciones, abrió el sobre con ayuda del vapor de la tetera, y leyó la carta que había dentro. No tenía mucho interés. Manifestaba, simplemente, el deseo de la presidenta de la Asociación Americana en Favor de la Abolición de la Pena Capital y otros Castigos Crueles de entrevistarse con el autor de *El tirón de cuello final,* obra que había leído con gran interés, etcétera, etcétera. Por desgracia, el calendario de su visita a Inglaterra era muy apretado, y la única tarde libre de que disponía era la del viernes. Aquella noche se hospedaría en casa de unos amigos, precisamente en Cambridge, y sería un honor para ella encontrarse con el doctor Osbert a la puerta del Hotel Royal a las 8 de la tarde. El Tutor Mayor dobló la carta y la volvió a meter en su sobre, pero luego cambió de opinión y la rompió vengativamente en muchos trocitos. El doctor Osbert no acudiría a aquella cita.

En Londres, Schnabel estaba hablando por teléfono con Transworld Televisión.

—Lo que le digo es que le ofrecen, claramente, una salida —le dijo a Hartang—. Ese tipo sabe lo que se hace, y tiene contactos de mucho nivel.

—¿De qué nivel? —guiso saber Hartang.

—Downing Street —le dijo Schnabel.

Hubo una larga pausa mientras Hartang ponderaba esta extraordinaria declaración.

—Si tiene esa clase de influencias, ¿qué quiere de mí? —preguntó finalmente.

—No lo sé. Tiene una especie de propuesta que quiere hacerle personalmente. Y nos dijo muy clarito que creía que el asunto se podía resolver amigablemente y en beneficio mutuo. Feuchtwangler estaba conmigo. Se lo puede confirmar.

Feuchtwangler lo hizo, y le devolvió el teléfono a su socio.

Pero aún hizo falta su buena media hora para convencer a Hartang de que accediera a ver al Praelector, aunque seguía receloso. Fue la mención de la extradición a Singapur lo que le persuadió.

—Como metan la pata con esto, Schnabel, no sólo necesitaré nuevos abogados, sino también la ayuda de todos los independientes de Chicago. No sé si me entiende.

Schnabel le dijo que sí y colgó.

—Downing Street está en el ajo, y el muy gilipollas aún se permite el lujo de amenazar... —dijo.

El Praelector se levantó tarde y desayunó sin prisas. Luego, por si le estaban vigilando, fue a visitar a un sobrino suyo que trabajaba en el Ministerio del Interior. Luego almorzó con un obispo retirado. En resumen, se pasó todo el día comportándose de modo que sus potenciales espías tuvieran la sensación de que trataban con un hombre de considerable influencia. Cuando volvió al Goring, le estaba esperando una invitación para entrevistarse con el señor Edgar Hartang en el Transworld Televisión Centre. El Praelector echó una siestecita y luego tomó un taxi. Tras pasar por el detector de metales y después de que le registraran de arriba abajo, se metió en el ascensor que le llevó hasta la espartana oficina de Hartang. El potentado le recibió con la misma untuosa cordialidad que había relatado el Tesorero. Hartang había vuelto a adoptar un acento y unos modales encantadores y lejanamente centroeuropeos. Lo cual no engañó al Praelector ni por un instante. Por otra parte, le satisfizo ver que Hartang había prescindido en aquella ocasión del blazer y el jersey de cuello vuelto, e incluso de los calcetines blancos, e iba vestido más formalmente, con traje y una corbata discreta.

—El Consejo del Colegio me ha autorizado —dijo el Praelector cuando agotaron las cortesías de rigor— a ofrecerle el puesto de Rector de Porterhouse.

Hizo una pausa y miró a Hartang con toda la solemne benevolencia que pudo fingir. Hartang le observaba tras las gafas de cristales tintados (las gafas de sol azul marino habían desaparecido, junto con los mocasines y los calcetines blancos) con una mezcla de incredulidad y extremada suspicacia. El Praelector saboreó el asombro de su oponente por un instante y luego continuó:

—El provecho que se obtendría de esta propuesta es doble: beneficiaría al Colegio y también, según creo, mejoraría su reputación como hombre de negocios y como ciudadano. Permítame explicarle que la facultad de nombrar al Rector de Porterhouse es prerrogativa de la Corona, y sólo cuando concurren circunstancias excepcionales ésta, o, para ser más precisos, el Gobierno, es decir, su Primer Ministro, delega dicha competencia en el Consejo del Colegio. Así ha sucedido en el presente caso, por motivos en que no es menester entrar en este momento, y los cuales, por otra parte, no estoy autorizado a divulgar. Baste decir que estas razones atañen al interés de la nación. Ciertas obligaciones bilaterales con otros países podrían ser obviadas si usted aceptara, al tiempo que su reconocido talento para las finanzas no se vería afectado en modo alguno.

El Praelector volvió a hacer una pausa, y esta vez asumió la más

imponente de las expresiones para subrayar la seriedad de su propósito. No en vano había sido de niño un experto pescador de río. A la trucha hay que darle hilo, y saber luego cuándo tirar. Edgar Hartang, en el otro extremo del kilométrico sofá verde, no se atrevía ni a respirar.

—Naturalmente, supongo que querrá considerar esta oferta con sus abogados antes de dar su consentimiento. Sin embargo, le aseguro que el cargo de Rector no se ofrece ni a la ligera ni caprichosamente. Y tampoco implica más obligaciones que la de representar simbólicamente al Colegio en ceremonias oficiales y otras ocasiones públicas. Usted residiría en la Residencia del Rector, con el consiguiente número de sirvientes del Colegio a su disposición, y tendría libertad para organizarse en ella como quisiera para su mayor comodidad y seguridad. Al mismo tiempo su posición social quedaría asegurada. No puedo decirlo más claramente. Porterhouse es uno de los Colegios más antiguos de Cambridge y, si se me permite la franqueza, su contribución en el campo de las comunicaciones y la tecnología nos sería muy útil, por no hablar de sus conocimientos financieros. Debo dejarle ahora. Permaneceré alojado en el Hotel Goring otros tres días. Allí espero su decisión.

El Praelector se levantó y salió de la oficina con una ligera inclinación de *cabeza* al estilo diplomático. Cuando las puertas del ascensor se cerraron tras él, Hartang se desabrochó el cuello de la camisa y se volvió a sentar tratando de asimilar la extraordinaria mezcla de amenazas y de promesas que acababa de escuchar. En toda una vida llena de crudas amenazas y brutales oportunidades nunca había experimentado nada ni siquiera lejanamente parecido a aquello.

Durante una hora estuvo intentando encontrarle un punto flaco a la oferta del Praelector, pero no pudo. Descolgó el teléfono y marcó el número de sus abogados.

Un alterado Edgar Hartang conferenció aquella misma noche con Schnabel, Feuchtwangler y Bolsover. Había comprendido que algo crucial había ocurrido en su vida, y esto suavizaba su manera de tratar a sus abogados.

—¿Creen que va en serio, que el viejo tiene autoridad para negociar y tal, como si fuese un embajador? —les preguntó.

—Sí —dijo Schnabel.

—Y se trata de un grandísimo honor, señor —dijo Bolsover.

—Una protección del carajo —comentó Feuchtwangler—. Nunca he oído que se pudiera extraditar al Rector de un Colegio de Cambridge.

Hartang se mordió los nudillos. No le había gustado un pelo todo aquello de las obligaciones bilaterales. Un ahijado en el número once de Downing Street. ¿Y qué coño había estado haciendo aquel viejo en

el Ministerio del Interior y con el obispo y demás?

—Así hacen las cosas los ingleses —le explicó Feuchtwangler—. Primero te atan bien corto, y luego te dicen: «Bienvenido al club, muchacho.» Y no hace falta que te den las opciones, porque ya están claras. ¿Cómo cree que Dick Whittington llegó a ser alcalde de Londres?

Hartang dijo que no conocía a ningún Dick Whittington.

—Pero ¿por qué yo? ¿Qué quieren de mí? —preguntó.

—Se lo ha dicho claramente. Su experiencia. Primero dinero, claro. La tecnología punta es carísima. Tiene que agradecérselo a Kannabis. Le ha hecho un favor.

Era una frase arriesgada. Hartang no estaba preparado para aceptar que Kannabis pudiera haberle hecho ningún favor.

—Y una cosa es segura —dijo Bolsover—: Dos Passos estará metido en un avión de vuelta al otro lado del charco en el momento en que usted acepte el puesto oficialmente. Lo vigilan estrechamente.

Era una razón convincente. Hartang accedió a ser el nuevo Rector de Porterhouse.

—¡Lo que es la vida! —dijo Schnabel mientras volvían al bufete en coche—. No me atrevería a decir todavía que está civilizado, pero todo se andará.

—En Porterhouse sabrán educarlo —dijo Bolsover.

# 33

El Praelector estaba sentado en un banco del parque, tomando el sol de aquella mañana primaveral y contemplando cómo unos niños se revolcaban en la hierba. Hacía muchos años que no disfrutaba de aquel placer sencillo, rodar por el césped intentando que el otro chico quedase debajo, pero aún recordaba vividamente lo divertido que había sido jugar a aquello, incluso cuando perdía. Y ahora, después de tantos años, volvía a divertirse con un juego parecido, aunque esta vez con la alegría adicional que da la victoria. Por supuesto, habría que luchar en más batallas. Para empezar, habría que domesticar a Hartang: incluso en estos tiempos tan decadentes no se podía consentir que todo un señor Rector usase palabras como «mierda» o «joder» en la mesa cada dos por tres. Pero el Praelector tenía la intención de dejar ese aspecto de la formación de Hartang a los otros Claustrales, y a la atmósfera del Colegio, con sus múltiples minucias y formalidades. Sus problemas más inmediatos eran de naturaleza diferente. Tenía que persuadir al Consejo del Colegio para que ratificara el nombramiento de Hartang como Rector, y en su vida se había enfrentado a una tarea más difícil. Incluso el más brillante de los científicos de Cambridge no tenía ni la más remota idea de las implicaciones políticas de las finanzas y la industria. Habían crecido en el Estado del Bienestar, no habían conocido los años veinte y treinta, cuando los pobres lo eran de verdad y las mujeres y los niños tenían caritas famélicas y pálidas y había cola permanente ante las calderas de sopa del Ejército de Salvación. Habían leído sobre ello, al menos algunos, pero no lo habían vivido. Por el contrario, se permitían la broma macabra de las huelgas de hambre y las manifestaciones de protesta de cuatro a seis, con sus carotas coloradas de buena salud y sus pies bien calzados en zapatos de marca, y se iban luego a sus casas con una santurrona satisfacción del deber cumplido, sabiéndose en posesión de la verdad, y se felicitaban a sí mismos por su coraje y valentía y humanitarismo mientras se zampaban su salmón ahumado y su *coq-au-vin* en sus confortables pisitos dotados de calefacción central y con los cuartos de baño alicatados hasta el techo. Y por todas partes la televisión y las revistas de lujoso papel cuché los aislaban, y en cierto sentido los inmunizaban, contra la pobreza y el dolor reales. El Praelector había vivido lo suficiente para no olvidar cómo era el mundo antes de que Lord Beveridge pusiera las bases de la Seguridad Social moderna. Porterhouse tendría que aceptar la decisión que él había tomado, o perecer. Ésta iba a ser su última batalla. Se levantó y volvió caminando hasta el hotel, imaginándose la

cara que pondría el Decano cuando se enterase de la noticia.

Purefoy Osbert y Madame Ma'Ndangas estaban sentados en un banco junto al viejo muro de Peterhouse, con la Puerta del Río a sus espaldas. La Puerta estaba cerrada ahora, y el lecho del río distaba casi cien metros, pero por allí habían entrado y salido durante siglos Rectores y Claustrales, que se desplazaban en barcas por el río a fin de evitar pasar por las calles sucias y llenas de barro.

—Tenía que venir a darte una explicación —le estaba diciendo ella—. Al fin y al cabo, fue sólo una broma, y... bueno, no es que fuera de muy buen gusto, pero así son las bromas.

Purefoy miró con el ceño fruncido a unos caballos que ramoneaban en la hierba frente a ellos. Todavía no sabía qué pensar de Madame Ma'Ndangas y de su hermana. Y no estaba seguro de que debiera creerse ni una palabra de lo que le contara. Por otra parte, en el fondo se alegraba de que no hubiese sido la tercera mujer del difunto Monsieur Ma'Ndangas.

—Era la única manera de entrar en el país —le explicó. Purefoy dijo que no entendía nada.

—¿Cómo crees que puede pasar el control de inmigración una persona sin certificado de nacimiento ni pasaporte? Es imposible.

—Pero debías tener algo que te identificara. Tú sabes quién eres, ¿no?

—Ahora sí, pero entonces no. Nadie lo sabía. Tú no has vivido en la Argentina de la Junta Militar. En la época de la dictadura, la gente, literalmente, desaparecía. Eso es lo que les ocurrió a mis padres. A Brigitte y a mí nos encontraron un buen día en una mesa de picnic en la ribera del Río de la Plata, en una ciudad que se llama Fray Bentos. Nos habían atado unas etiquetas al cuello con la palabra «Desconocido» escrita en inglés. Así que nos llevaron a un orfanato católico donde las monjas nos bautizaron con el apellido «Incógnito». Aunque parezca una broma, acabó siendo mi nombre. Me convertí en Ingrid Natasha Cognito. Brigitte tuvo algo más de suerte. De todas formas, odiábamos el orfanato y a las monjas, así que terminamos por escaparnos al Paraguay. Y eso fue aún peor, porque tuvimos que vivir con unos alemanes muy pobres, y en un sitio muy extraño. Y nosotras éramos las dos rubias, de ojos azules, y hablábamos inglés.

Purefoy escuchaba con una curiosidad hipnotizada. El Río de la Plata, Fray Bentos y la fábrica de conservas cárnicas que luego había cerrado, y el club de golf con la placa conmemorativa de la coronación de Jorge VI en el muro, y las distancias entre los hoyos todavía medidas en yardas, y luego el Paraguay y las tropas de Stroessner, con sus cascos prusianos y su paso de la oca en una plaza polvorienta y desierta, las granjas descuidadas de los descendientes de

los colonos alemanes del siglo XIX, las excéntricas sectas sudafricanas en bloques de apartamentos de cemento gris, y luego de vuelta a Montevideo cruzando todo el Uruguay, y la capital, una ciudad detenida en los años cincuenta en la que los ingleses emigrados aún se reunían en el English Club, donde el ventanal del comedor estaba roto y pegado precariamente con cinta adhesiva, el estuco del techo que se caía a trozos y las ediciones atrasadas del *Montevideo Times* estaban encuadernadas en tomos de falso cuero rojo en la biblioteca, junto a la vetusta galería de esgrima, ya en desuso. Y de allí, a África, esta vez con la ayuda de los de la secta sudafricana.

Mientras los caballos blancos pastaban apaciblemente en la hierba del ribazo, la imaginación de Purefoy volaba siguiendo la historia de los vagabundeos de la señorita I. N. Cognito. Tenía la creciente convicción de que esta vez decía la verdad. Aunque aún estaba receloso. En el mundo actual, cualquiera, en una sociedad más o menos civilizada, tiene algún medio de identificarse, incluso aunque sean sólo las monjas de un orfanato, o alguien que las hubiera conocido de pequeñas.

—Pero eso no le ayuda a uno a entrar en el Reino Unido —dijo Ingrid—. Intenta pasar por la aduana en Heathrow sin pasaporte ni partida de nacimiento, ni nadie que pueda confirmar quién eres. Es una experiencia inenarrable. Los funcionarios del control ni siquiera intentan fingir que creen lo que les dices. Lo intentamos una vez en un vuelo de carga desde Lusaka. Grave error. Metimos a la tripulación en un lío tremendo, y lo único que sacamos en claro fue que nos registraran de arriba abajo con una falta absoluta de delicadeza y nos administraran laxantes, por si nos habíamos tragado condones llenos de droga o diamantes. Nada agradable, créeme.

—¿Y qué demonios hacíais en Lusaka?

—Ya te he dicho que nos habíamos convertido en miembros de la secta Benoni. Una mujer tuvo visiones, o algo parecido, en 1927, y la gente pensó que era un buen momento para salir de Sudáfrica con algún dinero para ir a fundar misiones en Sudamérica.

—Os podrían haber dado algún papel que os identificara...

—Pero no lo hicieron porque les dijimos que aquella secta era un timo, y es increíble lo intolerante que se pone la gente cuando rehúsas comulgar con sus ideas. Así que nos pusieron de patitas en la calle, como quien dice, en este caso en Brakpan, y nos las tuvimos que arreglar sólitas.

- *¿Y* cómo entrasteis en Inglaterra?

—Pues nos hicimos amigas de un griego muy simpático que tenía una tienda y un par de hermanas a las que no les importaba perder sus pasaportes temporalmente. Se los tuvimos que devolver en Atenas. Pero después de eso, ya no fue tan difícil. Nos las arreglamos para

llegar hasta España por mar, en yate principalmente; un viejecito encantador, en Palamós, necesitaba tripulación. A su mujer no le atraía para nada la idea de cruzar el golfo de Vizcaya en pleno invierno, y había vuelto a casa en avión. Así que un buen día navegamos hasta llegar a Falmouth y, cuando no hubo moros en la costa, bajamos a tierra.

- *¿Y* todavía no tienes papeles? ¿No tienes pasaporte, ni partida de nacimiento, ni nada?

—¡Pues claro que sí, bobo! Una vez aquí fue muy fácil hacerse con una partida de nacimiento.

—¿Cómo? —le preguntó Purefoy, deseoso, como siempre, de conocer los hechos desnudos.

Ella se lo dijo.

Purefoy se la quedó mirando con la boca abierta.

—¡No me digas que hiciste eso! —dijo—. ¡No puede ser! Espero que no sea verdad.

—Bueno, algo teníamos que hacer. Era un pobre hombre. Daba hasta un poco de pena, metido todo el día en Somerset House, más solo que la una. Nadie le había dicho una palabra amable antes en toda su puñetera vida.

—Así que obtuviste un pasaporte a nombre de Madame Ma'Ndangas —dijo Purefoy, algo escamado.

—No, no. Lo de Madame Ma'Ndangas vino mucho después, como una especie de recurso temporal. Me llamo Isobel Rathwick y nací en Bournemouth. Todos los papeles en regla. Aunque la verdad es que sigo prefiriendo Madame Ma'Ndangas. Llámame siempre así. ¡Es tan divertido tomarle el pelo a toda esa gente tan seria que se preocupa tanto por el Tercer Mundo!

—Ya veo —dijo Purefoy—. ¿Y qué me dices de tu hermana? *¿A* qué se dedica ahora?

—Pues a ser una mujer de lo más respetable que vive en Woking con su marido y sus dos hijas. Pero de vez en cuando se lía la manta a la cabeza y vuelve a ser ella misma.

—Todo esto me suena muy extraño. No veo cómo puede uno vivir toda su vida en la mentira.

—Pues porque tuvimos que inventarnos a nosotras mismas, Purefoy, cielo, igual que todo el mundo.

—Yo no —dijo Purefoy—. Yo sé quién soy.

«Eso te crees tú», pensó Madame Ma'Ndangas, pero no lo dijo.

Volvieron dando un paseo por King's Parade, mirando los tenderetes del mercadillo, y luego tomaron el té en un cafetín que hay detrás del Guildhall, y Purefoy le contó sus combates de boxeo dialéctico con el Decano y el Tutor Mayor y cómo se habían llevado a Skullion del Colegio.

—¡Qué idea tan estupenda, Purefoy! Y todo por nuestra culpa. O gracias a nosotras. Creo que me voy a convertir en algo que se va a llamar... ¿Cómo podría llamarse? Una Provocadora Profesional. Eso es. Una Provocadora Titulada. Les daré clases a jóvenes tímidos y apocados que se creen todo lo que leen en los libros. Estoy harta de infertilidad masculina y técnicas de masturbación y de todas esas feministas militantes protestando con el puño en alto contra la ablación del clítoris.

—Pero tú eres experta en ello. No lo puedes dejar así como así.

—Pues empecé con ello así como así —dijo la señorita I. N. Cognito—. Conseguí las diapositivas en Londres, y me leí unos cuantos manuales. Eso es todo. Y si me preguntas por qué, te diré que porque estaba hasta el moño de ser azafata de vuelo y de tener que sonreír a gentuza que estaba deseando perder de vista. ¡La de mentiras que tiene una que decir! Y siempre son las mismas mentiras. Por lo menos, en la piel de Madame Ma'Ndangas podía ser más imaginativa, pero eso se hizo aburrido enseguida también. La gente, casi siempre la gente más fea de la clase, se me acercaba al final a preguntarme cosas. No te imaginas la cantidad de bolleras horrorosas que han intentado meterme mano. Pero ahora todo va a ser distinto. Quiero que me enseñes ese Porterhouse tuyo. Voy a pedir la plaza de Provocadora. Provocadora Adjunta. ¿Crees que me aceptarán?

—Bastantes problemas tienen ya —dijo Purefoy.

En el dormitorio rosa del picadero del general Sir Cathcart D'Eath, cerca del Jardín Botánico, Petunia Ransby estaba empezando a sentir una sensación surrealista, combinada con la peor resaca de la que guardaba memoria histórica. Había llegado a la hora convenida la noche anterior, como le había ordenado el general, después de tomarse unas cuantas copas de coñac para calmarse los nervios, que todavía los tenía algo alterados después de la visita al americano aquel del cuchillo ensangrentado en el matadero de la fábrica de comida para gatos. Había entrado por la puerta trasera con la llave que le habían dado, y después de tomarse dos o tres copitas más (no había nadie en la casa), con grandes dificultades consiguió meterse en el traje de buzo, y se había encasquetado la caperuza sobre la media melena y el flequillo. Luego se sentó en una silla, y se quedó allí mucho rato, esperando. Y de vez en cuando se atizaba un lingotazo de coñac. Su cliente no aparecía. Petunia hurgó en su bolso y sacó el papel con las instrucciones que le había entregado el general. Decía claramente el viernes a las 8 de la tarde. Y ya eran casi las nueve. Bueno, pasara lo que pasara, cobraría igual. Aquellos billetes de banco partidos por la mitad se convertirían en billetes enteros aunque tuviera que pasarse toda la noche allí. Dos horas más tarde, decidió

quitarse la caperuza para poder respirar más a gusto. Pero para eso tenía que quitarse primero los guantes de goma, y no pudo. Mientras forcejeaba con aquellas cosas sintió necesidad de ir a hacer pipí. Y estaba enzarzada en otra batalla, ahora con la parte inferior del traje, cuando sonó el teléfono. Petunia le gritó al aparato que se fuera a tomar por el culo desde el otro extremo del pasillo, y se quedó donde estaba. Y luego, cuando ya había dejado de sonar, se lanzó a la carrera a intentar cogerlo, pero tropezó en la alfombra y se cayó de bruces. Petunia volvió a coger la botella de coñac y se atizó un lingotazo doble. Era casi medianoche cuando volvió a intentar ir al baño, y, sin querer, apagó la luz y ya no pudo encontrar el interruptor para encenderla de nuevo. Para entonces sus esfuerzos por librarse de los guantes, la caperuza y el resto del disfraz de negra submarinista habían demostrado ser inútiles del todo. Se arrastró por el suelo en la oscuridad, encontró la botella de coñac y se bebió lo que quedaba. Acto seguido, se desplomó sobre la alfombra y pasó el resto de la noche tendida allí, felizmente inconsciente del tiempo, del lugar y del estado en que se encontraba.

A la mañana siguiente (una mañana sombría en aquella habitación cerrada) las cosas fueron diferentes. Tardó algún tiempo en comprender por qué no podía respirar ni podía ver con el ojo derecho —la caperuza y la media melena se habían desplazado durante el sueño— y por qué estaba metida en algo parecido a una cosa fría y pegajosa. Poco a poco, con grandes esfuerzos, se puso de pie y, palpando las paredes, llegó, tras muchos tropiezos y trompicones al cuarto de baño, donde encendió la luz. La imagen que vio en el espejo no contribuyó a incrementar su autoestima. Aunque estaba acostumbrada a levantarse por la mañana hecha un asco en compañía de muchachos de la base de gustos poco ortodoxos, nunca se había visto en un estado ni ligeramente semejante. Petunia Ransby se sentó en la taza del retrete y se echó a llorar desconsoladamente. Luego recordó de repente que le había prometido a su marido que estaría de vuelta a la una como muy tarde. Y encima le habían prometido la otra mitad de las dos mil libras. Por un instante la rabia la dejó paralizada. La habían engañado. Estaba en una casa extraña metida en un traje de buzo que le venía pequeño. Se sentía fatal. Y lo peor de todo era que tenía que volver a casa. Pero ¿cómo? En ese momento los efectos del coñac de la noche anterior se manifestaron de un modo espectacular.

Diez minutos más tarde, sintiéndose sólo ligeramente reanimada, Petunia trató de encontrar algo con que rajar el traje de submarinista, pero, aparte de un viejo cepillo de dientes, que no le fue de gran ayuda, lo único que había allí era una maquinilla de afeitar de plástico con la que, por más que lo intentó frenéticamente, no consiguió cortar nada. De nuevo se puso a forcejear con los guantes y luego, cuando se

convenció de que no podía liberarse de ellos, pasó veinte estériles minutos tirando de las varias aberturas y costuras del traje de buzo, que le rebotaba en la carne con un chasquido seco cuando soltaba el tejido elástico. No había nada que hacer. No iba a arriesgarse tampoco a romperse la nariz, o a ahogarse con la dentadura postiza. Llamaría para pedir ayuda. Se sentó en el borde de la cama, mirando de reojo el teléfono, preguntándose lo que diría Len, su marido, o, aún más importante, lo que le haría si iba a recogerla y la encontraba en aquel estado. Sabiendo como era, igual le arreaba un palizón allí mismo, aprovechando que no estaba en condiciones de defenderse; o quizá, lo que aún seria peor, se echaría a reír y se lo contaría todo a sus amigotes del bar, y ella sería el hazmerreír de Thetford.

Se le empezó a llenar la cabeza de sombríos pensamientos. La habían dejado plantada, que ya era bastante malo, le habían tomado el pelo, y, lo peor de todo, aquel general más cursi que un repollo con tirantes no se había presentado a pagarle. Pero no pensaba dejarse robar. Petunia tenía ya bastante experiencia de la vida, y había pasado por muchos tiras y aflojas y sórdidas disputas sobre servicios impagados, para que aquel vejestorio le birlara dos mil libras. Ya podía amenazarla con echarle encima al yanqui del cuchillo. No le importaba. Le iba a dar al viejo su merecido. Después de pensarlo mucho, Petunia llamó a su hermana, la que vivía en Red Lodge, y le dijo que fuera a buscarla y no dijese ni una palabra a nadie, pero a nadie. Maggie quería saber qué le pasaba en la garganta, que sonaba como ronca, o algo, y le dijo que de todas formas no podía ir a buscarla hasta que Perce volviera de Newmarket con el coche, y ya sabía Petunia cómo se ponía Perce cuando volvía del Hipódromo de Newmarket. Y peor aún si había ganado, claro. Bueno, iría en cuanto pudiera. En vez de enzarzarse en una interminable discusión con su hermana, Petunia colgó y hurgó en su bolso a ver si el sobre con las mitades de las dos mil libras estaba todavía allí. Se lo había traído para comparar los bordes de los medios billetes cuando le pagaran, no fuera que trataran de engañarla. Miró su reloj de pulsera y vio que eran ya pasadas las tres de la tarde. Se tumbó en la cama y siguió pensando en la perra vida hasta las siete, cuando llegó Maggie con el coche y tocó el claxon desde la calle. Petunia se puso su abrigo de leopardo —los pantalones de lame dorado eran demasiado estrechos para ponérselos encima del traje de buzo— y bajó corriendo las escaleras para meterse en el coche.

—¡Anda, qué pinta tienes, Petu! —le dijo Maggie—. ¡Pareces el anuncio de Michelin! ¿Has estado en un baile de la Marina, o qué?

Petunia la miró con el ojo que no le tapaba la caperuza con una expresión que indicaba claramente que no estaba para bromas. Salieron de Cambridge por la carretera de Barton.

Sir Cathcart D'Eath había tenido dos días agotadores. Primero, la Cena de Pato y los terribles acontecimientos de la sobremesa le habían hecho pasar una noche fatal, y luego había tenido que levantarse muy temprano a la mañana siguiente para arreglar lo de la apresurada mudanza de Skullion, que había conllevado gran número de llamadas de teléfono y de incómodas preguntas acerca de la índole de aquella operación clandestina, por no hablar de las dificultades para conseguir que le mandaran de Londres una ambulancia con el personal adecuado. Pero al final, y tras cuantiosos desembolsos en metálico, lo consiguió. Después de un almuerzo ligero y una breve siesta, se disponía a dar una cena íntima en casa a algunos viejos y distinguidos camaradas que venían a pasar el fin de semana en el castillo con sus esposas. Y lo más importante, Sir Edmund y Lady Mary Sarah Lazarus-Crouch figuraban entre los invitados. El general estaba particularmente ansioso por causarles buena impresión a los Lazarus-Crouch porque su sobrina, Katherine D'Eath estaba prometida con Harry, su hijo mayor, y Sir Cathcart deseaba recibir los consejos financieros de Sir Edmund, que, desde que había recomendado a Su Majestad que cancelase todos sus tratos con al menos tres empresas que luego se habían declarado en bancarrota, eran conceptuados como infalibles y de seguro efecto en Bolsa. En pocas palabras, la pequeña reunión en el castillo de Coft esa noche consistía en un grupo selecto de gente discretamente poderosa y discretamente bien situada. Sir Cathcart, en previsión de posibles meteduras de pata, había llegado al extremo de darle el fin de semana libre a su secretaria americana, mientras que Fried Macdonald había sido enviado a una granja porcina en Lancashire para que disfrutase de unas cortas vacaciones entre sus congéneres. Y, no obstante esas precauciones, Sir Cathcart seguía teniendo la sensación de que, a causa de los horrores de la Cena de Pato y las distracciones del día, se le había olvidado hacer algo muy importante. Pronto descubrió qué era. El general y sus invitados estaban recorriendo, con sus bebidas, el viejo invernadero, departiendo animadamente, cuando llegaron Petunia Ransby y Maggie en el destartalado Cortina. La conversación cesó de repente cuando Petunia salió del coche como una gorgona y los miró con la media cara que le dejaba libre la caperuza. Nunca había sido agradable a la vista, pero, en opinión de Sir Cathcart, entonces resultaba cataclísmicamente espeluznante. Con su abrigo de leopardo sintético echado sobre los hombros y el flequillo aplastado por la caperuza, avanzó hacia el pequeño grupo haciendo eses, agitando en la mano las mitades de los billetes y contoneando sus caderas hinchadas por la celulitis.

Sir Cathcart la reconoció al instante.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué es eso? —exclamó horrorizada Lady Sarah cuando vio acercarse a Petunia.

—Debe de tratarse de algún error —murmuró Sir Cathcart. Y luego, seguramente por un reflejo condicionado añadió—: Quizá sea una colecta para la Asociación pro Subnormales.

Pero antes de que pudiese llevarse a sus invitados de vuelta al salón, Petunia se había colado dentro del invernadero.

—¡Págueme lo que me debe, cabrón! —gritó blandiendo el fajo de billetes cortados—. ¡Dos mil libras! ¡Como no me pague...!

La amenaza era superflua. Nada podía ser más desastroso para Sir Cathcart que su aparición allí. Colorado y mudo de rabia, el general trató de indicarle por gestos que se marchara, pero Petunia no estaba dispuesta a obedecer. Había ido a por su dinero y a vengarse, y estaba decidida a obtener ambas cosas. Se volvió hacia los invitados echando fuego por los ojos.

—Primero me dice que le gustan las negras, y me mete en el traje de buzo —les dijo—. Tiene un picadero en Cambridge, y quería comerme el mejillón, y luego quería que me tiñera las tetas. ¿Y saben lo que hizo luego? —Avanzó, con evidente instinto de la jerarquía social, hacia el matrimonio Lazarus-Crouch—. Pues me ató con unas cuerdas y me dejó allí todo el día y toda la noche para...

—¡Yo no he hecho nada semejante! —tartamudeó Sir Cathcart, sin pensar en las consecuencias de lo que decía—. Todo lo que hice fue...

Pero era ya tarde para una salida digna. Petunia había acorralado a la aterrorizada Lady Sarah contra un macizo de camelias y le echaba una vaharada de coñac a la cara.

—Le gusta la lluvia dorada, ¿sabe? —dijo a través de la caperuza —. ¡El muy guarro! ¡Es un pervertido! ¿Sabe lo que quiero decir?

Era obvio que Lady Sarah tenía una idea, aunque hubiera preferido no tenerla.

—Bueno, ¿de veras? —dijo, débilmente.

—Pues sí —dijo Petunia agitando las mitades de los billetes bajo las narices de la aristócrata—. ¿Cree que alguien paga dos de los grandes por un misionero? Los viejos verdes no pagan este dineral por un misionero, ¿verdad?

—No, estoy segura de que no —murmuró Lady Sarah con un hilo de voz.

—Oiga, oiga —trató de terciar uno de los viejos camaradas del general, pero Petunia se volvió a él con el dinero.

—Dos mil, eso es lo que me debe —gruñó a través de la caperuza —. Y no me muevo de aquí hasta que me las dé.

—Sí, tiene usted toda la razón —dijo Sir Edmund diplomáticamente, y agarró a su mujer de un brazo y la condujo hacia

la puerta. El resto de los distinguidos invitados siguió su ejemplo. Sólo uno se quedó.

—Y ahora, buena mujer, si nos excusa un momento... —le dijo a Petunia, y se llevó a Sir Cathcart aparte—. ¡Por el amor de Dios, déle el dinero! —dijo—. Es la única salida decente.

Veinte minutos más tarde, Sir Cathcart estaba hundido en una butaca de la biblioteca, mirando por la ventana el último coche que se alejaba de la casa. Ni siquiera le apetecía tomarse una copa. Lo habían desenmascarado.

# 34

El Consejo del Colegio se reunió en sesión plenaria dos semanas más tarde para escuchar el informe del Praelector y tomar una decisión. Había habido varias reuniones previas más informales, y bastantes discusiones acaloradas. Pero el Praelector allanó el camino con una minuciosidad tal que el Decano y el Tutor Mayor, por más furiosos que estuvieran, no tenían argumentos razonables que oponerle. El Praelector ya no confiaba en su indiscutida autoridad. Confiaba sólo en el poder, y para ello había empleado el instrumento más extraño e inconcebible: Purefoy Osbert.

—¡Esto es puro chantaje! —exclamó el Decano, lívido, cuando el Praelector le dijo que las sospechas del doctor Osbert eran un arma que estaba dispuesto a usar en caso de extrema necesidad.

—Llámelo como guste —replicó el Praelector—. Pero es la verdad, y la voy a utilizar si no me queda otro remedio.

—Acabaría con el Colegio, si lo hiciera. Acabaría destruyendo lo que dice que quiere salvar.

—Ya se lo he dicho: usted decide. Si se interpone en la elección de Hartang como Rector, Porterhouse será destruido de todas formas.

—¡Pero ese hombre es un criminal, un monstruo!

—No se lo niego. Pero, aparte de eso, es también inmensamente rico y vulnerable. Proporcionándole la protección de una fachada de respetabilidad, ganaremos mucho más que su gratitud. Le tendremos a nuestra merced.

El Decano dejó escapar una risita escéptica.

—Créame. A nuestra merced —continuó el Praelector—. Usted no ha visto la inefable oficina en que habita y que el pobre hombre considera el colmo del buen gusto: gran mesa de despacho con el tablero de cristal, enorme y sumamente incómodo sofá de cuero verde, sillas con respaldo de hierro, cuero negro por todas partes, ventanas de cristal blindado. Se le encogería el corazón si viera qué minimalismo más vulgar. ¡Y gracias a Dios que no colecciona cuadros!

—No veo qué tiene que ver todo eso con lo que estamos discutiendo —dijo el Decano—. Quiere meternos a ese gángster asesino en el Colegio, y a eso lo llama tenerlo a nuestra merced. ¡No está en su sano juicio, amigo mío!

El Praelector se limitó a sonreír.

—Carlos V, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico y rey de España, el hombre más poderoso de Europa en aquellos tiempos y, por lo tanto, con toda probabilidad, un sujeto bastante más desagradable que Edgar Hartang, se retiró a un monasterio los últimos

años de su vida. No le he sugerido esta comparación al futuro Rector, y dudo de que la entendiese, pero me complace pensar que podemos desempeñar un papel similar en la vida del señor Hartang. Un período de tranquila contemplación combinado con la satisfacción de saber que uno compensa un pasado violento contribuyendo al avance de la cultura del presente. Estoy convencido de que nuestro futuro Rector llegará a ver su vida entre nosotros a través de este mismo prisma. Después de todo, no tiene familia.

—¿Cómo lo sabe? Probablemente, ha sembrado el mundo de monstruitos como él.

—Es pederasta —dijo el Praelector sin inmutarse—. Lo sé porque el señor Schnabel ha mostrado un gran espíritu de cooperación. El bufete Schnabel, Feuchtwangler & Bolsover, los nuevos asesores legales del Colegio, ha sido de gran ayuda. Comparten mi preocupación por el futuro del señor Hartang. Creo que se ha hecho demasiados enemigos. Pero ya les conocerá usted cuando vengan a preparar los documentos. Todo ha de hacerse correctamente.

—Pero ¿qué van a decir Retter y Wyve? No se les puede echar a patadas así como así.

—Nadie los echa —dijo el Praelector—. Seguirán ocupándose de los asuntos locales del Colegio. Y, además, a partir de ahora cobrarán, lo cual será una experiencia insólita para ellos, en lo concerniente a Porterhouse, al menos. Supongo que no tiene idea de lo que les debemos, pero...

El Praelector engatusó al doctor Buscott con otras artes. En cuanto al profesor Pawley, le explicó:

—Este nombramiento asegura que Porterhouse estará en situación de hacer una muy generosa contribución a la financiación de proyectos de investigación científica en la Universidad para los cuales, por supuesto, su consejo será imprescindible...

Pero fue el Tutor Mayor quien le planteó mayores dificultades.

—¡Drogas! ¡Heroína, cocaína, de todo! ¿Pretende, nada más y nada menos, que un traficante en drogas sea el nuevo Rector de Porterhouse? ¡Claro que me opondré a su moción! —dijo—. Después de todo, siempre nos hemos enorgullecido por destacar en los deportes, especialmente en el remo. Sentaría un precedente muy peligroso. ¡No, me niego a formar parte de una conspiración tan vil! ¡Tendrá que pasar por encima de mi cadáver!

Por un segundo, el Praelector estuvo tentado de decirle que eso podía arreglarse fácilmente, pero se mordió la lengua.

—No habrá drogas en Porterhouse —dijo—. Por raro que le parezca, el señor Hartang comparte sus sentimientos plenamente. Es

cierto que en el pasado se vio involucrado en ciertos negocios relacionados con el tráfico de sustancias psicotrópicas, pero hace muchos años que se enmendó.

—Pues, según esas cintas, no. ¿Cómo cree, si no, que ha hecho tanto dinero? Uña y carne con la Mafia y los cárteles de Sudamérica. Manda matar a la gente, tiene asesinos a sueldo, comete continuamente los más monstruosos crímenes…

—Cierto, Tutor Mayor, muy cierto. Cualquiera que se le opone acaba muy mal. —Hizo una pausa para dejar que el Tutor Mayor captara la indirecta—. Sin embargo, ha aprendido de la historia que la respetabilidad tiene sus ventajas. Tomemos, por ejemplo, al padre del presidente Kennedy. Empezó como traficante de alcohol durante la ley seca; era un gángster de tres al cuarto que vendía matarratas, y, ciertamente, hizo asesinar a más de uno de sus competidores. Y fíjese, acabó de embajador en Londres durante la guerra.

—¡El cabrón decía que Hitler iba a ganar! —repuso el Tutor Mayor—. Y, en cualquier caso, tuvieron que revocar la ley seca porque no podían impedir que la gente bebiera y les estaban llenando los bolsillos a gángsteres como Al Capone o Joseph Kennedy.

—Exactamente lo que iba a decirle —dijo el Praelector—. ¿Cree en serio que las actuales autoridades americanas, si es que hay alguna autoridad allí, con su increíble déficit presupuestario, van a conseguir pararles los pies a los traficantes en drogas? ¿De veras lo cree?

El Tutor Mayor dijo que, sinceramente, esperaba que fuese así.

—Ya. Pero piense en las ventajas económicas que obtendrán los gobiernos cuando se legalicen las drogas —le dijo el Praelector—. Y los beneficios para la sociedad serán también enormes.

—¿Qué beneficios para la sociedad? No creo que el consumo masivo de cocaína pueda ser beneficioso para la sociedad, ni mucho menos.

—Hay uno que me parece evidente: la eliminación de las mafias que controlan el tráfico. Y, además, nunca he creído en la reglamentación de la sociedad por parte de una minoría que se atribuye a sí misma ser depositarla de la moral pública. Si la gente decide adoptar hábitos que pueden resultarle perjudiciales, está en su derecho. Todos los intentos de imponer la perfección moral conducen al fracaso. O a la guerra.

—Es usted un cínico —dijo el Tutor Mayor.

—Luché en una guerra, y aunque no puedo presumir de saber por qué, creo que sí sabía contra qué —dijo el Praelector—. Hasta hoy siempre me he encontrado, por nacimiento y circunstancias históricas imponderables, en el bando de los buenos. Un accidente como otro cualquiera, diría yo, pero que no me inclina particularmente al cinismo.

—Pues ahora no —dijo el Tutor Mayor—. Ahora está en el bando de los malos, y me opondré a sus pretensiones.

—Es usted muy dueño —dijo el Praelector—. Aunque le advierto que tal vez se arrepienta.

El Tutor Mayor tardó muy poco en arrepentirse. Dos días después recibió una carta en la que se le exigía el pago inmediato de bastante más de lo que había imaginado en concepto de las reparaciones y renovación del techo del cobertizo de los botes del Equipo de Remo de Porterhouse.

—Eso no tiene nada que ver conmigo —le dijo al Tesorero, al que por fin habían persuadido para que se reincorporase a sus funciones—. El Colegio mantiene el Equipo de Remo, no yo.

—Diría que, en el pasado... —empezó el Tesorero, pero el Praelector salió de la oficina de la Secretaria para echarle un cable.

—No ha ojeado últimamente las Ordenanzas del Colegio de 1851, ¿verdad?

—¿Las Ordenanzas de 1851? ¡Pues claro que no! Ni sabía que existieran —balbució el Tutor Mayor.

—Pues da la casualidad de que tengo aquí un ejemplar —dijo el Praelector, y le señaló una página con los párrafos numerados—. La cláusula 9 es la que se refiere a la responsabilidad de los Claustrales en lo concerniente a los gastos en que incurren sin la autorización del Comité Financiero del Consejo del Colegio. Un desgraciado desliz por su parte, sin duda, pero así son las cosas.

El Tutor Mayor leyó el párrafo en cuestión, y se quedó de una pieza.

—«En la contingencia de que un Claustral del Colegio, cualquiera que sea su rango, incurriese en gastos sin la autorización del Comité Financiero...» Pero ¿es que se ha vuelto loco? No puedo pagar cuarenta mil libras, y aunque pudiera, no lo haría. ¡En mi vida había oído hablar de este Comité de los coj... —la señora Morestead se unió entonces al grupo—... Financiero!

—Es un caso claro, ¿no le parece, Tesorero?

Éste asintió débilmente con la *cabeza*... Estaba demasiado asustado para hablar. Todavía se acordaba de las amenazas del Tutor Mayor de emprenderla a latigazos con él.

—Por supuesto, en tiempos pasados estas cuestiones han sido mera formalidad —continuó el Praelector—. Pero, dada la crisis económica a la que se enfrenta el Colegio, mucho me temo que será imprescindible obligar al cumplimiento de la cláusula 9. Nuestros acreedores insisten en que paguemos inmediatamente, y ya que usted es el responsable legal...

El Tutor Mayor se retiró a sus habitaciones a consultar por

teléfono con su abogado, quien le dijo que, por desgracia, poco se podía hacer en aquel caso.

Cuando el Consejo del Colegio se reunió en sesión plenaria, el Tutor Mayor había capitulado. Que Porterhouse estuviera en bancarrota era una cosa, pero que él tuviera que arruinarse por el Colegio era otra, y muy distinta. Hartang sería nombrado Rector.

# 35

Era media mañana, pero Purefoy e Ingrid seguían en la cama.

—Pierdes el tiempo aquí, Purefoy, cielo —dijo Ingrid—. No te vas a enterar de nada más, y, aunque te enterases, ¿de qué te serviría? Son todos tan viejos...

—Lo único que quiero es saber la verdad.

—La verdad. Así que quieres saber la verdad. Pues pierdes el tiempo. No te la van a decir nunca.

—Quizá no, pero también quiero saber el paradero de Skullion. No está en ninguno de los hospitales o asilos de por aquí, y aquella noche habló de una Quinta. Amenazó al Decano con que si le llevaban a la Quinta de Porterhouse, me contaría que fue él quien asesinó a Sir Godber. Y apenas tres días más tarde desaparece misteriosamente y nadie le ha visto desde entonces. Y luego eligen a un nuevo Rector que es más rico que Creso. Esto no puede ser mera coincidencia. Al menos, yo no lo creo.

Se levantaron y fueron a tomar un café a La Tetera de Cobre.

En la Sala del Consejo el Praelector volvió a dejar su estilográfica sobre la mesa. Tenía la intención de dimitir de su cargo. Había logrado su objetivo, pues el Consejo había aceptado el nombramiento de Hartang como nuevo Rector. Los demás Claustrales habían salido; sólo el Decano y el Tutor Mayor permanecían en la Sala, ambos de muy mal humor.

—Sobre su cabeza caerá la responsabilidad —dijo el Decano—. ¡Dios sabe qué clase de monstruo nos ha echado encima, pero tendremos que soportarlo lo mejor que podamos!

—Los hemos tenido peores. Y era esto o la ruina. En cualquier caso, no estaré aquí para verlo —dijo el Praelector—. Pienso dimitir.

—¡Ya era hora! —dijo el Tutor Mayor, con rencor.

—Tiene razón. He estado aquí demasiados años siendo una rémora. Ya es hora de que tomen el relevo Claustrales más jóvenes y de mayor talento.

—¿Y tiene la intención de quedarse en Cambridge, y quizá de venir a cenar de vez en cuando con nosotros en el Refectorio? —preguntó el Decano, con retintín.

—No. Siempre había pensado en retirarme a Chichester. Tengo una sobrina allí, y hay una casa de huéspedes muy agradable cerca. Pero creo que en la Quinta de Porterhouse también me sentiré a gusto. Me quedaré aquí hasta el final del trimestre, eso es todo.

Salieron fuera, a la radiante mañana de primavera, conscientes de

que una era había llegado a su fin. El Decano y el Tutor Mayor estaban pensando en sus respectivos futuros. No tenían el menor deseo de quedarse para presenciar impotentes el cambio radical que se avecinaba. En la oficina del Tesorero, Ross Skundler ya estaba instalando las pantallas y el material electrónico que, según él, era esencial. Su nombramiento había sido una de las condiciones impuestas por Schnabel.

—Le ha sido de gran valor en el pasado —le dijo a Hartang durante su última entrevista en el Transworld Televisión Centre—. Y no ha tenido nada que ver en todo esto. Olvide el pasado. Usted es ahora un hombre libre, y el Rector de Porterhouse, además.

—¿Libre? ¡Y una mierda, joder!

—Yo que usted no usaría esa clase de expresiones. Como respetable miembro de la élite de la sociedad, debe moderar su lenguaje.

—Todavía no estoy allí —dijo Hartang, pero mentalmente ya se había trasladado al Colegio. Había ido a Porterhouse con Schnabel y Bolsover, para conocer el lugar, y si bien su aspecto no le gustó nada, sabía que no había una alternativa más segura. De hecho, había ido dos veces, en ambas ocasiones sin peluca ni gafas y vestido con un traje muy discreto.

Pero antes había recibido la visita de cuatro personas, dos hombres y dos mujeres, que entregaron en recepción sus tarjetas de visita en sobres cerrados dirigidos a él. Se habían hecho acompañar por Schnabel, Feuchtwangler y Bolsover. Los abogados permanecieron mudos como tumbas durante toda la entrevista. Se olían que eran del servicio secreto.

—Sus consejeros legales están presentes, señor Hartang, para que no se sienta en absoluto presionado a responder a preguntas a las que no quiera contestar o que piense que podrían incriminarle —le explicó con mucha cortesía la mujer más mayor, que llevaba el pelo teñido de alheña—. Queremos que lo sepa.

Hartang no se hacía ilusiones. Era como si le dijeran que la inyección de gas letal no le iba a doler nada.

Una cosa estaba clara: no le dejarían salir de aquel atolladero hasta que les contase lo que querían oír. Schnabel y Feuchtwangler trataron de intervenir por puro formulismo, pero Hartang los mandó al cuerno. No tenían ni idea. No es que se lo dijera con esas palabras. Les dijo, simplemente, que no era necesario su presencia allí y que tenía que tratar de asuntos muy privados con aquellas personas, lo cual no constituía ningún problema. Cooperación a cambio de protección. Y cuando los abogados hubieran salido de la habitación, Hartang sólo pidió una cosa. Que cuando «ellos» tuviesen la información que habían ido a buscar, dijeran que la habían obtenido

gracias a la ayuda de las personas que él les diría. Todas ellas, aunque no lo dijo así, habían mostrado en el pasado intenciones tan violentamente hostiles hacia él que se había tenido que rodear de extraordinarias medidas de seguridad contra intrusos, etcétera. Si accedían a aquella insignificante petición, les daría hasta la última partícula de información que tuviese, aunque no de palabra. No pensaba declarar nada, pero podrían encontrar lo que habían ido a buscar en ficheros de ordenador protegidos de forma tan sofisticada con códigos de seguridad que ni siquiera los piratas más hábiles podrían violarlos. No les explicó todo, del mismo modo que tampoco pretendía darles hasta la última partícula de información que tenía. Eso vendría después, si «ellos» mantenían su parte del trato y le daban tiempo y oportunidad de cubrirse las espaldas. Tampoco dijo esto, pero no hacía falta que lo dijera. «Ellos» lo sabían, y si les daba los ficheros y lo que encontraban allí les proporcionaba arrestos y veredictos favorables, «ellos» no le causarían ningún problema. Le dijeron que comprendían sus condiciones y, después que Hartang les entregara los disquetes, que fue a buscar, a otro lugar del edificio, se marcharon.

Una semana más tarde, Schnabel le dijo que el Rectorado de Porterhouse era suyo si lo quería.

Durante su primera visita, los Claustrales le trataron con solemne cortesía y le enseñaron el Colegio. Le tranquilizaron bastante los pinchos de hierro retorcido en lo alto de los muros y los barrotes de las ventanas, que servían, según le explicaron, para impedir el paso a los intrusos. Pero no le gustó tanto la Cripta que había bajo la Capilla.

—Aquí es donde están enterrados los Rectores —le había dicho el Decano mientras bajaban las escaleras. Hartang recorrió las hileras de sarcófagos con una mirada llena de aprensión. Esperaba encontrar mausoleos de verdad, de mármol y con angelotes, y no aquel montón de cajones de madera apolillados, puestos un poco al buen tuntún unos encima de otros. Si bien la Cripta carecía de orden y concierto, y la Capilla no se podía visitar por los andamios y las cubiertas de plástico de la restauración, había algo en la atmósfera de Porterhouse que coincidía con la seguridad que le había dado Schnabel de que como Rector de aquel Colegio podría cortar todos las ligaduras con su pasado.

Ni siquiera Hartang podía ver a Mosie Diabentos o a Dos Passos enviándoles a los independientes para que le volaran la cabeza en uno de aquellos vetustos claustros medievales. Era como pegarle un tiro al arzobispo de Canterbury en mitad de la Abadía de Westminster. Sólo hubo un pequeño momento de confusión cuando el Maestresala le enseñó la Sala de Claustrales.

—Aquí es donde los dons toman el café después de la cena —le dijo.

—¡Dons! —murmuró Hartang con la garganta seca del susto al oído de Schnabel—. No me habían dicho que habría dons aquí. ¿Quiénes son esos dons de los cojones? —dijo, viéndose ya rodeado de mañosos.

—No, no se trata de esa clase de don. En Cambridge se llama así a los Claustrales de los Colegios, como el Decano y los demás.

—¿Y yo soy el don principal?

—Usted es el Rector. Ni siquiera le llamarán señor Hartang. Siempre se dirigirán a usted utilizando el título de Rector. Es un gran honor.

—Un honor que me cuesta quinientos millones, Schnabel.

—Hágase a la idea de que los ha invertido en un fondo de pensiones. Y le sale barato, Rector, lo mire por donde lo mire.

Hartang lo miró desde todos los ángulos posibles, pero ya habían decidido por él. Todavía tenía la Transworld, y nunca sería pobre. A pesar de ello, mientras esperaba en su poco acogedora oficina a que fueran a buscarle, recordó los días en que podía telefonear a alguien en la otra punta del mundo a las tantas de la madrugada sabiendo que aquella persona escucharía muy atentamente lo que quisiera decirle, y que su miedo era garantía para Hartang de que aún tenía poder. Eso había pasado a la historia. «Ellos», aquel ubicuo «ellos», cogerían el teléfono e, incluso con el scrambler conectado, oirían cada palabra que dijese y estudiarían con lupa hasta la más trivial de sus frases. Lo sabía, al igual que sabía que sus varios alias estaban siendo denunciados en salas de interrogatorios de Roma y Palermo, de Nueva York y Los Ángeles, y a lo largo y lo ancho de Sudamérica, por hombres que querían hundirle del mismo modo que él los había hundido. No podrían, claro, porque los disquetes habían sido encontrados en un jardín en Colombia, y la muerte de Dos Passos salió en primera plana en todos los periódicos y en televisión. Dijeron que murió en un accidente de circulación tras pasar una semana siendo interrogado en las dependencias policiales. ¿Así que camino de vuelta a casa, tras un corto interrogatorio en Bogotá, Dos Passos murió en un accidente? ¿Y los disquetes, con toda la información, estaban en su jardín? No se puede confiar en nadie hoy día. En nadie.

Había otra cosa que le obsesionaba. Quienquiera que hubiera puesto aquel asunto en marcha sabía muy bien lo que se hacía. No había nada accidental en ello. Vieron venir a Kannabis y lo utilizaron porque era un cretino y porque sabían que por medio de aquel colaborador suyo podrían llegar hasta él. No le cabía la menor duda. Y le habían escogido porque les solucionaba varias papeletas a la vez:

sabía las fuentes, las cantidades y adonde iba el dinero después, lo cual nadie más, absolutamente nadie más, sabía. ¿Y por qué? Porque la información, toda la información, estaba en su cabeza, desglosada en millones de pequeñas piezas inconexas que ningún ordenador, ni siquiera el más avanzado y sofisticado, podría ensamblar. Porque no reconocería ningún sistema. O incluso si encontraba un sistema —era posible, teóricamente—, ese sistema no tendría el menor sentido ni se podría reconocer como diferente de los otros sistemas que lo acompañaban. Porque era sólo en la memoria múltiple de su propia mente privilegiada donde se encontraba la respuesta. Y cuando él muriese, o cogiera el Alzheimer, o lo que fuera, aquella información se perdería para siempre con él. Era una idea que le dio un día, en un cementerio de automóviles de las afueras de Scranton, un tipo chiflado que quería saber el significado de la vida. Le dijo: «El significado de la vida tiene que estar aquí», y agarró al azar un tapacubos abollado, y se echó a reír. «Podría ser esto. ¿No?» Y Hartang le dijo que sí, que el significado de la vida podía ser el tapacubos abollado de un viejo Hudson Terraplane que ya ni se fabricaba. Sí, aquel viejo loco le había enseñado a esconder lo que era necesario ocultar en la confusión de una locura calculada.

Así que «ellos» habían escogido al hombre adecuado, y se lo habían «llevado», y él, a cambio, les había dado bastante sin darles demasiado Pero, ¿quiénes eran «ellos»? ¿Quién le había tendido aquella trampa? Debía de haber sido un organismo del Gobierno. No podía ser de otro modo. No le habrían tratado con tanta cortesía, si no. Pero sabía que eran peligrosamente amenazadores, a pesar de su amabilidad. Tampoco había por qué reconcomerse de rabia. Ya no tenía remedio.

Edgar Hartang puso en marcha el cassete y reanudó su lección de elocución. Tenía que acordarse de hablar como Dios manda. No podía decir «joder» y «mierda».

# 36

Skullion estaba sentado en la terraza, mirando amargamente a través de los arbolitos raquíticos del jardín el mar a lo lejos, más allá de las marismas cenagosas, cuando la señora Morphy dejó pasar a Purefoy y a Madame Ma'Ndangas.

—La verdad sea dicha, el señor S es de los más difíciles —les dijo —. Los otros, el doctor V y el señor L, bueno, tienen sus cositas, pero, en fin, a su edad ya se sabe, pero vamos, yo no diría que sean cascarrabias. Un poco sucios y eso, ya me entienden, pero como le digo yo a Alf... Alf es mi marido, cuando llega uno a esa edad... que él no va a llegar, con lo que bebe y lo que fuma, que yo le digo, ya verás, vas a acabar igual que los abuelos, y sólo le pido a Dios que alguien esté a mi lado para ayudarme a limpiarte el culo. Ni se imaginan el dineral que se va nada más que en lavandería. Claro que tenemos una máquina industrial, pero aun así...

—Cuando dice usted que es un cascarrabias... —dijo Purefoy, para cambiar de conversación.

—Ya lo verán ustedes mismos —dijo la señora Morphy—. Es un grosero, pero también es verdad que acaba de llegar, como quien dice, y todavía no se ha acostumbrado. Pero ya se acostumbrará. Todos se acaban acostumbrando. Aquí no nos andamos con cumplidos, nunca lo hemos hecho y no vamos a empezar ahora, pero una cosa es una cosa y otra cosa es otra cosa. Y es que en cuanto el señor S abre la boca, suelta sapos y culebras. ¡Qué cruz son los abuelos de los demonios, y qué paciencia hay que tener con ellos...!

Se paró frente a las puertas encristaladas que daban a la terraza y dijo:

—Si no les importa, no les acompañaré, porque, como les digo, me acaba de decir hace un momento que me vaya a... Bueno, ya me entienden...

La mujer se fue arrastrando los pies de vuelta a la cocina y les dejó en lo que era, evidentemente, una sala de estar. En el cuarto contiguo estaba encendida la televisión. Purefoy y Madame Ma'Ndangas miraron la oscura figura con sombrero hongo encorvada en su silla de ruedas que estaba en la terraza. Aquello no era la Quinta que se habían imaginado, sino una solitaria casa de ladrillo rojo sobre un pequeño promontorio, con una carcomida verja de madera que la separaba de los hierbajos y las dunas de arena que había al otro lado. No tenía nada de acogedor. Purefoy había tenido que conducir arriba y abajo por la carretera principal varias veces hasta que se pararon en una gasolinera a preguntar.

—Hay una casa que se llama La Quinta —les dijo la dependienta —. De Porterhouse no sé nada. Es un asilo de ancianos, en Fish Lane, ya saben, un geriátrico de esos. No iría allí ni muerta.

Y ahora, en aquella salita atestada de muebles renegridos y oscurecida aún más por el techo de la terraza, comprendieron su reticencia a acabar allí. Purefoy abrió la puerta, y Skullion expresó libremente sus sentimientos acerca del ama de llaves.

—¿Qué es lo que quiere ahora, vieja perra? —preguntó, sin volver la cabeza—. ¿Ha venido a ver si ya me he muerto? Pues no me he muerto, así que ya se puede ir a tomar por el saco.

Purefoy tosió diplomáticamente.

—Perdone, pero no soy la vieja perra —dijo, y se acercó para que Skullion pudiera verle—. Mi nombre es Osbert, y vengo de Porterhouse...

Bajo el ala de su sombrero hongo, Skullion le estudió con unos ojos que refulgían de odio y desprecio. Por un instante, Purefoy casi se echó atrás instintivamente ante tan abierta hostilidad, pero aguantó a pie firme. Luego, para su sorpresa, Skullion le sonrió.

—¿El doctor Osbert? Así que usted es el famoso doctor Osbert. Vaya, vaya. Y ha venido de Porterhouse. Sorpresas te da la vida. —Se calló y gruñó para su caletre, posiblemente de contento—. Tenía muchas ganas de conocerle. Ya lo creo que sí. Coja una silla y siéntese, que si no me voy a partir el cuello de mirar tanto para arriba.

Purefoy cogió una silla de madera y se sentó junto al anciano. Tras ellos, Madame Ma'Ndangas estaba inmóvil, escuchando.

—Y dígale a su amiga que se siente también —dijo; ya no cabía duda de que le divertía la situación—. ¿Quiere saber cómo sé que está ahí detrás? —continuó, sin esperar respuesta—: Pues porque esa vieja cerda, el ama de llaves, apesta, y cuando digo que apesta es que apesta, y la que está ahí detrás se lava. Es una diferencia agradable. ¿Es su secretaria?

—Pues... no exactamente; pero bueno, hemos venido a hablar con usted.

—Yo diría que sí —dijo Skullion—. Ya lo creo que sí.

Miró por entre los calvos macizos de flores y los amputados rosales aquellas monótonas marismas embarradas, atravesadas apenas por algún sutil hilito de agua plateada. Había marea baja, y sólo unas pocas gaviotas picoteaban entre el lodazal. Era un paisaje deprimente.

—Y a esto lo llaman la Quinta. Un nombre gracioso para un pudridero, ¿no le parece? Pero los Claustrales siempre han tenido un sentido del humor muy suyo. O eso, o es que intentan engañarle a uno para que venga aquí por propia voluntad y sin armar gresca. Usted es profesor, ¿no?

—Lo era, pero ahora ya no sé lo que soy.

—Lo mismo me ocurre a mí —dijo Skullion—. No, usted ya no es profesor. Es el sabueso a sueldo de Lady Mary enviado a descubrir quién mató a Sir Godber. Pues ahora ya lo sabe.

Purefoy no dijo nada. Estaba esperando a que Skullion le dijera lo que quería oír.

—¿Quiere que le diga por qué lo sabe? De todas formas se lo voy a decir. Pues porque usted estaba escondido en el Laberinto la noche que cogí una melopea de cerveza y amenacé al Decano con lo que haría si me mandaban aquí, y lo oyó todo. —Soltó una risita cascada—. Prácticamente podía oír cómo escuchaba. ¿Lo sabía? —Se calló de nuevo—. Y le podía oír porque casi no se le oía respirar. Y si no me entiende, espabile.

Purefoy lo intentó. Le había asustado aquel anciano que iba en silla de ruedas y había admitido el asesinato de Sir Godber sin el menor remordimiento, y ahora volvía a sentir aquel temor, pero por otros motivos. Debajo de aquel ridículo sombrero hongo había una mente despierta y en funcionamiento. Una vieja mente, despierta gracias a muchos años de escuchar y esperar a ver por dónde iban los tiros, y que, de repente, hacía lo que menos se hubiera podido esperar de ella. Como decirle a Purefoy que había sabido desde un principio que estaba escondido en el Laberinto aquella noche.

—Así que ahora quiere que se lo cuente todo —continuó Skullion—. Pues se lo voy a contar. Le voy a contar todo lo que sé. Todo… Pero no a cambio de nada. Y no estoy hablando de dinero. Tengo lo que se llama un pequeño capitalito en mi cuenta corriente. Me refiero a otra cosa.

—¿Sí? —dijo Purefoy—. ¿Qué quiere?

Skullion le miró de soslayo.

—Quiero que me saquen de aquí. Eso es lo que quiero. Largarme de aquí. Y no lo puedo hacer yo solo. Lo único que podría hacer sería bajar poquito a poco con mi silla hasta donde cubre la marea, donde las arenas movedizas, pero no pienso hacerlo a no ser que no me quede otro remedio. No. Vuelvan con una furgoneta en la que quepa con la silla, y algo de cuerda y una linterna. Estaré preparado esta noche, a la una en punto. Me recogerán en la puerta y nos iremos adonde ya les diré, y entonces les contaré todo lo que sé. Ésas son mis condiciones.

—Sí, creo que se podría hacer —dijo Purefoy, dudando un poco—. Pero el portón está cerrado. Hay una cadena con candado. Aquella mujer lo abrió para dejarnos pasar.

—Y yo tendré la llave —dijo Skullion—. Y aunque no la tuviera, la verja está tan podrida que se puede echar abajo fácilmente de una patada. Ésas son mis condiciones: las toma o las deja. Una furgoneta bastante grande para que entre la silla, y que no se le olvide la cuerda.

Eso es todo. A la una en punto.

Regresaron al camino, se metieron en el coche y volvieron por Fish Lane a la carretera general.

—Me pregunto qué estará tramando —dijo Purefoy—. ¿Has conocido a alguien como él antes?

—Sea lo que fuere lo que tenga en la cabeza, te lo va a decir en cuanto le saques de ese agujero. ¡Qué sitio más inhóspito! ¡Y qué mujer más horrenda!

—¿Crees de verdad que deberíamos hacer lo que nos pide? ¿Y si alguien resulta herido... o algo peor?

—Purefoy, tu problema es que piensas demasiado. Haz algo, para variar.

Alquilaron una furgoneta en Hunstanton y compraron algunos metros de cuerda de nilón. Luego pasaron el resto de la mañana paseando por la playa y sentados en un café, pensando en lo que Skullion les diría. Y en el caso de Purefoy, preocupado. Nunca había hecho una cosa así en su vida.

A las once dejaron el Renault en una calleja y volvieron en la furgoneta por la carretera de la costa hacia Burnt Overy y las marismas, aparcaron en un camino y esperaron. A la una menos diez estaban con la furgoneta delante del portón con los faros apagados. Por encima de la verja de maderaje veía la silueta de la casa. Una luz en una ventana en una esquina del edificio estaba todavía encendida, pero luego se apagó.

Purefoy salió de la furgoneta e intentó abrir el portón. Estaba cerrado.

—Espero, por nuestro bien, que tenga la llave —dijo—. No me apetece nada tener que echarlo abajo a patadas. Haría un ruido espantoso.

Del mar les llegaba el eco del chapoteo de las olas que rompían contra la marisma. La marea había subido y el viento soplaba con fuerza; a lo lejos se distinguían las luces de un barco que venía del Continente.

Purefoy se estremeció y volvió a la furgoneta para asegurarse de que las puertas traseras estuvieran abiertas, de manera que pudieran meter a Skullion con su silla lo más rápidamente posible. No quería quedarse allí mucho tiempo. Tenía la sensación de que estaban haciendo algo ilegal, como secuestrar a alguien, y si la policía se enteraba, iba a ser muy difícil de explicar. Madame Ma'Ndangas no tenía estas reservas. Se lo estaba pasando como nunca. Skullion la había impresionado. Incluso paralizado en aquella silla de ruedas se veía que era un hombre como Dios manda, aunque, evidentemente, de muy mal carácter.

A la una en punto oyeron el chirrido de la silla de ruedas y vieron una silueta oscura que iba lentamente hacia ellos por el camino asfaltado.

—¿Cómo se abre el portón, hacia fuera o hacia dentro? —preguntó Skullion.

—Hacia dentro, creo. Sí, hacia dentro —respondió Purefoy.

—Bueno, pues aquí está la llave. Es esta pequeña. Abra mientras yo me echo un poco para atrás. —Le entregó el manojo de llaves y Purefoy buscó el candado a la luz de la linterna. Cuando abrieron la cadena y el portón, Skullion pasó—. Y ahora vuelva a cerrarlo y pase la cadena. Déme la llave. Así aprenderán lo que es estar encerrado cuando uno quiere salir.

—Pensaba que lo que quería era dificultar que salieran en su busca —dijo Madame Ma'Ndangas, y Skullion se rió por lo bajini.

—No van a salir a buscarme, guapa. No moverían ni un dedo por mí a no ser que fuera el único desgraciado que quedase vivo en esa cárcel y sus empleos dependieran de ello. Se alegrarán de perderme de vista. Y lo mismo digo. Hasta tienen un candado en el teléfono, para que no podamos usarlo. Tengo la llave, y la de la bodega, y la de la alacena de la cocina. De puño en rostro son.

Pero bueno, vamos a lo nuestro. Ahora viene lo más difícil, subirme a la furgoneta con silla y todo. Mejor será que suban la silla primero. Yo me apoyaré donde pueda.

Se levantó de la silla y se quedó apoyado contra un costado de la furgoneta. Para cuando Purefoy y Madame Ma'Ndangas hubieron subido la silla y la tuvieron asegurada con las cuerdas al asiento del pasajero, Skullion se las había arreglado para ir hasta la parte trasera, y los miraba maniobrar en silencio.

—Y ahora denme el cabo de la cuerda, para que me agarre. Tiren con fuerza y subiré. Todavía tengo los brazos fuertes. Por lo menos uno. Tenga, ponga el sombrero donde no estorbe.

Fue una tarea difícil subirle, pero por fin lo consiguieron. Y luego, con Skullion ya sentado en la silla de ruedas, resollando pesadamente por el esfuerzo, arrancaron la furgoneta y enfilaron Fish Lane.

—¿Adonde quiere ir, señor Skullion? —preguntó Madame Ma'Ndangas.

—A casa —dijo Skullion.

- *¿A* Porterhouse, quiere decir?

—¡No, no, qué va! Todavía no, por lo menos. Sigan adelante, hasta Cambridge, y ya se lo indicaré. Cojan la carretera de Swaffham. No habrá mucho tráfico a estas horas de la noche.

# 37

Purefoy y Madame Ma'Ndangas se levantaron tarde a la mañana siguiente. Llegaron a Cambridge pasadas las tres y dejaron a Skullion en una callejuela cerca de Newmarket Road, en casa de una pareja ya mayor que se había tomado aquella sorprendente visita en mitad de la noche con bastante calma, como si fuera lo más natural del mundo.

—Viejos amigos —fue todo lo que les dijo Skullion acerca de ellos—. Vengan aquí cuando gusten, y les contaré todo lo que quieran saber. No me encontrarán aquí si ustedes no dicen nada. Y no creo que lo hagan.

Allí lo habían dejado, y Purefoy aparcó la furgoneta al otro lado del río antes de volver caminando con paso cansino hasta Porterhouse.

Y ahora, a la mañana siguiente, todo el episodio tenía un aire de irrealidad, al menos para Purefoy. Para Madame Ma'Ndangas ayudar a un anciano en silla de ruedas a escapar de un asilo en mitad de la noche era la cosa más normal del mundo.

—Ese sitio me ponía los pelos de punta, y estoy segura de que la señora Morphy defiende la eutanasia involuntaria. Me gusta el señor Skullion. Es diferente.

Purefoy no podía estar más de acuerdo. Skullion era diferente, pero aún no estaba seguro de que le gustara. Había algo duro en él que le alarmaba, y nunca olvidaría el rencor implacable en su voz cuando había amenazado al Decano.

—Eso es porque has tenido una vida muy protegida, Purefoy —le dijo Madame Ma'Ndangas—. ¿Cuándo vamos a devolver la furgoneta? Hoy no, por favor. Estoy hecha polvo y, además, supongo que querrás saber antes lo que tiene que decirte.

Salieron a comer fuera y a las cuatro, finalmente se encaminaron hacia la casa de Onion Alley, cerca de Newmarket Road. Una mujercita regordeta les dejó pasar.

—Está en la habitación de la planta baja, para que no tenga que subir escaleras, y, además, nosotros no la usamos nunca —dijo—. Sólo en ocasiones especiales. Así que lo hemos instalado allí. No se ha levantado todavía. Voy un momento a ver si está visible. Ah, soy la señora Rawston, por cierto. Charlie, mi marido, fue a la escuela con el señor Skullion.

Encontraron a Skullion incorporado en la cama. Había puesto el sombrero hongo sobre la mesilla de noche.

—Me preguntaba cuándo vendrían. Temía que les hubiera entrado canguelo.

—No hay por qué faltar —dijo la señora Rawston.

—No es faltar —dijo Skullion—. El Decano ya sabrá a estas alturas que me he escapado de la Quinta, y usted le dio su nombre a aquella zorra, ¿verdad? Así que se habrán hecho una idea.

—Nadie me ha dicho nada —dijo Purefoy—. Pero es verdad, esa horrible mujer sabe mi nombre.

—Mientras usted no les diga que estoy aquí... Si le preguntan, siempre puede decirles que le mandé a freír espárragos. Estarán un buen rato dando vueltas por el barro. Así aprenderán. Y así aprenderán en el Colegio a preocuparse por su Rector. Bueno, señora Rawston, no hace falta que se quede, a menos que quiera oír un montón de batallitas del año de la nana.

—Les prepararé té —dijo la señora Rawston, y salió del cuarto.

—Enseguida llegaremos a por qué me cargué a Sir Godber Evans —continuó Skullion—. Pero primero les voy a contar cómo son esos tipos, y por qué estoy aquí en vez de en el lugar adonde ese general, Sir Cathcart D'Eath, me prometió que iría si mantenía la boca cerrada, el castillo de Coft, que no es un castillo, sino una finca donde cría caballos de carreras.

Mientras escuchaban aquella historia, la señora Rawston les entró el té y unas pastas, y volvió a dejarlos a solas.

—¿Sabe taquigrafía? —le preguntó Skullion a Madame Ma'Ndangas, que le respondió que no, pero que escribía muy deprisa —. Bueno, pues será mejor que usemos una grabadora, y yo hablaré despacito para que se me entienda todo, porque tengo un montón de cosas que contarle, si es que le interesa escucharlas. Es la historia del Colegio desde un punto de vista completamente distinto del habitual. Es decir, como es, o como era, mejor dicho, y sin adornos para que haga bonito. Cuarenta y cinco años estuve en la Portería, y lo que los porteros y demás criados del Colegio no sepan, no merece la pena saberse. Más que el Decano, más que el Praelector, más que nadie. Y se lo voy a decir, si lo quiere oír.

—¡Claro que quiero! —dijo Purefoy—. No creo que nadie haya escrito una crónica de Porterhouse desde ese ángulo.

—Pues claro que no. Ni quieren. Ni el Decano ni los otros habrían dejado que se escribiera, si alguien lo hubiera intentado. Y tampoco le dejarán a usted, o, por lo menos, no le dejarán publicarla. Pero escríbala de todas formas, para que quede constancia. Pero tenga cuidado y no deje el tocho en sus habitaciones. El Decano y el Tutor Mayor registraron sus cosas un día que estaba fuera.

—¿Qué? —dijo Purefoy, mudo de rabia—. ¿Que registraron mis cosas, mis apuntes, todo...? ¿Está seguro?

—Más que seguro —dijo Skullion—. Lo vi desde mi ventana en el dormitorio de la Residencia del Rector. Les vi salir corriendo hacia la oficina de la Secretaria. ¿Y sabe para qué?

—¡Diga, diga!

—Pues porque hay una máquina fotocopiadora allí. Y luego el Decano volvió a subir a sus habitaciones muy contento. —Skullion se echó a reír—. A lo mejor se me escapa alguna cosa, pero no creo que muchas, y lo que no veo u oigo yo, los otros me lo cuentan. Pero esto no tiene por qué oírlo nadie más, ¿estamos?

—Estamos —dijo Purefoy, todavía echando humo de rabia—. Pero, de todas formas, no tenían derecho a...

—¡Venga, hombre! ¿El derecho? Esto no tiene nada que ver con el derecho. Aparece usted un buen día en el Colegio como titular de la beca de investigación Sir Godber Evans, nombrado deprisa y corriendo, porque el Tutor Mayor me hizo firmar el nombramiento y sin que nadie supiera quién era usted ni la persona que había puesto el dinero, así que no las tenían todas consigo. En estas circunstancias, ¿creía que no tratarían de enterarse? ¿Había algo en sus papeles que dijera que Lady Mary estaba detrás del asunto?

—No, no creo.

—Pues debieron de encontrar algo, porque el Decano salió pitando con su coche hacia el castillo de Coft a ver a Sir Cathcart aquella misma tarde, y no precisamente para echar una parrafada. Ahora eso ya no tiene importancia. Pero no deje lo que yo le diga por ahí. Póngalo en lugar seguro fuera del Colegio.

Se terminó su té y le pasó la taza a Madame Ma'Ndangas.

—Y mejor que no la vean a usted danzando por ahí —le dijo—. Mejor sería que se buscase un pisito. La señora de Charlie le recomendará uno. Al Decano y al Tutor Mayor no les gusta ver mujeres en el Colegio.

—¡Me importa un pito lo que les guste o no! Estoy en mi derecho de...

—¿Ya estamos otra vez con el derecho? Usted siga así, y verá como se sacan de la manga alguna Ordenanza de Colegio del año de maricastaña, y lo meten en un buen lío. Créame. Cuando acabemos con esto, será otra cosa. Pero, de momento, no se meta en líos. Que piensen lo que quieran, que no podrán hacer nada. Y no quiero que me encuentren y traten de callarme la boca.

—Si usted lo dice, señor Skullion, si usted lo dice...

—Es sólo una precaución —dijo Skullion, satisfecho por aquel «señor»—. Supongo que querrán ustedes devolver la furgoneta y recoger su coche, así que no podemos estarnos aquí toda la noche. Pregúntele a la señora de Charlie lo del apartamento, y ya nos veremos mañana. A cualquier hora, pero tempranito.

Era ya medianoche cuando volvieron a Cambridge. Se deslizaron de puntillas dentro de las habitaciones de Purefoy.

—La última vez —dijo Madame Ma'Ndangas—. Ya me mudaré

mañana.

Aquella noche la cena en el Refectorio se había desarrollado en medio de un ambiente sombrío. Cualquier alusión a la Quinta de Porterhouse era siempre evitada cuidadosamente, por considerarse un tema de conversación morboso y poco apropiado para levantar el ánimo. Pero, dadas las circunstancias, resultó imposible soslayarlo.

—Así que el doctor Osbert fue a verle con una mujer, ¿eh? ¿Cómo demonios descubrieron que estaba allí? —quiso saber el Tutor Mayor.

—Parece que nuestro joven colega es más ingenioso de lo que su aspecto y maneras nos habían hecho suponer —dijo el Decano—. Una persona que dijo ser del hospital llamó para decir que tenían que llevar sangre a la Quinta para una transfusión. A Skullion se le había reventado una úlcera, o tenía algún problema parecido, y estaba muy grave, así que necesitaban la dirección. Y Walter se la dio. Y ahora Skullion ha desaparecido y la policía me dice que el portón estaba cerrado con candado y no encontraron las llaves por ninguna parte.

—Mal asunto, muy malo. ¿Y no podría, por casualidad, haberse suicidado?

—Es improbable que un hombre en su condición, y en silla de ruedas, pudiera llegar muy lejos sin que lo notasen. No, sigo creyendo que el doctor Osbert le ayudó a salir de allí.

—Pero ¿para qué, por el amor de Dios? Nunca hubiera pensado que tuvieran nada en común. Es justo la clase de joven que él detesta.

El Decano se guardó sus pensamientos y lanzó una mirada de inteligencia al Praelector, pero éste tenía otras preocupaciones más acuciantes. Se acercaban las Enculadas, y después el Baile de Mayo, y, por primera vez en muchos años, Porterhouse iba a tener su propio Baile. Para entonces Hartang ya estaría instalado en la Residencia del Rector (excepcionalmente, se había pospuesto la Ceremonia de Investidura del nuevo Rector hasta el siguiente trimestre, en caso de que hubiese que hacer «arreglos» de última hora), y el Praelector había pasado parte de la tarde con tres personas llegadas de Londres y que se habían identificado como pertenecientes a Aduanas, pero cuyas preguntas sobre el Colegio y, en particular, su minuciosa inspección de la Residencia parecían más relacionados con cuestiones de seguridad. La mujer era la que más le había impresionado. Una cuarentona con todo el aspecto de un ama de casa corriente de vuelta del supermercado (de hecho, llevaba una bolsa de la compra) o de la biblioteca municipal, de sacar en préstamo otra novela rosa. Llevaba el pelo escarolado y teñido de alheña, era bajita y entrada en carnes, y, a primera vista, parecía felizmente despistada. Pero cuando se marcharon, aquella primera impresión había sido sustituida por otra muy distinta. Aquella imagen de despiste estaba ahora repintada con

pinceladas de sagaz interrogatorio y coloreada con la autoridad que evidentemente poseía. El Praelector no quería ni pensar qué podría haber en aquella bolsa de la compra. Parecía particularmente interesada en el Baile de Mayo.

—Cualquiera que pague su entrada tiene derecho a participar —dijo el Praelector, a lo que contestaron enseguida que aquel año habría ciertas medidas, que no especificaron, para mantener a los indeseables fuera del recinto del Colegio.

—No queremos que se agüe la fiesta —dijo la mujer—. Creo que puede dejar los detalles sobre la contratación de personal en nuestras manos tranquilamente. Tenemos ciertos proveedores de toda confianza, y así les ahorraremos trabajo a los responsables del Colegio. Y ahora veamos la Residencia del Rector.

El Praelector los acompañó hasta la puerta y se marchó.

—Estaré en mis habitaciones, si me necesitan para algo —les dijo.

Habían pasado varias horas metidos allí, y habían salido, al parecer, bastante satisfechos.

—¡Qué casa tan agradable! ¡Si hasta tiene ascensor! Muy conveniente. Por supuesto, necesita que se le cambie la instalación eléctrica, y añadir unos cuantos detallitos. En un par de días les mandaremos unos electricistas. No hace falta que el Colegio se preocupe por esas minucias. Los técnicos entrarán por la puerta principal del edificio, y mi colega, Bill, estará con ellos todo el tiempo. Él sabe de estas cosas.

Bill era el más alto de los dos hombres, y tenía toda la pinta de saber mucho de todo.

—Y ahora, si pudiéramos hablar un momento con los porteros...

El Praelector los acompañó a la Portería y volvió a sus habitaciones, consciente, a su pesar, de que había conocido a tres personas con las que no había que bromear. Iba a ser un Baile de Mayo muy particular. Y cuando aquella noche pasó por los casilleros, a ver si había cartas para él, Walter estaba de un humor inusualmente serio.

—¡Malditos polis! —exclamó con una franqueza poco habitual en él cuando el Praelector le preguntó si los visitantes se habían quedado mucho rato—. ¡Decirme a mí cómo tengo que hacer mi trabajo! Dicen que van a poner a un tipo aquí con Henry y conmigo para el Baile de Mayo. ¿Para qué, digo yo?

—Supongo que intentan prevenir la entrada de carteristas y maleantes en el Colegio —dijo el Praelector diplomáticamente—. Estoy seguro de que procurarán no causarle molestias.

—Por su bien, espero que sea así. Bastantes cosas tengo ya en que pensar para que me llenen el Colegio de polis. Se les nota a la legua, vaya que sí, escrito lo llevan en la cara. Más pesados que el plomo.

Sir Cathcart hubiera encontrado el comentario muy a propósito. Sus sentimientos hacia la policía eran aún más negativos. Aquella misma mañana se habían presentado en su casa dos policías de uniforme y uno de paisano en un coche patrulla, sin previo aviso, y no le habían gustado sus modales en absoluto. Le habían dicho que se había recibido una queja de una tal señora Ransby, y que tenían razones para creer que él podría ayudarles.

Sir Cathcart había tratado de tomarse la cosa a broma.

—No deben creer todo lo que leen en los periódicos. Una completa tergiversación de los hechos. En realidad, esa señora intentaba hacerme chantaje.

—¡Vaya! ¡No me diga! ¿Chantajearle a usted? *¿Y* cómo iba a hacerlo? —le preguntó el sargento con un tono de voz que el general nunca había oído antes en un agente. El policía de paisano no decía nada. Se limitaba a mirar los muebles del vestíbulo como si no le interesase nada de todo aquello. Había algo en él que fastidiaba, sin motivo aparente, al general, que ya se había tomado sus dos buenas copas de coñac con el desayuno.

—Así que la señora Ransby trató de hacerle chantaje y usted no se sintió inclinado a pagarle. Muy natural, señor. *¿Y* puede saberse cuál fue su reacción ante su petición de, presumiblemente, una elevada suma de dinero?

—La mandé a tomar por el culo —dijo el general—. Y, francamente, les agradecería que se marchasen a algún sitio donde puedan ser de mayor utilidad. Si tienen necesidad de volver a hablar conmigo, pueden pedir cita a mi secretaria. En estos momentos estoy sumamente ocupado y...

El de paisano se presentó.

—Mi nombre es Dickerson, detective inspector Dickerson, y tengo una orden judicial para registrar una casa en Botanic Lane...

Las cosas fueron de mal en peor a partir de entonces. Sir Cathcart reaccionó con intemperancia, el policía le preguntó si quería hablar con su abogado para que estuviera presente cuando registrasen la casa, Sir Cathcart dijo que ni hablar de eso, y luego cambió de opinión y probó otra táctica. Pero tampoco le funcionó.

—El comisario jefe está hoy en Londres, señor. Pero, si quiere, puede hablar con su ayudante...

Sir Cathcart no quería, y tuvo que sufrir la ignominia de que se lo llevaran en el coche de la policía hasta Botanic Lane porque, como dijo el sargento, sería el colmo que además le detuvieran por exceso de velocidad.

Todo tenía muy mala pinta. Los arquitectos de la planta baja observaron con interés la llegada del aristócrata y su comitiva policial,

y, para mayor oprobio, cuando subieron a lo que el general había bautizado alegremente en el pasado como su «nidito de amor», encontraron el piso en un estado lamentable. Por todas partes se veía la evidencia de la lucha beoda de Petunia con su traje de buzo, y la botella de coñac estaba todavía volcada en el suelo del dormitorio. En el cuarto de baño las cosas estaban aún peor: las consecuencias del coñac se hallaban esparcidas en el lavabo, el cepillo de dientes y la maquinilla de afeitar estaban tirados por el suelo, y el pestazo tiraba de espaldas. Y aún faltaba lo peor.

—¡Vaya, vaya! Un espejo falso. Y una cámara de vídeo. ¡Bueno, bueno! Parece que aquí hay alguien aficionado al porno duro. Creo que vamos a necesitar al fotógrafo y al de las huellas —dijo el inspector, y sugirió al general que le esperara abajo, en el coche. El general bajó de puntillas por las escaleras, por no tener que volver sufrir el ultraje de los arquitectos, y se sentó a esperar en el coche patrulla. Había cambiado de idea respecto a lo del abogado.

—Puede usar el teléfono del coche, señor —le dijeron.

Una hora más tarde, el abogado (un abogado muy serio y respetable que, por la cara que ponía, si había conocido a Sir Cathcart en circunstancias más felices, no dejaba traslucirlo) subió las escaleras e inspeccionó la habitación de nuevo. Las correas de cuero y la máscara de goma fueron introducidas en bolsas de plástico transparente.

—No es menester que haga ninguna declaración, y le recomiendo firmemente que no lo haga —informó el abogado a Sir Cathcart, y pidió que se permitiera a su cliente volver a casa.

El general tuvo que esperar a un taxi, y el inspector le dijo que concertarían una cita para verle cuando necesitasen interrogarle. O quizá prefería ir a la comisaría cuando le avisasen. El abogado dijo que su cliente prefería ser interrogado en su casa. Sir Cathcart volvió al castillo de Coft, y un fotógrafo que estaba esperándole a la puerta le hizo una foto.

A solas en su estudio, Sir Cathcart D'Eath se sentó en una butaca con un revólver y una botella de Chivas Regal a mano, y acarició la idea de pegarle un tiro a aquel putón de Petunia Ransby. Y de paso se llevaría por delante a unos cuantos policías.

# 38

El fin del trimestre se aproximaba, las embarcaciones del Equipo de Remo de Porterhouse subían y bajaban por el río, incansables, preparándose para la gran carrera, y las marquesinas para el Baile de Mayo ya habían llegado. Hartang también llegó, pero su presencia pasó casi inadvertida. El coche (no una limusina de doce metros con los cristales oscuros, sino un Ford de tres años, a juego con el Hartang más modesto de ahora) se deslizó dentro de la Vieja Cochera y el futuro Rector salió de él y contempló la mezcolanza de vetustos vehículos a su alrededor: el Rover abollado del Decano, el venerable Amstrong Siddeley del Capellán, el incluso más asendereado Morris del profesor Pawley. En menos de media hora había pasado de la seguridad de alta tecnología y de la estéril modernidad del Transworld Centre a un mausoleo de maquinaria desvencijada. Los gigantescos candados de hierro de las puertas de la Vieja Cochera le alarmaron por su precariedad. En un extremo del muro encalado una silla de mano hablaba de medios de transporte incluso más rudimentarios. Y el suelo estaba adoquinado y cubierto de manchas de aceite seco. Hartang lo miraba todo con suspicacia y una sensación de haber venido a menos.

—Si tiene la bondad de seguirme por aquí, señor —dijo el más alto de los dos hombres que le habían acompañado en el viaje desde Londres—. Podemos cruzar hasta la Residencia del Rector sin que nadie nos vea.

Abrió una portezuela en la pared y salió fuera. Hartang le siguió algo nervioso, parpadeando. Sin sus gafas oscuras aquel resol hacía daño a sus débiles ojos. Caminó con la cabeza gacha para protegerse de la intensa luz hasta que estuvieron en el vestíbulo de la Residencia del Rector. Allí las huellas del pasado eran más que evidentes. El mobiliario que había visto en sus visitas previas era moderno, en comparación con aquello. Aquí todo era sólido roble negro y caoba oscura, e incluso había en un rincón un anacrónico sombrerero de madera curva. En la pared, el retrato de Humphrey Lombert, Rector 1852-83, le miraba severamente a través de unos quevedos. El suelo era de madera encerada y brillante, cubierta con una alfombra afgana color burdeos. Tras él, el hombre más bajito cerró la puerta suavemente y luego entraron en la sala de estar, donde una mujer con el pelo escarolado, que llevaba un traje sastre de mezclilla marrón, leía sentada en un sofá tapizado de zaraza una novelucha barata.

—Ah, ya están ustedes aquí —dijo—. Espero que hayan tenido un viaje sin contratiempos.

Hartang intentó sonreír y dijo que no había estado mal del todo.

—Bien, aquí está a salvo —dijo, sin molestarse en presentarse—. Está en su casa. Póngase cómodo. Su equipaje ya está arriba, y todo ha sido colocado en su sitio. Encontrará su ropa en los armarios y cajones. Ahora mismo le enseñaré el dormitorio. Pero antes, aquí tiene sus nuevos pasaportes y partida de nacimiento. Y su curriculum vitae. No hay nada en él que pueda causarle ningún problema. Hemos intentado, en lo posible, atenernos a sus características reales. Usted será a partir de ahora un hombre misantrópico, muy reservado, con pocos intereses en el mundo exterior. Le hemos hecho una lista de posibles hobbies. Por ejemplo, coleccionar tratados americanos de jurisprudencia del siglo XVIII. Y ahí...

Hartang se sentó en un sofá, sabiendo que estaba atrapado. Hasta aquel momento, hasta que aquella mujer de piernas gordezuelas y pelo teñido le explicó las normas, no había estado seguro del todo. Sabía que estaba metido en la mierda hasta el cuello, pero siempre se puede salir de una situación así si se piensan las cosas con cuidado y se tiene a los colaboradores adecuados. Pero ahora era distinto. Ahora no. Ahora estaba solo y en un ambiente que ni siquiera empezaba a comprender, y aquella mujer le estaba diciendo cómo iba a vivir su vida y qué era lo que tenía que pensar, y lo único que podía hacer era escoger entre una lista de hobbies. Y lo peor de todo es que se lo estaba diciendo con la absoluta certeza de que haría lo que le mandasen. Incluso en la cárcel, hacía ya tantos años, se había sentido más libre que ahora. E incluso cuando se metieron en el ascensor y le dijeron que tanto las puertas como el techo estaban blindados, y que si se sentía en peligro lo único que tenía que hacer era encerrarse allí dentro y oprimir el botón amarillo, incluso entonces, se sintió desamparado y asustado. Aquellos muros de metal eran como una celda. *Eran* una celda. El dormitorio también estaba atiborrado de muebles antiguos, y hasta que entraron en una pequeña habitación contigua, sin ventanas, Hartang no empezó a sentirse un poco en su elemento: allí había ordenadores, impresoras, mobiliario de madera blanca y funcionales sillas de oficina.

—Éste será su centro de comunicaciones. Desde aquí puede obtener toda la información que necesite, o hablar con cualquier lugar del mundo —le dijo la mujer. Hartang lo dudaba mucho. Todo lo que dijera sería grabado, sin duda. La única información que necesitaba era que le explicara de qué iba todo aquello.

Al final, antes de que la mujer se marchara, preguntó qué pasaría con Transworld Televisión Productions.

—¿Cómo van a llevarla adelante sin tenerme allí para tomar las decisiones? Me necesitan. No hay nadie allí que pueda hacer mi trabajo.

—Estoy segura de que encontrarán la manera de arreglárselas sin usted. Ya saben que tiene un serio problema de salud, y en el pasado, cuando se iba usted a Tailandia o a Bali, no se hundió la empresa.

—¿Me está diciendo que no me puedo comunicar con ellos? —dijo Hartang.

—¡Claro que sí! Aquí tiene todo el equipo que necesita, y en el piso de arriba, está el señor Skundler, que recibirá encantado las instrucciones que quiera usted darle cada mañana. En cuanto se haya instalado, verá como todo funciona a las mil maravillas. ¿Hay algo más?

—Sí —dijo Hartang—. Quiero hablar con Schnabel.

—No hay problema. Ahí tiene el teléfono —dijo la mujer, y salió de la habitación.

Hartang se metió en su estudio y llamó a la oficina de Schnabel. Le respondió un contestador automático. «El señor Schnabel no puede recibir su llamada en este momento, pero si desea dejar un mensaje, puede hacerlo cuando escuche la señal», dijo una voz de hombre. Y se oyó un pitidito. Lo mismo ocurrió con Feuchtwangler y Bolsover. Hartang sabía que, aparte del supuesto problema de salud, tenía problemas más serios. Como estar confinado en aquella celda de alta seguridad. Miró la colección de libros de derecho dieciochesco en los anaqueles. Eran todos de leyes americanas.

Por un momento, se sentó frente al escritorio en la planta baja y miró por la ventana el Laberinto del Rector. De algún lugar cercano le llegaba el pic-poc de gente que jugaba al croquet. Alguien le había dicho una vez que el croquet, con toda su aparente civilidad, era un juego muy violento y malicioso. Aquel sonido seco y rítmico, como el de un reloj, no le reconfortó. En la cocina, el más bajito de los dos hombres estaba sentado a la mesa ayudando a Arthur a pelar patatas. En la bodega, el alto, Bill, miraba el muro de pantallas del circuito cerrado de televisión que mostraban la carretera, el camino, los jardines y las puertas.

En la salita de la casa de Onion Alley, Skullion les estaba explicando por qué tuvieron que enviar a toda prisa al doctor Vertel a la Quinta de Porterhouse. Ya les había contado la vida y milagros de Lord Wurford, y cómo Fitzherbert perdió el dinero del Colegio cuando era Tesorero. Durante tres días había estado hablando y hablando sobre Porterhouse y cómo había sido en los viejos tiempos, mientras Madame Ma'Ndangas tomaba notas y la grabadora siseaba levemente en la mesita junto a él. En el pasado Skullion había idealizado aquellos días en que Porterhouse era un Colegio de caballeros. Ahora veía las cosas de manera diferente. Los años que había pasado en la Residencia del Rector confinado en aquella silla de ruedas le habían

dado tiempo para pensar y reflexionar sobre la forma en que le habían tratado. Siempre aceptó sin rechistar la actitud despectivamente paternalista del Decano y los demás Claustrales, e incluso el desdén de los estudiantes, como un mal menor, y lo había soportado todo como si formara parte de su trabajo como Portero Mayor, y porque le daba un curioso sentido de superioridad moral sobre ellos. No era un hombre educado, no sabía nada de ciencia, ni de historia, ni de ninguna otra de las materias que les interesaban a ellos. Pero, en cambio, había estudiado a los hombres que habían pasado por el Colegio, o que se habían quedado y habían llegado a Claustrales. Como Portero Mayor se había sentido orgulloso de Porterhouse y había aceptado su papel porque estaba sirviendo a caballeros. Era una ilusión necesaria, aunque sólo parcial. Nunca había sucumbido a ella por entero y, como explicaba en sus múltiples digresiones y atajos mientras acudían a su memoria recuerdos largo tiempo olvidados, había visto aquella ilusión de orden moral disolverse poco a poco hasta que sólo había quedado en pie el andamiaje del Colegio, los muros vetustos y castigados, perdida ya toda caballerosidad.

—Dejaron de vestirse correctamente, y ni se cortaban el pelo. Aunque la verdad es que algunos de ellos, especialmente los más eruditos, no han sabido nunca ni lo que llevaban puesto. Me acuerdo de aquel químico, Strekker, una reputación brillante, la gente decía que era un genio. Y su fámulo, que se llamaba Landon, tenía que sacarle los calzoncillos del cajón y decirle que se lavara detrás de las orejas o que se diera un baño: o si no, no lo hacía. Una mosquita muerta, ese Strekker, pensaba yo. Pero luego resultó que durante la guerra estuvo en el servicio secreto, y después se marchó a América. Terminó en algún Colegio de Oxford. Me pareció curioso que no estuviera en el *Who's Who,* porque lo miré y no estaba, pero me dijo el Tutor Mayor que los mejores nunca querían estar, sólo los nuevos ricos se empeñaban en que los pusieran en el libro. Strekker era así. A él no le importaba nada ser famoso ni tener relumbrón. Un caballero de los de antes. Nunca una palabra más alta que otra. No, las cosas empezaron a ir de mal en peor después de la guerra. Un montón de soldados licenciados. Y la mitad de ellos lo único que habían hecho era la instrucción, no hablan luchado en el campo de batalla ni nada, pero como tenían más de veinte años cuando nos los mandaron, pues ya no se podía hacer de ellos unos caballeros como Dios manda. Pésimo material, ya venían maleados. Y encima con becas. No tienen ustedes, los jóvenes, ni idea de lo que era aquello entonces. ¡Qué triste! Carne de ballena para cenar, y boniatos asados, y aquellos todo lo que parecían haber aprendido en el ejército era a gandulear. Para mí que fue entonces cuando las cosas empezaron a torcerse, con todos aquellos zanguangos que venían pisando fuerte, como si tuvieran

derecho a todo. Y hasta los que se podían permitir ir a un médico privado iban a la Seguridad Social porque era gratis. Tampoco es que la Seguridad Social fuera una mala idea, a ver si me explico. Lo malo es que todo el mundo, incluso los ricos, lo tenía todo gratis, y acabaron pensando que la vida era así, que todo el monte es orégano.

Purefoy estuvo a punto de rebatirle aquello, pero se calló y dejó que Skullion siguiera hablando y bebiendo taza tras taza del té que la señora de Charlie le traía para que no se le secase la garganta con tanta cháchara. Y así Madame Ma'Ndangas descansaba la mano. Al tercer día ya no podía escribir a aquel ritmo, y hubo que llevar una segunda grabadora por si se estropeaba la primera.

—Va a costar una fortuna mecanografiar todo esto —dijo. Y Skullion les aconsejó que no lo hicieran en Cambridge. Alguien en Londres que no supiera de qué iba todo aquello.

También le pareció que Purefoy había hecho bien al mudarse al apartamento fuera del Colegio.

—Le preguntarían, si no. O incluso harían que le siguieran, y no queremos que eso pase. Volveré cuando sea el momento, cuando tengan ustedes todo el material que necesitan.

Así llegaron hasta el punto en que Sir Godber quería vender las casas de los criados en Rhyder Street, y a lo traicionado que se sintió Skullion cuando lo despidieron, y a cómo le habían hecho Rector después que mató a Sir Godber, y a cómo le había dado el paralís delante del Decano y del Tutor Mayor, que no se dieron cuenta y por poco la diña, y a cómo gracias a que el Cocinero fue a verle aquella noche y llamó a la ambulancia, pudo contarlo. Y luego los años en la silla de ruedas, y cómo había conservado el juicio por el procedimiento de recordar quién había vivido en qué habitación y cuándo.

—Estaba sentado, sin poder moverme, pensando en todo eso, y ahora lo tiene usted todo apuntado, y ya no se echará a perder, ni podrán tampoco arreglarlo con mentiras para que parezca bonito, porque no fue nada bonito, no, señor.

El interés de Purefoy oscilaba según los asuntos. Encontró las opiniones de Skullion sobre los otros Claustrales Mayores de lo más fascinantes.

—El Decano ya no es el que era. Ha perdido el temple, y sólo le queda su zorrería de siempre. Le compensa la falta de inteligencia. En su vida ha publicado nada. Ni una página. Lo único que ha hecho es dirigir el Colegio, y ni eso puede hacer ya, porque le falta espíritu. El Tutor Mayor es harina de otro costal. Se graduó con sobresaliente, y tiene cabeza, sí. Publicó una tesis doctoral sobre las mareas o los ríos o algo así, hace un montón de años, pero luego lo fue dejando y se hizo deportista. En Porterhouse no se estilaba la sabiduría. Y él lo que

quería era ser uno de ellos. Ahora no creo que pueda siquiera pensar con claridad. Ha perdido hasta el hábito de correr en bici arriba y abajo de la ribera del río siguiendo la embarcación de sus muchachos del Equipo de Remo. Pero está donde quería estar, y lo aceptaron, aunque el Decano y él solían estar siempre a la greña por cualquier tontería. Se odiaban el uno al otro como el perro y el gato. Que es lo que hacen todos allí, la verdad sea dicha. Horas y horas se pasan pensando cosas desagradables que decirse unos a otros, insultos que no se sabe muy bien si son insultos o cumplidos, de lo retorcidos que son. Pero es natural, viviendo allí todos juntos, pared con pared siempre. El Capellán es sordo, o se lo hace. Es el más humano. Le gustan las chicas jóvenes al Capellán, ¡qué pillín que es!, las enfermeras jovencitas y las dependientas de la farmacia. Más de una vez le he visto allí, nada más que para estar cerca de ellas. Y antes solía también hacerles fotos. No del cuerpo, sólo de la cara, cuando le dejaban. Al Capellán le gustan las caras bonitas. Y no se lo reprocho. No le haría daño ni a una mosca.

—¿Y qué me dice del Praelector? —preguntó Purefoy—. ¿Es también buena persona?

—¿Bueno? ¿El Praelector? No, no diría que ésa sea la palabra. Un viejo intrigante, eso es lo que es. Una mosquita muerta toda la vida y, de repente, mira por dónde sale. Inglés por los cuatro costados, no sé si me entiende. Se le murió la mujer cuando tenía apenas cuarenta y cinco años, y durante muchos años estuvo con el corazón destrozado. Se vino a vivir al Colegio, y ya nunca volvió a mirar a otra mujer. Estuvo enredado en algo relacionado con antitanques durante la guerra, aunque uno no lo hubiera dicho nunca por la pinta que tiene. Escribió libros de historia militar, y sobre la Primera Guerra Mundial, metiéndose con todos los generales y tratándoles de tontos del bote. ¡A mí me lo va a contar! Perdí a mi padre el segundo día de la batalla del Somme, y a dos tíos en algún barrizal parecido donde tenían que usar tablones de madera para pasar, que si te caías te hundías para siempre...

Aquella noche, en el apartamento de City Road, Madame Ma'Ndangas se preguntó cómo iban a poder organizar toda aquella confusa masa de material que Skullion les había proporcionado de forma tan errática.

—Hay muchísimo, y la mitad es morralla.

—En cuanto tengamos la transcripción, lo cortaremos —dijo Purefoy—. Tampoco quiero quitar mucho, pero a veces se repite un poco. Éste debe de ser un relato único de la vida en un Colegio desde un punto de vista completamente insólito.

- *¿Y* qué pasa con Lady Mary?

—No estoy pensando en ella en estos momentos, y, además, ya le pasaremos en su momento un informe completo. No me importa que le guste o no. Voy a hacer lo que me pidió que hiciera.

# 39

—Acabo de recibir una carta muy peculiar del Tutor Mayor —le dijo Goodenough al señor Lapline mientras tomaban café en la oficina una mañana.

El señor Lapline dijo que no le sorprendía en lo más mínimo.

—¡Qué asunto más sórdido! Cabría suponer que un hombre de la posición de Sir Cathcart tendría más sentido común. Si lo que le gusta es atar a abuelas disfrazadas con trajes de buzo de látex negro, al menos podría haber mantenido cierto anonimato. Esto causa la peor de las impresiones en la opinión pública.

—Pues lo cierto es que no estaba hablando de eso —dijo Goodenough, sorprendido de que el señor Lapline leyera el *Sun—,* sino acerca de aquel pobre infeliz del doctor Osbert.

El señor Lapline se estremeció violentamente.

—Siempre dije que era un terrible error. ¿Qué es lo que ha hecho ahora ese desgraciado?

—Creo que, si lee la carta, se hará una idea más precisa de cómo están las cosas —dijo Goodenough, y puso la carta con mucho cuidado sobre el escritorio de su socio. El abogado se la leyó de arriba abajo dos veces.

—¿Que ha secuestrado al Rector? ¿Que ha secuestrado al Rector de la Quinta de Porterhouse? ¿Es que ese hombre se ha vuelto completamente loco? ¿Y dónde demonios está la Quinta de Porterhouse? No la había oído nombrar en mi vida —dijo el señor Lapline por fin.

—Pues no sé. Aquí lo único que dice es que Skullion, es decir, el Rector, estaba convaleciendo allí y el doctor Osbert apareció de repente con una mujer y...

—Ya sé lo que dice el Tutor Mayor en su carta. Me la acabo de leer ahora mismo, si no le importa. Tampoco es que sea una carta coherente, viniendo de un hombre supuestamente civilizado. ¡Pero esto de secuestrar al Rector, con silla de ruedas y todo...! Y encima cerrar con candado para que no pudiesen los otros avisar a la policía. Llevan una semana desaparecidos, nadie los ha visto desde entonces. ¿Qué es esto? Dígamelo usted, porque yo ya no sé qué pensar. ¡Qué monstruosidad tan abyecta y consumada! Goodenough, le considero responsable por dejar a ese sujeto suelto en Porterhouse. Responsable del todo, para que se entere.

—¡Alto ahí! —dijo Goodenough sombríamente—. Por si no se acuerda, fue usted el que insistió en que debíamos mantener la cuenta de Lady Mary a toda costa, y luego usted se puso malo a causa de esa

maldita vesícula que no se quiere usted operar, y encima me pasó el muerto.

—Usted se ofreció —dijo el señor Lapline, que todavía no se había atrevido a extirparse la vesícula, y ya le estaba volviendo a dar avisos —. Usted dijo específicamente, si no me equivoco, que lo dejase todo en sus manos, que se haría cargo y tendría contenta a Lady Mary. Y luego le envió una colección de pervertidos sexuales y neonazis violentos sabiendo perfectamente bien que los rechazaría de inmediato, y por último le ofreció a este tarado que se refocila tan en los detalles más repugnantes de los ajusticiamientos, y está convencido de que Crippen era inocente.

—¡No, oiga, espere un momento, yo...! —empezó Goodenough, pero el señor Lapline no había acabado con su filípica.

—Cualquiera en su sano juicio habría previsto la catástrofe que se avecinaba y, de hecho, usted lo hizo. Usted dijo que era como poner los perros en danza, y ahora, mire por dónde, tenemos a ese hombre raptando al Rector de su lecho de muerte, como quien dice, y, seguramente, a estas alturas ya le habrá ahorcado al pobre hombre con sus propias manos en cualquier sórdido escondrijo.

—En realidad, Purefoy se opone terminantemente a las ejecuciones de cualquier género. Es una de sus fobias particulares.

—Pues le voy a decir cuál es mi fobia particular —dijo el señor Lapline venenosamente, pero se contuvo a tiempo. Después de todo, Goodenough era su socio, y muy bueno para tratar con los clientes a los que él no quería representar—. Bueno, dejémoslo. El mal ya está hecho. Ahora le tendrá que decir a Lady Mary...

—¡Todavía no, por el amor de Dios! —dijo Goodenough—. Quizá se trate sólo de un error.

—¿Quizá? —dijo el señor Lapline.

Pero al final decidieron que lo mejor era esperar los acontecimientos y no perder las esperanzas.

En el castillo de Coft, el general Sir Cathcart D'Eath había perdido las esperanzas por completo. Todas las mujeres de su personal se habían despedido, incluyendo su secretaria americana, y sólo el mayordomo japonés y el bestia de Kannabis se habían quedado, aunque este último no tenía en qué ocuparse, ahora que se había cerrado la fábrica de comida para gatos. A raíz de lo otro, había trascendido que el contenido de las latas que vendía el general estaba constituido básicamente por carne de valetudinarios caballos de carreras, lo cual había enfurecido notablemente a los consumidores más concienciados. Viejos conocidos le habían retirado el saludo en Newmarket, y había habido un alboroto fuera de su casa cuando unos activistas de la Protectora de Animales intentaron entrar a sangre y

fuego, y tuvo que acudir la policía a dispersarlos. Y lo peor era que se rumoreaba que el general criaba caballos exclusivamente para satisfacer el desordenado apetito de los felinos de la nación, porque crecían más rápidamente que las vacas. Incluso sus vecinos se habían soliviantado tanto que, en una ocasión, le acribillaron el Range Rover con huevos podridos cuando subía hacia el castillo. Sir Cathcart se encerraba en su estudio a beber con Kannabis, que no sabía de qué iba todo aquello. Los caballos eran sólo caballos, aunque francamente, él prefería a los cerdos. Más humanos. Uno podía criar tortugas, o pulpitos, pero el cerdo le parecía más gracioso. Sir Cathcart decía que sí, que suponía que sí, aunque incluso en el estupor de la ebriedad no veía qué gracia podía tener un cerdo, aunque hablando de cerdos, la tal Petunia Ransby... Kannabis dijo que a él tampoco se le habría empinado con ella. Demasiado vieja, y encima con aquella goma negra, que estaba que daba asco; parecía una morcilla, aunque, por lo menos, no se le veía la cara. Aunque a algunos tíos que conocía les gustaba tener donde agarrarse. Sir Cathcart dijo que él sí que quería agarrar a aquella fulana astrosa, pero por el cuello, después de lo que le había hecho. Kannabis dijo que Hartang le habría mandado a un independiente y que después no la habría reconocido ni la madre que la parió. Fue una conversación muy poco edificante.

La conversación en la Residencia del Rector entre Hartang y Ross Skundler había sido sólo un poco más civilizada. El Tesorero, el Decano y el Praelector habían estado presentes, en parte para asegurar a Skundler que era otra vez *persona grata* a los ojos del nuevo Rector, y en parte también, como dijo el Decano, para ponerse a su disposición y, por supuesto, para darle la bienvenida.

—¡Muérete! —dijo Hartang; se dirigía a Skundler, pero, obviamente incluía al Tesorero, al Praelector y al Decano en el lote.

Había pasado dos noches malísimas en la Residencia, en compañía de lo que parecía, por el tumulto, una enorme colonia de ratas en el desván. Ciertamente, algo había estado removiéndose allá arriba y emitiendo extraños sonidos. Hartang se había puesto insoportable de grosero durante el desayuno, despotricando muy soezmente sobre los efectos nefastos de dos huevos fritos y una loncha de beicon del tamaño habitual en Porterhouse, por no mencionar el pan frito, que había sido siempre el plato favorito de Skullion. Y ahora aquello de las ratas del desván. Arthur intentó convencerlo de que no eran más que pichones.

—¿En el techo? ¿Pichones en el techo? —había dicho Hartang con incredulidad—. No me lo creo. ¿Así que de ahí vienen estos huevos, del techo?

—No, señor. Son huevos de gallina. Aquí no tenemos costumbre

de criar pollos en el desván.

—¿Y qué son los pichones? ¡Pues pollos! ¿No?

—Crías de paloma, señor. En los viejos tiempos, la paloma era un plato exquisito en el menú de Porterhouse, y algunos de sus descendientes todavía viven en el hogar de sus antepasados. Todavía se ven las entradas en los picos de los tejados. Aunque creo que allá arriba debe de haber también una colonia de quirópteros.

—¿Murciélagos? ¿Murciélagos? —dijo Hartang, que por lo menos sabía qué era un quiróptero—. ¿Y también es el murciélago un plato exquisito en el menú de Porterhouse? Joder!...

—No señor. Los murciélagos son especie protegida. Va contra la ley matarlos —dijo Arthur, y volvió a la cocina a ver si podía encontrar algunos cereales y algo de yogur desnatado, que era todo lo que quería tomar el Rector como desayuno. Hartang no estaba de buen humor cuando llegaron Skundler y los otros con el Decano a la cabeza. Había tenido que tomar galletas, e incluso eso tenía azúcar. Y el café estaba horroroso.

Arthur tampoco se sentía muy feliz, que digamos.

—No es un caballero nada fino, este nuevo Rector —les dijo a los guardaespaldas, que habían oído toda la conversación por el circuito cerrado. Y lo que estaban oyendo ahora no eran finezas tampoco. El que el Decano usase la palabra «comodidades» fue el golpe de gracia.

—¿Qué comodidades? ¿Comodidades? ¡Y una mierda! ¡La puta bañera es lo bastante grande como para que se ahogue uno en ella, y tarda una hora en llenarse, y el agua está más fría que el hielo para cuando se llena del todo!

—Bien, de hecho, en el pasado hemos tenido Rectores de proporciones bastante amplias —explicó el Decano—. Y necesitaban bañeras de su tamaño. Lamento mucho lo del agua, pero los hombres de Porterhouse están acostumbrados a una temperatura tibia.

—Pues yo no —le aseguró Hartang—. A mí me gusta darme baños de agua bien caliente. Y como el desayuno que ese imbécil de camarero ha tratado de darme esta mañana sea lo normal aquí, con esta dieta se le bloquean las arterias a un elefante en tres días. Los Rectores que han tenido ustedes aquí deben de haber sido gente enferma. No sabían lo que estaban haciendo con sus cuerpos.

—Muy posiblemente —dijo el Praelector con algo de retranca—. Como sin duda ya debe de haber comprendido, somos un Colegio muy antiguo, y algunas de nuestras costumbres pueden parecer algo anticuadas. Estoy seguro de que podremos acomodarle aquí en condiciones más de su agrado.

Hartang no respondió. Cuando se encontró con el Praelector en el Transworld Centre ya le había parecido aquel hombre algo inquietante, y aquel «acomodar» ahora no le daba muy buena espina.

—Les estaría muy agradecido si me pudieran arreglar el calentador del gas. Muy agradecido.

El resto lo pasó conferenciando sin parar con Skundler, que tomaba apuntes a mil por hora, y sólo hablaba para responder a preguntas que ninguno de los Claustrales entendió. Cuando llegó la hora de que se marchara, el futuro Rector ya había recordado sus lecciones de elocución y etiqueta, y, con educada reserva, les dio las gracias por haberle visitado.

—Esto no va a resultar —dijo el Decano en cuanto salieron del edificio y estuvieron seguros de que no les podían oír—. Ese fulano tendría que estar entre rejas. Todavía me resulta difícil de creer que estas personas puedan existir. ¿Qué demonios vamos a hacer?

—Por el momento, nada —dijo el Praelector—. Lo que sugiero es que nos mantengamos al margen y nos aseguremos de que el agua de su bañera esté caliente. Y creo que deberíamos persuadir a sus abogados para que vengan a hablar con él. Hasta ahora nos han sido de gran ayuda.

Era una opinión que Hartang no habría compartido.

En la sala de escucha, la cinta con aquella conversación fue archivada en su lugar correspondiente. El hombre más alto estaba al teléfono. Su opinión coincidía plenamente con la del Decano. El futuro Rector no estaba respondiendo como se esperaba.

—Ella dice que estas cosas requieren su tiempo, y que no sirve de nada tratar de forzarlas. Todavía le necesitamos. Hay que mantenerlo a buen recaudo.

En la cocina, Arthur le explicaba al Cocinero que ese de ahí arriba, como se llame, quería una cosa que decía que se llamaba *nuvel cusín.*

—No lo he oído nombrar en mi vida —dijo el Cocinero—. Lo mejor será acercarse a ver si lo tienen en el súper. Esta noche ponemos buey con pastelitos de fruta en el Refectorio, con una sopita de Stilton para empezar y una tortilla para desengrasar.

Arthur dijo que no parecía que a ese de ahí arriba, como se llame, le gustasen mucho los huevos, y el Cocinero le respondió que se le daba una higa de lo que le gustase o no; además, aún no era Rector, y no lo sería hasta que el señor Skullion diera su visto bueno, porque el señor Skullion era todavía el Rector, dijeran lo que dijeran —Me pregunto adonde se habrá ido con ese doctor Osbert.

—Eso sería irse de la lengua, Arthur, eso sería irse de la lengua —dijo el Cocinero misteriosamente—. Y no le repitas a nadie lo que te acabo de decir.

# 40

—Comprendo cómo se siente, Rector —dijo Schnabel cuando finalmente accedió a ir a Porterhouse.

Hartang le dijo que no podía comprenderlo. Nadie que no hubiera vivido en aquel mausoleo con aquel montón de zotes que no sabían distinguir un dólar de un peso y que tenían que usar los dedos para contar hasta diez podía comprenderlo.

—No creo que debiera usted dejar que las apariencias le engañaran —dijo Schnabel—. Los universitarios son gente escurridiza, y los ingleses además, siempre han sido famosos por no manifestar lo que piensan. Es parte del carácter nacional. No les gusta mostrar sus emociones. No les debe tomar por la fachada.

Hartang miró por la ventana las marquesinas en el Jardín de los Claustrales, y deseó poderle mostrar a aquel zopenco sus verdaderas emociones. Nunca en su vida había juzgado a la gente por las apariencias, quizá en las películas, pero no en la realidad. Algunos de los mejores y más curtidos matones a sueldo de Miami y Chicago tenían unas caras la mar de simpáticas.

—¿No conocerá, por casualidad, a una mujer gorda con el pelo teñido que lleva una cesta de la compra y nunca dice su nombre? —le preguntó—. Collarcito de perlas artificiales y una voz como un rallador de queso. Dos hombres que podrían ser del servicio secreto van siempre con ella. Ahora están viviendo aquí conmigo. La mujer no. Los dos hombres.

—Para mayor protección suya, estoy seguro —dijo Schnabel—. Estarán con usted durante este primer periodo de adaptación, y luego se marcharán. Ése era el trato. Lo mejor es confiar siempre en los profesionales.

—Ya. Espero por su bien que así sea. ¿Y ha pasado alguien por Transworld? Ya sabe, «alguien».

—Según mis informaciones, no. Usted sigue haciendo correr el dinero por las mismas cuentas, así que no hay ninguna razón que les pudiera hacer pensar que está usted implicado. Si se hubiera largado con la pasta, sería otra historia. En su oficina hay un hombre de su misma estatura, peso y complexión que viste como usted y lleva exactamente la misma vida que llevaba usted.

Si le preguntan al personal, usted sigue allí. Y un día, digamos dentro de seis meses, le dará un infarto, o algo, y tendremos un funeral muy bonito en el cementerio de Golders Green, y esparciremos sus cenizas en algún sitio, y saldrá una esquela en el *Times* diciendo que usted levantó la Transworld partiendo de la nada.

—Alguien querrá ver el cuerpo.

—Naturalmente —dijo Schnabel—. Y nadie se lo impedirá. La misma complexión, la misma cara, las mismas gafas y la misma peluca. Le podrán sacar fotos, pero sin tocar. La gente que le está protegiendo ahora tiene embalsamadores que podrían hacer que Boris Karloff se pareciera a Marilyn Monroe. ¿Cómo cree que les consiguen a los delatores del IRA una nueva identidad?

—¡No me diga que los embalsaman! Joder! Será mejor que no me diga nada.

—Al que embalsaman es a un muerto cualquiera. Cirugía plástica. Una cosa increíble. Y el vivo es diferente, así que ¿quién va a saberlo? Nadie. Nueva identidad y a la calle, a seguir viviendo como siempre. Así son. Profesionales.

—Bueno. Mientras no cambien de opinión sobre mí… No quiero acabar en ese Golden Green.

—No se preocupe —dijo Schnabel—. Es usted demasiado valioso. Hartang ha muerto, larga vida al nuevo Rector de Porterhouse.

Hartang reflexionó sobre aquello un momento.

—No voy a hacer testamento —dijo por fin—. Si quieren mi dinero, que me mantengan vivo.

—Una decisión muy prudente. Lo que quieren es su talento para las finanzas. Eso es lo que compran al mantenerlo vivo y fuera de la circulación. ¿Qué tal se porta Ross Skundler?

—¡Ese capullo! —exclamó Hartang, y de repente se sintió aliviado.

Skundler sí que se sentía aliviado. De vez en cuando miraba los viejos libracos de la contabilidad del Colegio y le pedía al Tesorero una pluma de ganso, pero la situación económica era de nuevo boyante. El Tesorero también estaba más contento. Ya no se tenía que preocupar por las deudas del Colegio, ni de dónde iba a venir el dinero, y, en cambio, podía ir a supervisar los trabajos de restauración en la Capilla, y ver cómo el Colegio tenía cada vez mejor aspecto. Ya ni siquiera le quitaba el sueño la desaparición de Skullion. Nunca le había gustado aquel hombre, y, a su vez, el antiguo Portero Mayor nunca había ocultado su desprecio por el Tesorero. De hecho, desde todos los puntos de vista, las cosas estaban saliendo a pedir de boca.

En Onion Alley, Purefoy estaba exhausto. Y Madame Ma'Ndangas también. Durante toda la semana habían pasado allí horas y horas escuchando a Skullion y ya se sentían como si hubieran vivido en Porterhouse toda la vida. La repetición tenía este efecto, las reiteraciones y digresiones, los vagabundeos en los que tenían que acompañar a Skullion alrededor del mismo punto siempre: la traición que había sufrido, no una vez, ni dos, sino desde el día en que puso

los pies en Porterhouse y se había quitado la gorra delante de los caballeros. Era ese sentimiento de humillación, más intenso ahora de lo que había sido incluso cuando Sir Godber le había despedido, lo que le daba la fuerza interior para seguir hablando, dragando su memoria, buscando detalles de aquellos desaires y pequeños insultos que sabía ahora que habían sido el aviso de la traición mayor que vendría después.

—Ese cabrón de Sir Cathcart me lo prometió, me dio su palabra de caballero de que no me mandarían a la Quinta. Me prometió que podría quedarme a vivir en el castillo de Coft si accedía a retirarme. ¡Maldito cabrón! Y yo dije que tenía el derecho de nombrar sucesor como Rector, y lo tengo, y él estuvo de acuerdo. Tenía que hacerlo. Tradición del Colegio desde tiempo inmemorial. El Rector tiene derecho a nombrar a su sucesor antes de morir. Y eso es lo que hice. «Lord Pimpole», le dije, «el Honorable Jeremy Pimpole de Pimpole Hall, en el condado de Yorkshire.» Lo nombré porque un caballero más agradable no lo he conocido nunca. Entró en 1959. Él y Sir Launcelot Gutterby eran los mejores. —Skullion hizo una pausa, recordando aquel inefable aire de superioridad y arrogancia. Luego escupió en la chimenea—. ¿Y qué pasa luego? El cabrón de Sir Cathcart hace que me metan en una ambulancia y me encierran en la Quinta y meten a un yanqui de los cojones, o lo que sea, en la Residencia del Rector.

La enormidad de esta felonía le dejó sin habla, contemplando el absurdo abismo de odio al que este último acto de traición le había arrojado.

Y lo peor era que la culpa era sólo suya. Podía haber mantenido su independencia, la capacidad de pensar por sí mismo que siempre creyó que poseía. Pero ya no la tenía, se la había entregado a Porterhouse, a su confortable posición como Portero Mayor, y a su indulgente ilusión de estar cumpliendo con su deber. ¡Su deber! Como un jodido caniche saltando por el aro en el circo y andando sobre las patas traseras y haciendo jeribeques para entretener a un público de idiotas. Ése había sido su deber. Y ahora lo sabía, porque lo habían traicionado.

Y aún peor, lo sabía porque ellos habían traicionado a Porterhouse también con su estupidez. Cualquier imbécil hubiera podido ver lo que le estaba pasando al Colegio hacía años, y haber tomado medidas para proteger el lugar y mantenerlo en pie. Incluso él mismo lo había visto, pero había hecho oídos sordos porque confiaba en ellos. Y porque no había nada que pudiese hacer al respecto. Había preferido no pensar en ello, se había dicho a sí mismo que al final todo saldría bien. Y, en cambio, había salido todo mal. Y había un pensamiento mucho peor en un rinconcito de su cabeza: que siempre

había estado todo igual de mal, y que había desperdiciado su vida sirviendo a aquella gentuza. Eso era lo que pensaba ahora, pero no se lo dijo a Purefoy y a Madame Ma'Ndangas en el cassete. Eran jóvenes y no tenía sentido quitarles la ilusión tan pronto. Ya les enseñaría la vida. Y, además, los necesitaba para lo que tenía que hacer.

—¿Todavía no hay noticias de Skullion? —preguntó el Praelector, que contemplaba por la ventana de la Sala de Claustrales las marquesinas y las mesas y las tarimas de madera para el Baile, que ya habían sido instaladas en el césped. Un grupo de técnicos de sonido estaban comprobando los altavoces mientras los electricistas colgaban las luces.

—Ninguna —dijo el Decano—. Y a Osbert no se le ha visto por el Colegio desde aquella noche. Ninguno de los criados tiene ni idea de adonde pueden haber ido.

—Y, aunque lo supieran, no nos lo dirían —dijo el Tutor Mayor—. Siempre han respetado ciegamente a Skullion, incluso antes de que le nombráramos Rector.

—Es verdad. Pero también están preocupados. Si lo supieran y no nos lo quisieran decir, estarían de mejor humor. Estoy seguro de que no tienen la más remota idea.

—Y la policía tampoco sabe nada. Todo lo que han descubierto es que el doctor Osbert alquiló una furgoneta en Hunstanton y la devolvió dos días más tarde. Han preguntado en los hospitales, pero no está ingresado en ninguno. Todo este asunto es muy extraño.

—Como no podemos hacer nada al respecto, no creo que debamos perder el tiempo preocupándonos más —dijo el Praelector—. He de confesar que el nuevo Rector me está dando algunos quebraderos de cabeza. Es un individuo bastante más desagradable de lo que había supuesto.

—Usted lo eligió, así que es el responsable —dijo el Tutor Mayor.

- Acepto mi responsabilidad y, ciertamente, mi culpa. Pero, por otra parte, como aún no ha sido investido oficialmente, si alguno de ustedes puede proponer una alternativa razonable, alguien que pueda proporcionar al Colegio los recursos económicos que tan desesperadamente necesita, diría que aún podríamos persuadir a las autoridades para que nos librasen de esta carga.

—Cuando dice «autoridades», se refiere, sin duda, a las personas que están viviendo con él en la Residencia del Rector —dijo el Tutor Mayor—. He de decir que ellos tampoco son lo que se dice agradables. Tengo entendido que registraron al profesor Pawley cuando cometió el error de acercarse por allí a presentar sus respetos. Aún no se ha repuesto del disgusto de un registro tan minucioso de sus partes más íntimas.

—Bueno, por lo menos están domando un poco a ese desgraciado —dijo el Decano—. Al menos, están de nuestra parte.

El Praelector los dejó y salió a dar un paseo, caminando pensativamente por el Patio hasta las Cocinas. Quería decirle una cosa al Cocinero.

# 41

Durante los cuatro días siguientes el Praelector estuvo muy ocupado. Consultó con el señor Retter y el señor Wyve, telefoneó a Londres, se encontró en el parque con una señora gordita que llevaba una cesta de la compra, y mantuvo una larga charla con ella mientras paseaban por los prados, e incluso fue al castillo de Coft y pasó una hora muy desagradable con Sir Cathcart, que derramó copiosas lágrimas de cocodrilo por Skullion, y finalmente accedió a ir a un balneario. También habló con Fried Macdonald, que dijo que una mierda, que él no hacía eso. El general le había comprado unos lechones, de modo que estaba metido en el negocio de los cerdos y quería llegar lejos en él. Un conocido le había dicho que vendían por cuatro cuartos los terrenos de las antiguas bases americanas, para montar centros de meditación trascendental y cosas así, pero él creía, que los cerdos eran mejor negocio, cincuenta mil cerditos podrían proporcionarle un buen medio de vida, y eso es lo que quería: vivir. Seguir vivo. El Praelector reconoció que era una buena idea, pero, mientras tanto, todo lo que le pedía era que se lo pensara. Fried Macdonald dijo que no quería pensar en nada, excepto en...

- *¿Y* si le deportan? A Singapur —dijo el Praelector, y al punto se le fueron los cerditos de la cabeza al americano.

Kannabis dijo que no le podían deportar porque en Singapur no había hecho nada malo. El Praelector le sonrió y le dio dos días para pensárselo. Kannabis dijo que no necesitaba los dos días, ni mucho menos. Si eso era lo que quería, como una especie de representación teatral, o algo así, y no había que hacer nada más, pues él encantado, señor, lo que usted diga. El Praelector tomó un taxi de vuelta a Porterhouse y habló con el Cocinero, que dijo que era una cosa bastante inusual, pero por qué no, se haría lo que se pudiese. Y, finalmente, el Praelector visitó Onion Alley, tras pedir una cita, y habló con Skullion largo y. tendido.

Pero su labor más difícil fue la que dejó para el final, cuando el Baile de Mayo estaba en pleno apogeo y la centralita de la Portería se colapso con llamadas de vecinos iracundos que no podían soportar aquel alboroto infernal, el cual, por otra parte, hacía imposible que Walter los entendiera.

—¿Tiene un minuto? —le gritó al Decano, que estaba mirando patidifuso a una banda del Caribe que no necesitaba de los altavoces para hacerle la vida insoportable a todo bicho viviente en dos kilómetros a la redonda. Frente a ellos, en la pista de baile, los estudiantes se contorsionaban bajo las epilépticas luces multicolores

en un éxtasis salvaje que repelía al Decano tan profundamente que, incluso aunque hubiera podido oír al Praelector, lo que era imposible, no habría sido capaz de responder de modo racional. El Praelector gritó más alto, pero el Decano, contagiado del ritmo de la música, sólo pudo responder con espasmódicos movimientos de la cabeza.

—Lo que usted quiera —le gritó al Praelector a la tercera vez que éste trató de comunicarse con él.

—Gracias —vociferó el Praelector—, me alegra que esté de acuerdo conmigo.

Y se marchó a la Residencia del Rector, donde el más bajito y de peor catadura de los dos guardaespaldas le dejó pasar inmediatamente.

—Está arriba, en su centro de comunicaciones —dijo el hombre cuando cerró la puerta—. Creo que no duerme. Se pasa la vida navegando por Internet, mirando cosas que yo no sabía ni que existían, y eso que estuve en la brigada de represión de la pornografía antes de venir aquí. Le avisaré de que tiene visita.

El Praelector esperó en el saloncito de la planta baja, mirando por la ventana aquellas luces enloquecedoras y pensando en los Bailes de Mayo que conoció en su juventud. Habían sido celebraciones pacíficas, y él había disfrutado enormemente deslizándose por la sala bailando el foxtrot, o incluso el atrevido tango, con una elegancia y un placer coreográfico que no se parecían en nada a aquella mecánica bacanal de la que los jóvenes actuales parecían gozar tanto. No era culpa suya, tampoco. Estaban intentando escapar de un mundo que parecía carecer de sentido o estructura, un monstruoso bazar en el que los únicos criterios reconocibles eran el dinero, el sexo, las drogas y la búsqueda de todos los instantes posibles de momentánea evasión. Quizá era un mundo mejor que el que había conocido cuando Europa fue a la guerra y la disciplina lo era todo. Pero no lo sabía a ciencia cierta, y no viviría lo bastante para averiguarlo.

Interrumpió sus pensamientos la llegada de Hartang. Parecía haber encogido desde la última vez que lo vio; el Praelector lo recordaba más alto y más corpulento, y sin aquel aspecto pálido y ojeroso que tenía ahora.

—¿Quería verme? —preguntó casi humildemente, mientras sus débiles ojos parpadeaban a causa de la luz brillante de la salita.

El Praelector inclinó la cabeza con deferencia.

—Buenas noches, Rector —dijo—. Espero no haberle molestado con esta visita intempestiva. Nuestro Baile de Mayo resulta este año inusualmente estrepitoso. Los estudiantes celebran el nuevo rumbo del Colegio y su nombramiento.

Hartang esbozó una sonrisa. Nunca se podía estar seguro con el Praelector.

—Me alegro de que los chavales se lo pasen bien —dijo.

Le indicó una silla, y el Praelector se sentó.

—He venido a verle, Rector, para anunciarle **que** su Banquete Inaugural ha sido fijado para el jueves próximo, siempre que no tenga inconveniente.

—¿Banquete Inaugural? —dijo Hartang, que no las tenía todas.

—Sí, es una de las ceremonias tradicionales con que se celebra en Porterhouse el nombramiento de un nuevo Rector. Primero se toma un jerez en la Sala de Claustrales, y luego se va en corporación hasta el Refectorio, donde usted tomará asiento en la silla del Rector y presidirá la mesa.

—¿Y tengo que ir? —preguntó Hartang.

—Ningún Rector ha estado ausente hasta ahora —dijo el Praelector—. Se considera un gran honor. El Colegio se cierra esa noche, y no se invita a nadie. Es una ceremonia estrictamente privada. Sólo los estudiantes y el Claustro.

Hartang reflexionó sobre aquello un momento.

—Supongo que sí —dijo al fin—. Sí, supongo que sí. ¿El jueves?

—Nos reuniremos a las 7.30 y los Claustrales de más antigüedad le acompañarán en solemne procesión hasta la Sala de Claustrales. No es necesario que pronuncie un discurso.

—Me parece bien. ¿A las 7.30?

—Gracias, Rector. Será un honor contar con su presencia.

El Praelector salió de la Residencia muy satisfecho, y Hartang volvió a su centro de comunicaciones. Quería saber qué tal se portaba el yen. Había subido, y la Bolsa de Tokio había bajado casi 100 puntos. Una vez más, había dado en la diana.

Purefoy y Madame Ma'Ndangas estaban sentados a la orilla del río mirando pasar los botes. Eran las seis de la mañana y los últimos juerguistas marchaban alegremente hacia el Orchard Tea Garden para almorzar antes de volver medio sonámbulos a sus habitaciones. Era la costumbre, y los vestidos de noche y los esmóquines se destacaban, dando una nota alegre e incongruente, entre los sauces pelados y los campos de labranza de la otra orilla del río.

—No es nuestro ambiente —dijo Purefoy—, pero merece la pena verlo. Es como retrasar el reloj cincuenta años, o incluso más. Realmente insólito.

Pero Madame Ma'Ndangas les envidiaba un poco. Hubiera querido bailar toda la noche y luego tumbarse en uno de aquellos botes, y que Purefoy la llevara remando río arriba con el pulso firme y afectadamente leve de aquellos jóvenes. Pero sabía lo que Purefoy quería decir. Incluso cuando bailaban, los ingleses carecían de la vivacidad y despreocupación de la gente que había conocido en

Sudamérica y África. Su risa era una risa diferente, sin aquella alegría de vivir. Al oírla no le sonaba a espontánea, sino a la mera y tiesa respuesta que se esperaba de ellos. Pero se trataba de jóvenes que se habían pasado un año encerrados en pos de la excelencia académica y enzarzados en sesudos debates, y el mundo les pesaba como una losa sobre sus hombros. Eran reclutas del ejército del intelecto, disciplinados y entrenados en el pensamiento. Y, tras una semana escuchando a Skullion, Madame Ma'Ndangas estaba confusa. Detrás de aquella fachada de convencionalidad había innumerables turbias inhibiciones que se manifestaban de las maneras más insólitas. Nada era lo que parecía. Purefoy y ella habían sido trasladados, por así decirlo, a las bambalinas de un pequeño mundo lleno de extrañas inconsistencias y veladas animosidades que era a la vez triste y alarmante y rebosaba de infelicidad reprimida. No era su mundo, seguro que no.

Se tumbó de bruces en la hierba y se puso a contemplar a unas hormigas que iban incansables arriba y abajo por un caminito que sólo ellas reconocían, sin desviarse nunca más de una fracción de segundo de algún desconocido e interminable proyecto. Madame Ma'Ndangas se preguntó si ella también tendría aquel aspecto vista desde un satélite espacial. Así actuaba Purefoy, como una de aquellas hormiguitas, siguiendo los datos y los hechos con fe ciega en la palabra escrita. Skullion había desintegrado aquella sólida fe con su relato de más de cincuenta años en Porterhouse. Quizá ahora Purefoy cambiara. Pero nunca cambiaría lo suficiente. Volvía a trabajar con furia, revisando el manuscrito que tanto le había costado conseguir, cortando una digresión aquí y anotándola para usarla más adelante, tachando innecesarias repeticiones e incluso, en una ocasión (lo que ella encontró imperdonable), corrigiendo un error sintáctico «en interés de la claridad». Madame Ma'Ndangas suspiró y se puso de espaldas sobre la hierba. Unas nubes pasaban por el transparente cielo estival.

—Purefoy, amor mío —le dijo—. Ya no eres el titular de la beca de investigación Sir Godber Evans. Ahora eres el titular de la James Skullion. El libro que vas a escribir lo vas a escribir con el material que él te ha dado, y editarlo será el trabajo de toda tu vida. Tu *opus dei.*

Pero Purefoy Osbert no captó la broma. Su educación había sido estrictamente protestante.

- *Nuestra vida* -dijo, y se echó en la hierba junto a ella.

Madame Ma'Ndangas sonrió, pero no dijo nada. No se iba a quedar en Cambridge, y tampoco se iba a quedar con Purefoy, pero no tenía intención de decírselo ahora. El pobre era tan feliz... Pronto estaría metido hasta las cejas en aquel libro, que le daría una

sensación de triunfo y le consolaría de su pérdida. Y, además, lo suyo nunca habría funcionado. Purefoy se tragaba todas sus mentiras y era demasiado bueno para que resultara divertido herirlo. Ya encontraría un hombre malo que la comprendiera.

En Porterhouse se habían desmontado las marquesinas y sólo quedaban las marcas que habían dejado en el césped, donde habían estado las tarimas de madera y los clavos. Los patios estaban silenciosos otra vez, y las mesas y las bancadas de madera habían sido entradas de nuevo en el Refectorio, cuando Kannabis se presentó frente a la Portería, muy nervioso, y le dejaron entrar.

—Joder!, ¿qué le ha pasado a la hierba? —le preguntó a Walter mientras se encaminaban hacia la Mantequería—. Esa hierba lleva aquí cientos de años. Es una especie protegida. ¿Quién la ha jodido de ese modo?

—Es que la semana pasada tuvimos el Baile de Mayo.

En la cabeza de Kannabis, aquellas palabras despertaron un eco siniestro.

—¿La semana pasada? ¡La semana pasada estábamos en junio!

—Sí, señor —dijo Walter—. La semana pasada estábamos en junio.

No pensaba molestarse en explicarle nada a aquel yanqui. Estaba de ellos hasta las narices. Sólo el señor Skullion sabía cómo tratarlos.

Skullion estaba en ese preciso momento en la Sala de Claustrales, sentado en su silla de ruedas y con el sombrero hongo puesto en señal de desafío, mirando a los Claustrales con una imperturbable y acerada autoridad. Hasta el Decano le trataba con una solemne deferencia. Sabía cuándo le habían vencido.

Sólo la bonhomía del Capellán permanecía intacta.

—¡Hombre, Skullion, mi querido muchacho, qué alegría volver a verle! Hace un siglo que no charlamos. ¿Qué ha estado haciendo, hombre de Dios, que no le hemos visto el pelo?

—Pues esto y lo otro —dijo Skullion—. Mayormente esto, pero también un poco de lo otro.

—Un poco de lo otro, ¿eh? ¡Perillán! A su edad… Cómo le envidio. Recuerdo que hace muchos años yo… —Pero se calló de repente, y le miró extrañado—. Así que esto y lo otro, ¿eh? Quién lo hubiera dicho…

Y luego, cuando estuvieron todos reunidos, el Praelector y el Decano y el Tutor Mayor, vestidos con sus togas de ceremonial y sus mucetas de seda, cruzaron el jardín en fila para recoger al Rector. Hartang los siguió. En segundo término, los dos guardaespaldas vigilaron discretamente la marcha de la procesión y luego la siguieron.

—Es para nosotros un honor… —empezó a decir el Decano.

Pero para aquellos dos hombres sus palabras significaban otra cosa. Estaban hartos de perder el tiempo con Hartang, y se alegraron de poder volver a hacer algo útil. Se situaron en sus puestos en el Refectorio, el más bajito en la Tribuna de los Músicos y el más viejo en las sombras tras la mesa, donde Arthur estaba encendiendo las velas y los candelabros de plata refulgían. No tuvieron que esperar mucho. El nuevo Rector dijo que no bebía amontillado, y nadie le ofreció whisky. Luego la puerta de la Sala de Claustrales se abrió y los Claustrales desfilaron en procesión. Esta vez el Decano y el Praelector precedían a Skullion en su silla de ruedas, y Hartang los seguía. Se sentía fatal. Aquélla iba a ser su vida en el futuro, y le parecía un infierno.

El Capellán bendijo los alimentos y Hartang se sentó en la silla del Rector. A ambos lados tomaron asiento los Claustrales. Al otro extremo de la mesa, Skullion miraba todo con aprobación en su silla de ruedas. Al menos se habían hecho las cosas correctamente. La plata había sido limpiada, y la vieja mesa de roble relucía, recién encerada. Aquello le daba cierta sensación de triunfo, pero tenía un motivo mucho más importante para sentirse vencedor. Aunque todavía no las tenía todas consigo. Los Claustrales de Porterhouse, al menos en el pasado, no habían sido hombres que se rindieran fácilmente ante las amenazas, y todavía existía el peligro de que pudieran engañarle de nuevo. Aquel Refectorio le traía malos recuerdos, recuerdos de banquetes y grandes ocasiones, cuando él era todavía un sirviente del Colegio, orgulloso de su posición. Skullion hizo oídos sordos a los cantos de sirena del pasado, con sus cortesías y sus hipocresías sociales, y se encerró en una muralla de desprecio hacia el presente. Las miraditas ansiosas que le lanzaba el Decano de vez en cuando le ayudaron a ello. Eran todos tan viejos y débiles como él, pero su debilidad era mucho peor: él era débil de cuerpo, mientras que ellos lo eran de espíritu. Y pensaba demostrarles que el suyo no flaqueaba.

—Espero que no comamos nada demasiado indigesto —le dijo Hartang al Praelector.

—Puedo asegurarse, Rector, que el menú ha sido escogido cuidadosamente teniendo en cuenta su constitución y gustos.

Confío en que le agrade el vino alemán. Empezaremos con una vichyssoise acompañada de un rin suave. Luego viene el salmón frío, una de las especialidades del Cocinero, y también plato favorito de la Reina Madre.

Se interrumpió para que el Decano pudiera contar la anécdota de su encuentro con la Reina Madre, entonces todavía Reina, y el Rey en el acorazado *Duke of York,* en aquella época buque insignia de la flota, durante la revista en el Clyde en 1947, durante la cual el Primer Ministro, Attlee, al ser izado a bordo, no sabía si tenía que quitarse el

sombrero o no, y lo sostuvo con la mano unos centímetros por encima de su cabeza. Y, para empeorar aún más las cosas, el Rey Jorge VI y la Reina y por supuesto las jóvenes princesas, así como el Príncipe Felipe, revistaron la flota en una motora que hacía un ruido tan horroroso que, cuando subieron a bordo, los infantes de Marina que formaban la guardia de honor por poco no oyen la orden de presentar armas. Los viejos Claustrales se sabían aquella tediosa historia de memoria de oírsela repetir al Decano, y a Hartang no le interesaban los reyes ni las reinas, a no ser que los tuviera en la mano, pero la anécdota ayudó a pasar la sopa y el salmón. En lo único que pensaba Hartang era en que allí estaba a salvo. A salvo, pero aburrido. Sus pensamientos volaron hasta Tailandia, hasta su casa de la playa, y pensó con nostalgia en lo que estaría haciendo allí de no estar sentado entre aquellos pelmas.

Un minuto más tarde, supo con absoluta certeza que no estaba a salvo. Las puertas del Refectorio se abrieron de par en par y cuatro camareros irrumpieron llevando sobre los hombros, como un monstruoso paso procesional, un gigantesco cerdo, un jabalí asado con manzana en la boca incluida. Y detrás entraron otros dos jabalíes. Cerraba la procesión Kannabis, vestido de negro de los pies a la *cabeza,* y empuñando un enorme cuchillo de carnicero y un trinchante. Durante un par de segundos, Hartang miró petrificado aquellas enormes bestias calcinadas, mudo de terror. En las largas mesas, los estudiantes vitoreaban y aplaudían entusiásticamente. El Refectorio era un pandemónium. Y entonces, con un grito que sólo él pudo oír (abrió la boca, pero no emitió sonido alguno), el potentado se puso trabajosamente en pie, incapaz de quitar los ojos de aquella monstruosidad que se aproximaba a la mesa presidencial. Era la Muerte, y Kannabis su heraldo. La gran silla del Rector cayó hacia atrás con estruendo y Hartang retrocedió un paso, horrorizado. Nadie reparó en él. Los Claustrales miraban aquel jabalí pasmados mientras la boca se les hacía agua. La simple bendición del Capellán, «Demos gracias al Señor por los bienes que vamos a recibir», había sido respondida, y con creces. Ésa había sido la intención del Praelector. Hartang se tambaleó y cayó al suelo.

—Kannabis, sirva al Rector —ordenó el Praelector, y el aludido se acercó a la mesa, pero ya no había necesidad de rematar la faena.

Hartang estaba muerto.

—Un paralís. Típico de Porterhouse, ¿no creen? —dijo el Tutor Mayor, después que se hubieron llevado el cadáver y el Cocinero pudo por fin trinchar el jabalí asado.

—Más que un paralís, ha sido una triquinosis mental —dijo el Decano, que recordó de repente la fobia porcina de Hartang, acerca de

la cual había hablado Kannabis en los casetes.

—Parece que vamos a tener que empezar otra vez a buscar una fuente de ingresos para el Colegio —dijo el Tesorero tristemente—. ¡Qué mala suerte!, ¿verdad?

—Creo que no deberíamos preocuparnos más acerca de las finanzas del Colegio —dijo el Praelector, mientras se servía más puré de manzana—. Por casualidad, sé con certeza que murió sin hacer testamento.

—¿No dirá usted que...? —balbució el Tutor Mayor.

—Intestado. Sin herederos o familiares. Y, en tales casos, la Corona, como saben, es la única beneficiaria. Y creo que no nos olvidarán. Después de todo, nuestra colaboración ha sido fundamental para resolver una situación muy desagradable.

Los Claustrales se le quedaron mirando boquiabiertos, y casi se olvidaron de la comida.

—Pero eso quiere decir que el Primer Ministro nombrará al nuevo Rector —dijo el Tutor Mayor—. Podríamos acabar teniendo a la Baronesa Thatcher.

—Parecen olvidar que el Rector está aún entre nosotros —dijo el Praelector mirando hacia el extremo de la mesa donde estaba Skullion —. Es a él a quien cabe el tradicional derecho de nombrar a su sucesor, y no creo que haya mejor momento que éste.

Al otro extremo de la mesa, Skullion levantó la cabeza e hizo su nombramiento en voz bien alta. Durante un terrible momento pareció que el Decano iba a seguir el camino de Hartang, pero sólo se había atragantado con un trocito de corteza de jabalí. Trató de decir algo, pero no pudo. Aunque paró de toser y le sirvieron una copa de Fonbadet, siguió sin recuperar el habla.

—¿Qué ha dicho el Decano? —gritó el Capellán.

—Dios sabe... —respondió diplomáticamente el Praelector.

# 42

A mediados de agosto Purefoy Osbert completó el primer borrador de lo que ya consideraba como las memorias de Skullion. No era todavía la redacción definitiva, por descontado; si acaso, una mera transcripción anotada del largo monólogo, pero creyó que sería bastante para demostrarle a Lady Mary que no había perdido el tiempo. Madame Ma'Ndangas la pasó a máquina. Purefoy estaba tan ocupado cotejando los datos con la documentación de los archivos del Colegio, que ni siquiera pudo leer la versión final. Y luego, para evitarle la molestia, ella misma lo llevó a Londres y lo entregó en el bufete de Lapline & Goodenough. El señor Lapline leyó el texto varias veces, y su incredulidad inicial se fue convirtiendo en una desolación cada vez más profunda.

—No podemos dejar que Su Señoría lea esto —le dijo a Goodenough—. ¡Ni pensarlo!

—No veo por qué. Después de todo, quería la verdad, ¿no? Pues ahí la tiene.

—Sí, pero no podía saber que iba a encontrarse con un informe tan deprimente sobre las hazañas de su marido cuando era estudiante. No tenía ni idea de que fuera capaz de semejantes barbaridades. Lo del chantaje al Praelector es suficiente para que le dé un patatús. Ese hombre era un completo degenerado.

—Ya lo sabíamos —dijo Goodenough—. Se casó por el dinero y todo lo demás.

—Por el dinero sí, pero por todo lo demás no.

—Ya. Comía en todos los pesebres y no le importaba el plato que le ponían.

El señor Lapline casi dio un salto en la silla.

—¡Le agradecería enormemente que evitase esa clase de expresiones! Bastantes dificultades me cuesta digerir esto para que encima me lo aderece con referencias culinarias. Me va a decir en cualquier momento que Porterhouse es una olla podrida.

Se sonrió débilmente de su propio chiste.

—En comparación, las debilidades de Sir Cathcart D'Eath parecen pecadillos sin importancia —dijo Goodenough—. Lo que no entiendo es su obsesión por las gordas cuarentonas en traje de buzo.

—Eso viene de las fámulas y los hules que les ponían a los que padecían de enuresis nocturna —se limitó a decir el señor Lapline.

—¿Enuresis? ¿Quiere decir que se meaba en la cama? ¿Dónde está eso? No lo he visto.

—Olvídelo. Lo que importa ahora es que no podemos dejar que

Lady Mary lea este... documento. Echaría por tierra las pocas ilusiones que le quedan. ¡Bien sabe Dios que no le deben de quedar muchas desde el final de la Guerra Fría! Se llevará los felices recuerdos de su matrimonio con Sir Godber a la tumba.

—A tenor de lo leído, no usaría el adjetivo «felices». Sin embargo, está usted en lo cierto. Es vieja, y nos conviene untarle la tostada. Perdón, quería decir que no hace falta echar más sal en la herida.

En la oficina de la secretaria, Madame Ma'Ndangas le estaba explicando a Vera por qué iba a abandonar a Purefoy sin decírselo.

—No quiero herirlo —dijo.

Vera dijo que lo entendía, y que no creía que a Purefoy le durase el disgusto mucho tiempo.

—Se enamora y se desenamora sin parar. Una vez hasta se enamoró apasionadamente de mí, o por lo menos eso decía. Me parece que mi primo es incapaz de enamorarse o de apasionarse por nada que no sean los libros. Para él las mujeres son versiones físicas de alguna palabra. Es el peor de los errores. No creo que se case, como no sea con una biblioteca. Por lo menos, le has quitado de la cabeza la obsesión por las ejecuciones. Su madre te estará agradecida eternamente. Bastante tuvo con su marido, que cambiaba de religión a cada momento. Ahora, que lo que es Purefoy, no cambiará nunca. Se aferra a falsedades muy consistentes.

En la Quinta de Porterhouse, Skullion y el Praelector estaban en la terraza sentados el uno al lado del otro, silenciosos, contemplando el mar, que se extendía más allá de las marismas. Era pleno verano, y unos pocos veraneantes paseaban por la orilla intentando escapar del aburrimiento de no tener nada que hacer. Los dos ancianos no se hacían ilusiones. Para ellos ya no había manera de escapar de eso. Tuvieron la suerte de tener algo que hacer, y, cada uno a su modo, habían alcanzado el éxito. Esa ilusión les sostenía. No había botes de pesca en el mar, ni casi presas que capturar. Sólo había pequeñas embarcaciones de placer que se dejaban llevar sin rumbo fijo a merced del viento.

En la Residencia, el nuevo Rector le estaba enseñando a Arthur las proporciones exactas para mezclar una buena «nariz de perro». No era fácil. A Arthur no le cabía en la cabeza que una mezcla hecha con siete onzas de ginebra y trece de cerveza equivaliera a tres cuartos de pinta. Como le dijo al Cocinero:

—Se diría que no recibió una educación como Dios manda. ¡Habla de un modo incoherente!

—Todos los Claustrales lo hacen —dijo el Cocinero—. Forma

parte de su naturaleza.

El Decano estaba en su jardín. Había decidido cortar el pangue que crecía junto al estanque. Era vulgar y demasiado carnoso, y lo encontraba fuera de lugar. Como muchas de las cosas que aborrecía, procedía de América. En su lugar pondría algo simple, elegante y resistente. También pensaba en el próximo Rector. El hombre de las «narices de perro» no podía durar mucho. Bebía como un cosaco. Era el único consuelo del Decano.

Sus pensamientos, inspirados por el inminente final del pangue y el más lejano, pero previsible, del repugnante Pimpole, se dirigieron hacia los japoneses. Lo que el pedante de Lapschott le había dicho era verdad. Los japoneses eran una nación isleña, y eran, de hecho, lo que los ingleses fueron en el pasado: trabajadores y eficientes, despiadada y violentamente eficientes. Tenían inventiva, y su tecnología era insuperable. Aprendían de sus errores y perseveraban. Eran inmensamente ricos, creían en la disciplina y la obediencia a la autoridad, y comprendían la vital importancia del ritual y la ceremonia para llevar una vida digna. Y, por encima de todo, poseían las virtudes de la cortesía y el valor. Cumplían con su deber aunque les costase la vida. Por primera vez, el Decano se enfrentó a lo inconcebible y no tembló. Procuraría que nombraran a un japonés Rector de Porterhouse. Y colaboraría con él.

Sería un honor.